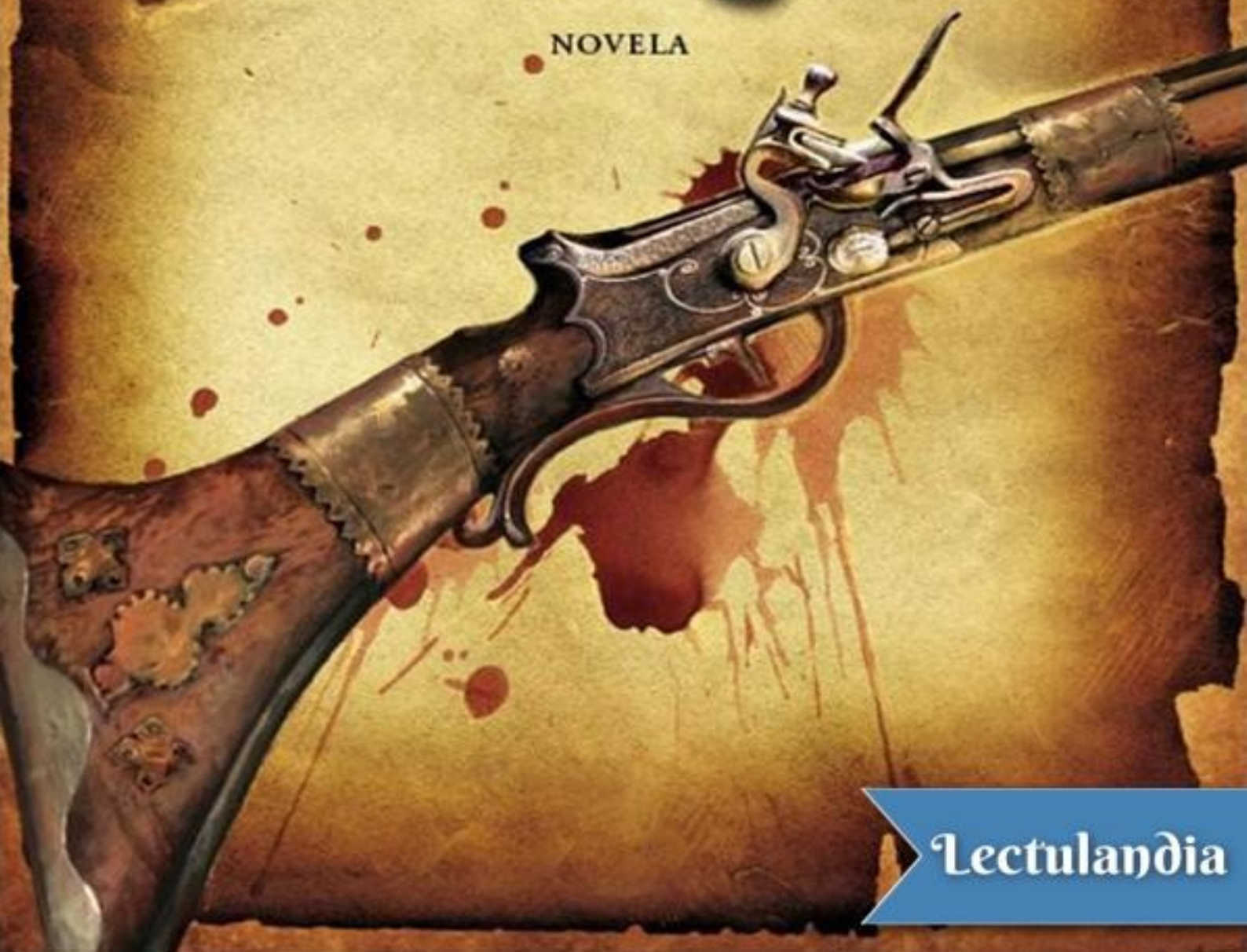


ENRIC
CALPENA

∞
*Memoria
de sangre*

NOVELA



Lectulandia

Barcelona, 1851. Esta novela cuenta la historia del joven Joan Gort, quien, con solo catorce años, viaja con su padre de Reus a la ciudad de Barcelona, donde lo que tenía que ser una feliz estancia se transforma en una tragedia cuando un inesperado suceso acontece durante la noche de San Juan de 1851.

El destino del muchacho cambiará para siempre y lo llevará de una Barcelona putrefacta y maloliente al desierto gélido de Marruecos, ante Tetuán. Nuestro héroe Joan Gort pasará del caos de la ciudad al caos de la guerra tras alistarse en los Voluntarios de Cataluña, un batallón sin organización ni disciplina.

Allí deberá lidiar tanto con la mente tortuosa del general Prim como con el objetivo de su padrino, el comandante Sugrañes, quien ansía, por encima de todo, la victoria de su batallón. Joan Gort será uno de los protagonistas de aquellos miles de soldados que lucharon en una gesta sangrienta.

El furor de la guerra. La historia de unos hombres unidos por la tierra, por los ideales. La historia de un héroe ligado al pasado, a la venganza y a la necesidad de reparar aquello que aconteció una trágica noche de San Juan, porque entre el viento del desierto sobrevuela el enemigo y el rastro violento del recuerdo, de las persistentes huellas de la memoria de sangre.

Lectulandia

Enric Calpena

Memoria de sangre

ePub r1.0

FLeCos 12.04.17

Título original: *Memòria de sang*
Enric Calpena, 2014
Traducción: Laura Paredes Lescorz

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Gema y a Max, con amor

El padre se sacó la navaja de debajo de la camisa, tomó la sandía y la abrió de un solo corte. Un chorro de líquido rojizo cayó sobre la mesa de madera vieja y no muy uniforme, mientras la fruta crujía como si tuviera huesos y el filo del cuchillo los hubiera roto. El padre era muy hábil con la navaja, y los malhechores del mundo tenían suerte de que fuera un hombre de talante pacífico, porque aquella habilidad con el acero podía haberlo convertido en un ser terrible.

«Tendría que haberme dedicado a hacer de asesino», decía riendo siempre que alguien se sorprendía de cómo movía la navaja.

—¡Cada sandía, un cabrón menos! —sentenció, como siempre hacía después de cortar algo—. Toma, Joanet, una tajada...

—¡No me llame Joanet, que ya soy mayor! ¡Dentro de nada cumpliré catorce!

El padre no le hizo caso. Cuando los críos tienen esta edad siempre saltan por cualquier cosa, eso lo sabe todo el mundo. Aun así, lamentó una vez más que su mujer ya no estuviera. A Misericòrdia se le daba muy bien el chico. Enseguida, con pocas palabras, con una mirada, lograba que hiciera lo que ella quería. Pero Dios jamás había dado salud a la pobre mujer, y sus últimos años habían sido cada vez más tristes. Para Ramon Gort, que su mujer se fuera apagando ante sus ojos había sido una prueba muy dura. Tardaron años en tener a Joan, y entretanto Misericòrdia abortó, por lo menos que Ramon supiera, un par de veces. Y después, no sabía muy bien por qué, ya no volvió a quedarse embarazada nunca más. Los Gort siempre habían sido muy prolíficos, él mismo había tenido ocho hermanos, a pesar de que ahora solo le quedaban cuatro, y extrañaba el ruido de una casa llena de niños. Además, su pasado de soldado y el hecho de ser el único de los Gort que no vivía en la comarca de Les Garrigues, como el resto de sus parientes, había contribuido a romper los lazos con su familia. Cuando Misericòrdia murió, el año anterior, en diciembre de 1850, pidió al cura de La Pobla de Cérvoles que comunicara por carta a sus hermanos que su mujer había fallecido. No hacía demasiado tiempo había recibido otra carta, escrita por el cura de Les Garrigues, que Joan, que sabía más que él de letras, le había leído, y que le decía con unas palabras muy convencionales que su familia sentía mucho su pérdida y que esperaban que Dios tuviera a Misericòrdia en su gloria. *Requiescat in pace* y amén.

—Padre... Padre...

Ramon abandonó los pensamientos a los que le había conducido el despropósito de su hijo. La sandía, el calor, el verano que estaba a punto de llegar, los olivos que se veían a través de la ventana, el viaje a Barcelona... Aquello era la realidad, aquello era lo que ahora tocaba, y su espíritu práctico y poco dado a las cavilaciones lo devolvieron al presente.

—¿Qué quieres? ¿Más sandía? Ten cuidado, no vaya a sentarte mal...

—No, no quiero más sandía, padre... Oiga..., ¿va a ir pronto a Barcelona? Es que este año es diferente, ¿no? ¿Con quién me quedaré yo? ¿Iré a casa del señor Sugrañes? Había pensado...

—¡Alto, para el carro! ¿Quién te ha dicho que vaya a ir pronto a Barcelona? Y si es así, ¿qué? Yo hago lo que me dicen, como tienes que hacer tú, ¡como tiene que hacer todo el mundo!

Joan se quedó mudo y bajó la mirada, y su padre se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de decir. ¿Por qué tenía ese puñetero carácter? El chaval no tenía la culpa de sus problemas. Ramon cambió el tono después de aquel silencio.

—Ve a la despensa y saca la lata de los carquiñoles, va, que hoy no es domingo, pero como si lo fuera, qué caray —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Joan, sin estar convencido del todo del cambio de actitud de su padre, se levantó de la mesa y se dirigió a la despensa. La lata con los carquiñoles estaba dentro de la artesa. La sujetó, y el contacto frío del metal le dio fuerzas. No quería quedarse en casa de los Sugrañes, quería irse con su padre a la ciudad. En casa de los Sugrañes lo trataban bien, demasiado bien para su gusto. Le hacían comer, lavarse y vestirse y desvestirse constantemente, de una forma amable pero resolutiva, especialmente el ama de llaves, la señora Lola, y Joan se sentía achuchado como un bebé recién nacido. No, lo de quedarse en casa de los Sugrañes mientras su padre estaba en Barcelona no podía ser. Además, Reus era grande, pero todo el mundo decía que Barcelona era otra cosa. Tenía que convencer a su padre de que lo llevara con él.

Entró en la sala decidido, con la lata bien sujeta entre las dos manos, preparado para hablar con resolución a su padre. Esta vez él tenía que acompañarlo a Barcelona.

—¡Padre! Yo...

—¿Sabes qué, Joan? —le cortó su padre—. Tienes razón; en unos días tengo que ir a Barcelona. Con lo de la enfermedad de tu madre... Bueno, ya lo sabes, el año pasado no pude ir, y a pesar de que Pepet fue por mí e hizo lo que pudo, Sugrañes no quedó contento. Le gusta más cómo negocio yo; se lo llevo todo mejor. Confía más en mí, vaya. Además, yo no me estoy más días de la cuenta, mientras que Pepet se distrae fácilmente en cuanto ve pasar unas faldas... Bueno, en resumidas cuentas, que sí, que tengo que ir pronto.

Joan dejó la lata sobre la mesa y, mientras su padre hablaba, la abrió y sacó un carquiñol para mordisquearlo.

—Mira, no te prometo nada porque no depende de mí —prosiguió su padre mientras se le iba iluminando el semblante—, pero, a no ser que Sugrañes quiera ir, o que quizá me necesite para alguna otra cosa...

El chico dejó de masticar el carquiñol. No, no era posible lo que se imaginaba que su padre estaba a punto de soltar.

—O que diga, vete a saber, pues llévate a Pepet o a Blai o a alguien más, porque esto no puedo saberlo, ¿comprendes? Si fuera así, no podría hacer otra cosa, porque, naturalmente, quien manda es Sugrañes, y quien manda tiene la última palabra...

¿Qué te parece lo que te digo?

—¡Pero si todavía no me ha dicho nada, padre! —exclamó Joan, demasiado excitado para contenerse.

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón, siempre me lío cuando tengo que decir algo de veras. Pues eso, que si finalmente voy a Barcelona y puedo, te llevaré conmigo. Además, podríamos ir hacia San Juan y así celebraríamos tu santo y tu cumpleaños con las hogueras. ¡Me han dicho que la noche de San Juan en Barcelona es algo digno de verse antes de morir de lo bonita que es!

¡Estar en Barcelona por primera vez el día de San Juan! Aquel día, para el que no faltaba ni un mes, cumpliría catorce años y, al mismo tiempo, celebraría su santo; hogueras, feria y fiesta, y con su padre, la persona a quien más quería del mundo. Sin duda, sería el día más feliz de su vida. Aunque nunca lo hacía, saltó para abrazar a su padre. No fue demasiado tierno, porque tenía un pedazo de carquiñol en la boca y mientras lo abrazaba y chillaba iba escupiendo trocitos de pasta encima de su padre.

—Bueno, basta. No te alegres tanto, que todavía no es seguro. Anda, vete, que ya quitaré yo la mesa, y aprovecha para ir a recoger las ramas de los olivos que he podado, atarlas y llevarlas a cubierto. ¡Venga, chico, apúrate!

Puede que por primera vez en su vida, a Joan no le supo nada mal recoger las ramas podadas, una tarea que le rasguñaba la piel y siempre le rasgaba la ropa.

El día siguiente era jueves, y los jueves Ramon Gort iba a hacer balance, según decía él, con don Victorià Sugrañes. Bueno, Ramon y el señor hacían balance en algún momento, pero en realidad lo que hacían los jueves era hablar de las batallas, tanto de las que habían vivido juntos como de las que no. Sugrañes era comandante retirado, y no precisamente porque no le gustara la milicia, sino porque lo habían retirado con la mención poco honorable de «retirado con el fuero criminal, por sus ideas liberales».

—¿Liberal, yo? ¡Yo lo que soy es honrado, joder! —decía el comandante que, en un extraño efecto óptico, cuando se enfadaba parecía que se le hinchaba la barba a la vez que los ojos.

Ramon Gort conoció al comandante en 1839, cuando Sugrañes era un teniente de milicianos y ambos participaron en la toma de Àger, un sitio corto que terminó en un asalto salvaje. Los carlistas, que no eran muchos, se defendieron como animales y el general liberal, que era un tipo raro, medio holandés, que se llamaba Meer, ordenó un ataque frontal sin manías.

—¡Prim estuvo sublime! Mira que Meer siempre nos recordaba que los que éramos oficiales no teníamos que ir a la batalla delante de las tropas, ¡pero eso a Prim le daba igual! Cuando los carlistas hicieron la escabechina de nuestra Legión Belga, Prim tomó un grupo de soldados y corrió hacia la brecha...

Sugrañes se repetía, qué le vamos a hacer, y a menudo olvidaba que entre aquel grupo de soldados que corrió hacia el agujero que se había abierto en la muralla entre pedazos de metralla que saltaban y balas que silbaban junto a los oídos, estaba

Ramon Gort. Aun así, entre ratafía y ratafía, finalmente Ramon consiguió hablar de lo que quería esa tarde.

—Comandante, como ya toca ir a hacer balance a Barcelona, quería decirle que este año ya tengo previsto ir yo, ahora que ya no tengo obligaciones en casa...

Sugrañes vació el vaso de un trago y se levantó para tomar otra botella de la vitrina.

—¡Y tanto, y tanto, hombre! Yo mismo lo pensé el otro día. Deja a Joanet aquí, en casa. No te preocupes, que no le faltará un pedazo de pan. ¡Pero esta vez no cuentes conmigo porque tal como está ahora Barcelona aún haría alguna desgracia! Además, si aquí me vigilan los hijos de puta del Gobierno Civil, ¡imagínate en Barcelona! Llévate a Pepet, si quieres, para que te ayude.

Mientras hablaba, el comandante movía la botella abierta de un lado a otro e iba chorreando la alfombra del salón. Cuando se dio cuenta, paró y empezó a llenar el vaso de Ramon.

—Basta, basta, o acabaré como una cuba... No, precisamente lo que quería decirle es que me llevaré a Joan, mi hijo, si le parece bien... El chaval cumplirá catorce años el día de su santo y así, además de enseñarle a hacer balance con los almacenes de Barcelona, podríamos ver juntos las hogueras. Tras la muerte de Misericòrdia...

—¡Que en paz descanse!

—Que en paz descanse, sí... Pues tras su muerte, el chaval se quedó mustio y ahora parece que ya empieza a recuperarse.

—Pues sí, ¡es una buena idea! Yo, a su edad, ya estaba en la guerra y no sé si ya había matado a alguien...

Sugrañes se desperezó un poco y miró al techo, y Ramon temió que fuera a empezar a contarle otra batallita. Por fortuna, el comandante, tras un breve silencio, aseguró:

—¡Bien pensado! Además, este año quiero que aproveches el viaje y lleves unos saquitos de garrapiñadas a Bofarull, y así nos ahorraremos un envío.

—Muy bien, comandante. ¿Cuántos sacos son? Lo digo para ir con las mulas o, si son muchos, tomar la galera de alquiler a Barcelona...

—No, hombre, no. No toméis la galera, que no llegaréis nunca. Y, además, no son sacos grandes, no sé decirte si son dos o cinco, poca cosa. Tomad la diligencia y así podréis dormir en Barcelona el mismo día.

—Pero si el viaje debe de valer treinta o cuarenta reales por persona...

—Miseria y compañía —aseguró, sonriendo, el comandante Sugrañes.

A Joan el viaje le pareció maravilloso. Hasta entonces jamás había ido más allá de Altafulla, solo una vez cuando era pequeño y acompañó a su padre y no recordaba por qué motivo. De hecho, mezclaba el viaje a Altafulla con unos cuantos que había hecho a Tarragona. Además, habían ido en un carruaje lento e incómodo. Pero el trayecto en diligencia hasta Barcelona era otra dimensión del viaje. Hacía pocos

meses que habían puesto la diligencia a Barcelona desde Reus, pero ya se veía que el negocio era un éxito. Joan y su padre habían tomado unos asientos baratos, en el exterior del carruaje y mirando hacia atrás. Normalmente, nadie quería estos asientos porque eran muy incómodos, con un banco estrecho y el respaldo muy recto, pero Ramon Gort, avisado como siempre, había puesto los zurroneos detrás y tenían la sensación de ir recostados en cojines. Y, para reposar los brazos, tenían los tres saquitos de garrapiñadas que llevaba de regalo al señor Bofarull, el almacenista de Barcelona que compraba todas las cosechas que producía la finca de los Sugrañes. De vez en cuando, con los baches de la carretera, los saquitos y los zurroneos se desplazaban, pero eso a Joan no le importaba. Y como nadie más iba sentado ahí, todavía se estaba mejor.

Habían salido al alba, entre otras cosas porque se esperaba que el día fuera caluroso y era mejor aprovechar para avanzar las primeras horas con poco sol. Normalmente, los domingos no había diligencias para ir a Barcelona, pero como el martes siguiente era San Juan, muchos mercaderes querían estar en la ciudad para hacer negocio ese día. El día de San Juan, y también la vigilia, los barceloneses salían a la calle con ganas de fiesta y con el bolsillo generoso, lo que aprovechaban tanto los comerciantes honrados como los carteristas, que hacían su agosto. Por eso, aquellos días, gente de toda Cataluña se dirigía a Barcelona con la esperanza de ganarse la vida del modo que fuera.

La diligencia se detuvo en El Vendrell y todo el mundo bajó del carruaje, aunque pocos se alejaron de él. Joan fue a mear tras una hormaza con otros viajeros y, cuando volvió, vio que su padre charlaba junto a la diligencia con un individuo enclenque que llevaba una gorra gris y una especie de abrigo largo de color indefinido que daba calor nada más verlo. Cuando se acercó, el hombre le sonrió, y Joan pensó que nunca había visto una boca como aquella: tenía todos los dientes, todos, negruzcos. Joan había visto muchas bocas podridas, pero jamás con la dentadura completa.

—¡De modo que este es tu hijo! Mucho gusto, muchacho —soltó el hombre de la boca negra mientras le daba golpecitos en la espalda—. Soy Feliu, un amigo de tu padre de cuando la guerra. Me puedes llamar Bocanegra, como me llama todo el mundo... ¿Cómo te llamas?

—Joan, señor...

—¡Joan, como Prim! ¿Se lo pusiste por eso?

—No, cuando nació, yo no conocía al general, o sea que no fue por eso. ¿Y qué, Feliu, qué se te ha perdido en Barcelona? ¿Vas a lo de siempre o ya trabajas honradamente?

Feliu volvió a sonreír de aquella forma tan inquietante y miró fijamente a los dos Gort.

—Voy a ver si puedo ganar algo de dinerito, como todo el mundo, como vosotros, supongo. Pero los tiempos son complicados para los que trabajamos sin patrón... Tú te ríes, pero antes... ¿Puedo hablar claro delante de tu hijo?

Ramon miró a Joan un momento y respondió, algo dubitativo:

—¡Adelante! Mi hijo ya es un hombre y puede oír de todo.

¡Eso llenó de orgullo al chaval! ¡Su padre ya lo consideraba mayor! Joan esperaba que Feliu explicara entonces algo de mujeres, o más bien, de mujerzuelas. El hijo del señor Sugrañes, que tenía unos años más que Joan, alardeaba de haber ido a una casa de citas de Tarragona y de haber hecho de todo con una chica aragonesa del burdel. Probablemente ahora Feliu explicaría algo parecido. Pero no...

—Mira, muchacho, tu padre tuvo mucha suerte al terminar la guerra. No todos los que luchamos al lado de Sugrañes y de Prim tuvimos el camino tan claro después. Yo tenía entonces más o menos tu edad, apenas era un chaval, pero si llego a saber lo que iba a pasar, te aseguro que no me habría movido de casa. Ganamos, sí, ¡pero eso díselo a tu estómago! De las victorias no se come. Y, además, para los que habíamos sido soldados con los cristinos, después de la guerra vivir en según qué pueblos no era sencillo. Yo me tuve que marchar de La Bisbal porque ahí todo el mundo es carlista. Nos quemaron la casa, todo... Ahora mi madre vive aquí, en El Vendrell, en casa de unos primos, y yo no me puedo ni acercar a mi pueblo...

Mientras oía a Bocanegra hablar sobre sus desgracias, Joan fue perdiendo interés en lo que decía. Había oído toda su vida historias parecidas en Reus, de gente de Riudoms o de Valls. Nada nuevo, pues. Además, el tono de Bocanegra, como si quisiera dar lecciones, no le gustaba. Por suerte, los mozos de la diligencia llamaron a los pasajeros y todo el mundo se apresuró a volver al carruaje.

—¿Qué billete tenéis? Yo he tenido que tomar un asiento fuera...

Feliu puso el pie en el estribo de la diligencia y se sentó en el mismo asiento que los Gort; en el centro del banco, de hecho. Joan notó que a su padre no le hacía ni pizca de gracia aquella casualidad, y más cuando el chico tuvo que sentarse a un lado y él mismo al otro de Bocanegra.

—Mira qué bien, así nos haremos compañía —dijo, mostrando los dientes de aquella forma tan desagradable.

Joan se resignó a realizar todo el trayecto de El Vendrell a Barcelona junto a aquel pesado. Al principio, Feliu no paraba de hablar, siempre de sí mismo, de sus suertes y sus desgracias. A medida que fue pasando el tiempo, la conversación, prácticamente un monólogo, se fue apagando. Ya eran alrededor de las diez y media, y el sol apretaba de lo lindo. La diligencia iba haciendo su camino y, de vez en cuando, tenía que dejar pasar a algún correo o a algunos señores a caballo que también recorrían el camino real a Barcelona. Pero lo más habitual era que quienes se apartaban del camino fueran algunos carros de campesinos y algunos grupos de hombres y mujeres que iban andando de un pueblo a otro. El día no era malo para viajar. Había sido una primavera húmeda, pero ahora ya hacía un par de semanas que no llovía y el resultado era que el camino estaba seco, pero no se levantaba demasiado polvo. Hacía rato que Joan solo se dedicaba a mirar el camino. Su padre parecía dormido y Feliu no decía nada, asfixiado de calor con el abrigo gris que no se había quitado.

Lo que tenía era un hambre atroz. Llevaban comida en los zurrones: una longaniza seca, pan, avellanas e incluso un pedazo de queso que el ama de llaves de los Sugrañes les había dado el día antes, cuando habían ido a despedirse. O sea, que no les faltaba comida. Pero tanto él como su padre eran buenos comedores, y Joan temía que la presencia de Bocanegra les obligara a compartir las viandas, y cuando uno está en edad de crecer y la comida de la que dispone le gusta mucho, el hambre es su principal consejera. Así que decidió volverse un poco de lado y comer a escondidas para que no lo viera Bocanegra, aprovechando que parecía adormilado. Tomó el zurrón, se lo puso a la altura del pecho y, sin hacer demasiado ruido, lo abrió procurando no mirarlo. A tientas, encontró la longaniza, que por suerte estaba tan seca que podía partir un trozo con una sola mano. Miró de reajo a Bocanegra. El hombre estaba quieto, con las manos entrelazadas sobre el pecho y con la gorra mugrosa bien encasquetada en la cabeza. Joan no quiso esperar más y, con un gesto rápido, se metió el pedazo de longaniza en la boca. Mmm... ¡Qué rica! La grasa ligeramente rancia, la carne salada, la textura flexible en la boca. Al primer pedazo le siguió un segundo, y un tercero, y un pedazo de pan y un pedazo de queso, y avellanas sin cáscara y con cáscara... Al final, se le olvidaron todas las precauciones que había tenido en lo que a Bocanegra se refiere; tenía demasiada hambre para pensar en él.

—Preferiría comerme los mocos antes que pedirte algo, chaval...

La voz de Bocanegra le susurró al oído y un tufo apestoso que le salía de la boca lo envolvió. Joan volvió la cabeza y se encontró pegado al rostro anguloso y mal afeitado del antiguo soldado. Sin pensarlo, apartó bruscamente la cara de Bocanegra de un manotazo.

—¡Pero qué haces, desgraciado! —dijo el hombre, ahora ya gritando, y levantó la mano, dispuesto a dar un sopapo a Joan.

Pero la mano de Feliu se quedó en el aire, sujetada por el brazo de Ramon Gort.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué coño estás haciendo, Feliu? —bramó el padre de Joan.

—Nada, nada... Ocurre que tu hijo se ha asustado cuando le he hablado, ¿verdad, muchacho? Y ha tenido una mala reacción, y a mí me ha salido devolvérsela, pero ha sido todo sin mala intención, ¿eh? Díselo tú también, chaval...

—Sí, sí, no ha sido nada. Ha sido un susto sin pensar; no se preocupe, padre...

Bocanegra miró de reajo a Joan e inmediatamente se echó a reír y a explicar a Ramon una historia sobre un antiguo compañero de milicia, mitad picante mitad divertida. La historia que contaba no tenía ni pies ni cabeza, pero tuvo el efecto balsámico que claramente Feliu pretendía: tranquilizó a Ramon Gort y le hizo olvidar que su antiguo compañero de batallas había estado a punto de abofetear a su hijo. Pero Joan había visto la vena violenta y malintencionada de Bocanegra, y eso no lo olvidaría fácilmente.

A medida que la diligencia se iba acercando a Barcelona, se iban encontrando cada vez más gente en el camino. Para cruzar el río Llobregat, el camino pasaba por

el puente de Molins de Rei. El puente de piedra sobre el río era imponente y ancho, y aun así, la diligencia tuvo que pasar despacio debido a la cantidad de gente que lo recorría tanto en una dirección como en otra. Había muchos campesinos y campesinas, a menudo con fardos y con carros de mano cargados de hortalizas. Pero Joan también vio soldados a caballo, trajinantes que llevaban algodón al Alt Llobregat y trajinantes que llevaban algodón tejido al puerto de Barcelona; y hasta un grupo de niños y niñas que pasaron corriendo y gritando. Un desbarajuste de ruidos y olores que le chocaron. Poco después de pasar Molins, su padre se puso de pie sobre el banco de la diligencia, aprovechando que esta no se movía demasiado, y señaló más allá, hacia delante.

—¡Ahí la tienes, Joan: Barcelona!

El sol, que poco a poco había ido descendiendo, lo iluminaba ahora de cara y, cuando se giró, pudo ver bastante bien lo que señalaba su padre. Al fondo, detrás de muchos huertos, masías y árboles frutales, se adivinaba una masa urbana, justo delante del mar. De aquel bloque urbano tan comprimido se veían salir largas columnas de humo que se iban dispersando y que le conferían un aspecto infernal.

—¡Cuánto humo sale de Barcelona!

—Sí, hijo. Ahí, dentro de la ciudad, tienen muchas fábricas orientadas al sur, que es de donde venimos. Por eso te parece que humea —le explicó su padre.

Bocanegra ni siquiera se había girado y seguía sentado de espaldas a Barcelona. Pero no se abstuvo de hacer un comentario:

—Lo del humo, aún. El olor del carbón de las máquinas no es desagradable una vez te acostumbras. Lo que sí que apesta es el gentío. ¡Ya verás Joan lo que es oler mal!

Joan pensó que le extrañaría mucho que Barcelona apestara más que la boca de Bocanegra, la verdad.

—¿Te gusta el chocolate, Joan? —preguntó de repente Bocanegra.

—Hombre, pues sí. Ahora hace tiempo que no tomo. Mi madre... —Los dos Gort se miraron a los ojos y se dieron cuenta a la vez de que, desde que Misericòrdia había muerto, no habían vuelto a probar el chocolate.

—Pues tienes que llevar a tu hijo a una chocolatería que te diré de Barcelona, Ramon. ¡Ya veréis qué chocolate preparan!

A Bocanegra empezó a darle un ataque de risa totalmente exagerado. No paraba de repetir con la boca muy abierta:

—¡Qué chocolate! ¡Qué chocolate!

Poco a poco, las murallas de Barcelona se fueron distinguiendo más. La carretera se había ido ensanchando y ahora, además de los huertos y los frutales, había masías junto al camino; masías abiertas que servían tanto de alojamiento para los campesinos y el ganado como de fondas y abrevaderos para los viajeros. Y cada vez se veían más soldados, pero no como aquellos de caballería que habían visto en Molins de Rei, no. Estos soldados, muy desaliñados, formaban grupitos mal uniformados que estaban

sentados sin hacer nada junto a la carretera en sillas sacadas de la nada y miraban con poco interés la gente que pasaba. No estaba claro qué hacían exactamente todos aquellos soldados, siempre en grupos de siete o de diez. Como mucho, andaban un poco levantando polvo mientras unos pasos más atrás, bajo algún toldo improvisado, se sentaban uno o dos mandos, tan mal vestidos como sus hombres, pero con un ademán indiscutible de autoridad. Eso, en Reus, nunca se veía.

—Padre, ¿qué hacen todos estos soldados?

Desde lo alto de la diligencia, su padre bajó la mirada hacia uno de los grupos de militares uniformados y los repasó con un desprecio evidente.

—¿Soldados? Tú a cualquier cosa le llamas soldado... Estos son unos extorsionadores, unos usureros. El Gobierno los ha puesto para controlar a la gente que pasa, pero como prácticamente no les paga nada, viven de lo que pueden robar. ¿Ves aquel? Fíjate en el sargento...

Su padre señaló con la cabeza uno de los grupos de militares, el que estaban pasando justo en aquel momento. El sargento estaba sentado bajo una higuera y hasta tenía una mesa delante de él. Sobre la mesa se veía una botella que podía ser de anís y un vaso. El aspecto de aquel hombre no era precisamente edificante. Llevaba una guerrera verde abierta hasta la mitad del pecho y mal abrochada. Tenía la ropa llena de manchas oscuras, e incluso se había quitado una de las botas y un calcetín y seguramente se estaba limpiando las uñas de los pies con las uñas de las manos.

—Sí, ya lo veo, ¿y...?

—¿Tú crees que alguien así está aquí para defenderte?

Bocanegra intervino:

—Pues un trabajo así tampoco estaría tan mal. Al fin y al cabo, todos son iguales. Mande quien mande, siempre necesitará que alguien le haga el trabajo. Hay personas que han nacido para mandar, otras para ayudarlas a hacerlo y el resto del mundo tiene que obedecer...

Ramon Gort nunca hablaba de estos temas, ni delante de su hijo ni de nadie. La experiencia amarga de su querido comandante Sugrañes lo había vacunado. Pero que nunca hablara de estas cosas no significaba que no las pensara. Gort odiaba aquella corrupción constante, aquel ánimo depredador que podía captarse en la mirada de cualquier autoridad, y más en aquellos tiempos oscuros en que los reaccionarios lo querían dominar todo. Él, contrariamente a lo que era habitual, no se había hecho soldado durante la guerra contra los carlistas para tener la comida asegurada, sino que lo había hecho por un ideal. Pero lo que había visto en la guerra, y no solo entre los carlistas, lo había vuelto más reservado en estas cuestiones. Ya no estaba tan convencido como cuando era jovencito de que los tradicionalistas fueran unas bestias feroces que estaban en contra de toda libertad. Había conocido a muchos prisioneros carlistas, y aunque algunos de ellos eran unos fanáticos sin remedio de la Iglesia, muchos eran simplemente chicos de pueblo como él, que solo querían defenderse de los que, amparándose en la palabra libertad, se lo querían birlar todo: la tierra, la casa,

la vida. Y entre los cristinos, el tema de la libertad tampoco estaba nada claro. Había conocido a muchos oficiales que iban a la guerra simplemente para enriquecerse, que no dudaban en venderse los suministros de la tropa con tal de ganar dinero, que fusilaban a los prisioneros aunque les hubieran prometido un buen trato si se rendían, simplemente por el placer de verlos sufrir. Solo gente como Sugrañes o, aunque lo conocía menos y no le tenía la misma confianza, Prim, le parecía que compartían sus ideales, que eran honestos y leales. Por eso le enojó el comentario de Bocanegra.

—Pero ¿qué dices, Feliu? ¿Tú querrías vivir de las migajas que te dejan los mandamases? ¿Pasarte la vida pidiendo limosna o robando directamente a la gente?

—Hombre, visto así... Pero también tener las mujeres que quieras, y tener el respeto de la gente y dos uniformes al año, con botas y todo. Y poder llevar el fusil y el espadín sin que nadie te diga nada...

—¿Y qué esperas, entonces, para alistarte? —soltó en tono seco Ramon Gort.

—Ahora no me conviene. Ya no me veo haciendo estas cosas. Pero ahora en Barcelona hay muchas oportunidades. Es cuestión de conocer a la gente adecuada, y casualmente... —Bocanegra hizo una pausa dramática y volvió a sonreír sin avergonzarse de mostrar los dientes picados—. Casualmente, conozco a alguien del Gobierno Civil...

Al oírle mencionar el Gobierno Civil, Ramon Gort torció el gesto. El Gobierno Civil de Barcelona tenía aún peor fama que el de Tarragona. El nombre «Gobierno Civil» era bastante nuevo, pero como tantas otras cosas en España, el hecho de que el nombre sonara bien no significaba que respondiera a ninguna realidad positiva ni siquiera nueva. Tras tantos años de capitanías militares, había parecido que la aparición de los gobiernos civiles representaría una forma más dúctil, más flexible, de mandar. Pero a menudo los gobernadores civiles habían resultado todavía más salvajes, corruptos y crueles que los gobernadores militares, lo que en cierto sentido tenía su mérito.

—Y si conoces a alguien en el sitio correcto, ¡zas, por arte de magia se te abren las puertas! —aseguró Bocanegra mirando a uno y otro lado, como si alguien pudiera oírlos allá, en la parte superior de la diligencia, en medio de los sonoros chirridos y crujidos que acompañaban el movimiento del carruaje.

Jeroni Tarrés tomó la carta que le habían dado y la unió a las otras dos que tenía en la mano, sin descubrirlas. Cuando las tuvo bien agrupadas, las sujetó con la mano izquierda y, con el pulgar de la mano derecha, las fue moviendo lentamente de modo que él y solo él pudiera ver qué nueva carta le había llegado. Dos de los otros tres jugadores de la mesa donde estaba sentado estaban haciendo gestos muy parecidos. El cuarto en discordia, un joven de cabello rizado y mofletes generosos vestido con una chaqueta verde de solapas y bolsillos negros, miró la carta que le llegaba, alzó la vista con una mirada triunfal y sonrió ligeramente al ver la expresión de los otros tres jugadores.

Empezaba a estar aburrido de jugar a la brisca, pero aún era pronto para dirigirse a la Rambla, al edificio del Gobierno Civil. El jefe político, Serra Monclús, lo había citado a última hora de la tarde, y aunque en la sala de la chocolatera no había ventanas, Tarrés sabía que todavía faltaba por lo menos una hora para que el sol empezara a ponerse. Dio una calada al puro y, entre el humo, miró a sus dos compañeros, tan aburridos como él de jugar a la brisca con aquel cliente imbécil. A su derecha tenía a Agustí Sabatés, a quien Tarrés había encargado cobrar la protección de las mujeres y los proxenetas. Sabatés siempre había sido hábil golpeando a las mujeres sin dejarles ninguna señal, algo muy importante si se quería tener la mercancía en condiciones. Tarrés se fijó en el bulto que le hacía la chaqueta. Seguro que ahí llevaba una porra que se hacía él mismo con tierra y piedras envueltas en un trapo atado. La porra no parecía gran cosa, pero ninguna mujer, ningún chulo o ningún cliente mal pagador la olvidaba jamás después de experimentar sus efectos. Sabatés era siempre muy envidiado por los recién llegados a la Ronda de Tarrés, porque a menudo las prostitutas querían congraciarse con él insistiéndole en que probara sus servicios. Pero Tarrés lo había puesto al frente de esta rama del negocio porque sabía que Sabatés no estaba demasiado interesado en ello. Vivía con una mujer mayor y nunca había quedado claro, ni a Tarrés le interesaba realmente saberlo, lo satisfecho, lo calmado, lo frenado o lo que fuera que lo tenía, pero en cualquier caso, Sabatés se mostraba siempre muy frío ante los atractivos sexuales de sus protegidas.

Francesc Estop, que estaba sentado a la izquierda de Tarrés, era de otra clase. Si bien Sabatés tenía un aspecto que jamás te haría volver la cabeza, ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco, Estop era una persona que jamás podía pasar inadvertida. Alto, moreno, fuerte, con unas cejas muy negras y gruesas, y con una mandíbula que parecía una esquina: solo por eso ya llamaba la atención. La mirada de Estop tampoco era fácil de olvidar. Tenía el ojo derecho de color marrón muy oscuro, mientras que el izquierdo era azul claro. Esta distorsión daba a quien lo observaba la sensación de que no se sabía cuándo lo estaba mirando ni con qué intención. El ojo marrón siempre parecía cálido, mientras que el azul provocaba escalofríos. Estop, a quien todo el mundo llamaba El Chico, sabía el extraño efecto que producía su mirada dual y se aprovechaba de él para desconcertar a sus interlocutores. Tarrés lo había conocido en la cárcel, cuando había ido a reclutar a los componentes de su Ronda. Ahí, Estop, con su simpatía natural, había logrado entrar y salir del edificio cuando quería, simplemente pagando un pequeño soborno a los soldados de la entrada. Estop, además, era lo bastante listo como para saber cuál era su sitio en cualquier momento. En cuanto conoció a Tarrés, comprendió que aquel hombre estaba destinado a hacer grandes cosas y por eso se le acercó sin dudarle ni un segundo.

Tenía razón en cuanto a Tarrés. Desde muy pequeño había empezado a espabilarse, y nacer cerca del Portal de Sant Antoni te obligaba a espabilarte muy

pronto si querías llegar a los diez años. Tarrés había sabido que la fuerza solo tenía sentido si estaba al servicio de la voluntad. Cuando tenía diez años, y cuando ya hacía tres que no sabía nada de su madre, consiguió convencer a Roc Freginals, puede que el ladrón más hábil del Raval, de que podía serle útil. Tarrés procuraba lavarse bien, peinarse lo más hábilmente posible y disimular la ropa raída, y entonces, con un aspecto más angelical y con un fardo de papel envuelto en la mano, simulando que era un regalo, se paseaba delante de las casas más ricas de Barcelona y, simplemente, aguzaba el oído. Siempre, en algún momento, oía a las criadas que charlaban o a los mozos de cuadra que comentaban sus problemas, o incluso a algunos señores que renegaban de la situación política. Y con una información de aquí y otra de allá, el niño Tarrés iba elaborando un mapa mental de cuáles eran las rutinas de aquellas mansiones, quién trabajaba en ellas y a qué horas entraba y salía. Y también, aunque con menos frecuencia, qué bienes se guardaban en ellas. Esta información era la garantía de su supervivencia. Cuando Freginals recibía aquellos informes tan hábiles captados por aquel niño, aquella casa ya podía considerarse robada.

Con los años, Tarrés, que ya se había ido haciendo mayor, empezó a participar directamente en los robos. Pero, aunque era bastante hábil, no le gustaba, le parecía la parte más zafia de su trabajo. Además, Freginals era brutal y más de una y de dos veces los planes habían fracasado porque el ladrón había cometido alguna estupidez. El verano era el mejor momento para los robos, porque todas las ventanas estaban abiertas, y con el calor, las calles se llenaban de gente a todas horas, lo que disimulaba los ruidos que pudieran hacerse en una casa mientras la estaban robando. Un día de agosto, Tarrés, que no tenía más de catorce años, acompañó a Freginals a hacer un trabajo en la calle de la Cucurulla. Tarrés la había vigilado todo el día anterior y había confirmado que lo que había oído decir a unas criadas en los puestos de hortalizas del Pla de la Boqueria era cierto: los propietarios habían decidido irse unos días a una masía que tenían en Horta para huir del calor y del mal olor de la ciudad. Habían dejado la casa en manos de un matrimonio de criados que se pasaba el día en la calle y no regresaba hasta la noche, a dormir. Era una oportunidad de oro, porque la familia de la casa, sin ser la más rica de la calle, tenía un montón de dinero. Pero Freginals, como ya empezaba a ser habitual, se presentó borracho, y cuando Freginals estaba borracho, todos los que lo rodeaban sufrían. Entrar en la casa fue fácil, pero desde el primer momento Freginals empezó a romperlo todo. Mientras Tarrés revolvía los cajones en el piso de arriba para ver qué encontraba, Freginals golpeaba como un loco los muebles de la planta noble y renegaba con voz pastosa. El ruido de los muebles al romperse fue lo que probablemente impidió que Tarrés oyera que la puerta de la calle se abría. De hecho, no supo que el criado y su mujer habían entrado hasta que oyó los gritos de los tres, la pelea y los golpes. No corrió a ayudar a Freginals porque el ladrón se bastaba para librarse a golpes de quien lo hubiera sorprendido, y en un primer impulso buscó si había alguna escalera que accediera a la azotea para huir por arriba. Lo detuvo el hecho de que los gritos se apagaron y,

enseguida, oyó la voz de Freginals que lo llamaba.

—¡Jeroni, ven! ¡Ven, coño, ven, me cago en la hostia!

Cuando entró en la sala, Tarrés vio claro que a Freginals aquella vez la situación se le había escapado de las manos. En la entrada, tumbado en el suelo, había un hombre con la cabeza aplastada, muerto, al que le salía sangre de la nariz y la boca. A su lado tenía una navaja medio abierta que era obvio que no había utilizado. Después, apoyado en una mesa baja, estaba Freginals con una pierna torcida contra natura, blanco de dolor. Y, en el fondo de la sala, había una mujer rolliza, vestida de negro, con una figurilla de bronce incrustada en la cabeza, más muerta aún que el hombre de la entrada.

—Jeroni, tienes que ayudarme. Me parece que me he roto la pierna. ¡Ay, cabrones!

Quizás habría terminado ayudándolo, pero la lengua larga de Freginals lo condenó y, tal vez, cambió para siempre la vida de Jeroni Tarrés.

—¡Jeroni, tú estás tan metido en esto como yo! O me ayudas ahora o acabaremos los dos juntos estrangulados en el garrote. ¡Eso si no te mato yo antes, hijo de puta!

Tarrés no lo vio del mismo modo. Él no había hecho nada, pero eso a las autoridades les daría exactamente igual. Y podía ser que tener catorce años no fuera ningún tipo de atenuante porque la verdad es que ni él mismo sabía exactamente cuántos años tenía y, en cualquier caso, aparentaba diecisiete o dieciocho por lo menos. Y, además, conociendo a Freginals, lo más seguro es que un día no demasiado lejano haría que lo mataran para evitar que hablara. Tarrés pensó inmediatamente que solo había una solución.

—Espera, que te ayudo. Te sujetaré por detrás para levantarte.

Mientras lo decía, se agachó y recogió la navaja abierta del suelo. Pasó por detrás de la mesa y respiró hondo.

—¿Preparado?

—Sí, sí, hazlo ya, que no nos podemos quedar aquí demasiado rato —respondió Freginals.

—Tienes razón... Ahora mismo lo hago.

Con la mano izquierda le sujetó el pelo y, con un gesto rápido, le echó la cabeza hacia atrás, mientras que con la mano derecha clavaba la navaja en el cuello de Freginals y movía el brazo de un lado a otro. Jamás había hecho algo así, pero le resultó mucho más sencillo de lo que esperaba. La navaja trinchó el cuello con facilidad, y solo encontró algo de resistencia en la garganta, pero el impulso del brazo era tan poderoso que, prácticamente, le cortó la cabeza de un lado a otro.

El cuerpo de Freginals botó y cayó hacia delante, con la cabeza torcida hacia un lado, mientras una nube de sangre salpicaba la sala. Fue una pequeña explosión de sangre con un olor perturbador, de carnicería. Tarrés, todavía con la navaja en la mano, saltó hacia atrás para evitar mancharse y, con dos pasos, saltando por encima del hombre que Freginals había asesinado, llegó a la puerta. Se detuvo en ella para

comprobar lo que ya sabía, que los tres, los dos hombres y la mujer, estaban muertos y bien muertos. La mujer seguía con el busto de bronce incrustado en la cabeza y con el ojo que se le veía y que no había quedado destrozado muy abierto, observándolo sin verlo. Después estaba el cuerpo de Freginals, que todavía se estremecía con algún espasmo mientras sangraba sin cesar por el cuello abierto y dibujaba una especie de sonrisa horrorosa. Y, por último, el cuerpo, boca abajo, del criado, rociado ahora con la sangre de Freginals. Para comprobar si el criado estaba muerto del todo, le clavó la navaja en la espalda, y el cuerpo no se movió. Entonces Tarrés dio la espalda a la escena y se miró la ropa y, salvo las alpargatas, no se vio ninguna mancha. Aun así, fue a una de las habitaciones, tomó una jofaina que había con agua, se lavó cuidadosamente las manos y, de paso, limpió con una toalla las manchas más evidentes de las cintas de las alpargatas. Después regresó un momento a la sala, donde nada se había movido, para volver a asegurarse de que nada lo vinculaba con aquella matanza. Nada de nada. Nadie conocía sus tratos con Freginals, nadie. Y, si era discreto, nadie lo sabría jamás.

Subió a la azotea de la casa y saltó a la de la casa de al lado y después a la siguiente y a la siguiente. Cuando encontró un edificio de vecinos, se introdujo en la escalera y salió a la calle. Mientras andaba lentamente, como si paseara, pensó por primera vez en lo que acababa de hacer. De hecho, cada vez que pensaba en ello tenía más claro que había actuado bien. Conociendo a Freginals, era muy probable que una vez hubieran podido salir de la casa, y siempre y cuando un muchacho que ayudaba a un hombre con la pierna rota y manchas de sangre no hubiera llamado la atención de nadie, el ladrón se hubiera vuelto en su contra. El único testigo de los asesinatos habría sido él, Tarrés, y en condiciones normales no tenía nada que hacer frente a las malas artes de Freginals. Tarrés estaba seguro de que, después de ayudarlo, Freginals lo habría matado antes de acabar el día para borrar todo rastro. Así pues, ningún remordimiento. Pero de todos modos Tarrés no estaba satisfecho. No le había gustado nada matar, le había resultado un acto zafio y sucio. En la medida de lo posible, se prometió que, personalmente, no mataría más, y, por lo tanto, tenía que buscar gente que lo hiciera por él.

El crimen de la calle de la Cucurulla fue muy sonado y aunque el hecho de que Freginals apareciera degollado llevaba a suponer que había otro asesino, las autoridades no quisieron hacer demasiados aspavientos y explicaron, simplemente, que los criados, al defenderse, habían terminado con la vida del ladrón, pero que este también los había matado a ellos. No se había robado nada de nada, los criados no tenían familia, y si la tenían, era pobre, y los propietarios de la casa tampoco quisieron remover el caso. Uno de tantos crímenes de verano en Barcelona.

Para Tarrés, el asesinato supuso un antes y un después. Se aplicó a utilizar la inteligencia y la falta de escrúpulos mucho más que la fuerza bruta, y no le fue nada mal. A los veinte años ya se había hecho un nombre en determinados círculos y sus tentáculos llegaban a toda la ciudad de forma más o menos discreta. Entendió que ser

ladrón era un negocio muy pequeño, que robar un poco a los poderosos no cambiaba el hecho de que los robados eran quienes mandaban de verdad, quienes decidían cómo y de qué forma se robaba o se ganaba dinero, que para el caso era lo mismo. Y decidió convertirse él mismo en poderoso.

Ahora, quince años después, había recorrido medio camino. Se había convertido en el ejecutor de las decisiones que se tomaban en el Gobierno Civil, de hecho ahora era policía. El jefe era Ramon Serra Monclús, pero Serra era más político que otra cosa. Quien realmente mandaba la Ronda de Vigilancia, la policía política, era él. Tanto era así que todo el mundo conocía aquella policía como la Ronda de Tarrés y su nombre provocaba escalofríos. Bueno, a él no le provocaba ninguno, más bien le proporcionaba una gran satisfacción. Su nombre era temido en toda la ciudad. Él había elegido personalmente a los treinta miembros de la Ronda. En la Ronda no había nadie que no hubiera formado parte anteriormente de su banda o que no hubiera estado recomendado por alguien de confianza. A Sabatés, por ejemplo, lo conocía de cuando se metió en el negocio de la prostitución y, en cambio, a Estop lo había ido a buscar a la cárcel, recomendado por otro miembro de la banda, Pere Altimira, que había tenido tratos con él.

La Ronda, a cambio de ser la fuerza de choque de las autoridades, controlaba la mayoría de los negocios sucios que se hacían en Barcelona. Bajo el dominio de Tarrés y de Serra, Barcelona podía presumir ahora de tener la proporción más alta de prostitutas del mundo. De forma directa o indirecta, la Ronda controlaba unas doce mil, y en Barcelona vivían unas ciento noventa mil personas. Tarrés y los suyos se llevaban una parte de las ganancias de todas y cada una de las mujeres. Pero no solo controlaban las putas, también las grandes timbas que se hacían en la ciudad pagaban su tributo a los de la Ronda. Y hacía tiempo que Tarrés tenía puesta su atención en el suministro de ron en Barcelona, pero aún no había conseguido controlarlo del todo.

Y todo se controlaba a través de las chocolateras. Tarrés, con un toque de humor muy poco propio de él, había decidido que otro de los negocios que controlaría sería el de los establecimientos donde se vendía chocolate, aunque, bajo el dominio de la Ronda, el chocolate no sería el único servicio que ofrecerían. Ahora, en Barcelona, ir a una chocolatera era sinónimo de ir a una casa de citas donde se podía disfrutar del servicio de las prostitutas y donde se podía jugar a algunos de los juegos que en todas partes, salvo allí, estaban mal vistos.

—Y arrastro los tres treses, treinta puntitos más. ¡He vuelto a ganar! Je, je, je... ¡Mira que soy bueno jugando a la brisca! ¡Lo mío sí que es jugar!

El joven de los mofletes había vuelto a ganar. Estop miró a Tarrés para preguntarle con la mirada si tenía que hacer algo. Tarrés movió un poco la cabeza para indicar que no, que lo dejara correr, y se levantó de la mesa. Los otros dos miembros de la Ronda también lo hicieron inmediatamente. Solo el joven se quedó sentado, algo desconcertado por aquel final tan brusco de la partida.

—Señor, nosotros tenemos que irnos. Como su victoria ha sido incontestable, y

dada su elegancia y distinción, este establecimiento se honra en invitarlo a pasar un rato con una de nuestras empleadas más reputadas. Si quiere pasar detrás de esas cortinas, enseguida lo atenderán.

Tarrés había aprendido a hablar con educación cuando era necesario. El joven se levantó de la mesa arrastrando la silla y recogiendo el dinero de la partida.

—O sea... ¿qué quiere decir? —Miró a Estop y a Sabatés, sin entender muy bien qué decía aquel hombre.

—Que te invitamos a echar un polvo —aclaró Estop mientras le daba golpecitos en la espalda.

Finalmente lo comprendió y se le iluminó la cara.

—¡Muchas gracias! Es usted un caballero... Ahí es nada, un polvo... ¿Puede ser rubia? La chica, quiero decir.

Sabatés habló:

—No tienes tu suerte, muchacho. Pasa para dentro y espera.

Tarrés empezó a salir en cuanto el de los mofletes pasó a la otra sala.

—Chico, tú quédate aquí, y que aquel no salga hasta que no acabe.

—De acuerdo.

—Sabatés, ¿cuál es la puta con más purgaciones que tenemos ahora?

—Esta mañana he retirado una en esta misma chocolatera. Para mí que tiene sífilis.

—Envíasela a este imbécil y asegúrate de que le pega todo lo que pueda pegarse. Y cuando termine, le das una buena tunda y se lo explicas.

—Así se hará.

Mientras Tarrés iba andando por el local, tanto las putas como los clientes con quienes se encontraba se iban apartando a su paso. La mayoría porque lo conocían y sabían quién era y cómo mandaba. Los demás porque olía a problemas a la legua. Cuando salió a la calle con su bastón con el puño redondo en la mano, todavía era de día. Respiró hondo para quitarse de encima la peste de los puros, el perfume barato y el ligero tufo de sexo que desprendía la chocolatera. Lo que olió lo dejó muy satisfecho, porque era el olor de lo que más le gustaba en la vida: Barcelona.

—¡Qué peste!

Joan se tapó la boca y arrugó la nariz. Ahora, ya a la vista de las murallas, la ciudad de Barcelona se veía envuelta en un humo gris que nacía de muchísimas chimeneas que había, especialmente, en el lado meridional de la ciudad. Una ráfaga de aire había transportado el hedor de la ciudad hasta la diligencia, que estaba pasando en aquel momento por un pueblecito justo donde una montaña no demasiado alta empezaba a descender.

—Umm... ¡Ya extrañaba este olor! Sí que es asqueroso, hijo, no te diré que no, pero siempre que lo noto me emociono, ¿qué le vamos a hacer? —soltó Ramon Gort.

Bocanegra, al que parecía hacerle más bien ilusión enseñar los dientes oscuros,

volvió a reír, desprendiendo aquel aliento que dominaba por encima de cualquier hedor industrial.

—¡Vete a saber qué extrañas! ¡Lo que debes de haber hecho solo en Barcelona y con la familia en Reus!

—Feliu, no haces ninguna gracia.

Pero a Feliu Bocanegra le daba exactamente igual lo que dijera Ramon.

—¿Esto ya es Barcelona, padre?

—No, esto es otro pueblo, no sé muy bien si es Sants u Hostafrancs. Lo que pasamos ahora debe de ser Sants y aquel pueblo de más arriba, Hostafrancs, o al revés, no te lo sabría decir.

Ahora, con el ocaso, todo era animación. Aquellos dos pueblos rodeaban la carretera de Valencia, pero ya se veía que su gente no vivía solo de los transeúntes. Joan, que no podía seguir sentado de la excitación que sentía, ya no sabía dónde mirar. Desde el camino podía ver Barcelona al fondo, junto al mar. Una muralla inmensa, llena de torres de diversas formas, algunas redondas, otras cuadradas, cerraba una masa densa de edificios y de agujas de iglesias que competían con las columnas de humo de las fábricas. Junto a la ciudad, a mano derecha de la carretera, había una montaña coronada por una fortaleza que Joan vio enseguida que más bien apuntaba a la ciudad que a posibles invasores.

—Eso de ahí es el castillo de Montjuïc. Será mejor que no te lleven nunca, chaval, porque muchos de los que entran en él andando solo salen de la montaña echados en un carro. ¡Ja, ja, ja!

¡Qué pesado ese hombre y su sentido del humor idiota! Pero ni el pelmazo de Bocanegra podía distraer a Joan. Cuando parecía que la diligencia se dirigía directamente a Barcelona, dobló a la izquierda por un camino que más bien rodeaba la muralla. Se dirigían a un gran portal, donde se veía que había una gran animación. Mucha gente entraba o salía, aunque eran más las personas que hacían el mismo camino que la diligencia que las que salían de Barcelona en dirección a las poblaciones que rodeaban la ciudad.

—Mira, aquel camino es el paseo de Gràcia, ya llegamos... —indicó el padre, contento de ver a su hijo tan excitado.

—¿Paseo? ¿Paseo de qué gracia? —A Joan le pareció un poco ridículo aquel nombre, y que su padre se hubiera contagiado del sentido del humor absurdo de Bocanegra.

—¡De ninguna gracia, de Gràcia! Gràcia es el pueblo que está allá arriba, al final del camino, y como hay tanta gente arriba y abajo todo el día, llaman a este tramo de carretera «paseo de Gràcia».

Como tantos otros caminos muy transitados, aquel supuesto paseo era un lugar sucio y polvoriento. Los carros, los cabriolés, las diligencias, la gente a caballo, la gente a pie, hasta un rebaño de ovejas, todos se mezclaban y se movían sin demasiado orden, ocupando todo el paseo que, en realidad, parecía un ancho descampado más

que una vía. Durante el trayecto, que de hecho no era demasiado largo, la diligencia de Reus tuvo que frenar bruscamente un par de veces porque alguien había cruzado en medio. Pasaron junto a un caballo moribundo rodeado de gente que discutía y gritaba. Desde el banco de la diligencia, Joan vio cómo constantemente los hombres se quitaban el sombrero o, como mínimo, se lo tocaban rápidamente con un par de dedos para saludar a algún conocido, lo que hacía pensar que todo el mundo se conocía en aquel horroroso paseo. Cuatro o cinco niños muy sucios, con la cara llena de mocos, se acercaron a la diligencia para ofrecer flores y dulces, ambas cosas de un color indefinido. Ante la indiferencia de los viajeros, se fueron corriendo hacia un cabriolé con dos mujeres muy bien vestidas que subía de Barcelona. El olor que había sorprendido a Joan, además, se iba intensificando. Era una mezcla de carbón quemado, quizás el hedor más dominante, humedad, detritus y perfumes, una peste que no se parecía nada a la que él había respirado en Reus.

Poco a poco, las murallas habían ido cobrando altura. La diligencia se detuvo prácticamente delante del portal abierto.

—¡Ahora ten cuidado, Joan, que hay mucho chorizo que aprovecha este momento! —dijo Ramon Gort mientras saltaba de la diligencia con los tres sacos de garrapiñadas y el zurrón en la mano.

Joan tomó su zurrón y saltó al suelo, a la vez que lo hacía Bocanegra. Al sol ya no le faltaba mucho para ocultarse tras la montaña que dominaba la ciudad, más allá de Gràcia. Los dos mozos de la diligencia, ayudados por un par de empleados más que salieron de la nada, empezaron a descargar con mucha prisa los bultos que los viajeros llevaban cargados en el transporte. Al mismo tiempo llegaban y salían tartanas y alguna diligencia más con hombres y mujeres ajetreados. Joan estaba fascinado. Él, que creía que Reus era una ciudad donde la gente siempre iba demasiado agobiada, se encontraba ahora con un mundo mucho más acelerado. Hasta un hombre que se detuvo a su lado se sacó un reloj del bolsillo, lo miró y, sin referirse a nadie, exclamó:

—¡Llegaré tarde!

Eso era algo que Joan jamás había visto. Pero la prisa de aquel hombre parecía un mal generalizado entre los barceloneses. Bueno, no de todos, porque como ya había visto en la carretera, aquí, en el portal de la muralla, también había un grupito de soldados ociosos, esta vez con un par de oficiales que no hacían gran cosa. Sí, de vez en cuando, paraban a alguien con aspecto de menestral o de obrero y lo interrogaban o le registraban lo que llevaba, pero todo hecho con lentitud y poco cuidado.

—Yo os dejo aquí. Si quieres algo, Ramon, estaré alojado en una habitación en la calle de Sant Pacià. Y tú, chaval —dijo Bocanegra mientras acercaba la cabeza a la cara de Joan—, a ver si vas a una chocolatera, ¡que te lo pasarás la mar de bien!

Bocanegra dio media vuelta y se adentró riendo solo en la ciudad.

¡La ciudad! Ahí estaban los dos, plantados frente a un gran portal coronado por la figura de un ángel. El portal y la entrada estaban más o menos limpios, por lo menos

porque pasaba constantemente tanta gente que la suciedad se pegaba a los zapatos de los transeúntes y no se quedaba en el suelo. Pero, desde donde Joan y Ramon estaban, justo antes de cruzar el foso que rodeaba las murallas de la ciudad, todo se veía sucio y descuidado. Había restos de animales muertos, quizá perros o ratas, no podía distinguirse bien, trapos rasgados, barro gris. Un hilo de aguas negras rodeaba las murallas y, de algunos canalones, caía un chorrito de líquido espumoso de un tono indefinido que golpeaba el suelo con un ruido viscoso. Entre aquella suciedad había gente que hurgaba entre los restos del suelo buscando algo que para Joan resultaba incomprendible. Sobre todo había niños, algunos con carritos de mano donde ya tenían acumuladas maderas y basura de todo tipo. Ramon Gort se percató de que su hijo estaba impresionado. Él ya había vivido el espectáculo tétrico de la entrada de Barcelona tantas veces que realmente ni se daba cuenta del asco que podía provocar. Aun así, recordó la primera vez que había ido, cuando estaba luchando en la guerra, y aunque las circunstancias eran muy distintas, comprendió lo que sentía su hijo.

—¡Vamos, hijo, no te embobes, que pronto oscurecerá y todavía tenemos que ir a casa de los Bofarull!

Joan tomó las bolsas que había dejado un momento en el suelo y empezó a seguir a su padre hacia el interior de Barcelona. Pasaron junto a los soldados, que ni siquiera los miraron, y cruzaron el portal, que apestaba a meados. Una vez pasada la muralla, Joan se quedó embelesado. Si había creído que la entrada de Barcelona estaba llena de gente, aquello no era nada en comparación con el interior de la ciudad. No había ningún sitio donde dirigir la mirada y no ver a nadie. Decenas, centenares de personas de toda clase y condición iban arriba y abajo en una mezcla mareante. Joan había visto grandes multitudes, en las fiestas de Reus, por ejemplo, pero nada era comparable a aquello. Y no solo era a pie de calle. La mayoría de las ventanas de las casas estaban abiertas y era raro no ver a alguien asomado al balcón mirando la calle o hablando con alguien de otro piso o, incluso, rascándose, comiendo, silbando o cuidando de unos cuantos pajaritos. El ruido era, para Joan, ensordecedor, pero eso no parecía importar a los barceloneses, que competían entre sí para ver quién hablaba más fuerte. Mientras iban andando padre e hijo, uno al lado de otro para no perderse, Joan oía fragmentos de conversación de la gente. Todas las menudencias, todas las intimidades, todo estaba a la luz.

—¿Y aquí cuándo callan, padre?

—¡Ja, ja, ja! Aquí, ya lo verás, nunca callan. Barcelona es una locura, hijo. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—No lo sé... es... es... no lo sé...

—¡Ja, ja, ja!

El padre se lo estaba pasando bien con el aturdimiento de su hijo. Ahora, sin embargo, no estaba para monsergas, porque como le pasaba a menudo en Barcelona, no tenía demasiado claro dónde estaba. La ciudad siempre le había provocado una desorientación curiosa. Él no se perdía nunca en ninguna parte, pero cuando llegaba a

Barcelona, tomaba el norte por el sur, y el este y el oeste giraban sin sentido a su alrededor. Para ir a casa de Bofarull, Ramon Gort había memorizado un itinerario que le permitía llegar sin perderse, pero hoy había estado más atento a las sensaciones de Joan y eso lo había despistado. Se detuvo un momento para orientarse. A ver, aquella entrada era la del Portal de l'Àngel. Normalmente, una vez pasado el portal, tomaba la primera calle que encontraba y doblaba a la derecha hasta llegar a la Rambla. Pero esta vez se había pasado de largo aquella primera calle y la avenida se había ido estrechando, y de repente ya no sabía si tenía la Rambla a la derecha, si era hacia abajo o si era mejor volver atrás y regresar al portal para seguir el camino de siempre. Le sabía mal que su hijo notara que se había equivocado, pero el muchacho tenía claro que su padre no sabía dónde estaba. De hecho, no le extrañaba porque, a pesar de que su padre creyera que jamás se perdía fuera de Barcelona, lo cierto era que su sentido de la orientación ya había dado pruebas en Reus de no ser de los mejores.

—¿No recuerda cómo se va, padre?

—Sí, sí... Lo que pasa es que tengo que situarme. A ver, venimos de allá arriba...

Ramon señaló una calle por donde todavía no habían pasado en lugar de señalar el sitio de donde venían.

—¡No, padre, que venimos de esa calle de allá!

—Bueno, el caso es que tenemos que encontrar la Rambla, que es el paseo del interior de Barcelona, y yo desde ahí ya me situaré.

Joan decidió tomar la iniciativa. Conociendo a su padre, que en ciertas cosas era sorprendentemente tímido, sabía que podían pasarse mucho rato dando vueltas solo porque su padre no osaba preguntar. Un hombre con un sombrero de copa algo viejo se acercaba andando a grandes zancadas con un bastón con el puño redondo en la mano. Tenía cara de saber de dónde venía y adónde iba.

—Señor, señor, perdone... —dijo Joan mientras se cruzaba en el camino del hombre de aspecto ajetreado—. ¿Podría decirme...?

El hombre, sin reducir en ningún momento el ritmo, alargó el brazo y, con la mano, apartó contundentemente a Joan, mientras decía:

—No, no, no... —Y siguió a toda velocidad.

Joan se quedó patidifuso. ¡Era increíble, menudo tipo! En un momento lo perdieron de vista, calle abajo, perdido en medio de la gente que llenaba la calle.

—Aquí, en Barcelona, las cosas van así, hijo. Nadie se preocupa de nadie. ¿Sabes qué vamos a hacer? —dijo el padre—. Iremos por ahí, que tiene aspecto de ser una calle más principal y ya nos espabilaremos.

De repente, oyeron un grito que les llegaba desde encima de las cabezas.

—¡Eeeeh! ¡Aquí, aquí arriba!

Alzaron la vista y vieron que los llamaban desde un balconcito ridículo. Quien los llamaba era un hombre rollizo, calvo y con un bigote canoso.

—¿Dónde van? ¿Se han perdido? ¿De dónde son? —Todo esto seguido y gritando.

El padre contestó.

—¡Ah, hola! Es que queríamos ir a la Rambla... ¿por dónde se va?

—¿De dónde son? —insistió el calvo.

—De Reus —respondió Joan, también a grito pelado.

—Ah, Reus... Nunca he estado, yo, en Reus, pero mi hijo, sí. ¡Franciscu, Franciscu! —Volvió la cabeza hacia el interior de la casa y se echó a gritar—. ¡Aquí hay uno de Reus!

El hombre rollizo dejó espacio en el balconcito a una versión de sí mismo en joven. Un joven rechoncho, con unas entradas que apuntaban a la calvicie y con un bigote negro.

—Ellos, ellos son de Reus, Franciscu. ¿Los conoces?

—Pues no. ¿Y qué hacen dos de Reus aquí? —quiso saber el joven.

—Pues hemos venido a Barcelona a hacer un recado... —empezó a gritar hacia el balcón Ramon Gort.

Joan empezó a impacientarse. Su padre era así: hablar con alguien por iniciativa propia, no, pero si alguien se mostraba amable era capaz de darle la cartera. El muchacho decidió cortar la conversación:

—¿Podrían decirnos dónde está la Rambla?

A los dos hombres del balcón les sorprendió que el muchacho hubiera interrumpido la conversación de esa forma. Hablaron en voz más baja entre sí, y Franciscu dio media vuelta y entró rápidamente en su casa. Su padre se echó a gritar de nuevo a los Gort.

—No se muevan, que ahora baja mi hijo y los acompaña... Reus es muy grande, ¿verdad? —dijo mientras abría los brazos de punta a punta del balcón.

—No tanto como Barcelona... ¡Digo que no tanto como Barcelonaaaaa...! —gritó el padre.

Joan empezaba a sentir vergüenza. La gente, aunque no se detenía para nada, no dejaba de mirarlos. Pero su padre estaba encantado. Se abrió la puerta de la casa de los balconcitos y salió Franciscu con un botijo en la mano. Visto de cerca era todavía más rechoncho, y desprendía un olor a sudor rancio que tumbaba de espaldas. Pero no podía negarse que era simpático, pensó Joan.

—Está muy cerca, la Rambla... Los acompañaré y así aprovecharé para llenar el botijo de agua fresca, que con este calor apetece, ¿verdad? Allí, en Reus, sí que hace calor. Supongo que más en verano que en invierno, claro, aunque yo solo he ido en invierno. Bueno, de hecho, era hacia el mes de marzo, que aunque a veces ya puede decirse que ha llegado la primavera, no...

Joan tuvo la impresión de que Franciscu había dicho todo aquello sin respirar. Jamás había oído a nadie que fuera tan charlatán y que, al mismo tiempo, fuese capaz de decir tan pocas cosas con tantas palabras. Empezaron a andar por aquellas calles largas y estrechas, llenas de gente que aprovechaban la luz que todavía había en el cielo, aunque fuera tan tarde.

—¿Y hacia dónde van, si puede saberse...? —comentó Franciscu en medio de una cháchara interminable.

—Vamos a una calle que está hacia la parte inferior de la Rambla, bajando a mano derecha y después se vuelve a doblar a la izquierda... me parece. Y se llama, la calle quiero decir... ¡Ahora no me sale!

Joan miró a su padre con ternura. Un hombre que había estado en la guerra, que era capaz de sacar adelante la familia y un buen campo, que llevaba muchos de los negocios del señor Sugrañes y era claramente incapaz de orientarse en una ciudad a la que iba un par de veces al año...

—¡No se preocupe, jefe, que yo los llevo adonde haga falta! Tampoco tengo nada mejor en que ocupar el tiempo... —dijo Franciscu, contento de hacer de guía.

—Llévenos a la Rambla y después seguro que lo encontramos, porque una vez allí ya sé cómo ir. Antes de nada hay que pasar el teatro nuevo, ese que acaban de hacer...

—¿El Liceo? ¿Van al Liceo? ¡Caramba, qué categoría!

—¡No, no, Dios nos libre! No, no, vamos más abajo del Liceo. Es una calle que hay entre el Liceo y ese otro teatro, el de siempre, el del Hospital...

—¿Se refiere al Teatre de la Santa Creu? Huy, con mi padre vamos alguna vez a ver zarzuelas... Al Liceo, no, que es muy de señores...

Habían llegado a la Rambla. Era un paseo largo y no demasiado recto donde la gente iba más o menos por el centro de la vía, y los carros y los caballos, por los lados. Bueno, eso no era siempre así, por lo que podía verse. De todos modos, no fue la confusión del tráfico ni el gentío lo que dejó boquiabierto a Joan. A cada lado del paseo se alzaban unas farolas cerradas con cristales que tenían como un dispositivo de cobre dorado en la punta de donde salían unas llamas blancas, constantes y regulares que daban una luz blanca e intensa que Joan jamás había visto. En Reus las farolas eran muy diferentes y las alimentaban con aceite cada dos o tres días. Muy a menudo estaban medio apagadas y no era raro que humearan en medio de un olor a quemado y de una luz más bien tenue. Pero aquellas farolas de la Rambla no tenían nada que ver. Emitían todo el rato un ruido semejante a un pitido suave y, con solo unas cuantas aquí y allá, se veía todo el paseo iluminado como si fuese de día. Además, en el lugar donde la Rambla se ensanchaba, había algunas farolas de otro modelo, pero con el mismo dispositivo de cobre de donde salía la llama, pegadas a las paredes de algunas casas. Unas cañerías llegaban hasta cada farola, y Joan pensó que en Barcelona había un sistema para transportar el aceite hasta las farolas a través de unos tubos.

—¡Qué iluminación! —exclamó mientras señalaba con el dedo aquellas farolas tan relucientes.

—¡Ah, sí! Son mejores que las de aceite, ¿no? —dijo su padre—. ¿Cuánto hace que pusieron el gas, señor Franciscu?

Francisco se detuvo en medio de la Rambla y alzó los brazos de forma muy

teatral.

—¡Señor Franciscu! ¡Ja, ja, ja! ¡Nadie me llama así...! ¡Señor Franciscu! Ay, que no puedo hablar... —Medio atragantado de la risa, bajó los brazos y se los llevó a la panza—. Pues pondrían el gas hace dos o tres años, ahora no lo sé. Estas de la Rambla son más nuevas. Se ve bien, ¿verdad? ¡Y esto se lo dice el señor Franciscu! ¡Ja, ja, ja!

Joan se lo estaba pasando la mar de bien. Los dos acompañantes que habían tenido hasta entonces, tanto Feliu como Franciscu, eran dos imbéciles de campeonato, pero que fuesen tan tontos más bien le divertía.

Pasaron delante del edificio nuevo del Liceo y a Joan no le pareció nada del otro mundo, aunque su padre, con la ayuda errática de Franciscu, le explicó que aquel era el teatro de los señores, donde la flor y nata de la sociedad barcelonesa se reunía para sus fiestas. Poco después vieron a la izquierda la entrada de una plaza porticada de aspecto flamante. Y delante mismo de la plaza, al otro lado de la Rambla, un edificio grande con unos cuantos soldados en la entrada. Franciscu pareció ponerse nervioso.

—Ahora ya lo tengo claro, es esta calle hacia dentro y después hacia arriba... —aseguró Ramon Gort haciendo unos gestos ambiguos con las manos.

—Huy, no había caído en que aquí está la Prefectura y el cuartel de la Guardia Civil. Será mejor que nos apartemos...

—Pero si yo he pasado muchas veces por aquí y nunca me han dicho nada... —Ramon estaba extrañado.

—Pues ha tenido suerte, porque estos tienen muy malas pulgas...

Después de dejar atrás el edificio, dieron media vuelta y se escabulleron por una calle lateral.

—Mejor, mejor... Seguiremos esta calle hacia arriba para ir a parar a Nou de la Rambla, y hala, ya habremos llegado...

Ya hacía un rato que Tarrés estaba sentado en la única butaca de una sala pequeña, justo al lado del despacho de Serra Monclús, una sala que quedaba un poco apartada de donde normalmente circulaban los visitantes del Gobierno Civil, al que mucha gente denominaba aún la Prefectura. Siendo domingo por la noche tal vez no habría sido necesaria la discreción habitual, porque el Gobierno Civil estaba bastante vacío. Habitualmente, si Tarrés tenía que ver a Serra, conducían al policía por unos pasillos estrechos y destartalados hasta esa sala, que no era la que utilizaban las visitas oficiales. Aunque el cargo de Tarrés era del todo oficial y el Gobierno le daba todo el apoyo necesario, las autoridades no dejaban de ser conscientes de la fama siniestra del personaje, que daba más miedo que otra cosa, y por eso no les hacía demasiada gracia que se cruzara con algún prócer.

Pero hoy, ya había pasado incluso la hora de cenar de las personas decentes. Tarrés sabía esperar y también sabía por qué Serra Monclús lo hacía esperar, simplemente para recordarle quién era el jefe y quién el subordinado. Empezó a darse

golpecitos en la palma de la mano con el bastón con el puño redondo y a pensar. La asociación entre él y el político había ido, de momento, como una seda. Tarrés era plenamente consciente de que hasta entonces quien salía ganando era él. De todos los negocios que gracias al amparo del Gobierno Civil podía realizar en Barcelona impunemente, Tarrés tenía que pasar la mitad de las ganancias a Serra. Pero Serra jamás le había pedido cuentas de la liquidación y, por lo tanto, Tarrés podía, de hecho, entregarle el dinero que quería y que no llegaba, ni mucho menos, al cincuenta por ciento de las ganancias. Era una situación demasiado buena para que durase eternamente, y ya hacía tiempo que Tarrés esperaba una reunión tempestuosa después de que Serra hubiera descubierto de algún modo el robo al que era sometido un día sí y otro también. Que lo convocara un domingo a una hora tan tardía probablemente significaba que los buenos tiempos habían llegado a su fin.

Se levantó de la butaca y caminó hasta la otra punta de la sala. Que no hubiera ni una ventana no le hacía ninguna gracia. Dos lámparas de aceite no bastaban para iluminar correctamente la estancia, y la penumbra sofocante no lo ayudaba a tranquilizarse. Pero el motivo de la convocatoria no debía de ser la cuestión del dinero. A estas alturas, Serra, que no era nada bobo, ya tenía que saber que Tarrés y su pandilla se quedaban más de lo que les tocaba. Si hasta ahora no les había dicho nada, sería probablemente porque hoy se lo quería cobrar pidiéndole algo muy gordo. Matar. Le pediría que matara a una persona, o a varias; no creía que fuera otra cosa. Bueno, matar nunca sería un problema para su Ronda. En realidad, ya habían liquidado a un par que se había resistido a sus actividades, aunque se había hecho de forma discreta y nadie o, en todo caso, nadie importante, había sospechado de ellos. Y también habían matado a seis o a siete en el momento de la detención, por resistirse o porque tocaba. Pero, naturalmente, si Serra le pedía que matase a un prohombre, un militar o un industrial, por ejemplo, eso ya sería otro cantar. Quizá, si fuera así, todavía podría arrancar alguna concesión más... La puerta de la sala se abrió y un ujier le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Entró en el despacho de su jefe y se quedó plantado al lado de la puerta. Serra estaba sentado tras un escritorio. Encima de la mesa solo había un crucifijo, unas cuantas hojas de papel y un tintero. Y detrás de él, dos ventanas que daban a la Rambla flanqueaban un retrato especialmente mal hecho de la reina Isabel.

—Siéntate, Jeroni, siéntate...

Ramon Serra Monclús era todo un personaje. Muy bien peinado y con un gran bigote que se le unía a las patillas, fornido, siempre muy arreglado y risueño. Serra habría podido vivir de las rentas de sus propiedades toda la vida. Es cierto que habría tenido que vivir sin demasiados lujos, pero también sin ningún tipo de preocupación por lo que comería al día siguiente, lo que no era el caso de la mayoría de los mortales. Su padre había sabido aprovechar discretamente la desbandada de barceloneses que se fueron de la ciudad cuando la invasión francesa, a principios de siglo. Muchos, por una u otra razón, nunca habían vuelto o bien, cuando lo hicieron,

estaban completamente arruinados debido a la guerra. Serra padre había servido a los franceses sin hacer demasiado ruido y tampoco había dudado en simpatizar con los patriotas resistentes. Al final de la guerra fue de los pocos que había hecho crecer su patrimonio. Un edificio aquí, un almacén allá, unos campos próximos a la carretera de Valencia, una masía no demasiado grande cerca de Montcada... El hijo heredó del padre no solo las fincas y las rentas, sino también la habilidad de acercarse al poder de turno. Ramon Serra era ahora el comisario general de Vigilancia del Gobierno Civil, un cargo de nombre ostentoso que implicaba el control de todos aquellos que realizaban algún trabajo policial en la provincia de Barcelona. No es que fuese mucha gente y, además, los militares no se dejaban ganar demasiado terreno, pero con habilidad y mano izquierda, Serra se había vuelto imprescindible. Presumía de ser el hombre más conocido de Barcelona y puede que tuviera razón. De hecho, se encontraba tan a gusto entre los poderosos como entre la gente del pueblo, entre los represores como entre los reprimidos. Aunque muchos conocían el cinismo del personaje, no tenía la puerta cerrada en ningún rincón de la ciudad, y esta capacidad camaleónica le permitía prosperar sin demasiados miramientos.

Sea como sea, Jeroni Tarrés no se fiaba de él. No es que fuera del todo inmune a los encantos de Serra, pero llevaba toda la vida en la calle y sabía que las alianzas eran cambiantes y que el que hoy es un amigo mañana te lleva al garrote. Y en Barcelona pocos superaban a Serra en la habilidad de cambiar de bando y traicionar amistades.

—Te preguntarás por qué te he hecho venir hoy, a última hora del domingo, para hablar conmigo... —dijo Serra, sonriendo.

—No, señor, yo no me pregunto nada.

—Pues haces mal, Jeroni, haces mal... Uno siempre tiene que preguntarse el porqué de las cosas. Por ejemplo, yo ahora mismo me pregunto por qué te sudan las manos, cuando nunca te veo sudar... Y, aunque puedo imaginarme diversas razones, algunas de ellas inocentes, otras no tanto, a pesar de eso, mira cómo soy, no me preguntaré en serio por qué sudas... ¿Y sabes por qué, Jeroni?

Tarrés se lo miró, serio, sin decir nada. Serra, después de una pausa dramática, enseñó todavía más los dientes, como si se riera.

—Porque me importan un carajo tus nervios provocados quizás, y solo es una conjetura, claro, por una ambición excesiva a la hora de repartir las ganancias que tú y tus matones conseguís. No, en estos momentos ni tus nervios ni tu ambición me preocupan ni me molestan. Pero basta de cháchara, porque si no, te podría acabar aburriendo. Tengo que encargarnos un trabajo, pero esta vez quiero que las cosas se hagan especialmente bien, de forma fina y que nadie sospeche de vosotros o, de rebote, de las autoridades.

—Señor Serra, no tiene que preocuparse por eso.

Serra se lo quedó mirando, burlón.

—No, si las cosas salen mal quien tendrá que preocuparse más, como tú dices, no

seré yo, no...

—¿Qué tenemos que hacer?

—Mira, ¿conoces a este individuo? —preguntó Serra a la vez que sacaba de un cajón un papel grabado que representaba a un hombre joven, muy solemne, que lucía una barba espesa y oscura, y dos cejas finas y altas. Oír hablar a aquel hombre dibujado, pensó Tarrés, seguro que dormía a cualquiera.

—No lo conozco de nada.

—Pues fíjate bien, porque tus hombres tienen que matarlo mañana por la noche. ¡Pero cuidado! No quiero que nadie piense que habéis sido vosotros ni, obviamente, el Gobierno Civil. Se me ha ocurrido que, aprovechando que es la noche de San Juan, simuléis que hay una pelea de borrachos.

Tarrés miraba fijamente el retrato, que tenía aspecto de haberse hecho para alguna revista ilustrada o para las páginas interiores de un libro. Probablemente, pues, aquel individuo era escritor o periodista, un literato sin importancia, era de suponer. Decidió demostrar a su jefe que a él no se le escapaba nada.

—¿Y por qué tenemos que matar a este periodista? ¿Qué ha hecho?

—¿Cómo sabes que es periodista? —exclamó Serra en un tono mucho más seco que el que había utilizado hasta aquel momento—. ¿No decías que no lo conocías?

—Tiene pinta de ser periodista, nada más...

—No juegues conmigo, Jeroni, que acabarás mal... Pues sí, es periodista, como veo que ya sabes. Se llama Francesc de Paula Cuello y nos conviene que deje de fastidiar.

—Pero ¿a qué viene tanto secreto? Si quiero, puedo hacer que lo detengan, le pegamos una paliza y le durarán poco las ganas de chistar. Una muerte es siempre escandalosa, siempre enoja... En cambio, unas hostias bien dadas...

—¡Jeroni! —estalló Serra—. ¡Ya sabes que no tolero las blasfemias! ¡Si no respetas lo que es sagrado, no sé si te quiero trabajando conmigo!

—Disculpe, señor Serra, no lo diré más, pero tengo razón. O si quiere, se me ocurre ahora, podemos secuestrarlo con cuidado, llevarlo fuera de las murallas y ahogarlo en alguna acequia para que parezca un accidente.

Serra se lo quedó mirando. No era mala idea, no. Pero enseguida se lo quitó de la cabeza. Tarrés era brutal, pero sabía ser discreto. Ahora bien, los miembros de su Ronda eran otra cosa. Si tenían que secuestrar a Cuello en Barcelona, llevárselo discretamente fuera de las murallas y ahogarlo, al día siguiente media Cataluña sabría quiénes eran los culpables del asesinato, y eso no se lo podía permitir. La decisión de asesinar a Cuello no era suya, sino que había venido de muy arriba. Cuello molestaba y los de arriba estaban convencidos de que estaba llamado a ser el futuro líder de los enemigos del régimen. Abdó Terrades vivía ahora en el exilio y, además, tenía mala salud. Estanislau Figueres nunca llegaría a nada, pero Cuello... Cuello era otra cosa. Demasiado decidido, demasiado buen escritor, demasiado buen orador, demasiado dúctil. Había que eliminarlo, pero sobre todo, había que ser discreto. Si alguien

sospechaba que el Gobierno estaba tras la muerte del dirigente demócrata, el golpe podría volverse contra el Estado. Si todo iba mal, Serra Monclús podía pegarse un batacazo. Pero si las cosas se hacían bien y sin hacer demasiado ruido, tal vez el cargo del gobernador civil estaría a su alcance y después, quién sabe, quizás el de ministro... La cara de impaciencia y de asco de Tarrés sacó a Serra de su ensueño.

—No, lo haremos como te he dicho. Este individuo es uno de los dirigentes del Partido Democrático y es cada vez más popular. Es peligroso porque es simpático, honrado y, al mismo tiempo, sabe ser implacable. No lo podemos dejar circular por la calle, y lo mejor es que ya no pueda circular nunca más. Mira, te he dejado el camino medio abierto. No hace demasiados días vino con otro a este mismo despacho a pedir permiso para hacer un homenaje al cabrón de Estanislau Figueres y al final le dije lo que digo siempre a todos estos revolucionarios, que sus mejores amigos están conspirando para matarlos. Eso los asusta siempre y los divide —aseguró, encantado de sí mismo.

Tarrés no sabía a qué venían tantas explicaciones. Estaba bien tener la información, porque nunca se sabe si será necesario utilizarla para algo, pero en definitiva, lo que le interesaba eran más bien las cuestiones prácticas del encargo.

—O sea que cuando lo matéis, ¡más de uno y más de dos creará que han sido ellos mismos!

—Yo solo sé que ahora lo más seguro es que, después de la conversación con usted, tome más precauciones, y que será difícil sorprenderlo solo, y más la noche de San Juan...

—Bah, pamplinas... Vosotros sois muchos y basta que lo tengáis localizado hacia el anochecer, cuando seguro que irá a celebrar la verbena a los jardines del General o al pozo de Sant Guim, para tenderle una trampa. Los detalles te los dejo a ti. Piensa que es de esa clase de gente que cree que solo con lo que se dice, el mundo cambia. O sea que seguro que irá desarmado y sus amigos, si va con alguien, también. No tenéis que tener ningún problema.

—Esperemos que sea así, señor Serra. Teniendo en cuenta los peligros, supongo que yo me llevaré algún beneficio extra, ¿no?

Un rayo de ira cruzó un momento los ojos del político. ¡Qué huevos tenía Tarrés! Después de que lo hubiera puesto a su servicio y de que se enriqueciera gracias a su amparo, ahora todavía le pedía más.

—Mira, Tarrés, no sé qué te pasa, pero me estás hartando. Ve a hacer tu trabajo y nunca olvides quién manda. Te lo diré muy claro: si todo sale como tiene que salir, lo que sacarás es que seguirás siendo el jefe de la Ronda. Si sale mal... Más vale que no salga mal. —Serra calló un momento, repasó a Tarrés con la mirada y soltó, con mucha sequedad—: Ten, toma el retrato y ya puedes irte. Sal por detrás, que no quiero que te vean por aquí a estas horas.

Serra se levantó y se puso a mirar la Rambla por la ventana. Tarrés, pasado un momento, también se levantó, se puso el sombrero y salió muy cabreado. ¡Un

asesinato! ¡Pelea de borrachos! ¡Noche de San Juan! Todo aquello le olía a desastre inminente.

En casa de los Bofarull dejaron dormir a los Gort en una habitación del cuarto piso, al lado del piso que tenían los porteros del edificio de la calle de Sant Ramon. Los Bofarull disponían de la planta baja, del principal y del primer piso, después había un par de pisos alquilados y, finalmente, la buhardilla donde vivían los porteros y había aquella habitación poco cuidada, pero que a Joan le pareció magnífica, de señores.

Joan, en la cama que aquella noche tendría que compartir con su padre, pensó que le costaría conciliar el sueño. Todas las emociones del día, el hecho de estar por primera vez en Barcelona, los ruidos que llegaban de la calle, tan distintos de los de la masía de Reus...

No abrió los ojos hasta muchas horas después, y porque tenía muchas ganas de mear, porque si no, tal vez todavía se habría quedado un rato más en la cama. Aunque desde la ventana no podía ver directamente el sol, le pareció que era más tarde de lo que estaba acostumbrado. Su padre ya se había levantado y, apremiado por el hambre y por cierta vergüenza, Joan se lavó la cara, se vistió y bajó al primer piso.

La criada, una muchacha arisca que no paraba de decir que había nacido en Sant Gervasi, que vete a saber tú dónde diantre estaba aquel pueblo, le sirvió un plato de lentejas que habían sobrado de la noche anterior, pan y un huevo duro. Aunque el desayuno era un poco raro, Joan se chupó los dedos.

No era tan tarde como creía, pero como era veintitrés de junio, el sol había salido muy temprano. En las clases de la rectoría le habían explicado que esa noche, la noche de San Juan, la de su cumpleaños, era la noche más corta del año. Nunca se había pasado una noche entera despierto; bueno, no es verdad, la noche que murió su madre, sí, pero si su padre se lo permitía, hoy podría ser la primera de verdad.

Bajó a la planta baja, donde esperaba encontrar a su padre con el señor Bofarull. La planta baja de aquella casa, que era muy nueva, había estado pensada por Bofarull para que le sirviera de almacén, aunque según su padre eso había sido un error. En Barcelona los almacenes de comestibles estaban más cerca del Portal de Mar y del barrio de la Barceloneta. Lo de poner almacenes en el Raval, que era el barrio donde estaba la casa de los Bofarull, ya había pasado de moda. De hecho, menos mal que la calle de Sant Ramon iba a parar a una calle ancha que desembocaba en la Rambla, porque si no, los comestibles de la casa Bofarull se habrían quedado bien cerrados en aquel barrio tan ajetreado.

—¿Y qué, muchacho, cómo se duerme en la buhardilla de mi casa?

A primera hora de la mañana, Robert Bofarull lucía unas mejillas rosadas, fruto de una piel blanquecina y pecosa. Desde que lo había conocido la noche anterior no había soltado un puro estrecho, retorcido y que no sacaba demasiado humo, aunque echaba una peste que tumbaba de espaldas. Daba la impresión de que le gustaba más salivarlo que fumarlo, lo que visto el aspecto asesino del puro, a Joan no le extrañaba

nada.

Bofarull y Ramon Gort estaban de pie ante un par de cajas apiladas que les servían de mesa. Sobre las cajas había un libro enorme con hileras negras y rojas donde se anotaban las entradas y salidas de material del almacén. Bofarull, Ros, Pujol y Compañía hacía un poco de todo, desde importar telas de Manchester hasta exportar aguardiente de Reus y, si se terciaba al revés, pues al revés, se importaban bebidas de Inglaterra y se exportaban paños de Cataluña, no había ningún problema. Bofarull —porque de Ros, de Pujol y del resto de la compañía nadie había oído nunca nada— compraba prácticamente toda la cosecha de aceite y parte del aguardiente que salía de las tierras y de los alambiques propiedad de la familia Sugrañes. Pero la manía que el comandante Sugrañes tenía a Barcelona en aquellos tiempos había hecho que el interlocutor habitual con Bofarull fuese Ramon, el hombre de confianza de Sugrañes desde la guerra carlista y el hombre que había estado a punto de morir al lado del comandante cuando el bombardeo de Reus del año cuarenta y cuatro.

—Joan —dijo su padre—, ven, que te enseñaré a hacer balance con el señor Bofarull.

Al principio, poder participar en la actividad de los dos hombres interesó mucho a Joan. Entendió enseguida cómo funcionaba la contabilidad del almacén. No era tan difícil, solo se tenía que ir apuntando las mercancías y su valor en dos columnas, una de debe y otra de haber. Lo que parecía más importante de todo era tener una letra fina, ondulada y pulida. No pasó demasiado rato antes de que Joan empezara a aburrirse. La conversación sobre el precio de las avellanas que mantenían los dos hombres hizo que el muchacho empezara a mirar más de una vez al techo antes que a su padre y a Bofarull.

—Me parece que tu hijo no se entretiene demasiado... —dijo Bofarull, sonriendo—. Ten, chico, toma este dinero y ve a pasear un rato.

Bofarull sacó un par de monedas del bolsillo del chaleco y las puso en la mano de Joan. Ramon Gort empezó a protestar, pero Bofarull le hizo callar enseguida.

—Barcelona es una gran ciudad y el chaval tiene derecho a comprarse alguna delicia. ¿Sabrás llegar a la Rambla?

—Sí, señor Bofarull.

—Pues cuando llegues a la Rambla, sube y, cuando lleves un rato andando, a mano izquierda verás unos porches muy grandes que están llenos de puestos. Es el mercado de la Boqueria, ve y cómprate algo dulce... ¡Pero si mañana es San Juan! Seguro que venden tortas... Ve, ve, y compra una para la noche, anda...

Joan tuvo claro que si no se iba a toda velocidad, su padre encontraría el modo de retenerlo. Con las monedas aún en la mano, se sacó la gorra del bolsillo, se la puso y salió disparado a la calle. Solo habían pasado unas horas desde que había llegado a Barcelona, pero si el día anterior las calles le habían parecido abarrotadas, hoy casi no se podía andar sin chocar con alguien. Había gente que iba arriba y abajo por todas partes. Las instrucciones para llegar a la Boqueria eran muy claras, pero Joan se había

imaginado que la Rambla cruzaba totalmente Barcelona o, por lo menos, aquella parte de Barcelona, desde la muralla hasta el mar. De modo que una vez llegara a la Rambla, le bastaría con subir o bajar un trecho y, al final, llegaría a la Boqueria. Era imposible perderse. Por eso decidió investigar un poco por aquellas calles y ver algo más de Barcelona antes de llegar al mercado. Subió, pues, la calle de Sant Ramon y se adentró por unas calles que serpenteaban y se torcían. A pesar de que brillaba mucho el sol, muchas de esas calles angostas eran oscuras, porque las casas que las formaban eran, en su mayoría, las más altas que Joan había visto jamás. Se detuvo frente a un edificio y contó hasta nueve pisos. ¡Nueve pisos! El portal estaba abierto, y la tentación de entrar a echar un vistazo fue irresistible.

La escalera era muy oscura y estrecha, y olía a meados. Aunque continuamente entraba y salía gente, nadie lo miró. Subió un piso hasta llegar a un rellano estrecho que daba a dos puertas. Una estaba medio abierta, pero Joan no se atrevió a entrar para que nadie pensara mal de él. Volvió a bajar, pero aunque los ojos se le habían acostumbrado un poco a la oscuridad, no pudo evitar pisar algo pringoso que había en el suelo. Para no caer peldaños abajo, se sujetó a una cuerda que colgaba entre las escaleras. Al tirar de ella, sonó como si tuviera un tambor atado al final, probablemente en el noveno piso. ¡Pom! El sonido del tambor debía de ser una señal, porque cuando todavía no había acabado de recuperar completamente el equilibrio, empezó a salir gente a mirar y a gritar por el hueco de la escalera.

—¿Quién anda ahí? ¿A quién buscas? ¡Xiscuuuu! ¡Niños, ya podéis subir! — Todo esto dicho por personas distintas, en tonos distintos y a la vez.

Joan salió a la calle deprisa, antes de que todos esos locos lo detuvieran. «Que sitio más horroroso», pensó. Y esa casa era solo una de las muchas de aquella ciudad inmensa y neurótica. Y los bajos de esos edificios estaban siempre ocupados por tiendas de comestibles, por talleres de todo tipo que hacían cachivaches, por almacenes apestosos, por bodegas oscuras... Delante, dos niños golpeaban chapa para hacer unas lámparas; un par de puertas más allá, un gran tonel servía de mesa a un hombre que bebía vino; al otro lado de la calle, dos mujeres sacudían colchones y tres pasos más allá, yacía un perro muerto. Y excepto Joan, nadie parecía sorprenderse de este espectáculo constante. Además, las aceras, cuando existían, estaban llenas de suciedad, pero aun así era más fácil circular por ellas que por el centro de las calles, hecho de adoquines mal ajustados y constantemente recorrido por carros, caballos e, incluso, alguna vaca que iba al matadero. Algunos edificios tenían chimeneas que rara vez no humeaban. Como no era un día ventoso, los diversos humos se mantenían sobre aquellas calles, y entre la altura de los edificios, la estrechez de las vías, los humos, el calor y la humanidad, el ambiente era asfixiante. Joan sudaba y buscaba una fuente para beber, pero lo cierto era que algunos chorros de agua que manaban normalmente de la pared de alguna casa no despertaban demasiada confianza. Pensó que cerca del mercado seguro que habría alguna fuente, porque el mercado necesitaba agua. Por lo tanto, como antes lo encontrara, mejor.

Decidió subirse a un pilón de piedra de una esquina para ver un poco por encima de la gente y cuando lo hizo, el espectáculo inusitado de aquella Barcelona tan intensa lo impresionó de nuevo. Por encima de las cabezas de los transeúntes, las calles parecían un organismo vivo, una especie de gusano formado por centenares de hombres, mujeres y niños, animales de todo tipo, carros y cabriolés; un animal que emitía un ruido inmenso, ensordecedor, formado por las conversaciones y los gritos de los barceloneses, por los chirridos de las máquinas de los talleres, por los gruñidos de las bestias, por el tintineo de los carros saltando sobre los adoquines desiguales. Se quedó un momento mirando, embobado, cuando oyó que alguien gritaba su nombre:

—¡Joan! ¡Joan! ¡Aquí, chaval, aquí!

Dirigió la mirada al final de la calle que le quedaba a la izquierda y fue incapaz de ver a nadie conocido hasta que, de repente, Bocanegra se plantó debajo de donde él estaba.

—¿Te crees Napoleón, ahí subido? ¡Hay que ver, quién me lo iba a decir! Ya me lo imaginaba, ya, que volveríamos a encontrarnos. Y mira que Barcelona es grande... ¿Qué? ¿Dónde ibas?

¡Qué pereza encontrarse a Bocanegra, precisamente cuando acababa de adquirir un poco de libertad! Intentó deshacerse de él lo antes posible...

—Voy a hacer un recado a la Boqueria. Y tengo prisa...

—¿A la Boqueria? ¡Ah, el mercado de la Boqueria! Pues mira qué casualidad, yo también voy para allá. Te acompañaré. ¿Y qué vas a comprar?

¡Qué imbécil era a veces! ¡No tenía que haberle dicho donde iba!

—Coca de San Juan.

—¡Pero si la Boqueria no es un buen sitio para comprarla! ¿No ves que están todas las campesinas con el averío y las moscas y la verdura podrida...? ¡Ahí no se pueden comprar dulces, hombre! ¿Sabes qué? ¿Te acuerdas que te dije que tenías que ir a una chocolatera? Precisamente ahora iba a una, y supongo que, si no es torta, tendrán algo parecido, algo muy dulce, seguro... ¡Ja, ja, ja!

¡Otra vez esa risa sin sentido! ¡Y esa boca llena de muelas picadas!

Por si eso fuera poco, Bocanegra rodeó los hombros de Joan con un brazo y empezó a andar a paso firme.

—¿Porque tú cuántos años tienes, chaval?

—¿Yo? Mañana cumpla catorce... ¿Por qué?

—Umm... Un poco demasiado joven. Pero no pasa nada y, sobre todo, si terminas tomando solo chocolate...

En cuanto Bocanegra lo soltó, el primer impulso de Joan fue salir pitando. Pero se contuvo, porque a pesar del calor y a pesar de que la presencia del antiguo soldado no le gustaba demasiado, la posibilidad de tomar chocolate lo entusiasmaba.

—Pero ¿no hace demasiado calor para tomar chocolate? —comentó Joan, ya rendido a la idea.

—Hombre, es un sitio donde el calor es siempre bienvenido. ¡Ja, ja, ja! No pasa

nada, seguro que también lo tienen frío. Se puede tomar con leche enfriada, supongo. Tú, sobre todo, no te preocupes. Tienes que saber que las chocolateras de Barcelona son un poco diferentes de las de Reus. En Reus hay, ¿no?

—Sí, pero nunca vamos.

Cruzaron la Rambla y siguieron por unas calles tan serpenteantes como las que acababan de dejar. Finalmente llegaron a un establecimiento donde había un letrero bastante despintado que rezaba «Xocolata Armenter». Aunque había un escaparate, como en cualquier tienda, lo cierto es que todos los cristales estaban cerrados con maderas. Solo un farolillo rojo de aceite que se balanceaba por encima de la puerta, encendido a pesar de que era de día, mostraba que en aquella tienda había algo de actividad. Antes de que Bocanegra pudiera llamar a la puerta, esta se abrió, y salió un hombre vestido estrafalariamente con una chaqueta verde con solapas y bolsillos negros que quizá le iba un poco pequeña, lo que todavía realzaba más su envergadura. Aun así, lo que llamaba más la atención eran sus ojos, de colores diferentes.

—¡Bienvenidos, señores! Bienvenidos a la chocolatería Armenter, la que tiene los servicios más variados de la ciudad. Pasen, pasen...

Un recibimiento extraño para una tienda de chocolate, pensó Joan.

—Sospecho que puede ser la primera vez que este joven nos visita.

—Sí, y no sabe muy bien de qué va... No conoce los productos que pueden ofrecerle, a parte del chocolate —rió Bocanegra.

—Si quiere chocolate, también tenemos chocolate... —aseguró, burlón, Estop, que los había recibido.

Al entrar, a Joan le costó un poco adaptar los ojos al ambiente del interior. No parecía que fuera fuese de día. El local no tenía nada que ver con la chocolatería de Reus, donde todo era luminoso, con mesas de mármol, sillas de madera y camareros vestidos con chaleco negro y camisa blanca. Aquí, la sala estaba llena de sofás y butacas, con alguna mesita baja de madera, y las paredes estaban forradas de terciopelo verde y rojo. Al fondo se veía un pasillo y, al lado, una puerta abierta permitía atisbar una habitación con una mesa alta de madera con un tapete verde, como las que había en el casino de Reus.

—Verá, el chico es amigo mío, pero no lleva dinero para un servicio —dijo Bocanegra a Estop—. ¿Verdad que no? ¿Cuánto dinero llevas, Joan?

Aunque Joan sabía perfectamente cuánto dinero le había dado Bofarull, solo se sacó un par de monedas del bolsillo, no todas.

—Llevo esto... una moneda de dos reales y otra de cinco. No llega a dos pesetas...

—Para tomar chocolate sí que te llega, pero poca cosa más... Hombre, como es la primera vez que vienes, puedes quedarte en el salón mientras hacemos el desfile... Porque supongo que el señor sí que desea utilizar nuestros servicios —comentó Estop, poniéndose serio.

—No habrán subido los precios este año... —dijo, algo preocupado, Bocanegra.

—¡No, no! Hombre, ahora tal vez habría que ser un poco más generoso con la propina para las pupilas, pero el servicio básico con las chicas normales sigue costando cuatro pesetas. Ahora bien, si se quiere algo especial...

—Ya me gustaría, ya, pero no puede ser. Y lo que no puede ser, no puede ser —respondió Bocanegra mientras se frotaba entre sí el pulgar y el índice de la mano.

—Así pues, el joven tomará chocolate.

—Sírvanselo frío, que hace calor —precisó Bocanegra.

—Frío, entonces. ¿Y el señor? ¿Anís o coñac, o quizás alguna otra cosa?

—¿Tienen ron?

—De Cuba, muy gustoso. Ahora mismo se lo ordeno, mientras llegan las chicas. Nos veremos antes de salir, porque yo siempre vigilo que todo vaya bien, ¿me entienden? —Estop cambió el tono claramente para recalcar la posible amenaza. En esa chocolatera no querían líos.

—No, no, nosotros no somos de esa clase, no... ¿Verdad, Joan? ¿Verdad que no?

Joan no podía creerse lo que estaba pensando. Por un lado, ese hombre había dicho que ahí servían chocolate, y no parecía ninguna ironía, de hecho había salido de la estancia para encargarse de la bebida. Pero lo que estaba claro era que ahí pasaba algo muy raro, por lo menos para él, y no para Bocanegra, que parecía saber perfectamente de qué iba el asunto. A Joan no le parecía posible que aquellas chicas de las que hablaba el encargado, aquellos servicios de cuatro pesetas, aquellos sofás... No, no podía ser, ¡aquello era una chocolatera! Antes de que Joan llegara a decir nada, Bocanegra decidió que era mejor revelar el misterio.

—Joan, puede que la situación te resulte algo extraña...

Silencio.

—Desde hace cierto tiempo, las chocolateras de Barcelona han cambiado, no son como las de todas partes; seguro que todas las de donde tú eres son, si las hay, como las de antes. Aquí no... No sé si te has fijado, pero ¿a que no has visto ninguna puta por la calle? No se ven, ¿verdad? Es que ahora están todas en locales, ya no hacen la calle. Ahora están todas aquí, en las chocolateras.

O sea que no estaba loco ni demasiado obsesionado. ¡Lo que se había imaginado era cierto! Casi sin quererlo, había entrado por primera vez en un burdel. Las historias que le había explicado el hijo de Sugrañes de sus relaciones con las putas de Tarragona le vinieron inmediatamente a la cabeza. Mujeres desnudas corriendo por una sala, música exótica, humo perfumado, miradas de fuego... Cuando Joan le había oído contar la incursión en el burdel de esa forma, no se lo había creído, lo había encontrado demasiado fantasioso, pero ahora, sentado en ese sofá de la chocolatera Armenter, empezó a pensar que todo aquello podía ser cierto.

—Ahora saldrán unas cuantas chicas. Tú no te preocupes porque ya deben de saber que no tienes dinero, o sea que no te harán demasiado caso. Yo me iré hacia dentro con alguna de ellas, pero no estaré demasiado rato. Mira, ya están aquí...

Primero entró una mujer que a Joan le pareció muy mayor con una bandeja con las dos bebidas, una taza de chocolate sin platito y un vaso de cristal poco transparente con un líquido oscuro, acaramelado. Y tras ella entraron dos chicas más, vestidas muy de andar por casa. Joan no las encontró nada bonitas, pero saber que eran prostitutas lo excitó. Aunque le daba vergüenza pensarlo, en las últimas misas a las que había ido, aburrido de oír los cantos y los ruidos apagados de la iglesia, se había dedicado a imaginar desnudas a algunas de las mujeres que se sentaban en los bancos de la derecha. No se había atrevido a confesarlo al señor rector, aunque estaba seguro de que imaginar mujeres desnudas durante una misa tenía que ser un pecado horrible. Por suerte, así como su madre sí que había querido ir a misa hasta que el cuerpo le dijo basta, su padre siempre encontraba algo mejor que hacer. Los domingos y las fiestas inmediatamente posteriores a la muerte de su madre, su padre había ido a la iglesia parroquial, pero poco a poco la costumbre decayó y después de Semana Santa ya no habían vuelto.

—¿Por qué no tomas el ron y nos vamos a la habitación, guapo? —dijo una chica con acento del Urgell o la Segarra.

Bocanegra, con lo lanzado que había sido hasta aquel momento, se volvió sorprendentemente tímido. Se ruborizó y sonrió sin abrir la boca. Joan pensó que era la primera vez que lo veía ocultar los dientes picados.

—No, me lo beberé aquí. —Bocanegra sujetó el vaso de ron y se lo tomó de un trago—. Vamos para dentro.

Tomó a la chica de Lleida y se fue con los ojos enfebrecidos sin decir nada más. Joan se quedó sentado en el sofá, con la taza de chocolate frío delante, y con las dos mujeres, la que había llevado las bebidas y otra prostituta, una mujer que Joan era incapaz de decidir la edad que tendría de lo pintada que iba, los tres en silencio. Finalmente, la mujer mayor suspiró y se dejó caer en una butaca, mientras que la otra mujer se quedó de pie, limpiándose una uña con un bastoncillo que se sacó del vestido.

Joan se sentía ridículo. Bebió sin ganas, porque se le habían quitado. El chocolate estaba aguado y solo pudo dar un par de tragos. Pasado un rato, la mujer maquillada se fue y la otra estaba tan quieta en la butaca que Joan pensó que se había dormido.

—Señora... Señora...

—¿Qué quieres, niño? —soltó bruscamente la mujer de la butaca.

—No, nada, que voy a irme. El chocolate...

—¿No estaba bueno?

—No, no, sí, sí...

—Supongo que tu padre no se enfadará si no lo esperas...

¡Su padre! Si hubiera tenido un padre como Bocanegra, a Joan la vida le habría resultado demasiado horrorosa...

—No, no, seguro que no.

—¿Ha pagado el chocolate o ya lo pagará cuando salga?

—Pues no lo sé... Supongo que lo pagará cuando salga —improvisó Joan.

—Adelante, chico, por mí no te esperes, que yo, ya lo ves, tengo otras cosas que hacer. Y, cuando seas más mayorcito, ven a verme, que quedarás muy contento con lo que te haré —dijo la mujer, cambiando teatralmente la voz.

Joan no tenía claro si le había dado más asco el chocolate o la voz supuestamente insinuante de aquella mujer, pero, en cualquier caso, salió sin pagar como alma que lleva el diablo. Cruzó la puerta y se dirigió decidido a la Rambla. Tenía una mezcla de sentimientos contradictorios en su interior: estaba muy cabreado con Bocanegra, por la situación en que lo había metido; estaba avergonzado porque en el burdel ni tan solo habían considerado la posibilidad de que fuera un cliente de veras; estaba más excitado de lo que se imaginaba porque jamás había estado tan cerca de practicar el sexo como aquel día.

Encontró la Rambla, que estaba tan animada como siempre, y se dio cuenta de que, aunque todo había ido relativamente rápido, quizá se le había hecho más tarde de la cuenta y su padre podía estar preocupado. Así pues, aunque no tenía la coca, la típica torta de ese día, decidió regresar a casa de los Bofarull y dejar la pasta dulce para la noche, cuando fuera con su padre a ver las hogueras de San Juan.

—¡Viva la República!

Francesc de Paula Cuello levantó con ímpetu el vaso hacia sus compañeros de mesa, mientras uno de ellos, Albert Fontanals, se volvía exageradamente hacia las demás mesas del café.

—¡No le hagan caso, que ya está bebido! ¡Viva la República... Romana! Huy, qué gracia.

Cuello, Roure y Reverté rieron con ganas. Fontanals era muy amanerado y eso lo hacía especialmente divertido, pero mucha gente no lo soportaba. Aunque eran los más izquierdistas de todos, difícilmente sus electores les perdonarían que uno de ellos fuera homosexual. Cuello, mientras todos reían, observó con ojo clínico a Fontanals y pensó una vez más que seguro que le gustaban más los hombres que las mujeres. Pero no podía ser, porque Fontanals jamás se le había insinuado y era *vox populi* que todos los maricones estaban absolutamente obsesionados por el sexo con cualquier hombre. Bueno, eso decían... Detrás de su mesa había otra con dos hombres de espaldas y dos chicas que los acompañaban. Cuello, por enésima vez durante la velada, miró fijamente a la muchacha de la izquierda, una rubita muy linda, muy delgada pero con una figura espléndida. O sea, unas grandes tetas, se sinceró consigo mismo Cuello. «Realmente —pensó—, aquí el único que seguro que está obsesionado con el sexo soy yo y no el pobre Fontanals.» Y eso que para esta clase de asuntos, por desgracia, no tenía demasiado tiempo. Se dedicaba a la política desde que tenía quince años. En aquella época había salido a las calles de Barcelona a luchar, espoleado por las injusticias de los soldados y por una palabra que ya en aquel momento le había parecido sabrosa, que lo llenaba del todo: libertad. Libertad... Recordaba cómo lo

había satisfecho su sonido mientras las bombas caían sobre Barcelona desde Montjuïc, enviadas por el general traidor, el peor de todos, el hombre en quien los catalanes habían depositado la confianza y que después había usado la ayuda del pueblo para masacrarlo cuando le había convenido, el general Joan Prim. El empuje y la energía de Cuello en aquellos días de bombardeo le llevaron a situarse al lado de los líderes de la revuelta y, sobre todo, de uno, un hombre honesto y firme que ahora estaba pagando su honradez con el exilio: el figuerense Abdó Terrades.

La rubita alzó un momento la vista y sus ojos se encontraron con los de Cuello, pero desvió la mirada inmediatamente sin dar más señal de nada. Cuello se quedó frustrado. Siempre le pasaba lo mismo, no sabía interpretar en absoluto la gestualidad de las mujeres: las miradas, las sonrisas o la ausencia de ellas. Nunca entendía si una chica estaba interesada o no en mantener una conversación. Cuello sabía que tenía la cabeza un poco grande, que era algo cargado de espaldas y que tenía tendencia a sudar un poco más de la cuenta. No era nada guapo, vaya. Pero no por eso dejaba de tener atractivo. Cuando Cuello hablaba, las voces se apagaban y todo el mundo lo escuchaba. Tenía la misma fuerza retórica de Abdó Terrades, pero, simplemente, tenía más sentido común y lo que Cuello decía parecía del todo posible, mientras que las proclamas de Terrades tenían un punto de fantasía y de épica que, a pesar de que hacía soñar a los oyentes, no acababa de arrastrarlos porque todo se parecía demasiado a un cuento de hadas republicano. Abdó Terrades era odiado por todos los reaccionarios, pero Francesc de Paula Cuello solo era odiado por los reaccionarios más inteligentes. Tanto Terrades como él eran francmasones, pero Terrades vivía este hecho como una especie de profesión de fe mística, mientras que Cuello consideraba que la masonería era una institución clandestina tan eficaz como un partido político.

El café donde solían ir estaba lleno de espejos y contaba con dos salidas, y por eso era especialmente apreciado por los republicanos y, en general, por la gente mal vista por el régimen. Era relativamente fácil controlar quién había, quién entraba y quién salía y, a la vez, como era un local tan céntrico, a menudo entraban clientes que no tenían nada que ver con las intrigas políticas, lo que permitía a los republicanos, a los demócratas y a los progresistas camuflarse entre ellos. Cuello repasó la clientela, como siempre, y localizó a unos cuantos personajes sospechosos, bien iluminados por los faroles de aceite que se reflejaban en los espejos. A la izquierda había una mesa con tres jóvenes que reían... No, no, serían feriantes o vendedores ambulantes del Empordà por la forma de hablar que tenían... Después había aquel hombre de mediana edad, fuerte, muy bronceado, posiblemente campesino, y el otro hombre joven que lo acompañaba, prácticamente un niño, no podía verse bien... Tal vez fueran padre e hijo y, por lo tanto, difícilmente agentes de la reacción... Y también, además de la rubita, su amiga y sus pretendientes, había esos cuatro de la barra; esos sí que tenían mal aspecto... Sí, si el mal tenía que venir de algún lado, sería de esos cuatro.

—Nosotros ya nos vamos, que tenemos que recoger la coca de mi abuela —

indicó Conrad Roure—. Tenemos que pasar por la farmacia del abuelo, porque cada San Juan preparan la coca en la despensa de la farmacia...

—Huy, no sé si la probaré... Seguro que tiene regusto de medicina —rio Fontanals.

—Medicina... ¡Qué dices! Piñones, naranjas de Valencia confitadas, cerezas de azúcar... Y la abuela, además, le pone almendra picada por encima, y eso lo hace muy poca gente.

—¡Se me hace la boca agua! Venga, vámonos, que ya no puedo más. —Agustí Reverté se levantó mientras hablaba y empezó a arrastrar a Roure, a quien siempre le costaba arrancar—. Nos encontraremos en la farmacia de aquí a un rato y saldremos de ahí hacia el pozo de Sant Guim, ¿de acuerdo? Porque vosotros os quedáis, ¿no?

Una de las normas de seguridad a la que se habían acostumbrado era que cuando estaban juntos, solían dividirse para dificultar un posible seguimiento por parte de la policía. La verdad es que, como norma, no tenía demasiado sentido, porque la policía rara vez seguía a nadie. Normalmente los policías y los soldados llegaban a un sitio y se comportaban brutalmente, pero sutilezas como la de seguir a un sospechoso no parecían ser habituales en España. Aun así, los principales activistas de los partidos de oposición estaban impresionados tanto por los recuerdos de la ocupación napoleónica, cuarenta años atrás, como por las noticias que llegaban de los países italianos, donde la policía secreta austríaca sí que era sutil. En cualquier caso, fuese brutal o sutil, la represión era cierta en todas partes y el hecho de imaginarse constantemente vigilados llevaba a los progresistas a estar permanentemente en alerta, lo que, como ya se había demostrado, no era malo para su supervivencia. Cuello pensó que, a pesar de que los cuatro de la barra le habían despertado sospechas, no podía estar todo el día preguntándose si todos los que se encontraban eran de la pasma o no lo eran. Y si lo eran, ¿qué? ¿Qué le podían hacer que no le hubieran hecho alguna vez? ¿Pegarle? ¿Detenerlo? Daba igual, la idea lo valía. Y, además, aquella noche era la noche de San Juan, y en una noche tan festiva, no podía pasar nada malo, seguro.

Cuando Conrad Roure y Agustí Reverté salieron del café de los espejos, el llamado Cafè dels Mirallets, Ramon Gort estaba sirviendo el segundo vaso de mistela a su hijo, tres mesas más allá de donde todavía estaban sentados Cuello y Fontanals, y de espaldas a la barra donde estaban los cuatro policías de la Ronda de Tarrés.

—Pare, padre, que yo nunca bebo tanto vino...

—Bah, a medianoche cumplirás catorce años y eso hay que celebrarlo. ¡Venga, hijo, brindemos! ¡Por nosotros!

—¡Por nosotros! —Joan alzó el vaso y bebió un buen trago.

—Hemos pasado una mala época, hijo, con todo lo de tu madre... —Ramon Gort bajó un momento la mirada, pero enseguida prosiguió—. Pero, a partir de ahora, las cosas irán mejor, te lo prometo. He hablado con el comandante sobre ti y te ve como

yo, avisado y con cabeza para las letras y los números, y por eso...

—¡Yo no quiero irme de Reus, padre! ¡No quiero ir interno a ninguna parte! —dijo Joan, enfurruñado, porque se veía venir que todo aquel discurso era para justificar uno de los miedos que él tenía tras la muerte de su madre: que lo llevaran interno a un colegio para servir a sus compañeros y profesores a cambio de comida y lecciones.

—¡Quién te ha dicho eso! ¡No es verdad! Lo que Sugrañes y yo queremos es que te formes y te prepares para que en el futuro no seas solo campesino como yo. Los tiempos están cambiando y cada vez se necesita más gente instruida. Pronto construirán trenes por todas partes, y en Francia y en Inglaterra ya están instalando telégrafos de hilos, y si todo sigue así, las máquinas terminarán haciendo todo el trabajo y el primero, el del campo. Ya has visto las farolas de gas de Barcelona y todo lo que se está inventando. Tienes que prepararte, hijo, tienes que prepararte.

—Pero ¿dónde viviré? ¿Tendré que ir a estudiar fuera? —Joan estaba ligeramente compungido.

—Noooo... Bueno, por lo menos de momento. Faltan muchos años para que tengas que irte. Primero estarás en casa, pero irás a estudiar cada día a Reus. El comandante me ha dicho que te enviará a la escuela del maestro Vall, que es donde fue su hijo, y de la que quedó muy contento.

—Sí, ¡pues ha salido bien burro el chaval! —A Joan le salió del fondo del alma, tal vez por culpa de los dos vasos de mistela que ya se había tomado.

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón, tal vez habrá que buscar otra escuela entonces. Ya verás como todo irá bien. Me tomo otro vaso y nos vamos a ver la fiesta, ¿te parece?

Estop, apoyado en la barra, reconoció al chaval que aquella mañana había ido a la chocolatera Armenter y se había tomado chocolate frío. ¡La que había organizado aquel individuo con la boca asquerosa que lo acompañaba! Al principio se había negado a pagar el chocolate aduciendo que el chico no era pariente suyo ni nada, pero al cabo de un momento, casi sin tener que amenazarlo, había aceptado pagar. Un cobarde, así lo había catalogado Estop. Ahora aquel muchacho estaba bebiendo mistela con otro hombre. Se preguntó por un momento si el chaval no sería un prostituto, un chaperero, pero lo cierto es que no tenía pinta de serlo y, además, no parecía lógico que un muchacho que vendía su cuerpo fuera a tomar chocolate a un burdel, la verdad. De todas formas, Estop se quedó con la duda.

—Tú, Sabatés. ¿Ves aquel chico de allí, el de la mesa que va con un hombre con un chaleco negro?

—Sí, ¿y?

—¿Crees que el niño este sea chaperero?

Sabatés, que jamás mostraba demasiado interés por nada, repasó con la mirada a Joan Gort, que seguía hablando con su padre, ajeno a los hombres de la barra.

—Es guapo, pero eso no quiere decir que ponga el culo. ¿Por qué? ¿Ahora te interesan los chavalines?

—Noooo, pero esta mañana este chico ha venido a la chocolatera con otro individuo mayor y ahora lo veo con este.

—Mira, me importa un huevo. Yo solo sé que hoy tenemos que eliminar a aquel otro individuo de allá y me parece que lo podremos hacer en cuanto salga del café, porque se ha quedado solo con el mariquita y los dos son muy poca cosa.

—¡Hostia, a ti no se te puede dar conversación! Pues mira, ahora el niño chapero y Cuello y el otro se van todos a la vez.

Los dos Gort se quedaron plantados en la puerta, con la luz del café todavía en los ojos, sin dejar entrar ni salir a nadie. Como siempre, Ramon había salido decidido, pero en cuanto iba a pisar la calle se dio cuenta de que no sabía hacia dónde tenía que ir. Bofarull le había hablado de unos descampados, al pie de la Ciudadela, donde había un pozo y donde era habitual celebrar San Juan. Había hogueras, atracciones de feria, gitanas que leían la mano, puestos de cocas y dulces y hasta algún valenciano que vendía horchata y zumos de naranja preparados ahí mismo. También había músicos callejeros que tocaban algún baile a cambio de monedas. Las chicas jóvenes y las viudas se paseaban tomadas del brazo y miraban con ojos de carnero degollado a los hombres desaparejados. A Ramon le daba vergüenza, pero hacía días que volvía a pensar en las mujeres y, de hecho, el comandante, que ejercía de alcahueta aunque nadie se lo pidiera, ya le había comentado que le presentaría un par de mujeres respetables que no verían mal volver a casarse.

—¿Qué, padre, de nuevo no sabe hacia dónde tenemos que ir? —preguntó Joan, divertido.

—¡No, no es verdad! Creo que hay que subir un rato y después, después yo diría que es hacia allí... Creo... Mira, tienes razón, no me ubico en Barcelona... Lo tendremos que preguntar a alguien.

Cuello y Fontanals esperaban con paciencia que aquel hombre y aquel joven dejasen de hablar en la puerta y les permitieran pasar, pero antes de que les pidieran que se apartaran, el joven se volvió hacia ellos dos:

—Perdonen, me parece que ustedes lo sabrán... Es que no somos de aquí, somos de Reus y no estamos del todo situados.

Fontanals encontró divertida la situación.

—Eso de que no están situados no es verdad. ¡Están ustedes situadísimos! ¡Justo en medio de la puerta, ya lo ven! ¡Ja, ja, ja!

Joan tomó del brazo a su padre y lo apartó hacia fuera.

—Ustedes perdonen... No nos habíamos fijado.

A Cuello le cayeron bien los dos hombres que, como había supuesto acertadamente, eran padre e hijo. Además, como buen líder de masas, nunca dejaba escapar la oportunidad de difundir la idea de la libertad y pensó que allí tenía a dos personas que podían escucharlo. El chico le recordaba a sí mismo cuando tenía quince años y participó en las bullangas, cuando conoció a Abdó Terrades. Tenía la

mirada como creía que él la tenía entonces: cargada de fuerza y de pasión.

—Me parece que se han perdido un poco... ¿Podemos ayudarlos? —dijo Cuello.

—No, no hace falta, ya nos las arreglare... —empezó a decir Ramon Gort, tímido como siempre. Pero Joan, con el empuje que le daba la mistela y las ganas de ir a la fiesta de Barcelona, lo interrumpió.

—¡Ya lo creo que nos hace falta! Es que queremos celebrar San Juan y nos han dicho que hay un sitio cerca de la Ciudadela...

Cuello saltó.

—¡El pozo de Sant Guim! Precisamente nosotros vamos ahí ahora mismo. Si nos quieren acompañar, podemos ir juntos.

Ramon Gort vio el cielo abierto. No le gustaba nada la sensación de no saber exactamente dónde iba. Quitarse aquel peso de encima, y más ante su hijo, le complació mucho.

—¡Muchas gracias! La gente de Barcelona es realmente amable.

—Seguro que no ha conocido a mucha gente de Barcelona usted —comentó Fontanals con sorna.

—¡Va, no seas así, Fontanals! Nos presentaremos. Yo me llamo Francesc de Paula Cuello y soy periodista, y mi amigo burlón es Albert Fontanals, también periodista.

—Pero que conste que no me gusta escribir y que prefiero beber con los amigos...

—Pues yo me llamo Ramon Gort y este es mi hijo Joan.

—¡Ah, pues hoy es su onomástica!

—¡Y también cumplo catorce años hoy!

—Caramba, las dos fiestas a la vez, ¡esto hay que celebrarlo! ¿Quieren que vayamos andando mientras hablamos?

—¡Qué putada! Vuelven a ser cuatro.

Sabatés, Estop y los otros dos policías de la Ronda se habían quedado con un palmo de narices. La oportunidad de separar a Cuello de Fontanals, para poder así liquidarlo sin interferencias prácticamente se había desvanecido. Ahora Cuello estaba acompañado de otro hombre, que además parecía fuerte y duro y, para más inri, había además un chico joven, prácticamente un niño, que sin duda dificultaría el ataque. Estop estaba preocupado, entre otras cosas porque las órdenes de Tarrés habían sido claras: había que liquidar a Cuello discretamente, eso era lo más importante, y tenía que ser, sin falta, esa misma noche. Tarrés era demasiado conocido para encargarse de ello directamente, aunque estaría toda la noche esperando noticias en una de las chocolateras. Estop no quería fallar, porque Tarrés le había encargado la acción a él personalmente y, además, conocía a Tarrés y sabía que el asesinato de aquella noche era muy importante para su jefe. Pobres de ellos y, especialmente, pobre de él, si las cosas no salían bien... Además, no se fiaba de Sabatés. Era un tipo extraño, siempre airado, pero nunca irascible. No había mejor compañero cuando las cosas iban mal,

porque era resolutivo y desde el primer momento iba a por todas. De hecho, algunos de los muertos a manos de la Ronda habían sido fruto de los excesos de Sabatés, que había sido demasiado contundente al realizar la detención. Pero para el encargo de aquella noche, quizá no era la persona adecuada. Estop había explicado su plan a Sabatés: separar a Cuello de sus amigos con una excusa y, entonces, discretamente, enviarlo al otro barrio de una cuchillada. Pero mientras escuchaba el plan, Sabatés había puesto aquella cara de indiferencia y desprecio que tanto enojaba a Estop, y eso no lo había dejado demasiado tranquilo.

—¡Como si fuesen diez! Me sorprende que no tengas más cojones. Vamos ahora, los provocamos y, en medio de la pelea, despachamos a ese desgraciado.

—Sabatés, cada día estás peor. ¿Tú te crees que una pelea en medio de la Rambla será discreta? ¿Y que la acabaremos tan rápido que nadie nos verá? ¿Y que si nos ven, no sabrán que somos de la Ronda? ¿Quieres calmarte de una puta vez y esperar una oportunidad? Tanto si van a los jardines del General como si van al pozo de Sant Guim, irán en dirección del Portal Nou. Si tenemos suerte, irán por la calle Sant Pere més Baix, que está menos transitada. Y si van por Sant Pere més Alt, por alguna calle tendrán que bajar, y allí los atraparemos. Es cuestión de irlos siguiendo. ¿Entendido?

Los otros dos matones que acompañaban a Estop y a Sabatés dijeron que sí rápidamente. Estop se había llevado a esos dos para hacer el trabajo sencillamente porque los que quería no estaban disponibles, uno porque tenía una cagalera que quizá se lo llevase al otro barrio y el otro porque estaba fuera, en Sant Martí de Provençals, a punto de robar una partida de ron de unos competidores. Los de esta noche eran apagados, sin ánimo. Harían lo que Estop o Sabatés les ordenaran, pero nada más. Estop, una vez más esa noche, pensó que ojalá Tarrés no le hubiera encargado el trabajo.

Entre Cuello y Ramon Gort se estableció rápidamente una corriente de simpatía mutua. Es cierto que se llevaban bastantes años, pero el carácter tan abierto y, en cierto sentido, sensible de Ramon hacía que tuviera un espíritu más joven. Al mismo tiempo, Cuello había sido, ya de jovencito, una persona reflexiva, aunque extrovertida, de modo que mostraba una madurez impropia. La combinación de estas dos formas de ser los hizo sentir cómodos enseguida.

—¿Y qué, te gusta Barcelona? —preguntó Albert Fontanals, unos pasos más atrás de Cuello y de Gort.

—¡Y tanto! No me la imaginaba así, tan llena de gente, tan ruidosa, y sobre todo, tan apestosa... Huy, perdón, no quería decir eso.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tienes toda la razón, Joan! Barcelona apesta terriblemente. ¿Y sabes la razón? ¡Aquí estamos tan juntos, encerrados entre murallas, que si uno se tira un pedo en el Portal Nou, otro que entra por el Portal de Sant Antoni respira el gas! —soltó, riendo, Fontanals.

Realmente en Barcelona había mucha gente. Ahora, ya de noche, era la primera

vez desde que había llegado que Joan andaba por unas calles no del todo vacías, pero, en todo caso, con poca gente. A veces se encontraban con grupitos, a menudo de jóvenes, que iban o venían de juerga. Y aunque estaba prohibido por el riesgo de incendio, en algunas esquinas se habían encendido hogueras que quemaban maderas viejas y trastos, mientras los niños saltaban por encima del fuego y alguien tocaba alguna canción con un acordeón, una guitarra o simplemente cantaba sin que lo acompañara ningún instrumento. A Joan le gustaba aquel ambiente, diferente del que había vivido cada año en Reus. La falta de intimidad de los barceloneses se veía por todas partes. Joan alzó la vista, andando al lado de Fontanals, y vio pasar fugazmente a través de una ventana de un primer piso la espalda desnuda de una mujer delgada de cabellos castaños que le resultó deliciosa. En un balcón había un niño sentado en el orinal, mirando la calle entre los balaustres de la barandilla. En un portal más allá, un soldado que había perdido la gorra, estaba sentado en el suelo, durmiendo la mona. Daba la impresión de que no se veían unos a otros, de que no se fijaban en lo que hacían los demás, como si todo el mundo viviera en burbujas separadas. Joan estaba acostumbrado a que todo el mundo supiera y preguntara por todo el mundo, pero, quizá por eso mismo, también estaba habituado a procurar no enseñar todo lo que hacía a los demás, porque, si no, enseguida lo sabía todo el pueblo. Barcelona no era así. Como la intimidad, de hecho, era prácticamente imposible, lo que reinaba era una cierta indiferencia hipócrita. La gente, aunque mirara, fingía que no veía nada.

Unos vecinos habían bajado una mesa y sillas de casa y allí, en medio de la calle, estaban sentados bebiendo vino dulce en porrón y comiendo coca mientras charlaban. Los cuatro tuvieron que apartarse para poder superar el grupo de gente que había alrededor de la mesa, entre amigos, vecinos de la calle y aprovechados que querían beber o comer gratis.

—Vamos, doblemos por allí y así evitaremos todo este follón... —indicó Cuello.

—¡Ya no se ven!

Sabatés renegó y empezó a acelerar el paso para ver por dónde iban Cuello y sus amigos. Llegó al grupo de vecinos sentados en medio de la calle en el momento en que empezaron a levantarse todos y a alzar los porrónes profiriendo vivas a san Juan y al gremio de los sogueros. Sabatés y los demás miembros de la Ronda se encontraron de repente rodeados de gente que gritaba, reía y bebía vino. Entre empujones y gritos lograron dejar atrás a los festejantes, pero Cuello y los otros tres se habían perdido de vista sin remedio.

—¡Me cago en Dios! —Estop sintió un escalofrío en la nuca. Si no los encontraban pronto, quizá los perderían para toda la noche. Y, por lo que sabía de Tarrés, eso era un lujo que no podían permitirse.

»Tú, acompáñame. Tú, Sabatés, y tú, no sé cómo te llamas, id hacia arriba. Si después de un par de calles no los encontráis, volved hacia atrás y venid por donde vamos nosotros. Y nosotros haremos lo mismo si no los encontramos. ¡Corred,

venga!

A Sabatés no le hizo ninguna gracia que Estop le diera órdenes. No quiso discutir, porque tenía claro que no era momento de pararse a discutir quién daba órdenes a quién, pero se prometió que esa misma noche le tenía que dejar claras unas cuantas cosas. Mientras iban corriendo calle arriba, Sabatés se percató de que estaban muy cerca de una de las chocolateras, la Vallvé, uno de los burdeles donde se pasaba más horas y donde tenía gente de su máxima confianza. Se desvió del camino, y su compañero, algo sorprendido, se detuvo.

—Eh, ¿dónde vas? ¡Estop ha dicho que fuésemos por aquí!

—¡Calla, coño, y sígueme!

Llegaron a la puerta de la Xocolatera Vallvé. El farolillo rojo brillaba con fuerza. Era una buena noche para el negocio, ya que la juerga de San Juan llenaba los burdeles de hombres de todas las edades que querían darle una alegría al cuerpo. Esa noche, ante la avalancha de clientela, la puerta estaba abierta y no era necesario llamar. Uno de los hombres de la Ronda estaba en la puerta, vigilando que no hubiera ningún problema con los clientes borrachos o con alguna puta demasiado tiquismiquis con sus gustos.

—¡Garreta!

Garreta, que era tan alto y corpulento como sucio, se alegró de ver a Sabatés. Él era un chico de un pueblo cercano a Barcelona, de Les Corts, hijo de un salvaje que parecía gozar cada vez que los pegaba, a él, a sus hermanos o a su madre. Un día, harto, se marchó del pueblo para ir a Barcelona, no sin antes golpear con una piedra la cabeza de su padre mientras dormía. Garreta no sabía si lo había matado o no, pero le daba exactamente lo mismo, porque en cualquier caso no pensaba regresar jamás a su casa. Se acercó a Barcelona, entre otras cosas porque tampoco sabía dónde ir, y allí lo vio Sabatés, que reconoció su brutalidad. Ahora ya hacía tiempo que trabajaba en la Ronda, y cada vez le gustaba más la violencia. A él, extorsionar a comerciantes o llevar licor de contrabando a la ciudad no lo llenaba. Prefería, con mucho, pegar palizas a quien le dijeran y, si era una mujer, mejor, le daba más gusto. Además, Sabatés lo premiaba de vez en cuando dejándole utilizar a alguna de las chicas, las más rebeldes, que después de pasar por las manos de Garreta perdían las ganas de rebelarse a fuerza de golpes.

—Hombre, Sabatés, no te esperábamos hoy. ¡Pasa, pasa!

—No, tengo prisa. Dime cuántos sois hoy, aquí, en la chocolatera...

—Pues en este momento habrá unos ocho o diez clientes y...

—No, imbécil, me refiero a los nuestros, a los de la Ronda. ¿Hay alguien más, aparte de ti?

—Huy, sí. Dentro está Zamora, uno nuevo que no conoces, y el valenciano.

—¿Sanxís?

—¿Sanxís es valenciano? No lo sabía... No, me refiero a Miralles.

Cuatro hombres, más los cuatro que ya eran, significaba que pasarían a ser ocho.

Mejor. Con ocho de la Ronda, seguro que terminarían encontrando a Cuello y sus amigos; tampoco se podía ir a tantos sitios la noche de San Juan. No sería lógico que aquellos individuos fuesen a una fiesta privada, lo más seguro es que fueran a pasear a la explanada de delante de la Ciudadela o, si querían más animación, al pozo de Sant Guim, justo debajo de las murallas de la Ciudadela, el sitio desde donde se veían las ejecuciones que los militares realizaban dentro del gran cuartel, al pie de la torre de Sant Joan. En una noche así, aquel descampado no era tan siniestro, y los barceloneses lo usaban para saltarse las convenciones. En la explanada o en Sant Guim o, quizá, si los encontraban, de camino hacia alguno de esos dos sitios.

—Tenéis que dejarlo todo y venir con nosotros. Órdenes de Tarrés. —Sabatés dejó caer el nombre del jefe porque sabía el terror que provocaba en los miembros de la Ronda la posibilidad de desobedecerlo.

—¡Pero no podemos dejar sola la chocolatera y menos en una noche así! —se quejó Zamora.

—¡Y yo tengo la noche libre; me lo ha dicho el propio Tarrés! —se lamentó el valenciano.

—Y yo es la primera noche que estoy en la Ronda... —soltó el nuevo, un tipo estrafalario vestido con un abrigo que no era adecuado para el calor de San Juan.

—¡Me importa un carajo! No es momento de discutir. ¡Tenemos que cargarnos a un individuo que está muy bien protegido por otros tres y no podemos descuidarnos! Esto es ahora lo más importante. Y quien no tenga huevos o no me obedezca, ya se puede largar, pero que no vuelva.

Los seis, encabezados por Sabatés, salieron de la chocolatera con gran sorpresa de las chicas del establecimiento que, por primera vez en mucho tiempo, se quedaban solas en el burdel sin ninguno de los guardias que las explotaban y las protegían a la vez.

Sabatés empezó a sentirse bien. Tarrés repartía sus favores entre Estop y él, y según la época parecía que favorecía más a uno o a otro. Esa tarde Tarrés había hablado con Estop de la misión que tenían entre manos, lo que había cabreado mucho a Sabatés. Estop era muy indeciso, y Sabatés estaba completamente convencido de que Tarrés, en el fondo, apreciaba mucho más su carácter resolutivo. Él acabaría con aquel cabrón de Cuello y, si era preciso, con todos sus amigos a la vez. Y lo haría pronto, zas, en un golpe rápido e inesperado. El factor sorpresa, esta era la clave del éxito. Si lo veía, Cuello ya podía considerarse muerto.

—¿Los habéis visto? ¿Los habéis visto?

Estop y el otro policía estaban casi sin aliento cuando Sabatés y los demás los encontraron.

—¿Qué hacen todos estos aquí? ¿De dónde han salido? —Estop no entendía nada.

—Les he dicho yo que viniesen. Si Cuello se te ha escapado, con tu manía de esperar una oportunidad, tal vez me toca a mí atraparlo —soltó Sabatés, en un tono muy desagradable.

—¡Pero qué dices! ¡Solo lo hemos perdido un momento y seguro que enseguida los volvemos a encontrar!

—Sí, ya veo cómo los estamos encontrando... Se ha acabado, Estop. A partir de ahora, de este asunto me encargo yo, porque si no, ya me veo que el tal Cuello dormirá tranquilamente en su casa esta noche.

—¡No seas imbécil! Tarrés me ha dicho muy claro que nadie tenía que saber que seremos los de la Ronda quienes nos lo carguemos. Tenemos que ser discretos y a ti, con toda esta pandilla, se os ve quiénes sois a la legua.

Estop empezaba a sentirse desesperado. Sabatés era perfectamente capaz de lograrlo y entonces él perdería su nivel en la Ronda. Era consciente de que ahora tenía pocas posibilidades. Sabatés, reforzado por los hombres que había ido a buscar, actuaría sin miramientos. Si se salía con la suya, todo el mérito sería de Sabatés y él quedaría como un pelagatos, pero si fracasaba, las culpas también recaerían en él y no en Sabatés. No le quedaba más remedio que ir por su lado y ver si él solo podía acabar con el encargo antes de que Sabatés encontrara a Cuello.

—¿Sabes qué te digo? Que si quieres contradecir a Tarrés, allá tú. Yo iré a lo mío y cumpliré discretamente lo que me ha ordenado que haga. Y lo haré antes de que tú y tus ineptos oláis dónde está ese individuo. Tú —indicó al policía que lo había acompañado antes—, ¿vienes conmigo?

—Sí.

—Pues, hala, allá vosotros. Pero te juro que te acordarás de esta, Sabatés.

Estop y su hombre se fueron por donde habían venido. Estop estaba muy preocupado. La seguridad que había mostrado ante Sabatés era más que nada fachada. En realidad, no tenía nada claro que llegara a encontrar a Cuello y, si se lo encontraba, cómo conseguiría separarlo de sus amigos para liquidarlo en un sitio discreto.

Sabatés, en cambio, se sentía eufórico. Tenía cinco hombres con él y la posibilidad de dejar en mal lugar a Estop. Encontraría a Cuello y en cuanto lo viera, iría a por él y se llevaría por delante a quien lo defendiera.

—¡Vamos! Quiero que estéis atentos. Buscamos a un hombre moreno, con barba cerrada, cabeza grande, sin sombrero, vestido de negro, que va con un marica con una chaqueta morada y con dos con cara de campesinos, uno más mayor y otro más joven. ¡Venga!

Cuando vio el grupo de seis hombres que echaba a andar enérgicamente, la gente que había en la calle desapareció deprisa. Por desgracia, los barceloneses sabían reconocer a los hombres de la Ronda cuando iban de caza. Y, por lo que se veía, esa noche la pieza era de caza mayor.

Los dos periodistas y sus dos nuevos amigos llegaron plácidamente a la farmacia Borrell, propiedad del abuelo materno de Conrad Roure. La farmacia tenía en la puerta una vidriera muy bonita que representaba con muchos colores el dios

Esculapio con una serpiente enroscada alrededor del báculo. La vidriera era una filigrana que el abuelo Borrell había encargado con gran escándalo familiar, ya que había costado una fortuna, y, además, encargar una vidriera en la turbulenta Barcelona era como llamar al mal tiempo. Pero la pieza, para gran sorpresa de todo el mundo salvo del farmacéutico Borrell, había sido un éxito. La farmacia era conocida ahora como la del «Culapi», diminutivo de Esculapi, el nombre en catalán del dios, y solía visitarla gente de la otra punta de la ciudad que iba a encargar parches, infusiones y jarabes, convencida de las bondades terapéuticas del local. Además, hasta los chavales más revoltosos del barrio tenían un respeto casi religioso al dios griego de cristal transparente y, por tanto, la vidriera, después de muchos años, y de haber sufrido un par de bombardeos y siete u ocho alborotos diversos, seguía intacta y resplandeciente.

Dada la hora que era, la farmacia no estaba abierta al público, pero los Borrell y toda la parentela, entre otros el nieto predilecto, Conrad Roure Borrell, estaban dentro, convocados por el poder gastronómico de la abuela, capaz de preparar año tras año las cocas de frutas más impresionantes de toda Cataluña. Siguiendo la vena un poco excéntrica de la familia, la abuela Josepa usaba el almacén de la farmacia, justo al lado de donde se elaboraban las fórmulas magistrales, como obrador para preparar las tortas. Cada año, alguno de los invitados renunciaba a comer la pasta dulce por miedo a que se hubiese contaminado con el cianuro, el arsénico o el hidróxido de plata que había cerca de la harina. Pero nunca había sucedido nada, y la abuela no tenía manías a la hora de utilizar el horno de la farmacia, pensado para calentar los productos químicos, para cocinar un ejército de cocas, por consiguiente no demasiado grandes, pero espectacularmente deliciosas.

—¿Se puede pasar? —dijo con voz dulce Fontanals mientras abría la puerta de cristal y el Esculapio giraba sobre sus bisagras.

Un olor a cocas recién hechas invadió la nariz de Joan, que notó inmediatamente que se le quejaba el estómago y se le llenaba la boca de saliva. Cruzaron la tienda, llena de estantes con albarellos blancos y azules, y por el lado izquierdo del mostrador fueron a parar a una sala llena de gente riendo, sentada de cualquier forma. Algunos, con sillas de todo tipo, otros, por encima de los muebles, y hasta había un par de niños medio dormidos en el suelo. En el centro de la sala había una mesa inmensa de trabajo, con un montón de matraces y tarros arrinconados en uno de los lados, mientras que el resto del tablero estaba lleno de cocas adornadas con frutas y piñones, algunas medio consumidas, otras por empezar.

Conrad Roure saltó de un mueble alto, ágil como siempre, y se acercó para saludar a los recién llegados.

—Familia, estos son los amigos que os decía. Este de aquí es Francesc de Paula Cuello y ese otro...

—Yo soy Albert Fontanals, para servirlos a ustedes. Disculpen que se lo diga, ¡pero es la primera vez que me hace ilusión entrar en una farmacia!

—¿Y este chico tan avisado, quién es? —preguntó la abuela Josepa.

—Me llamo Joan Gort, y este es mi padre, Ramon... Y somos de Reus.

—Ah, muy bien, pues bienvenidos también los de Reus. Pasen a comer coca, que ahora están muy tiernas...

Coca para todo el mundo y también, una vez más, vino dulce. Joan, que después de la caminata desde la Rambla había ido perdiendo los vapores del alcohol, volvía ahora a pillar aquel puntito de embriaguez. No tenía nada de sueño, de hecho estaba totalmente despierto, pero se sentía sobreexcitado, muy atento a todo lo que pasaba aquella noche de San Juan, que estaba siendo tan intensa. Apoyado en una cajonera mientras comía la fruta confitada, contemplaba cómo su padre, más desinhibido de lo habitual, se reía con las gracias de la familia Borrell como no hacía desde la muerte de su madre. Joan vio muy claro que su padre y él iniciaban ahora una etapa de más entendimiento, de más armonía, una vez superada la desgracia.

Estop empezaba a estar desesperado. En primer lugar había ido al Portal Nou, convencido de que en algún momento Cuello pasaría por allí para ir al pozo de Sant Guim. Por lo que sabía de Cuello, no era probable que fuese a pasear por la explanada y los jardines del General, más burgueses, y, en cualquier caso, el camino más lógico para ir a ambos sitios pasaba también por delante del Portal Nou, aunque sin cruzarlo. Aun así, no podía estar del todo seguro. Después de esperar diez minutos, decidió dejar a su hombre allí e ir él mismo al pozo de Sant Guim para ver si veía a Cuello y sus amigos. Ya era medianoche, pero había tantas hogueras que todo aquel descampado, al pie del glacis de la Ciudadela, estaba bien iluminado. Además, algunos vendedores habían instalado puestos con farolillos de aceite y, en el caso de los puestos de más categoría, hasta con alguna vela de cera. Estop miraba y miraba, algo enfebrecido, pero no pudo ver ni a Cuello ni a sus amigos por ninguna parte. Había mucha gente riendo, mucha gente mirando cómo las gitanas leían las cartas, cómo los acordeonistas tocaban viejas canciones, cómo niños muy pequeños vendían cucuruchos de altramuces, de chufas, de garbanzos... Pero Cuello y sus amigos no estaban. Incluso, en un ataque de desesperación, Estop se alejó unas decenas de metros de las hogueras para ver si encontraba a los perseguidos en los márgenes, pero lo único que consiguió fue recibir insultos de las parejas que se habían refugiado en la oscuridad para sus propios asuntos.

A Sabatés y a su grupo tampoco les estaban saliendo bien las cosas. En un primer momento, los seis hombres habían ido juntos arriba y abajo, dejándose ver mucho y ahuyentando a todo el mundo a su paso. Fue del todo inútil. Sabatés decidió, entonces, dividir el grupo en tres, uno cerca también del Portal Nou y el pozo de Sant Guim, otro por la zona de la plaza de Sant Agustí Vell, y él mismo, con otro policía, dando vueltas por la zona. Pero el tiempo pasaba y el despliegue no servía de nada. Poco a poco la gente fue desapareciendo de las calles. Todavía quedaban bastantes noctámbulos, pero muchos ya se habían ido a dormir, y su temor era que Cuello y sus

amigos hubieran hecho lo mismo. ¿Dónde coño estarían?

Cuello se lo estaba pasando muy bien en la farmacia Borrell. Siempre le había gustado la noche de San Juan, las hogueras, los bailes, todo aquel ambiente, pero entre los numerosos miembros de la familia Borrell-Roure, la verdad es que la noche se le estaba pasando volando. Además, dos hermanas, parientas en grado indeterminado de su amigo Conrad, lo llevaban de cabeza de forma desinhibida, entre risas y miradas cómplices. Las dos eran clavadas, un poco rechonchas, con el pelo muy rizado y negro, y los ojos vivos. La mayor era, quizás, un poco más bonita que la más joven, pero en aquel momento eso, a Cuello, le daba igual. Aprovechando que las dos hermanas se habían ido un momento a refrescarse, Cuello echó un vistazo a la sala. Conrad, Fontanals y Ramon Gort charlaban con una sonrisa en los labios, mientras que su otro amigo, Agustí Reverté, estaba sentado en una silla echando un pulso con otro de los invitados. ¿Y el chaval, Joan? Cuello lo buscó con la mirada y enseguida se sintió culpable. Estaba de pie, con la espalda apoyada en una pared, mirándose los pies y bostezando. Claro, en esa reunión no había gente de su edad, o eran demasiado pequeños o demasiado mayores. Y, además, llevaban ahí... Cuello se sacó el reloj del chaleco y vio que ya era la una pasada de la madrugada. Llevaban por lo menos una hora y media en la farmacia y el tiempo había pasado volando. Las dos hermanas volvieron, bien empolvadas y con los labios de nuevo rojizos.

—Señoritas, tendría que ausentarme durante media hora como máximo. Tengo que acompañar a unos amigos a quienes había prometido enseñarles el pozo de Sant Guim. ¿Puedo contar con que volveré a encontrarlas cuando regrese?

Las dos regordetas se miraron y, sobre todo, lo miraron. La más joven habló:

—Piense que si encontramos un joven más atento y dispuesto que usted tendremos que irnos. Ahora bien, si nos promete que a cambio de la deserción, pasará con nosotras toda la noche...

—¡Clara! —exclamó la hermana mayor, riendo—. El señor Francesc de Paula puede interpretar mal lo que acabas de decir... Lo que mi hermana quería decir es que estaremos dispuestas a complacerlo y a que nos complazca un buen rato más.

—Pues lo que tú has dicho, Delfina, también podría interpretarse muy mal...

—Señoritas, sea cual sea la interpretación correcta, piensen que me aplicaré al máximo para que tengan el mejor recuerdo posible de esta noche...

Ambas hermanas rieron aún más. Cuello se volvió hacia Joan Gort, medio embriagado por las posibilidades que se le abrían. Pero de todas formas había prometido que acompañaría a los Gort y eso no podía posponerse.

—Chaval, ya debes de estar aburrido de estar aquí...

—No, señor Cuello... Pero ¿no se acabará ya la fiesta en la calle...? Lo digo porque como es tarde, quizá todo el mundo se vaya a dormir y nos lo perdamos...

—No, tranquilo, que habrá diversión hasta que salga el sol. Mira, he pensado que, si queréis, os acompañaré ahora a ti y a tu padre hasta el pozo de Sant Guim, justo al

salir de las murallas, que es donde hay más hogueras, más feria, baile y de todo. Y, cuando os canséis, si queréis volver aquí, vosotros mismos...

—Sí, sí, ya lo creo —se animó Joan—. Voy a avisar a mi padre.

Joan interrumpió a su padre para decirle que el señor Cuello los acompañaría. Ramon Gort se lo estaba pasando la mar de bien, pero comprendió que su hijo se aburría un poco.

—Pues venga, vamos.

—¿Va Cuello con vosotros? —preguntó Fontanals, que a aquellas horas se había puesto un mantel de cuadros rojos y blancos en la cabeza a modo de turbante hindú y estaba especialmente divertido—. Pues yo también os acompaño y así no volverá solo...

—Tomemos los sombreros y vamos.

—Sombrero, dices... ¿No ves que llevo turbante, yo? No necesito el sombrero. Saldré así, como si fuera a los toros, ¡pero a los de la India!

Jeroni Tarrés también estaba nervioso. Seguía esperando que Estop, Sabatés o quien fuese fuera a buscarlo para decirle que el trabajo ya estaba hecho y que nadie podía sospechar que a Cuello lo hubiesen liquidado los de la Ronda. El tiempo pasaba, ya era más de la una y no sabía nada de ellos. Era impensable que sus hombres se hubiesen ido a dormir después del asesinato y no le hubiesen dicho nada, de modo que todavía no habían logrado cumplir el encargo. Y aunque no sería raro que la noche de San Juan Cuello estuviera rondando hasta muy tarde, poco a poco el tiempo pasaba, y Tarrés, aunque no quería parecerlo, notaba que estaba a punto de estallar de los nervios. Si las cosas no salían bien, posiblemente Serra Monclús se lo haría pagar. Perder la posición privilegiada que tenía actualmente como jefe de la Ronda lo inquietaba porque era consciente de que quienes mandaban en el Gobierno Civil preferirían verlo muerto antes que resentido.

Se terminó el ron de un trago para quitarse los malos presagios de la cabeza. Había estado jugando a la brisca en una de las chocolateras con tres clientes asiduos, pero no estaba por el juego y lo había dejado pronto, y ahora estaba en una de las habitaciones, solo, dando vueltas a la falta de noticias. Hacía mucho calor, y la sensación de ahogo lo decidió: iría a ver qué pasaba. No podía, de ninguna forma, implicarse en la acción, porque entonces todo el mundo sabría que la Ronda estaba tras ella, pero ya no podía más. Tomó el sombrero, el bastón y dejó dicho que iba al Portal Nou y que si llegaba alguien con noticias, lo fueran a buscar.

—¿Qué, lo has visto?

Por la cara que ponía, Estop ya sabía que su compañero no había visto a Cuello. Para acabarlo de fastidiar, delante del Portal Nou también estaban dos de los policías que había ido a buscar Sabatés. Y, unos metros más allá, delante de una hoguera, todavía vio a dos más, lo que significaba que Sabatés no andaba lejos. ¡Discreción!

No había ni gota. Los hombres de la Ronda estaban acostumbrados a andar con fanfarronería, como gente que no teme a nadie porque todo lo que haga estará siempre al amparo de la ley o, mejor dicho, de la autoridad. Y esta misma actitud era la que tenían los policías esa noche. Se veían a la legua. Estop decidió andar un poco para ver si tenía suerte. Subió una calle y siguió la calle del Rec Comtal en dirección a Sant Pere més Baix.

Fontanals, con su turbante estrafalario, fue el primero en salir a la calle. La farmacia estaba cerca de la plaza de Sant Pere, donde las calles del Rec Comtal y Sant Pere més Baix se unían. Sacó del bolsillo una de sus propiedades más preciadas, una boquilla de fumar de marfil, y colocó en ella un cigarrillo que llevaba liado.

—¿Qué es eso? —preguntó Joan, extrañado.

—Es tabaco, como el de los puros, pero hecho con papel. Me lo trajeron de Londres, donde parece que la gente fuma de esta forma hasta por la calle.

—¡Pero si parece una caña encendida!

—No le hagas caso, Joan, que a Fontanals le gusta llamar siempre la atención. —Cuello ya estaba acostumbrado a ver las excentricidades de su amigo y esta de la boquilla de fumar era una más de ellas—. Vaya pasando, Ramon, vaya pasando, que ahora apetece más pasear por Barcelona.

—Sí, es la primera vez que veo tan poca gente por la calle de todas las que he estado en esta ciudad.

La plaza de Sant Pere estaba totalmente vacía, aunque se veía a alguien en la dirección del Portal Nou. Un par de hombres que, al parecer, se acababan de encontrar.

Estop prácticamente se dio de bruces con Tarrés en la calle del Rec Comtal. Una vez más, pensó que aquella noche estaba plagada de desgracias. Ahora, la urgencia de localizar a Cuello sería aún mayor, y la explicación de por qué no estaba con Sabatés y de cómo habían perdido al perseguido cuando iba con tres personas más resultaría más increíble aún.

—¿Qué, habéis terminado? ¿Os lo habéis cargado ya? —Tarrés fue brusco, y se mostró más ansioso de lo que habría querido.

—No, de hecho, no... Lo que pasa es que...

Y entonces Estop vio, sin poder creerse la suerte que tenía, que Cuello y sus tres amigos se acercaban a ellos y que iban a pasar justo por detrás de Tarrés.

—¡Lo que pasa es que están aquí! —soltó Estop, excitado, señalándolos con el dedo y alzando el tono de voz más de la cuenta.

Tarrés se volvió de golpe y tanto él como Estop, iluminados por una farola, quedaron de cara a Fontanals, que era quien iba delante, charlando con Joan Gort.

Fontanals, alertado por la voz de Estop y el giro repentino de Tarrés, los vio como una aparición y reconoció tanto a Tarrés, a quien era difícil olvidar, como a aquel

hombretón al que había estado mirando en el Cafè dels Mirallets y de quien, ahora se percataba, había interpretado mal el hecho de que le devolviera las miradas que le dirigía. No le gustó aquella aparición, porque había aprendido que muy a menudo las casualidades no eran tales. Por eso se volvió y dijo a Cuello y a Ramon Gort, que iban charlando unos pasos más atrás, que aceleraran el paso y lo siguieran. Cuello no sabía qué ocurría, pero si Fontanals actuaba de aquella forma, había que hacerle caso.

Joan estaba contento y soñador. La noche estaba resultando magnífica, pero se sentía un poco fuera de sí en parte por la experiencia que estaba viviendo, pero sin duda, en buena medida, por los diversos vasos de vino dulce que se había tomado. Por eso no reaccionó ante el cambio de actitud de Fontanals, mucho menos divertido en aquel momento que unos instantes antes, y cuando todos aceleraron el paso, él se detuvo, algo desconcertado.

Fontanals lo sujetó por el brazo y le obligó a ponerse en marcha.

—¡Vamos, vamos por aquí, por las Basses de Sant Pere! Dejémoslos atrás.

Sabatés estaba cada vez más cabreado y más preocupado. La apuesta que había hecho con objeto de hacer méritos ante Tarrés y ningunear a Estop estaba resultando un desastre. Seis hombres habían sido incapaces de encontrar a Cuello, cuando en una noche como aquella, tampoco había tantos sitios donde ir en Barcelona. Una vez más, Sabatés repasó mentalmente dónde podía haber ido su víctima y dónde había puesto él a su gente, y otra vez vio claro que no se había equivocado. Si no habían visto a Cuello era seguro que no había ido a los lugares donde los barceloneses se divertían la noche de San Juan. Luego, o bien se había ido a dormir a casa, y eso era un problema porque Cuello cambiaba a menudo de cama por motivos de seguridad, o bien estaba en alguna fiesta particular. Pero en su paseo por el barrio del Portal Nou, Sabatés no había detectado ninguna fiesta, por lo menos que se percibiera desde la calle y, como no concebía una fiesta sin ruido y jarana, estaba prácticamente convencido de que esa noche no se había celebrado ninguna. O sea, que Cuello se había desvanecido...

En un momento de inspiración, cuando estaba en la plaza de Sant Agustí Vell, subió con Garreta hacia la calle del Rec Comtal por las Basses de Sant Pere. Durante el día, las balsas estaban siempre llenas de mujeres que lavaban la ropa y cantaban en medio de un gran vocerío, pero de noche era un sitio muy solitario y poco iluminado, donde era fácil meter el pie en un charco de agua o, lo que era peor, resbalar en el agua jabonosa que se acumulaba en el suelo.

Cuatro hombres bajaban con cierta prisa por el lado de las balsas, donde había las dos únicas farolas de aceite encendidas en toda la calle. No, no eran cuatro, eran más, seis... Detrás de los cuatro hombres, se acercaban dos más. Sabatés distinguió de lejos los dos que iban detrás de todo: Estop era uno de ellos y, el otro, Tarrés. ¡El cabrón de Estop! Seguro que había ido a buscar a Tarrés para quejarse como un niño. ¡Hijo de puta!

Los cuatro hombres que iban delante pasaron bajo una farola, y Sabatés pudo ver claramente a los dos primeros: uno era el amigo de Cuello, aquel marica, que iba del brazo del jovencito que estaba en el café. Y los dos de detrás... Uno era Cuello, sin duda. Había llegado su gran oportunidad. Si actuaba con decisión, Tarrés vería en quién se podía confiar de verdad.

Joan solo entendía que estaba pasando algo grave. Fontanals lo sujetaba fuerte del brazo y lo obligaba a caminar deprisa, mientras que un par de pasos detrás, su padre y Cuello también aceleraban y miraban hacia atrás, donde parecía que dos hombres los seguían.

El suelo, de adoquines, estaba húmedo y resbaladizo, y Joan dedujo que allí se lavaría ropa de día. Pero ahora, hacia la una y media de la madrugada, aquel sitio, o quizá la situación, le resultaban siniestros.

Ramon Gort comprendía mejor que su hijo lo que estaba ocurriendo. En la trastienda de la farmacia Borrell había hablado mucho de política con los invitados, todos ellos republicanos, progresistas o demócratas, gente liberal como él. Ramon se había sentido orgulloso de las miradas de admiración de los jóvenes cuando les había contado algún episodio bélico de la guerra carlista o cómo había estado al lado del comandante Sugrañes durante el sitio de Reus. Y durante la conversación también había entendido que Cuello era el jefe político de todos ellos. No era extraño, pues, que algún malhechor pagado por la policía o puede que incluso la misma policía, lo estuviera persiguiendo. Ramon solo sufría por su hijo, porque no le hicieran daño, pero no tenía ningún miedo de enfrentarse con quien fuera necesario. Se llevó la mano a la faja y al notar el nácar de la empuñadura de su navaja se sintió mejor.

Tarrés se veía arrastrado por los acontecimientos. Se arrepentía de haber cedido a la impaciencia porque ahora, si no liquidaban a los cuatro perseguidos, se sabría que él estaba implicado en el asunto. Pero matar a cuatro hombres no era fácil y, además, era imposible que algo así pudiese pasar en Barcelona sin, como mínimo, el consentimiento de la Ronda. Lo que ahora le pedía el cuerpo era detener la operación y esperar unas horas. Mejor un retraso que un desastre...

Pero, por desgracia para Tarrés, sus subordinados no podían seguir el hilo de sus pensamientos. Ellos solo sabían que su objetivo estaba a la vista y que, después de una larga noche de frustraciones, había llegado el momento.

Sabatés y Garreta se detuvieron en medio de la calle para esperar a que los demás llegaran.

—Mira qué grupo de señores viene por aquí... ¡Si hasta hay uno que es mariquita! —dijo en voz alta Sabatés, mientras Garreta se iba poniendo un puño de acero.

La aparición de los dos de la Ronda delante de él, sorprendió a Fontanals. El peligro, hasta entonces, procedía de detrás, pero que de repente hubieran aparecido esos dos delante del grupo le llevó a pensar que habían caído en una trampa. Estaban

rodeados. Aun así, por su forma de ser, no pudo evitar replicar.

—Caramba, me gusta que alguien como usted sea capaz de confesar en público sus gustos. ¿Ha venido con su marido, tal vez? —comentó, señalando al bestia de Garreta.

Garreta no sabía muy bien qué hacía allí. Hasta entonces había obedecido en todo momento las órdenes de Sabatés, pero que aquel individuo estrafalario que llevaba un mantel de cuadros atado a la cabeza le dijera que era el marido de Sabatés le pareció un insulto intolerable. Y por eso se le lanzó encima, para sorpresa de Fontanals, que más bien se esperaba el ataque de Sabatés. Garreta avanzó hacia Fontanals echando el puño hacia atrás para golpearle con más fuerza la cara. Pero para hacerlo tuvo que inclinar el cuerpo justo delante de Joan. Y el chaval no dudó. Aunque sabía que aquello no tenía nada que ver con las peleas con los chicos de Reus, usó su agilidad y, simplemente, barrió con el pie la pierna de Garreta, que se quedó sin sujeción y se cayó medio volando al suelo, empujado por su propio impulso. El cuerpo inmenso del policía hizo que el agua del suelo salpicara por todas partes. Por un momento todo se detuvo, todo el mundo sorprendido por la forma en que se había resuelto el primer asalto con la intervención de quien parecía el contendiente más débil contra el más corpulento y fuerte de todos. El primero que reaccionó, para desgracia de Joan, fue Sabatés. Con la porra que se había hecho él mismo, rellena de piedras y tierra, golpeó la cara del chico de abajo arriba.

A Joan, de repente, le estalló el mundo. La porra le dio en la nariz y se la rompió en medio de una explosión de sangre. Por un momento, no fue capaz de ver ni de sentir otra cosa que su propio dolor, un dolor asfixiante, abrumador. Cayó de rodillas y se protegió, tarde, la cara con las manos mientras la sangre le chorreaba entre los dedos.

Al ver lo que le había pasado a su hijo, Ramon Gort sacó la navaja y la abrió. Aunque no estaba pensada como arma, ya que Ramon la usaba siempre para trabajar, tenía una hoja bastante larga que brilló bajo la luz de la farola. Con la navaja delante se lanzó contra Sabatés con una rabia tal vez excesiva que le hizo perder el sentido de lo que hacía. Ramon solo quería proteger a su hijo y descargar su odio contra aquel desconocido que tanto daño había hecho a Joan. Pero Sabatés era un hombre experimentado en peleas callejeras, y no era la primera vez que un hombre lo atacaba con una furia ciega. Saltó hacia un lado y evitó que la navaja se le clavara en el cuerpo, aunque le rozó el brazo, le cortó la ropa de la manga y le dejó una herida no demasiado profunda.

Cuello, unos pasos más atrás, estaba aturdido. Él, que era capaz de aguantar golpes y torturas si era preciso, no sabía qué hacer ante la violencia que se había desatado. Tenía miedo, aunque jamás lo habría reconocido. Por eso, cuando Estop, que había echado a correr, lo sujetó, apenas se resistió. Tarrés, que no corría tanto como Estop, vio que Cuello estaba sujeto y que muy difícilmente se escaparía, pero que Sabatés tenía problemas, a pesar de que había podido esquivar el primer ataque.

Tarrés, además, no había podido ver bien si Ramon Gort había herido de gravedad o no a Sabatés, de modo que fue hacia él. Con Garreta todavía no se podía contar, inconsciente por la caída y por las patadas que Fontanals le estaba pegando en la cabeza. Él también sacó un cuchillo y lo sujetó con fuerza.

Joan, pasados los primeros segundos, recuperó un poco el sentido de lo que estaba ocurriendo. Arrodillado, sangrando por la nariz rota y con un dolor terrible, abrió los ojos cuando su padre se dirigió a él con la navaja en la mano.

—¿Estás bien, Joan? Ven, leván...

La palabra *levántate* se le quedó a medias en los labios. Joan, todavía de rodillas, vio cómo de repente su padre, agachado hacia él, abría mucho los ojos y la boca. Un hombre a quien, en medio del dolor, le pareció reconocer, estaba de pie tras su padre sujetando un cuchillo con las dos manos. De la espalda de Ramon Gort, donde había asestado el primer cuchillazo, salía mucha sangre, y ahora, por la postura de matarife que había adoptado, iba a descargar otra cuchillada a su padre. El hombre, con una media sonrisa que Joan jamás podría olvidar, bajó rápidamente el cuchillo y, como se hace con los toros, lo remató clavándoselo en la nuca. Ramon Gort se estremeció y cayó redondo a los pies de Joan, mientras que su asesino daba media vuelta y se dirigía hacia Cuello.

Joan, entre el dolor de la nariz rota y lo que acababa de ver, no sabía si todo lo que estaba pasando era simplemente una alucinación. Su padre, boca abajo en el suelo en medio de un baño de sangre que iba tiñendo el agua sucia y los adoquines, no se movía en absoluto. Joan oyó un grito animal, un gemido profundo, intenso y salvaje, y tardó un momento en darse cuenta de que había sido él mismo quien lo había proferido.

El ruido de la pelea y los gritos habían empezado a atraer gente. En algunas casas se encendieron velas para mirar qué sucedía. Tarrés, después de liquidar a aquel hombre, vio claro que todos los de la Ronda tenían que huir inmediatamente si querían que, con un poco de suerte, nadie los acusara de lo que había ocurrido. Pero Cuello era lo primero.

—¡Sabatés, ven, corre!

Sabatés, que quería ayudar a Garreta, dejó al policía a su suerte. Fontanals se había detenido y ya no golpeaba al hombretón, después de ver la muerte de Ramon Gort. Por eso pudo ver perfectamente lo que le pasaba a Cuello.

Estop seguía sujetando con fuerza a Cuello, que había visto en primera fila cómo Tarrés asesinaba al pobre Gort y había sabido que él sería el siguiente. Le supo mal perder la oportunidad de irse a la cama con aquellas dos hermanas rellenitas y no ver cómo triunfaba la causa de la libertad. Pero era el momento de morir.

Tarrés, con el mismo cuchillo con el que había matado a Gort, clavó la primera puñalada en el vientre de Cuello, al que Estop seguía sujetando por detrás. E inmediatamente llegó Sabatés, que usó la navaja caída de Gort para clavarle otra cuchillada. Cuello sentía dolor, pero menos del que esperaba, y veía como si fuese

otro cómo los cuchillos de Tarrés y Sabatés se le iban hundiendo en el cuerpo y cómo la ropa se le iba empapando de su propia sangre. Un abandono, un sueño extraño lo invadió.

Cada vez se oían más gritos y ruido de personas que se acercaban a las balsas. Tarrés, que seguía clavando cuchilladas a Cuello, que no se moría, alzó la cabeza y vio, inquieto, que ya había personas plantadas a pocos metros que no se atrevían a intervenir.

—¡Sabatés, déjalo ya, que este ya está listo! Tú y tú —dijo, refiriéndose a Estop, que todavía sujetaba el cuerpo sin fuerza de Cuello—, recoged a Garreta y vámonos.

Pero todo había sido demasiado zafio, y Tarrés sabía que era imposible que al día siguiente por la mañana no se supiera en toda Barcelona que la Ronda había asesinado al líder de los progresistas y a un campesino que pasaba por allí. Seguro que Serra Monclús y sus jefes del Gobierno Civil no estarían nada contentos y que se lo harían pagar con creces.

Joan ya no gritaba. Todavía de rodillas, no podía apartar las manos de la espalda de su padre, muerto en el suelo. Pensó que algún día mataría a todos los que le habían destrozado la vida.

Gort se despertó cuando apenas empezaba a clarear. No había dormido bien porque había tenido la debilidad de dejar que la muchacha se quedara en la cama. Con la poca luz que se colaba por la ventana la miró, desnuda y dormida, y se le despertó de nuevo el deseo. Pero no se quería permitir ninguna debilidad más. Con la mano le sacudió el hombro hasta despertarla sin miramientos.

—¿Qué haces? Déjame dormir, va...

—Levántate y vete, que pronto saldrá el sol.

—Ay, no... Déjame, tengo sueño... —Se giró y le dio la espalda, dispuesta a seguir durmiendo.

Gort se enojó y con la mano abierta le dio una palmadita no muy fuerte pero de modo contundente en el trasero desnudo.

—¡Que te levantes, que ya te dije que no quería que te quedaras a dormir!

—¡Salvaje, animal, imbécil! —La muchacha se incorporó, hecha una furia, pero se encontró con que las manos fuertes de Gort la sujetaban por los hombros. Aunque podía ser brutal, la chica no pudo más que estremecerse al verlo a media luz. Gort tenía una cara que podía haber sido agraciada a no ser por la nariz rota y desviada que le confería un aire siniestro. Era fuerte, delgado y peludo, y tenía una voz... ¡qué voz tenía Gort! Decidió probar otra táctica para quedarse.

—Ahora mismo me iré, pero ya que estamos los dos desnudos y, por lo que veo, todo tú está muy despierto...

—Basta, vístete y vete, que tengo que salir a cazar.

Gort se levantó rápidamente y lanzó la ropa a la chica. Para evitar alargar la situación, se puso los calzoncillos y se fue a la despensa a comer algo antes de salir. Hurgando, encontró la lata de carquiñoles, ahora vacía, la contempló un instante y la devolvió a su sitio, con una delicadeza que no pegaba con su aspecto.

—¿Todavía no te has ido? —gritó desde la despensa.

—Ya va, si lo llego a saber...

—Si lo llegas a saber, ¿qué?

—Nada... Oye, mi marido volverá a irse de aquí a dos semanas. Se va a Amposta o a Tortosa, no lo sé... ¿Podré quedarme entonces?

—Date prisa y no me molestes.

Finalmente, se marchó. Gort acabó de vestirse, se colgó el zurrón y tomó la escopeta. Llamó al perro y los dos echaron a andar. Salir a cazar, aunque no cobrara ninguna pieza, se había convertido en una vía para desahogarse de la tormenta que constantemente había en su interior. Cuando asesinaron a su padre, el comandante Sugrañes, generoso, lo acogió en su casa y lo trató como a un hijo, pero Gort, a quien ahora ya muy pocos osaban llamar Joan, aguantó poco más de un año. El segundo verano tras la muerte de su padre, volvió a instalarse, solo, con poco más de quince

años, en la masía, y ahí continuaba. Pero el golpe de la muerte brutal de su padre le había dejado una mala leche descomunal. Durante unos años no había bronca en la que Gort no participara, tanto en Reus, como en Riudoms o Montbrió, por donde Gort solía pasearse. Pronto las mujeres, tanto las campesinas como las hijas de los comerciantes y los menestrales o, incluso, las burguesitas, empezaron a adorarlo. Era duro, bien parecido, seco, con una nariz torcida que le daba un aire de matón y, sobre todo, se notaba que siempre iba a por todas. Para él una pelea, una discusión, un conflicto no se terminaban hasta que no se salía con la suya, hasta que no derrotaba a su oponente, fuera entonces, fuera semanas más tarde. Era implacable. El comandante Sugrañes jamás sabía si aquel muchacho, con quien se sentía en deuda porque su padre había muerto a su servicio, le gustaba o le daba miedo.

Empezó a andar con la escopeta descargada hacia un campo, no muy lejos del camino de Tarragona, donde había visto madrigueras de conejos. La cargó con cuidado, prensando muy bien la pólvora, el papel encerado y la bala redonda hacia el fondo del cañón con la baqueta. Gort era tan conocido por las malas pulgas que gastaba como por su extraordinaria puntería. Una hora, dos conejos, tres disparos, el primero de los cuales para quitar la humedad del cañón y afinar más la puntería. Lo pensaba muy a menudo: matar le gustaba. Era terrible y, a la vez, le enorgullecía, porque sabía que, simplemente, se estaba preparando para matar, algún día, a unos cuantos a quienes se lo debía. Este había sido el motor de su vida los últimos cuatro años, desde que supo exactamente quién había matado a su padre y que la mayoría de los implicados todavía estaban vivos.

Lo supo el día en que Bocanegra volvió a aparecer. Había ido a un antro infecto de La Selva del Camp, un lugar donde había más ratas que vasos, precisamente el lugar donde Gort prefería ir en aquella época. Siempre era el más joven, lo que muy a menudo había confundido a los matones que frecuentaban aquellos locales. Al principio, Gort había recibido de lo lindo, pero era conocido porque siempre, siempre, siempre, llegaba un día en que devolvía la paliza a quien le había pegado. Y, si podía, se la devolvía mucho más fuerte. Rencoroso, vengativo y mala bestia, ya hacía tiempo que nadie lo molestaba. Aunque era muy joven, la nariz rota y torcida, la fama y, sobre todo, el aire peligroso que tenía lo protegían eficazmente de la gente con ánimo de pelea. Además, aunque en aquellos locales servían el vino más denso, fuerte y repelente que pudiera encontrarse, Gort nunca bebía más de dos vasos.

Aquel día todavía no se había terminado el primero, sentado a una mesa mirando hacia la puerta, cuando entró en la bodega un hombre espigado, con un abrigo largo a pesar del calor. El hombre se quedó plantado a un paso de la puerta, esperando a que sus ojos se acostumbraran a pasar de la claridad a la oscuridad del interior, o quizás a que la nariz se le adaptara del olor de un henil que había en la plaza al hedor de vino rancio, tocino reseco y sudor de la bodega. En cualquier caso, esos momentos de desconcierto permitieron a Gort ver al recién llegado lo suficiente para darse cuenta de que era Bocanegra, cuatro años después de haberlo visto por última vez el día que

mataron a su padre. Por lo que se veía no había cambiado demasiado, hasta parecía que llevaba la misma ropa y tenía el mismo ademán imbécil.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Bocanegra vio que Joan Gort lo miraba fijamente sentado a una mesa. Se dirigió a él como si no hubiesen pasado cuatro años y unos hechos terribles desde su último encuentro.

—Hola, Joan, te estaba buscando...

—No me llames Joan. Llámame Gort. ¿Para qué me estabas buscando, Bocanegra?

—¿Puedo sentarme? —Bocanegra no esperó a que le diera permiso, se sentó frente a Gort y buscó con la mirada al propietario de la tasca para que le llevara un vaso de vino—. Ahhh, ya tenía ganas de sentarme. Llevo andando desde la mañana y...

—Te he preguntado para qué me estabas buscando.

La voz de Gort había cambiado los últimos años. No era solo que se hubiera vuelto más madura, como era lógico, sino que se había vuelto más seca y fría.

—Huy, hace tiempo que te busco. Ya vine el año pasado y no te vi, y ahora, este año, he pensado: «Seguro que hay algún trabajo por allá abajo y, de paso, veo a Joan... quiero decir, a Gort, y le explico cuatro cosas que he averiguado y que tal vez le interesen.» ¿Tienes noticia de algún trabajo?

—Mira, Bocanegra, el trabajo lo tendrás tú si no me cuentas pronto lo que me tengas que decir.

—Joder, cómo te pones, chaval... Por cierto, lo de la nariz... Ya me lo habían dicho, pero visto así, impresiona más.

Gort no dijo nada, simplemente se lo quedó mirando de nuevo. Lo que Bocanegra vio en sus ojos, le hizo hablar.

—Iré al grano... Te tengo que hablar de aquella noche de San Juan, ¿sabes? Yo, cuando pasó lo vuestro, estaba en el pozo de Sant Guim, un poco borracho, ya me entiendes... Bueno, en resumen, que no supe nada de lo que había sucedido hasta el día siguiente, cuando era la comidilla de toda Barcelona. Todo el mundo decía que los de la Ronda habían matado a un político y a otro hombre que lo acompañaba, pero claro, yo, el hombre que lo acompañaba, el que también había muerto, ¿me explico?, yo no sabía quién era, o sea que no supe que tu padre había muerto hasta mucho después, y entonces até cabos...

Gort estaba evidentemente interesado en lo que le contaba, pero deducía que Bocanegra no había ido a verlo solo para darle, más de cuatro años después, el pésame por la muerte de su padre. Prefirió, en contra de lo que le pedía el cuerpo, no presionarlo demasiado y dejar que siguiera explicándose.

—Ya... sigue.

—Pues resulta que hasta hace poco, bueno, hasta después de los disturbios de Barcelona del verano pasado, no supe que tu padre había muerto a la vez que aquel político... Y que sus asesinos eran los de la Ronda.

—Ya es la segunda vez que mencionas la tal Ronda. ¿De qué me estás hablando?

—Ah, ¿no sabes quiénes son, bueno, quiénes eran los de la Ronda? Era la policía de Barcelona, creía que lo sabías... Los llamaban los de la Ronda de Tarrés, porque este, Tarrés, era quien los mandaba.

—¿Y por qué la policía querría matar a mi padre? ¡Lo que dices no tiene ningún sentido!

—¡Sí, hombre, sí, está muy claro! Los policías solo querían matar al político, todo el mundo lo decía, pero vosotros también recibisteis porque estabais con él.

Lo que decía Bocanegra tenía sentido. Por primera vez en cuatro años, Gort empezó a comprender qué había ocurrido realmente aquella noche de San Juan. Después de enterrar de cualquier modo a su padre el día siguiente en Barcelona, Bofarull tomó el coche y lo llevó a Reus, donde lo dejó con Sugrañes. Siempre había pensado que quienes habían cometido los asesinatos habían sido unos delincuentes que les querían robar, pero esta explicación no acababa de cuadrar con sus recuerdos. En ningún momento les exigieron dinero, sino que desde el principio habían tenido una actitud provocadora. No, no les querían robar, querían matarlos. Entender que el objetivo del ataque era Cuello y que su padre había muerto simplemente por estar en el lugar más inoportuno y en el momento menos adecuado le dio todavía más rabia. La muerte de su padre había sido especialmente estúpida y cruel, y eso costaba de asimilar.

—¿Y siguen en Barcelona esos policías?

—Aquí, al sur, no os llega nada, ¿verdad, chaval? —Bocanegra abrió la boca y lanzó el aliento podrido a la cara de Gort—. ¡Ja, ja, ja! No queda ni uno en Barcelona. ¡El año pasado los liquidaron a todos! Ni Garreta, que era muy fuerte y fornido. Los enviaron a todos al otro barrio a pedradas, a patadas, como fuera.

¡Todos muertos! Gort lamentó inmediatamente la muerte de sus enemigos, no por ningún buen sentimiento, sino por la frustración de no haberlos podido matar él personalmente. Pero Bocanegra siguió hablando:

—La gente, tras la Vicalvarada, se echó a la calle y cuando reconocían a alguno, se lo cargaban a golpes y a cuchilladas. Solo se salvaron Tarrés y un par más, porque como estaban en la cárcel...

—¿Cómo es eso de que estaban en la cárcel?

Bocanegra se acercó a Gort y bajó la voz.

—Parece que los jefes de la policía nunca perdonaron a Tarrés que se descubriera que habían matado a aquel político y entonces le tendieron una trampa y lo condenaron a él y a sus dos segundos a la cárcel. Pero se ve que esos tipos nacieron de pie. Si el año pasado no llegan a estar en el penal, ahora estarían abonando las margaritas en la montaña de Montjuïc, ¡ja, ja, ja!

A Bocanegra le hizo mucha gracia su propio chiste. En la cárcel, estaban en la cárcel, como mínimo Tarrés y quién sabe si un par de los que mataron a su padre. Algún día saldrían y tal vez entonces Gort tendría una oportunidad y podría sentirse

descansado. Los asesinos de su padre estaban vivos, y él sabía que llegaría el día en que podría devolverles, con creces, el daño que le habían hecho.

Quiso averiguar más cosas, pero Bocanegra o bien no sabía nada más o bien no sabía explicarse, y no le sacó mucho más. Si las noticias no lo hubiesen dejado tan tocado, puede que hubiera logrado que Bocanegra le diera toda la información, pero en aquel momento no quiso pensar que una parte de la explicación no cuadraba del todo.

Bocanegra se quedó en Reus unos meses y después volvió a irse, como hacía siempre. Aun así, con el tiempo se fue instalando en la población cada vez más tiempo y ahora, cuatro años después de la conversación en la bodega de La Selva del Camp, prácticamente podía decirse que Bocanegra vivía cerca de Gort. El comandante Sugrañes le iba dando trabajos no demasiado comprometidos y, aunque no era nada de fiar, tampoco podía decirse que fuese mala persona. Gort sabía que más o menos cuando llegara a la masía para despellejar los conejos, Bocanegra se acercaría a charlar un rato, indiferente al silencio arisco con que él acostumbraba a obsequiarlo. Pero hoy, a pesar de que era bastante temprano, Bocanegra lo esperaba en la puerta de la casa con uno de los carros de Sugrañes.

—¡Llegarás tarde, hombre! ¿Es que te has quedado dormido? —soltó Bocanegra, sin preocuparle en absoluto que Gort no viniera de dormir sino de cazar, como saltaba a la vista—. Venga, va, que el comandante quiere verte...

—Pues ya iré, vete tranquilo...

—No, me ha dicho que te llevara enseguida porque era muy urgente.

Gort no se hizo de rogar. Guardó la escopeta y uno de los conejos muertos y se llevó el otro para dárselo al comandante. El conejo a la cazuela hacía perder la cabeza a Sugrañes. Después, subió al carro e iniciaron el camino. Bocanegra empezó a hablar sin que fuera necesario preguntarle nada.

—¡Uf, cómo está el comandante! He ido a buscar el primer correo y hoy tenía tres cartas, una llena de sellos con la cara, supongo, de la reina, muy bonitos... ¿Has visto sellos de los nuevos, Gort?

—No me interesan nada tus malditos sellos.

Bocanegra no hizo caso porque ya estaba acostumbrado a las cosas de Gort y prosiguió, impertérrito, su explicación más bien confusa.

—Yo ya veía que era una carta importante, porque la gente no se gasta tanto dinero en enviar una carta si no tiene que decir algo gordo, ¿no?

Silencio.

—Bueno, da igual... Pues como te decía, Gort, el comandante estaba leyendo el periódico cuando le he llevado las cartas y, ¡ca!, la primera que ha abierto ha sido la de los sellos. ¿Qué te decía, yo? Y cuando la ha leído, se ha levantado, ha tirado el periódico al suelo y me ha dicho, escúchame bien, porque me parece que con lo que me ha dicho ya está dicho todo...

Silencio. Gort escupió fuera del carro y siguió sin decir nada.

—Pues ha dicho... aguza bien el oído, ¿eh? —Bocanegra dejó incluso las riendas del carro para dar más énfasis a la cita—. «¡Ahora sí, ahora sí!»... ¿Qué te parece, eh?

—A mí me parece que esto y nada es lo mismo. Y que cada día estás más idiota.

—Pues, para mí, quiere decir mucho. Seguro que es algo gordo. Para mí que la carta es de Prim o de uno de estos... Yo creo que el comandante tiene ganas de salir de Reus...

Por una vez en la vida, Bocanegra tenía razón. El comandante Sugrañes se moría de ganas de salir de Reus y de regresar al mundo. Cuando había caído el gobierno reaccionario, Sugrañes se había puesto a organizar milicias, sin demasiado éxito. Después de tantos años de represión, muchos habían confundido la milicia con una especie de asociación para desfilar, ir a cenar y beber mientras se gritaban consignas sin pensar demasiado en lo que querían decir. Cuando O'Donnell y compañía terminaron con el bienio de gobiernos más o menos progresistas, Sugrañes se sintió tan traicionado que hizo un discurso público en el que acusaba a los moderados y a los progresistas de haberse aliado para repartirse los cargos públicos en contra del pueblo al que decían representar. Una multa y a casa, pero Sugrañes juró y perjuró públicamente que nunca más entraría en política después de aquella decepción. Pero había que cogerse las promesas públicas de Sugrañes con pinzas. Así como en los asuntos privados el comandante era un hombre cabal, también es cierto que era un poco bocazas, algo de lo que se había arrepentido secretamente toda la vida, pero que ahora, a los cincuenta y dos años, ya no se veía capaz de cambiar.

Sugrañes, contrariamente a su costumbre, los estaba esperando en la puerta de su casa.

—Ven, Joan, baja del carro y entremos, que tenemos mucho trabajo.

Gort bajó del carro y dejó a Bocanegra con las ganas de saber qué diantre había motivado aquel ataque de excitación de Sugrañes. Gort se sentó en el mismo salón y en la misma butaca que unos años antes había ocupado su padre durante tantos días de conversación con el comandante.

—¿Has desayunado? ¡Lola! ¡Lola! ¡Trae a Joan un plato con embutidos y pan, y algo para beber! Si no gritas, no te oye. Esta mujer está cada día más sorda... —se justificó Sugrañes después de haber bramado de tal forma que los cristales del aparador de la sala habían estado a punto de estallar.

—¿Y entonces? ¿Qué pasa, comandante? ¿A qué viene toda esta agitación?

—Mira, ya sabes que España está a punto de entrar en guerra con el sultán de Marruecos...

—Sí, algo he oído... Pero la verdad es que no sé muy bien qué ha pasado.

—¿Desde cuándo no lees el periódico, hombre? Mira, te lo explico un poco porque, si no, después no entenderás nada de lo que te cuente. Resulta que en Ceuta... Sabes qué es Ceuta, ¿verdad?

—No soy tan ignorante, comandante —respondió Gort, algo molesto.

Sugrañes no se dio por aludido y siguió hablando:

—Pues resulta que Ceuta siempre ha estado en cierto peligro, porque en realidad los españoles ocupan la ciudad y poca cosa más, unos pastos. Pues bien, el gobernador de Ceuta, que es un general de caballería, con eso ya te lo digo todo, o sea que es un loco de primera, de aquellos que primero actúan y después piensan, y supongo que con el calor de África todavía es peor... ¿Por dónde iba?

—Me explicaba no sé qué de Ceuta y del tal gobernador, comandante.

—¡Ah, sí! Pues el hombre ordenó a sus soldados que ocuparan más terreno y construyeran unas fortificaciones y, claro, los moros se cabrearon, se las echaron abajo y se mearon sobre el escudo de España. Y ya está liada, se han disparado cuatro tiros y la bola de nieve se ha hecho muy grande.

—¿Y esto es todo? ¿Por esto entrará España en guerra? ¿Por una meada?

—No, por el honor... Por el honor, para dar una lección a los moros, que defienden más la esclavitud que la libertad... y para tener más territorios por civilizar con nuestras empresas y nuestros colonos. Por todo esto.

—O sea, para ganar territorio y riqueza para unos cuantos ricos...

—Hombre, no es así exactamente... —Sugrañes se levantó, nervioso, del sofá donde se había medio tumbado, no muy contento de cómo estaba yendo la conversación—. Todas las potencias europeas lo están haciendo, ¿por qué no íbamos a hacerlo nosotros? Lo hacen los franceses en Argelia, los ingleses en medio mundo, los alemanes en el África negra...

Por suerte para Sugrañes, en ese instante entró en la sala Lola, la mujer que siempre se había ocupado de la familia Sugrañes y que a pesar de que con los años había ganado peso y perdido agilidad, se seguía moviendo por la casa con una autoridad incuestionable.

—Joanet —Lola era la única persona a la que Gort todavía permitía que lo llamara de esta forma—, ¡estás seco! No me gusta nada que no te cuides... Venga, come esta longaniza, que es muy buena. Y si te quedas con hambre, me lo dices y te traeré algo más...

—Come, come mientras vamos hablando —soltó Sugrañes, señalando la mesa a Gort.

Gort fue a sentarse a la mesa y aprovechó para sacar el conejo del zurrón y dárselo a Lola.

—Mira, Lola, qué conejo he cazado esta mañana para ti... —dijo mientras le daba un beso en la mejilla rechoncha y colorada.

—¡Ay, pero qué guapo eres! ¡La que te atrape estará muy contenta!

—Va, Lola, ve a la cocina y déjanos hablar de una vez —soltó Sugrañes, impaciente por seguir la conversación.

Gort se sentó, tomó el cuchillo y cortó un buen trozo de embutido. Conocía lo suficiente al comandante como para saber sus intenciones.

—Quiere irse a África a luchar en la guerra, ¿verdad, comandante?

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes?

—Hombre, comandante, no me chupo el dedo... ¡Es usted transparente! ¿Ya lo sabe su mujer?

Aquí sí que Sugrañes se asustó. Dirigió la mirada hacia arriba, donde estaban las habitaciones de la casa y se acercó a Gort para poder hablar mejor.

—Calla, calla, baja la voz, que aún no le he dicho nada. Me lo tengo que montar bien para hacerlo, ¿sabes? Es que esta vez sí que es apasionante. Mira, ahora te lo enseño... —Sugrañes se dirigió al secreter, abrió un cajoncito y sacó un papel con los sellos todavía pegados—. Esta mañana he recibido carta de Barcelona. Y me piden algo muy importante, mucho, y quiero que tú me ayudes.

—¿Yo? Ya sabe que lo ayudaré en todo; no tiene ni que pedírmelo. ¿Qué hay que hacer?

—Tranquilo, deja que primero te lo explique. De aquí a unos días declararán oficialmente la guerra al sultán de Marruecos. De hecho, el ejército ya se está preparando para ir. A mí, ya lo sabes, no se me ha perdido nada en el Ejército, pero el general Prim y la Diputación de Barcelona han ideado algo distinto: un regimiento nuevo, fuera del ejército normal, un regimiento de voluntarios catalanes, todos de aquí.

—¿Y eso es nuevo? ¡Pero si está lleno de catalanes, el ejército! Sin ir más lejos, Rossend Parés, el hijo de los Blaió, es soldado desde puede que haga más de un año... No veo la novedad por ninguna parte.

—No, no lo entiendes. —Sugrañes quería entusiasmar a Gort tanto como él lo estaba—. No tiene nada que ver con lo que dices. Será un regimiento que se dirá así: Batallón de Voluntarios de Cataluña, ¿y quién crees que mandará este batallón, eh, Gort? Di, di...

—¿Usted? —preguntó Gort, incrédulo.

La gran sonrisa de Sugrañes hizo innecesaria la respuesta. Después de todas las veces que Gort había oído al comandante jurar y perjurar que él estaba retirado y que jamás volvería ni a la política ni mucho menos a la milicia, ahora salía con un nombramiento de jefe de batallón.

—No sé si puedes percartarte de lo que significa esto: hacía muchos y muchos años que no había un regimiento totalmente catalán, incluidos los mandos. Te sentirás orgulloso de ello una vez estemos en África.

—¿Cómo que cuando estemos en África? ¿Es que yo también iré?

El comandante adoptó un semblante triste para decir:

—Hombre, Gort, si no quieres venir conmigo...

Gort no tuvo que pensárselo demasiado. No podía decepcionar a Sugrañes.

—Comandante, yo iré con usted siempre que sea necesario. ¡No le fallaré!

Sugrañes, emocionado, se levantó de la mesa tirando la silla al suelo, sujetó a Gort por los hombros con ambas manos, lo puso de pie y lo abrazó. Gort se dio

cuenta de que no había vuelto a abrazar a un hombre desde la muerte de su padre y, a pesar de que la situación le daba un poco de vergüenza, también se emocionó.

Sugrañes se separó, recogió la silla del suelo, y con los ojos húmedos siguió hablando:

—Gort, he pedido conservar el título de comandante, aunque en realidad ejerceré de teniente coronel de los voluntarios. Y quiero que me ayudes a poner en marcha la recluta y la instrucción. Te nombraré cabo, porque no tienes experiencia militar y así te bregas. Y tendríamos que irnos mañana mismo a Barcelona para instalarnos. No sé si podremos regresar a Reus hasta el final de la guerra.

—Pero, comandante, si tenemos que ir a Barcelona, hacer la recluta y la instrucción de no sé cuántos soldados...

—Pues todavía no lo sé... Cuatrocientos o quinientos, algo así.

—Pues eso, quinientos soldados, que quizá no saben ni llevar un fusil, trasladarlos después a África, lo que supondrá muchos días de viaje...

—No tantos, no tantos. Nada, dos o tres días...

—Bueno, da igual. Lo único cierto es que, por lo que veo, llegaremos tarde a esta guerra, me parece.

Sugrañes se quedó de una pieza. Gort tenía razón, faltaban muchas semanas para que todo estuviese preparado y, además, por lo que decía la carta, ni siquiera era seguro al cien por cien que se acabara formando el regimiento. Prefirió quitarse las dudas de la cabeza y seguir adelante, como siempre hacía.

—Si nos entretenemos hablando, seguro que sí. Te daré el primer trabajo, cabo Gort: ve y lleva estas cartas en mano a toda esta gente de Reus. Es una convocatoria para que vengan aquí, a casa, a mediodía, de modo que tienes que asegurarte de que las lean. Venga, ten, y no te entretengas. Tenemos que darnos prisa... Y mientras lo haces, yo iré a explicárselo a mi mujer.

Sugrañes lo pasó mal explicando a su mujer su vuelta a la milicia. Primero fueron gritos, después llantos y finalmente silencios hasta la aceptación de que el comandante volvía a ponerse en campaña. La señora Sugrañes fue una de las muchas razones que llevaron al comandante y a sus escasos ayudantes a posponer los preparativos necesarios. Para Gort aquellos días pasaron volando. Una noche después del anuncio del comandante se percató de que hacía un par de días que no había pensado ni un solo instante en la venganza que habitualmente le envenenaba el alma. Había demasiados problemas por resolver y el carácter caótico del comandante no contribuía en absoluto a solucionarlos, más bien lo contrario. Había que ir a hablar y llevar mensajes a los seis o siete reusenses que los acompañarían, había que organizar la partida hacia Barcelona, había que ir al cuartel de la ciudad a hablar con unos sargentos sobre los uniformes, había que, había que, había que... No se acababa nunca, y cada vez Sugrañes se mostraba más impaciente. Gort corría arriba y abajo, siguiendo las órdenes a menudo contradictorias de Sugrañes. Por suerte para él,

demostró que en algunas cosas era un perfecto inútil, lo que le libró de hacer más trabajo. Por ejemplo, a pesar de los años que había estudiado a cargo del comandante, todavía sufría a la hora de escribir. Leer, no, no tenía problema, pero escribir... El primer día, Sugrañes le encargó que escribiera una carta destinada a un burócrata de la Diputación. Gort se sentó frente a la mesa del secreter, tomó la pluma, la hundió en el tintero y sacó la lengua. No sabía qué decir, cómo decirlo ni qué letra tenía que hacer. Una hora después de ponerse a hacerlo, Gort, manchado de tinta por todas partes, tiró el cuarto papel que había ensuciado y se fue a hablar con Sugrañes para confesarle el desastre. Aquel día quedó muy claro que cuando estuvieran en campaña, Gort no sería de demasiada utilidad en las oficinas del batallón.

Gort conocía bien a dos de los reclutados para la aventura africana. Uno era Josep Tàrrec, un antiguo compañero de su padre y de Sugrañes de la guerra carlista. Aunque no le llevaba demasiados años, tenía un ademán tan serio y grave que todo el mundo creía que era mayor. Además, era un hombre familiar, muy ligado a su mujer, que se llamaba Josepa. Naturalmente, sus hijos también se llamaban Josep y Josepa, de modo que todo el mundo llamaba a la familia los «josepets». Tàrrec era un hombre liberal, de ideas firmes, y con mucha habilidad para llevar los libros y el abastecimiento de la futura compañía.

El otro a quien ya conocía era, para disgusto de Gort, el mismo Feliu Bocanegra. Bocanegra se había incorporado de forma entusiasta sin que nadie se lo hubiese pedido. Sugrañes estaba muy contento con Bocanegra, pero quizá porque no lo tenía que sufrir a cada momento. Todo lo enredaba, todo lo empezaba y lo dejaba a medias. Además, aunque Gort ya le había llamado la atención por su desagradable costumbre de lanzar el aliento fétido a los demás, parecía que Bocanegra necesitaba enseñar los dientes podridos y la lengua gris a todo el que le pasara por delante. El único pequeño triunfo que logró Gort sobre Bocanegra fue averiguar cuál era su verdadero apellido. Se llamaba Feliu Brut y, al parecer y a pesar de que, sin duda, la higiene no era una de sus principales preocupaciones, le avergonzaba tanto que su apellido significara *sucio* que prefería el apodo de Bocanegra, que a Gort le sonaba peor incluso que Brut.

En el penal de Ceuta, los rumores y la tensión saltaban de una celda a otra. Aunque a la mayoría de los presos nunca les habría parecido posible, ahora el momento más esperado del día eran las horas que estaban en el patio, bajo el sol terrible de África. Ya hacía un par de semanas que no era necesario sobornar a los carceleros para que los presos pudiesen hablar tumbados a la sombra sin disimular. La mitad de los soldados que los vigilaban ya no observaban los paseos lentos y desganados de los prisioneros, sino que miraban desde el muro hacia fuera, la mayoría hacia lo que llamaban campo exterior, desde donde podía llegar algún enemigo. Pero fuera de las murallas, ya fuera en territorio español o, más allá, en tierras del sultán de Marruecos, normalmente se movía poca gente. Todo estaba demasiado seco, era demasiado poco atractivo.

Los presos percibían la falta de interés de los soldados, que no les prestaban atención. Era un alivio para los que estaban castigados a llevar cadenas en los pies, e incluso para los que hacían trabajos forzados en la cantera, fuera de la prisión. El día pasaba demasiado despacio para quienes no tenían permiso para salir del penal, que no tenían ningún tipo de privilegio. De vez en cuando, alguno de los prisioneros con privilegios tenía que ir al patio porque le habían encargado algún trabajo. Era el mejor momento, porque muchos llevaban noticias frescas a cambio de un poco de tabaco malo o de alguna moneda. Pero las noticias que llevaban solían ser contradictorias o, directamente, carecían de todo sentido. Algunos decían que los moros, después de destruir Melilla y de haber matado sin piedad a todos sus habitantes, se dirigían entonces a Ceuta dispuestos a repetir la experiencia y a expulsar a los españoles para siempre de su tierra. Otros, menos fantasiosos, sabían con certeza que un gran ejército español había desembarcado en Tánger y estaba luchando contra los marroquíes y contra la armada inglesa que, como siempre, iba a lo suyo. Pero las noticias que llegaban dejaban insatisfechos a los presos, que ardían en deseos de saber más cosas. Por si esto fuera poco, los internos que tenían familia en la ciudad tampoco eran demasiado útiles, porque los familiares de los presos que llegaban de España eran prácticamente considerados unos apestados y nadie de Ceuta confiaba demasiado en ellos.

Uno de los pocos presos que sabía de verdad lo que estaba ocurriendo era Jeroni Tarrés. Hacía ya seis años que estaba en el penal y, al principio, lo había pasado tan mal como todo el mundo. Muchos de los que habían llegado en el jabeque con él ya no estaban, o bien porque ya habían cumplido su condena, muy pocos, o bien, como era más habitual, porque ya habían muerto. La muerte en el penal era el pan nuestro de cada día. Los que no se ahorcaban para huir de la sordidez, morían de cólera, de tifus o de las secuelas de una paliza de los carceleros o de un compañero de cautiverio. Fuera como fuese, los presos morían como moscas. Tarrés tenía muy claro que él no moriría por su propia mano. En ningún momento de su vida, y menos ahora, se había sentido deprimido o desesperado. A pesar de que muchas cosas le habían salido mal, solo esperaba una oportunidad. Sabía aprovecharlas y la prueba era que, mientras que la mayoría de los compañeros de cautiverio se pasaba la mayor parte del día arrastrando los pies al sol, él estaba en el recinto de la prisión reservado a los carceleros, limpiando zapatos, cosiendo botones, pintando paredes o, simplemente, charlando con los soldados. De vez en cuando hasta tenía permiso para ir a recoger las cartas y los paquetes al buque correo que llegaba cada día desde Algeciras. Cuando fue condenado por el crimen de Mataró, junto a Estop y Sabatés, utilizó los pocos contactos que le quedaban para que los enviaran, o por lo menos a él, lejos de las cárceles de Cataluña, donde el largo brazo de Serra Monclús todavía podía silenciarlos para siempre. El político nunca les había perdonado la monumental chapuza en que habían convertido el asesinato de Cuello y de aquel campesino que lo acompañaba. El asesinato del líder progresista había provocado una oleada de

indignación en toda Barcelona que, en un primer momento, se había dirigido contra la Ronda de Vigilancia. Tarrés y sus hombres se vieron constantemente enfrentados por ciudadanos de toda clase que los trataban con un creciente desprecio. La vida en Barcelona se volvió muy difícil para los policías. Por más violencia que ejercieran, día a día notaban que les resultaba más complicado disfrutar de los privilegios que habían tenido hasta entonces. Un día, se declaraba un incendio en una chocolatera; el día siguiente encontraban la casa de un miembro de la Ronda llena de mierda. Las familias de los policías eran constantemente rechazadas, sus mujeres se encontraban con que los tenderos nunca tenían lo que les pedían; sus hijos se quedaban sin amigos. Los confidentes, que hasta entonces podían ejercer su papel casi a cara descubierta, tuvieron que esconderse bajo las piedras. Nadie quería saber nada de los asesinos de Cuello y de tantos otros, y los que durante tanto tiempo se habían sentido amos de Barcelona notaron que la tierra les temblaba bajo los pies.

Lo que Tarrés no se esperaba era que a él y a sus hombres los enviaran a Ceuta. Al principio, creía que se quedarían en una cárcel de Andalucía, hasta que les comunicaron que los llevaban a África. Fue un golpe para la moral, pero como en cuanto subió al pequeño jabeque supo que no iban al peñón de Alhucemas, un sitio terrible, sino que el destino del barco era Ceuta, respiró aliviado. Ceuta era grande y aunque era una ciudad donde solo vivían presos, militares y sus familias, era mucho mejor que estar encerrado en un islote desolado, cerca de la costa pero demasiado lejos para pensar seriamente en escaparse nadando. Además, confiaba en que en una ciudad así encontraría a antiguos compañeros de penal, de cuando era jovencito o, mejor aún, a alguien que conociera su pasado como jefe de la Ronda de Vigilancia de Barcelona y que pensara que tal vez le convenía ayudarlo.

El preso Tarrés había conseguido una vida relativamente cómoda. Sus dos colegas, Estop y Sabatés, superadas en buena medida las diferencias que los habían enfrentado, pasaban el tiempo a su lado, ociosos, haciendo solo unos cuantos servicios a los carceleros para vivir un poco mejor. Pero los tres padecían el mismo mal: un aburrimiento abrumador que a menudo les impedía pensar en nada ni en nadie, ni siquiera en sí mismos. Hacía cerca de seis años que estaban allí, y todavía les quedaban muchos, más del doble. Por su forma de ser, Tarrés no pensaba mucho en lo que le quedaba de condena, pero había momentos en que el tiempo se le hacía cuesta arriba, en que el paso de un solo minuto era una tortura lenta. El antiguo jefe de policía no era dado a las grandes reflexiones, pero la inanidad de su vida lo consumía como un cáncer, como un gusano que se lo iba comiendo por dentro trocito a trocito. Cada vez se pasaba más rato imaginándose aquel gusano que lo devoraba: se le arrastraba por los intestinos, por los pulmones, por el cerebro. Una noche en que la luz de la luna llena entraba como un extraño rayo blanco en su celda, le pareció ver que el gusano se le movía bajo la piel y le pasaba de la tripa al pecho. Aterrorizado, asfixiado, empapado en sudor, se levantó del jergón donde yacía, se acercó a la ventana con rejas y la abrió un poco para que entrara el aire y le limpiara los

fantasmas de la cabeza. El aire fresco lo ayudó a acabar de convencerse de que no soportaría muchos más años de cárcel en Ceuta. Si no lograba cambiar su vida en relativamente poco tiempo, no saldría vivo de aquel penal. Y si lo lograba, seguro que el Tarrés que volvería a ser libre llevaría una vida que, sin duda, no valdría la pena vivir. Tenía que acabar con aquello; cualquier cosa sería mejor que seguir en Ceuta.

Por eso, cuando abrió, como prácticamente cada mañana, la correspondencia que tendría que revisar y que no revisaba nunca el teniente Robledo, el antiguo policía comprendió que se le presentaba la oportunidad de irse para siempre del penal. Tarrés era el preso de confianza de Robledo, un teniente viejo, canoso, panzudo y sucio que pensaba que lo máximo a lo que podría llegar en la vida era a ser lo que era: el segundo teniente de uno de los penales de una ciudad colonial del norte de África. Y, por eso, era razonablemente feliz. Mucha bebida barata, una visita mensual a una puta rifeña canija y muy tatuada, y pequeños placeres esporádicos, como golpear a algún preso político o mear de noche bajo la ventana del alojamiento del coronel, le acababan de redondear la vida. La aparición de Tarrés y, en menor medida, de Estop y Sabatés, había sido una bendición. Los tres presos habían asumido las tareas que menos le gustaban y menos entendía, y si bien al principio había sufrido un poco, receloso de que los presos lo engañaran y lo metieran en un lío, ahora se sentía cómodo y tranquilo. Si había algo importante, Tarrés lo avisaba e, incluso, aunque no se daba cuenta, le decía lo que tenía que hacer. Y Estop y Sabatés eran los ejecutores perfectos de las órdenes que daba Robledo y que inspiraba Tarrés. La felicidad, para Robledo, había llegado del todo de la mano de Tarrés.

La carta que aquella mañana había llegado en el jabeque correo de Algeciras era del Ministerio de la Guerra y la tendría que haber abierto el coronel Hernández de Ruz. Pero el coronel, como era habitual, estaba en la Península, donde iba siempre que podía con la más mínima excusa. La correspondencia oficial iba a parar, pues, al capitán Figueredo, pero Figueredo era un hombre depresivo, dado a escribir poemas cargados de sentimentalismo donde loaba las tempestades, la luna, la belleza de las doncellas y poca cosa más. En definitiva, la correspondencia oficial terminaba en la mesa del único teniente que estaba siempre en el penal, Robledo, y por consiguiente, caía inevitablemente en las manos de Tarrés, que la leía y la utilizaba como le parecía más conveniente. El mensaje pedía al coronel que, con toda discreción, elaborara una lista de los presos que podían formar parte de un batallón armado que participaría en la guerra contra el reino de Marruecos que estaba a punto de estallar. Estos presos eran absolutamente necesarios, aunque eso no tenía que saberse, porque la precariedad del Ejército español, y la todavía más grave precariedad de la Marina era tal que cuando empezaran las operaciones militares no habría soldados suficientes en Ceuta ni en Melilla para defender las ciudades coloniales. Sin los presos, podían perderse las ciudades españolas en África. Además, el Ministerio de la Guerra decía, no sin razón, que los presos que ya llevaban años en África resistirían mejor las epidemias que seguro que causarían estragos entre los soldados que se desplazarían

desde la Península. Los presos que participaran voluntariamente en este batallón serían indultados al terminar la guerra siempre y cuando su comportamiento fuese valeroso. La carta terminaba con un comentario sobre el hecho de que, teniendo en cuenta que los presos movilizados estarían desde el principio en primera línea de fuego, tampoco habría que indultar a demasiados, porque lo más probable era que pocos sobrevivieran y que los que lo hicieran sufrieran en muchos casos heridas que les imposibilitaran el ejercicio de la delincuencia. Tanto cinismo gustó a Tarrés y le recordó viejos tiempos.

Era del todo evidente que tenían que alistarse enseguida para obtener los mejores puestos del nuevo batallón y, cuando fuera posible, salir del batallón de los malditos para pasar lo mejor posible las semanas o quizá los meses de guerra que estaban a punto de empezar. Pero era muy arriesgado. Aunque Tarrés, y probablemente también Estop y Sabatés, consiguiese no tener que ponerse en primera fila del combate, lo cierto era que en un batallón de presos no había ningún sitio seguro. Estarían constantemente vigilados por gente armada, los soldados regulares, que no se fiarían de ellos, mientras que los moros no los recibirían con más simpatía que a ningún otro enemigo. No era un gran negocio, sin duda, pero Tarrés se quedó con la carta en la mano, mirando la pared que tenía delante, llena de humedades y bultos, y no la vio. Solo podía sentir en su interior las ganas de salir de una vez y para siempre de aquel penal que se le había vuelto totalmente insoportable. Así pues, empezó a pensar cómo alistarse en aquel batallón y cómo ocupar alguno de los sitios más seguros y confortables: furriel o asistente de quien fuera el coronel, algo así. Y una vez estuviese fuera con el batallón de presos, ya vería si era fácil mantenerse en él sin demasiado peligro o si surgía otra oportunidad mejor. Sonrió para sus adentros y pensó que aquel era el primer golpe de suerte de verdad que tenía desde que un campesino desgraciado se había cruzado en su vida y había desencadenado el desastre de la noche de San Juan.

Gort no se había imaginado que le gustaría tanto aquel caos poco organizado que era la milicia. Que los Voluntarios de Cataluña no existiesen de forma oficial contribuía poderosamente a que no se viese por ninguna parte la disciplina que necesitaba cualquier organización y que se suponía que en un ejército era férrea. Sagrañes, que poco a poco se había ido poniendo a tono con el encargo oficioso que había recibido, era uno de los factores clave de cómo estaban yendo los preparativos. Ante cualquier problema que se presentaba se limitaba a decir, contento, que el entusiasmo lo podía todo. En fin... Además, la indecisión política que rodeaba el posible nacimiento de los voluntarios tampoco hacía las cosas más sencillas. A nadie se le escapaba que el general O'Donnell, jefe del partido Unión Liberal y al mismo tiempo presidente del Gobierno y jefe del Ejército, no podía ver ni en pintura al general más destacado del momento, el correligionario del partido, adversario feroz y reusense Joan Prim. De hecho, la guerra se había incubado mientras Prim estaba en exilio voluntario en París,

probablemente con la intención de que, cuando volviera, no pudiera tener un lugar destacado en la guerrecilla que, seguro, sería corta, sencilla y victoriosa para el Ejército español. O'Donnell se imaginaba un conflicto lleno de gloria, de batallas cortas y sangrientas, sobre todo para el bando marroquí, y un recibimiento triunfal en Madrid, con un gran desfile en el paseo del Prado, ser recibido por la reina, tal vez algún título nobiliario más... Y después de los desfiles y las recepciones, sentarse con los grandes industriales y con los hombres de paja para repartirse el terreno conquistado, las minas más productivas, campos inmensos de cítricos, quizá los derechos de fletamento de los puertos mediterráneos de Marruecos.

A Prim no se le escapaban todos estos deseos de O'Donnell. El reusense era el mejor general de España, por más que O'Donnell, Serrano, Zabala y otros no pudieran reconocerlo. Ya lo había demostrado muchas veces frente a enemigos de todo tipo. Prim sabía de táctica más que de estrategia y tenía el don de la oportunidad en la sangre. Sabía ver cuándo el enemigo presentaba un punto débil, qué grupo de soldados, si era atacado, daría media vuelta y provocaría el fracaso de los planes del general contrario. Pero esta calidad militar no habría servido de mucho al reusense si no hubiese ido acompañada de una gran capacidad de enardecer a sus hombres. Unos gritos a tiempo, cuatro frases bien dichas, elevarse por encima de los soldados montado a caballo, cualquier cosa que sirviera para que los hombres se excitaran y se volvieran lo bastante locos como para lanzarse de cabeza a las balas enemigas, con una niebla roja en los ojos que los impulsaba a avanzar y a matar. Además, Prim comprendía la necesidad de la propaganda: todo el mundo tenía que conocer las acciones heroicas de sus hombres y a menudo las suyas porque al pueblo le gustaban los soldados valientes más que los políticos hábiles. De hecho, buena parte de los dirigentes del partido del Gobierno, la Unión Liberal, eran a la vez políticos y militares, pero pocos sabían aprovechar tan bien como Prim su doble condición. Los Voluntarios de Cataluña le irían muy bien, siempre y cuando hiciesen un buen papel en la guerra de África que iba a comenzar. Prim los quería allí y, ya puestos, quería que se les reconociera fácilmente. Un uniforme diferente, unos mandos pintorescos, tal vez una forma de luchar poco habitual... Sí, todo eso podría ir muy bien para sus deseos.

Sugrañes no se chupaba el dedo y conocía perfectamente la mente tortuosa de Prim. Ya sabía que los voluntarios tenían, en principio, una función de realce de las glorias del general más que un uso militar práctico. Pero pensara lo que pensase Prim, Sugrañes se había enamorado de la idea y quería que su batallón se distinguiese por encima de todos, que realmente fuese el protagonista de una gesta que se recordara durante siglos. Además, Sugrañes tenía ganas de demostrar a todos los militarzuelos de carrera que él y todos los que como él se habían formado en las milicias populares eran mejor guerreros que toda aquella patulea de conspiradores corruptos que se vestían de general y se llenaban el pecho de medallas de hojalata. Sugrañes soñaba con convertir el nuevo batallón, todavía un embrión sin reconocimiento oficial, en un

grupo de compañeros ligados por la sangre, por la tierra y por los ideales. Había leído las gestas de Alejandro y se imaginaba a sus voluntarios como a unos nuevos *hetairoi* macedonios dispuestos a jugarse la vida por los compañeros, por el amor y la amistad entre unos y otros.

Si se le hubiese ocurrido comentar estas ideas a Gort, Sugrañes se habría ganado algunas miradas incrédulas y algunas frases sarcásticas sobre la ingenuidad de sus planteamientos. Gort no creía en la amistad que era capaz de sacrificarlo todo por el otro, aunque estaba dispuesto a llegar donde hiciera falta para saciar las ganas de vengarse de los asesinos de su padre. El proceso de formación de los voluntarios lo distraía, pero no le hacía olvidar del todo su objetivo vital. Aunque no estaba completamente seguro, le habían dicho que Tarrés y los supervivientes de la Ronda estaban todos en un penal de Marruecos. No acababa de hacerse una idea de cómo sería ese país, pero se imaginaba una prisión en medio de un desierto de arena, tal como había visto en algunos grabados publicados en panfletos que le habían caído en las manos. Si Tarrés estaba en medio del desierto, él lo atravesaría para ir a matarlo cuando terminara la guerra. Pero aunque en aquellos días frenéticos de preparativos caóticos no tenía demasiado tiempo para fantasear con la muerte de Tarrés, ya se daba cuenta de que, en definitiva, no sería tan sencillo. Para empezar, no sería fácil quedarse en África después de la guerra. Seguramente tendría que desertar y eso seguro que decepcionaría a Sugrañes y le impediría regresar a Reus durante muchos años. Además, si todo era desierto y hacía tanto calor como parecía, no se le ocurría cómo podría ganarse la vida ni como campesino ni como cazador. Tal vez cazando leones, tigres y elefantes, si es que había alguno en aquel lugar, algo de lo que tampoco estaba totalmente seguro. Y, después, cuando llegara al penal, ¿cómo entraría y cómo podría ver a Tarrés para cargárselo...? No era fácil, pero lo que sí tenía claro era que ir a África lo acercaba a su objetivo y esto era lo más importante. Ya improvisaría cuando fuera necesario.

No habían pasado demasiados días desde que había llegado la carta que había puesto en movimiento a todos aquellos hombres de Reus, de Riudoms, de Constantí y de otras poblaciones del Baix Camp. Sugrañes estaba impaciente por empezar a reclutar a los hombres, ver si había que adiestrarlos mucho o poco, vestirlos, armarlos y llevárselos a la guerra. Pero todo se alargaba. La guerra había empezado, por lo menos oficialmente porque todavía no había habido ninguna batalla importante, pero los que pronto serían el glorioso Batallón de los Voluntarios de Cataluña seguían dispersos y a su comandante le faltaban manos para atusarse la barba de los nervios en el salón de su casa de Reus. Además, la situación familiar se le estaba complicando por momentos. Su mujer, que por lo general siempre se había mostrado comprensiva con las aventuras de Sugrañes, estaba cada vez más aprensiva. Sugrañes temía el momento de meterse en la cama, porque invariablemente Angeleta estaba despierta, esperándolo, aunque hubiese apagado la luz. Era empezar a deslizarse bajo las sábanas y oír muy bajito:

—Victorianu... ¡Victorianu!

Cuando la oía, Sugrañes procuraba no hablar, y solo emitía gruñidos y sonidos inconexos que simulaban que seguía atento a lo que decía su mujer.

—Umm...

—Victorianu, he notado que respiras muy fuerte cuando duermes... ¿No tendrías que ir al médico, Victorianu? Piensa que respirar así de fuerte puede significar que tienes tisis en los pulmones, y estas cosas o las pillas a tiempo...

—¿Tisis? ¡Grrrr!

Otra noche no era la tisis de él sino el poco ánimo de ella, y otra noche era la situación de los negocios en Reus o, el día que los comentarios de Angeleta más perturbaron a Sugrañes, el miedo de que Prim sacrificara Sugrañes y sus voluntarios a sus deseos de gloria. Pero Sugrañes no quería dedicar tiempo a los miedos y las aprensiones de su mujer; él ya tenía ganas de irse. Quería volver a sentir la emoción del combate, el estallido de euforia que se experimentaba cuando se estaba en campaña, el delicioso miedo que estaba siempre a punto de atenazarlo y nunca lo conseguía cuando las balas enemigas empezaban a silbarle en los oídos, la locura física cuando los compañeros caían a su lado gritando, con la cabeza reventada, mientras él seguía corriendo hacia la posición de los enemigos con la bayoneta o la espada preparada para agujerear el pecho de todos aquellos cabrones que le disparaban. Quería a Angeleta, pero de quien estaba realmente enamorado era de la guerra.

Pero que su mujer intentara cada noche que se echara atrás estaba minando los nervios del comandante. No podía más, y la noche en que Angeleta insinuó que tal vez era ella quien tenía tisis, enfermedad a la que tenía un miedo desmesurado, como su mujer sabía perfectamente, sintió que se había pasado el límite. Él y sus hombres tenían que irse a Barcelona ya; en Reus ya lo tenían todo hecho. Y si no, ya lo terminarían en otro momento.

Gort no había vuelto a Barcelona desde aquellos dos días horribles de 1851. Ahora, más de ocho años después, se le hacía cuesta arriba regresar a la ciudad. Cuando intentaba alejarla del recuerdo de su padre, la magia que él recordaba haber sentido no volvía. El ajetreo de la ciudad, aquella brutal mezcla de miseria y opulencia, el ruido constante, los olores intensos, todo lo que le fascinó el día antes de cumplir catorce años, ahora le parecía, en el recuerdo, desagradable y repelente. Esta vez hizo el viaje en una galera alquilada por el comandante para llevar cómodamente a todos sus hombres, que no llegaban a la decena. Gort había podido sentarse junto a la ventanilla y aunque el día era fresco, mucho más que aquel lejano día en que hizo el viaje con su padre y con Bocanegra, agradecía el aire que entraba por ella y que aclaraba el denso ambiente, cargado del humo de los puros de los oficiales, que invadía el interior del vehículo. Ahora se arrepentía de no haber insistido en viajar con los caballos de Sugrañes, que iban con un par de mozos a su aire, sin que nadie

los controlara. Pero Gort y los caballos no tenían una buena relación, no los entendía en absoluto, y los caballos lo notaban y lo maltrataban todo lo que podían, o por lo menos eso le parecía a Gort.

—Gort, esta vez iremos a mojar, pero no en el chocolate, ¿eh? No como la última vez... ¡Ja, ja, ja!

La mirada que Gort dirigió a Bocanegra, que había ido a sentarse a su lado, frenó al veterano.

—Hombre, como ya tienes una edad, creía que ahora...

—Mira, Bocanegra, si quieres conservar todos tus dientes picados, no vuelvas a hablarme en todo el viaje.

Bocanegra, a pesar de la oscuridad que reinaba en el interior de la galera, palideció de forma evidente y cambió de asiento sin hacerse de rogar.

A pesar del ánimo sombrío que lo invadía, Gort empezó a prestar atención a lo que veía por la ventanilla, que, inevitablemente, comparaba con lo que había visto años atrás. Aún había soldados ociosos junto al camino, pero no eran tan abundantes como entonces, ni su actitud era tan evidentemente depredadora. Todos ellos parecían más disciplinados, tal vez porque no se veían aquellos oficiales sucios y huraños que reposaban al pie de la carretera. La visión que tenía no era tan amplia como cuando había viajado en la parte superior de la diligencia con su padre. Como la ventanilla de la galera era estrecha, si quería ver bien hacia delante, tenía que sacar prácticamente medio cuerpo y, la verdad, no tenía ganas de hacerlo. Se limitaba a mirar por el agujero medio tapado por una cortina apestosa que iba oscilando en función de los baches del camino. La ventanilla del otro lado de donde él estaba sentado estaba ocupada por uno de los oficiales que había reclutado Sugrañes. Era un joven finito, con un bigote poco frondoso y pelusa en lugar de patillas. Gort no lo conocía demasiado, porque el teniente Marià Moxó era de familia aristocrática y Gort no acostumbraba a frecuentar precisamente esos círculos. Aun así no le había causado una gran impresión. No miraba nunca de frente, las mejillas se le sonrosaban a la primera y cuando hablaba, lo hacía tan bajo que tenías que esforzarte para entenderlo. Además, quizá porque era alto y delgado, tenía tendencia a andar encorvado, lo que le daba un aire menos marcial todavía. Gort no se lo imaginaba motivando a los hombres antes de una batalla, ni después. Por eso, cuando Moxó se volvió hacia él y empezó a hablarle, no le dijo nada enseguida porque, de hecho, ni siquiera se había fijado en que lo tenía al lado.

—Señor Gort... Señor...

—Oh, perdone, teniente. Estaba pensando en mis cosas. Diga, diga, ¿qué quiere?

—No, no, nada importante... Solo quería preguntarle si hacía mucho que no había ido a Barcelona.

Moxó tenía ganas de charlar, puede que porque se sentía solo y estaba nervioso. No había elegido el mejor tema de conversación para Gort, pero el joven no se lo tuvo en cuenta y contestó sin mostrar la poca gracia que le hacía la pregunta.

—Sí, solo he ido una vez, hace muchos años, señor.

—A mí Barcelona me carga, y más desde que han empezado a derribar las murallas y todo el mundo construye por todas partes. ¿Cuándo fue usted habían empezado ya a derruirlas, señor?

—Perdone, teniente, pero a mí no tiene que llamarme «señor»; solo soy cabo.

Moxó se ruborizó y bajó la mirada, y con este gesto contribuyó a caer un poco más bajo en la consideración de Gort. Este siguió hablando para llenar aquel vacío que se había creado de golpe.

—No, no, cuando vine no habían empezado a derruirlas. En realidad, no me imagino cómo puede ser la ciudad sin las murallas, porque entonces las dos entradas que vi eran a través de ellas y tenías que cruzar el foso. En fin, que no puedo imaginarme cómo será Barcelona. ¿Ya la ha visto usted sin murallas, señor?

—¿Yo? Sí, sí... Tiempo atrás, bueno, no hace tanto, yo vivía en Barcelona, ¿sabe? Todavía ahora... Hay una parte de la familia, de la mía, quiero decir, o sea, parientes míos; de hecho, mi madre y mis tías, bueno, no todas...

Moxó se calló y se ruborizó más hasta que la piel de la cara le llegó a unos colores rojizos que Gort solo había visto en un campesino que se había ahorcado y que, junto con otros hombres, había tenido que descolgar de una encina. Con la cara encendida, Moxó se volvió bruscamente hacia su ventanilla y se puso a mirar el paisaje, olvidándose de Gort. Era ridículo. Gort tuvo claro que, en la medida de lo posible, evitaría que Moxó fuera el oficial que lo comandara en la batalla porque probablemente llevaría a todos sus hombres a la muerte. Él, a poco que pudiera, estaría cerca de Sugrañes, que, a pesar de todos sus defectos, seguro que sabía cómo moverse en medio de las balas y los cañonazos del enemigo.

—¡Despierta, muchacho, que ya hemos llegado! Va, que tenemos que bajar los baúles de los oficiales, despábilate.

Despertarse con la mano pegajosa de Bocanegra dándole golpecitos en las mejillas no fue la mejor forma de volver a la realidad. Bocanegra tuvo suerte al no recrearse en ello y haber saltado de la galera por detrás antes de que Gort pudiera reaccionar. De hecho, todos los hombres estaban ya bajando del carruaje por detrás y por las portezuelas laterales, y Gort tuvo que apurarse para no quedarse rezagado.

Estaban en el mismo descampado donde, ocho años atrás, había llegado por primera vez a Barcelona. Algunas cosas no habían cambiado en absoluto: la locura de los barceloneses, corriendo arriba y abajo aquejados de la prisa; los niños sucios que rodeaban a quienes acababan de llegar de las diversas diligencias, galeras y cabriolés que llenaban la zona, niños que pedían o que intentaban birlar algo a los descuidados que dejaban los bultos sin vigilancia; caballos por todas partes, algunos tirando de grandes carros llenos de mercancías, otros, más elegantes y limpios, con jinetes e, incluso, alguna amazona; y los soldados, como siempre.

Aun así, había un cambio muy radical. Las murallas no estaban. Todavía había los portales pero ahora carecían de todo sentido, ya que se habían convertido en una

torpe imitación de arcos de triunfo sin ninguna lógica. La gente invadía el foso, que ya empezaba a estar ocupado por edificaciones aquí y allá. Y la ciudad era extraña. En lugar de verse las fachadas con ventanas y balcones, la mayoría de los edificios parecía querer dar la espalda a los recién llegados. Gort pensó que era lógico, porque, de hecho, al derribar los muros de la fortificación, aquellas casas habían quedado mal orientadas. De uno u otro modo, en muchos lugares todavía se conservaban trozos de muralla, porque algunos edificios habían mantenido las piedras de los muros antiguos como fachada, pero el resultado era un revoltijo, una sensación de desnudez y de desbarajuste sorprendente. Por todas partes se veían calles que desembocaban sin ningún orden en el antiguo foso, que, básicamente, se había convertido en una especie de camino de ronda.

Gort se giró un momento hacia el otro lado, de espaldas a Barcelona, y la sensación de transformación y cambio fue aún mayor. El antiguo paseo de Gràcia empezaba ahora a hacer honor a su nombre. Además, al lado se veía una estación de tren, de la línea de Martorell, que daba un aire muy moderno a aquel campo. Le sorprendió la altura de los árboles a uno y otro lado. No tenía claro si cuando había ido la vez anterior, los árboles estaban o no, pero en cualquier caso, el tiempo les había hecho ganar presencia y había convertido el paseo en una especie de rambla. Con el crecimiento de los árboles, plátanos y olmos, Gort tuvo la impresión de que el tráfico de carros y de gente se había ordenado naturalmente. Ya no había aquel caos que tanto le había chocado. Ahora, caballos, carros y personas andaban más o menos alineados. La mayoría de la gente iba a pie por los lados, entre los árboles y algunas casas que empezaban a levantarse, y los vehículos y la gente montada, por el centro, entre las dos hileras de árboles. Al fondo de todo el paseo, bastante lejos, se veían casas y humo, y quizás alguna fábrica. Y gente, gente arriba y abajo, como si ir de Gràcia a Barcelona y de Barcelona a Gràcia fuera su única ocupación.

Los caballos de los oficiales llegaron cuando Bocanegra y Gort estaban terminando de descargar la galera. Los dos mozos que los llevaban se pusieron enseguida a ajustar las sillas y los arreos, mientras que Sugrañes, Moxó, Tàrrec y unos cuantos más estaban sentados en un tenderete hecho de madera y tela que servía bebida a quienes entraban o salían de Barcelona.

—¡El peor anís que he probado nunca! ¡Ja, ja, ja!

Sugrañes estaba tan contento que ni siquiera el brebaje infame que acababa de tragarse podía quitarle el buen humor. Llamó a Bocanegra, a Gort y a los dos mozos mientras se levantaba de la silla, todavía con un vaso de anís oscuro de suciedad en la mano.

—Venga, chicos, no os entretengáis más. Ya tendremos tiempo de descansar después. Acelerando, que es gerundio...

—Él aún, que sí que descansa. ¿Acaso se cree que es nuestro padre? —refunfuñaba Bocanegra en voz baja y un poco entrecortada debido al esfuerzo de arrastrar baúles a un carro más pequeño que acababan de alquilar.

Gort estaba hecho un lío. Aunque no podía dejar de reconocer la fascinación que renacía en él por Barcelona después de tantos años, la presencia de Bocanegra le removía aún más el mal recuerdo del pasado. Su comentario no solo no tenía ningún tipo de importancia, sino que ni siquiera iba en contra de él. Pero aprovechó el tono sarcástico de su compañero y la referencia a su padre para descargarle toda la rabia que en aquel momento volvía a hervir en su interior.

—¡Hijo de puta! ¡Me tienes hartos!

Mientras Bocanegra se volvía sorprendido, más por el tono de mala leche que por las palabras, Gort aprovechó que transportaba una colección de tres bastones de Moxó para pegarle un bastonazo entre las piernas. El veterano recibió el varapalo con un gran grito e, inmediatamente, le fallaron las piernas y se cayó al suelo.

Gort se arrepintió al instante de haber tenido una reacción tan exagerada. Soltó los bastones y se agachó para ayudar a Bocanegra, que se lamentaba sujetándose los genitales.

—Pero ¿qué coño te he hecho yo?

—Perdona, perdona... No sé qué me ha pasado... —Gort lo tomó por debajo de los sobacos y empezó a levantarlo—. Deja que te ayude.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis hecho daño? —Sugrañes llegó corriendo y se plantó delante de los dos. De Gort, que sujetaba a Bocanegra por detrás, y del veterano, con las manos en la entrepierna.

—No, no, un accidente. Me he golpeado, no pasa nada... —dijo Bocanegra, mirando de reojo a Gort.

—Le he golpeado yo con el bastón... Lo siento.

Sugrañes se quedó un poco desconcertado porque no sabía cómo interpretar lo que estaba sucediendo. Optó por dejarlo correr.

—Pues si tú ya estás bien, todo está bien. Venga, haced que los mozos acaben de cargar el carro de mano y vámonos. Nos dejan sitio para dormir en la Ciudadela, ahora que está tan vacía, o sea que será mejor que empecemos a ir hacia allá, porque todavía nos queda un buen rato... Tú y tú, tomad los caballos y seguidnos. Nosotros iremos a pie. ¡Vamos! Y vosotros dos, a ti te lo digo, Gort, escúchame... Vosotros vigilad el carro con los baúles, que en Barcelona hay gente que tiene las manos muy largas.

Sugrañes empezó a seguir a pie el perímetro de la antigua muralla en dirección a la Ciudadela seguido de los demás oficiales. Bocanegra y Gort iban unos cuantos pasos detrás, mientras que un porteador de alquiler tiraba del carro de mano con los baúles, justo delante de ellos dos. Los caballos, con los mozos, iban a la suya, como siempre.

—¡Ahora me dirás qué te he hecho yo para que me atizaras en los cojones! Todavía me duelen —soltó Bocanegra, que llevaba sin vergüenza una mano dentro de los pantalones para palparse los genitales doloridos.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Te acuerdas de aquel San Juan que también

llegamos juntos aquí mismo?

—¡Claro que me acuerdo! Ufff... Aquellos días yo tenía muchos negocios entre manos y eso no se olvida.

A Gort aquel comentario lo puso alerta.

—¿Negocios? ¿Qué negocios tenías tú? Nunca me lo has explicado...

—¿Negocios? ¿He dicho negocios? No, quiero decir trabajo, cosas que hacer, ya sabes...

—No, no sé. Recuerdo que dijiste que tenías conocidos en Barcelona, gente de buena posición.

—¿Ah, sí? ¿Eso dije? Ya me conoces, soy un bocazas... Va, déjame en paz, que todavía estoy muy tocado. Si hoy no puedo follar, será por tu culpa.

Gort sabía que, de momento, no le sacaría nada. Con el tiempo, pensando, y a partir de los comentarios que había soltado el veterano, había llegado a la conclusión de que Bocanegra había subsistido a menudo haciendo de ratero o de estafador de baja estofa por Barcelona. Eso, a él, le daba igual, pero comprendía que Bocanegra no quisiera hablar mucho de ello.

Cuando llegaron a la Ciudadela ya estaba oscureciendo. Desde dentro de las murallas, la Ciudadela apenas se veía. Solo se alzaba, siniestra, la torre de Sant Joan, donde muchos habían pasado sus últimas horas antes de las ejecuciones, muy habituales, que se efectuaban en la fortaleza. Ahora, sin las murallas, desde determinadas calles se veían los muros de una de las fortificaciones más odiadas del mundo. La habían construido sobre los escombros del barrio más próspero de la ciudad y los cañones no apuntaban al exterior, a ningún enemigo que llegara de fuera de las murallas. Los cañones solo se habían disparado para hacer daño a los barceloneses. Hacía más de un siglo que de sus edificios salían soldados que, periódicamente, mataban a los ciudadanos que pedían libertad. Allí habían ahorcado a hombres, mujeres y niños que, por alguna razón, habían sido condenados por los militares.

Gort sabía muy poco de todo esto. Solo había oído campanas, y la verdad es que ya tenía suficientes problemas como para pensar en una fortaleza lejana. Pero ahora, mientras andaba por el antiguo foso hacia la Ciudadela y veía crecer los muros de la fortificación delante de él, cada vez le resultaba más siniestra. Desde hacía pocos años, además, tenía un aspecto todavía más desmañado, porque después de que, en un acceso de ingenuidad, las autoridades municipales hubieran empezado a derribarla, el Gobierno central dictaminó que había que volver a poner piedra sobre piedra todo lo que se había derribado y, como siempre, el dinero de la reconstrucción tenía que salir de los bolsillos de los barceloneses. En resumidas cuentas, había un buen trozo de muralla acabado de una manera diferente, que rompía la supuesta armonía que podía tener anteriormente el recinto. Además, después de aquel episodio, la mayoría de los muchos edificios de la Ciudadela habían quedado en desuso. Ya no había tantos soldados y todo había adquirido un aspecto abandonado y sucio.

Cuando llegaron, ya no había luz. Gort no era demasiado consciente de dónde estaban con respecto a la ciudad, porque la ronda estaba sin iluminar. No así el interior de Barcelona, donde se veían pasar luces de velas y de lámparas de aceite detrás de las ventanas de las casas. En cualquier caso, seguro que estaban lejos del centro, porque no había ninguna de las farolas de gas que tanto le habían gustado en su primera estancia en Barcelona.

La gran puerta de la muralla de la Ciudadela estaba poco iluminada. Había dos garitas, pero solo en una había un soldado, frente a una hoguera que ardía en el suelo sin demasiado vigor. Al ver llegar aquel grupo de hombres, el soldado de la puerta dio media vuelta y entró en la fortaleza. Era un poco sorprendente encontrarse en la puerta de aquella muralla y que no hubiese nadie, pero poco después el soldado volvió a salir con el fusil en la mano, seguido de un oficial con la cara marcada por la viruela.

—¿Qué pasa aquí? A ver, ¿quién vive? —preguntó en castellano.

Sugrañes, habituado a las malas pulgas de los oficiales del Ejército, no se inmutó y le respondió, igualmente en castellano:

—Alférez, cuádrese ante un comandante y sus oficiales.

Aunque ni Sugrañes ni ningún otro de los hombres que lo acompañaban iban vestidos de militares, el alférez, que había visto de todo desde que había entrado en el Ejército, tuvo muy claro por el tono de Sugrañes que como mínimo aquel hombre mayor y barbudo había sido militar alguna vez en su vida. De modo que sería mejor seguirle la corriente por si acaso eran oficiales de verdad.

—Buenas noches, señor —dijo el alférez en castellano—. Disculpe, pero antes de franquearles el paso, debería conocer su gracia.

Bocanegra, desconocedor del idioma, no entendió nada.

—¿Qué ha dicho?

—No sé qué de la gracia... No sé a qué viene a cuento... —respondió Gort, tan perdido como su compañero, con una voz mucho más baja que él.

Moxó, que se había quedado un poco más alejado de la puerta, se lo aclaró.

—En castellano, *gracia* es el nombre de una persona. Nos ha preguntado cómo nos llamamos.

Que el cuerpo de Voluntarios de Cataluña no existiese aún de forma oficial no facilitó las cosas. Pasado un buen rato y tras la llegada de un teniente, primero, y de un capitán, después, todo se aclaró y los dejaron pasar. De aquel grupo de diez hombres del sur, ocho eran oficiales y solo dos, Gort y Bocanegra, subordinados: un cabo y un soldado. Conociendo a los militares y su amor desafortunado por la jerarquía, y para marcar distancias entre quienes tienen galones y quienes no los tienen, a Gort no le extrañó en absoluto que una de las primeras cosas que pidiesen los anfitriones fuera la graduación de los recién llegados. Gort y Bocanegra se vieron enseguida separados del resto de compañeros, a los que un teniente condujo a un alojamiento que, era de suponer, sería de más categoría. Los dos voluntarios tuvieron que seguir

con sus zurriones a un par de soldados más callados que un muerto que prácticamente no les dirigieron la palabra en todo el recorrido.

Por dentro, la Ciudadela era realmente inmensa. Aunque ya había anochecido y solo había encendidas unas cuantas farolas a la entrada de algunos de los edificios, a Gort le dio la impresión de que todo el recinto estaba lleno de rincones y de construcciones más o menos ordenadas. El suelo, salvo una estrecha franja del camino adoquinada, era muy irregular, y Bocanegra no paraba de tropezar y de renegar. Finalmente llegaron a un caserón de dos pisos, donde no había luz alguna. Los dos soldados abrieron la puerta a tientas y uno de ellos se dirigió a un armarito adosado a una de las paredes, de donde extrajo un farolillo de aceite. Con la luz, Gort pudo ver que la primera impresión de su alojamiento no mejoraba. La pared estaba pintada de un verde desvanecido, con la pintura abolsada en muchos sitios por la humedad. De la sala de entrada nacía una escalera y había un par de puertas cerradas. Los dos soldados que los conducían subieron la escalera y, al llegar al primer piso, doblaron a la izquierda. Ahí se abría una sala alargada con camastros en mal estado. Cada pocos metros había una ventana, pero estaban tan altas que era imposible alcanzarlas sin subirse a una escalera.

—Elegid la cama que queráis. En algunas hay mantas. Si queréis agua, hay una fuente en la planta baja, y también encontraréis una letrina.

—Pero ¿y la cantina? ¡No hemos comido nada desde hace mucho rato! —se quejó, riendo, Bocanegra, aunque por una vez en la vida, gracias a la poca luz, el espectáculo de su boca podrida no impresionó a nadie.

—Ah, sí... No os preocupéis. Cuando toquen para ir a la cantina, no os perderéis. Todo el mundo va hacia ella, no tiene pérdida.

Una vez se hubieron ido los dos soldados, Gort y Bocanegra se quedaron solos en el edificio. Por lo poco que había visto, Gort se había percatado de que la Ciudadela acogía a muy pocos soldados. Todo estaba muy abandonado, prácticamente no se habían cruzado con nadie y hasta los caminos adoquinados estaban llenos de hierbas, señal de que los recorrían pocos carros y caballos. Era como si los militares se hubieran resignado al fin de la fortaleza por la presión popular o, como también pensó, quizá simplemente sabían que mantener la Ciudadela viva era un esfuerzo que el Ejército no podía permitirse.

El rancho fue tan triste y escaso como la Ciudadela misma. Unas gachas mal cocidas donde se encontraba, de vez en cuando, un pedazo de tocino rancio y algunos huesos con un poco de grasa pegada, se suponía que de cerdo. El plato no era gustoso y más bien se atoraba en la garganta. Para bajarlo había un vino aguado, que fue lo que más asco provocó a Gort, porque estaba lleno de unos restos oscuros e indefinidos que flotaban en la jarra. Bocanegra, menos cargado de manías, comió con avidez y bebió con mucho gusto.

—¡Ah, cómo se nota que las cosas han mejorado! —Bocanegra estaba satisfecho. En la mesa, donde habitualmente cabrían una veintena de soldados, solo estaban él y

Gort, y las demás mesas de la cantina también estaban prácticamente vacías—. Se come mucho mejor ahora que hace unos años, cuando yo estaba en el ejército.

—¿Mejor? ¡Pero si lo que nos han dado es asqueroso!

—¡Qué dices! Tú no sabes lo que es una comida asquerosa. A mí me habían llegado a dar platos que asustaban nada más verlos. No, no, lo que nos han dado estaba la mar de bien. ¡Ojalá cuando estemos en África podamos seguir comiendo así! —Para rematar su entusiasmo, Bocanegra soltó un eructo cavernoso y cargado de aromas densos.

Jeróni Tarrés se sentó en su tienda de campaña y sacó la cantimplora de hojalata de la mochila. Todavía estaba caliente porque no hacía demasiado rato que la había llenado de agua hervida de la caldera de los cocineros. Ya había visto demasiadas muertes provocadas por el cólera por enfermar debido a un descuido. Algunos de los soldados que habían llegado de la Península ya tenían cagalera, pero todavía no había fallecido nadie, por lo menos que él supiera, y los médicos militares afirmaban que aquello no era cólera, sino simplemente un desajuste intestinal. ¡Desajuste intestinal! Sí, en la prisión ya había visto muchos de esos «desajustes»... Sabía perfectamente que muchos soldados caerían como moscas y morirían indignamente, embadurnados con su propia mierda. Pero a los presos veteranos no les pasaría eso. Dijeran lo que dijeren los médicos, él pensaba que no pillar el cólera dependía de uno mismo. Agua hervida, comida bien cocida, jamás nada crudo. Y mear y cagar en sitios limpios; las letrinas, para los novatos. Y una vez hacías tus necesidades, lavarte las manos. Así de sencillo. Tarrés, por si acaso, también utilizaba algunos remedios, como por ejemplo ponerse aceite de alcanfor, cuando tenía, bajo los orificios nasales y santiguarse antes de mear. Lo hacía sin el convencimiento de que esta clase de cosas pudiera salvarlo de la enfermedad, pero con la secreta convicción de que si no las hacía, se contagiaría.

Tarrés, Sabatés y Estop formaban parte de la Compañía de Presidarios. Bueno, de hecho, oficialmente los denominaban Tiradores de Montaña, pero nadie los llamaba de esta forma: eran los presidarios. Iban vestidos prácticamente como los demás soldados, con una especie de boina castiza diferente de la gorra de la infantería, pero no llevaban las armas siempre encima, sino que las custodiaba un destacamento de otra compañía, y solo se las daban cuando tenían que entrar en acción. De todos modos, no habían desaprovechado semejante oportunidad, ni mucho menos. Ya habían conseguido cuchillos para los tres y un revólver Lefauchaux de importación que habían quitado a un oficial muerto debido a las fiebres y que, por fortuna, se había ido al otro barrio antes de haber tenido necesidad de disparar ni una sola vez su flamante revólver. Llevaban los cuchillos encima, mientras que el revólver estaba en el baúl del teniente Robledo, quien se había visto obligado, con gran disgusto por su parte, a abandonar la seguridad del trabajo del penal para participar en una guerra a las puertas de su casa. En realidad, Robledo no lo sabía, pero el culpable de que

estuviera allí, en un palacio moro en ruinas al que llamaban el Serrallo, era Tarrés. El expolicía había manipulado la orden de formación de la Compañía de Presidarios para que Robledo tuviera que acompañarlos. Tarrés sabía que tener un oficial controlado al lado le ahorraría muchos disgustos.

Pero, en este sentido, las cosas no estaban saliendo tan redondas como Tarrés y los suyos habían esperado. Robledo era un cobarde y un imbécil, y lo sería siempre, pero Tarrés no había contado con que buena parte de sus superiores detestaba al teniente y siempre le encargaba a él los peores trabajos. Y como los tres antiguos policías estaban siempre con Robledo, en realidad les tocaba a ellos y a unos cuantos desgraciados más hacer el trabajo en cuestión. Por eso, aquella mañana de noviembre les tocaba dejar la relativa comodidad de la tienda de campaña para ir a construir una fortificación avanzada, lo que los ingenieros habían bautizado con el poco atractivo nombre de reducto de Isabel II. El campamento estaba resguardado en el palacio en ruinas, sobre una colina con buenas vistas de Ceuta, aunque aquel día una niebla densa y húmeda impedía ver poco más allá de las tiendas. Había un depósito de agua que muchos soldados, acabados de llegar de la Península, no habían dudado en empezar a utilizar para beber y para lavarse. Desde la colina del Serrallo había que bajar por el camino de Tetuán y adentrarse cada vez más en un valle que separaba dos grandes cordilleras, una seca y rocosa, y otra, en cambio, densa de árboles y arbustos. Sabatés se descolgó con que aquel bosque era como el que había entre Blanes y Sant Feliu.

—¿Y cuándo has estado tú en Blanes o en Sant Feliu? —le preguntó, socarrón, Estop, mientras se ajustaba el correaje.

—Yo he estado en muchos sitios que tú no sabes, imbécil.

El camino no era demasiado ancho, pero lo era lo bastante como para dejar pasar un par de carros tirados por mulas o por caballos con unos buenos cascotes porque era empinado y estaba poco cuidado y lleno de baches y de piedras que resbalaban. La compañía del teniente Robledo avanzaba lentamente, sin demasiado ánimo, entre otras cosas porque iban cargados con un fusil, un pico y una pala, además de la mochila llena, como siempre, de ropa, pan seco, una cantimplora de hojalata y un montón de cosas más. A Tarrés y a sus hombres no los consolaba que lo único que no tenían que llevar encima fueran las municiones, que solo les darían si fuese necesario y que iban cargadas en cajas atadas a unas pobres mulas. El aire era frío, más que nada porque la niebla no se había levantado demasiado; la humedad hacía que la ropa se pegara al cuerpo. Para más inri, cuando el camino se hundía entre las dos montañas, corría un viento helado que hacía desagradable la marcha, aunque hacía desaparecer la niebla.

Cuando llegaron al pie de un precipicio impresionante, que se llamaba de forma gráfica el boquete de Anghera, abandonaron el camino principal de Tetuán para doblar a la derecha, hacia el norte, de hecho. El camino se estrechaba y el bosque de arbustos y pinos prácticamente invadía la carretera. A pesar del fresco, toda la

compañía empezó a sudar porque el camino era ahora cuesta arriba y, dado que no paraban de pasar soldados y animales arriba y abajo, cada vez más complicado. Junto al camino había mujeres y niños rifeños que ofrecían agua, té caliente o dulces a cambio de monedas. Eran muy pesados, sobre todo los niños, que se pegaban como moscas a los oficiales y a los soldados, y les ofrecían mercancías en un castellano retorcido. El camino se ensanchó de golpe, y la compañía llegó a un claro, donde había multitud de soldados alrededor de una carpa bien puesta que contrastaba con la precariedad de lo que habían visto en aquel camino hasta entonces. Robledo llamó a Tarrés:

—Tarrés, ve a ver qué ocurre mientras yo me siento aquí a revisar las órdenes — dijo mientras se tumbaba en el suelo a descansar, resoplando y con la mirada perdida.

Tarrés se acercó y vio a un civil joven, vestido con una levita negra y un sombrero de media copa, totalmente estrafalario en aquel ambiente, subido a una caja de madera, hablando muy contento con la tropa. Por su acento en castellano, Tarrés se dio cuenta enseguida de que aquel hombre era catalán.

—¿Qué dice, que no ha *tastado* nunca las setas? ¡Pues esto no puede ser de ninguna de las maneras, mi general!

—¡Ja, ja, ja! No soy general, solo soy capitán...

—General, capitán, ¡tanto da! ¡Sí, señor! Lo importante es el hambre que se pasa, ¿verdad? Pase, coja un plato y me paga lo que usted quiera. Y si necesita algo más, una navaja de *afaitar*, *aseite de risino* para los dolores de *pancha*, lo que sea, pase que de todo tenemos...

Tarrés se situó junto al hombre y le soltó en catalán, con voz no muy alta:

—¿Y qué se le ha perdido a un paisano por aquí?

—¡Hombre, un catalán! Pues vender, que cuando hay oportunidad de ganar algo de dinero, no la puedes dejar escapar. Pero ya veo que tú tienes otro trabajo...

—Pues sí, ya me ves; aquí, haciendo de soldado... ¿Qué se comenta de la guerra en casa?

El comerciante bajó de la caja para hablar con más tranquilidad, aprovechando que la mayoría de los soldados y oficiales o bien ya habían entrado en la carpa donde tres hombres y dos mujeres los atendían o bien se habían ido, frustrados por no tener ni un céntimo para gastarse.

—Hombre, no lo sé muy bien, porque en cuanto me enteré de que empezaba esta guerrecita, organicé la expedición. Pero en Reus había alegría. Sí, señor, alegría es la palabra. Atraeré dinero, sí, señor. Un dineral y mucho dinerito, no sé si me explico... Dinerito para mí y para muchos otros y un dineral para los peces gordos, sí, señor. El general Prim está contento, ¡y todavía lo estará más cuando lleguen los catalanes!

—¿Catalanes? ¿Qué catalanes?

—Ah, no os han dicho nada aún... Están reclutando un ejército de catalanes para venir a luchar aquí. Y Prim los mandará a todos. Conociendo al general, irán directos a la gloria. ¡Sí, señor!

Otro hombre más mayor se acercó a ambos. A pesar del fresco que hacía, iba en mangas de camisa y con un chaleco de rayas.

—¿Qué, Jaumot, qué pasa? —quiso saber.

—Nada, hombre, que me he encontrado un catalán. Aquí, el sargento...

—No, no soy sargento, soy soldado.

—Ah, muy bien. ¿Eres de los voluntarios de Prim?

—No. Precisamente su amigo me estaba contando lo del ejército catalán de Prim.

—Hombre, yo no sé si llegará a la categoría de ejército... Uno de Reus como nosotros, el comandante Sugrañes, no sé si lo ha oído nombrar alguna vez... ¿No? Bueno, da igual, pues a este comandante, que me parece que había sido oficial de Prim, le han encargado que reclute soldados para ponerlos a las órdenes del general. Prim quiere tener, por así decirlo, un ejército privado, creo, para que haga lo que él quiera y toda España se quede admirada...

—Ya lo entiendo, ya —aseguró Tarrés, que enseguida intuyó que aquella información podría resultarle muy útil—. Lo que quiere Prim es tener una especie de guardia de honor.

—¡Equilicuá! —exclamó el primer comerciante. Mientras charlaban, otros soldados que bajaban por el camino se habían ido acercando a la carpa—. Y ahora, si me disculpas, ¡debo atender a la clientela! ¡*Sañores*, acérquense sin miedo que aquí no *mossegamos* a nadie, aquí solo damos alegría!

Con la llegada de los soldados, los dos comerciantes dejaron de prestar atención a Tarrés, y este lo aprovechó para robar disimuladamente una bota de vino que había a la entrada de la carpa.

Con la bota oculta entre la ropa, Tarrés regresó con sus compañeros.

—Teniente Robledo, solo son cantineros con comida y víveres. ¿Aviso a la tropa que hacemos una parada?

Robledo estaba medio acostado en el suelo, en una posición muy poco marcial. En aquellos momentos se arrepentía de muchas cosas en la vida, y no sabía cuál era la que lamentaba más. Se arrepentía de haber estrenado botas, porque ahora tenía los pies enrojecidos y llenos de ampollas; se arrepentía de haber comido estofado de alubias para desayunar, porque ahora le repetían y le ardía el estómago; y, sobre todo, se arrepentía de haberse alistado en el ejército, porque ahora se veía obligado a andar por las montañas del Rif con un riesgo evidente de morir de cansancio y, tal vez, de las malas artes de los moros. ¿Parada? La pregunta sobraba. Era evidente que él tenía que detenerse y descansar. El teniente Robledo era perfectamente consciente de la enorme importancia que su mente y su ejemplo tenían para sus hombres, aunque a menudo parecía que estos ignoraban totalmente este hecho tan obvio. Si él necesitaba descansar, no era tanto como consecuencia de las botas nuevas, las alubias o la poca profesionalidad, sino más bien para que él y sus hombres estuvieran más dispuestos para el combate. Así pues, Robledo confirmó a Tarrés asintiendo con desmayo con la cabeza que había que detenerse un rato para recobrar el aliento.

Mientras los hombres empezaban a sentarse en el suelo en grupos sin ningún tipo de orden, por el camino apareció un grupo de soldados vestidos de una forma muy peculiar. Iban de azul cielo, llevaban un delantal marrón y una gorra con visera distinta de la del resto del ejército, más blanda y con aspecto de caerse menos de la cabeza que las gorras rígidas y poco prácticas que todos llamaban *ros*, en honor del general Ros de Olano, que era considerado su inventor. Aquellos soldados un poco estafalarios eran del Cuerpo de Ingenieros, simplemente los albañiles que se encargaban de la construcción de fortificaciones, pero también de canalizaciones de agua para suministrar a los hombres y los animales, o de letrinas o, a veces, de los edificios provisionales que normalmente alojaban a los generales o a los invitados del ejército a presenciar sus presuntas glorias. En medio de los soldados había mulas cargadas hasta los topes de sacos, picos, palas, cuerdas y martillos. También acompañaba a los ingenieros algún carro tirado por caballos que sufrían por culpa de la irregularidad del camino. Y, para desgracia de Robledo, con los soldados llegaron asimismo oficiales de Ingenieros. Un comandante con un aspecto imponente se movía a pie entre sus hombres. La cara de aquel comandante impresionaba. Era una cara ancha y fuerte, y la barba, negra, le nacía prácticamente de debajo mismo de los ojos. Contrariamente a lo que era habitual en la mayoría de los oficiales, tenía las manos grandes y llenas de callos, como si estuvieran más habituadas a sujetar las herramientas del oficio de ingeniero que las del oficio de militar. En cuanto vio aquel grupo de soldados con gorra cuartelera medio tumbados en el suelo, junto a un oficial panzudo descalzo que se acariciaba los pies con cara de dolor, el comandante de Ingenieros se dirigió a él con unas ganas evidentes de acabar con aquella situación.

—¡Usted! ¡Sí, usted, teniente! ¿Qué coño cree que está haciendo?

—¿Yo? ¿Yo, señor? Estamos haciendo una parada táctica...

—¿Una parada qué? A ver, ¿quiénes son y adónde van?

—¿Nosotros? ¿Dónde vamos? Pues somos de Ceuta y vamos hacia allá arriba...

—¡Joder, teniente! ¡Nombre, compañía y órdenes! ¡Ar!

El grito del comandante despertó los automatismos dormidos de Robledo, que contestó sin pensar:

—Teniente Robledo, primera Compañía de los Tiradores de Montaña de Ceuta, adscritos a los Cazadores de Madrid, Primer Cuerpo del Ejército. Tenemos órdenes de presentarnos al teniente coronel de Ingenieros... —Aquí Robledo se detuvo un instante, porque acababa de darse cuenta de que estaba precisamente con un teniente coronel de Ingenieros que, muy probablemente, era a quien tenían que presentarse, porque en medio de las montañas, al oeste de Ceuta, habría muy pocos tenientes coroneles de aquel cuerpo.

—¡Siga, va!

—... al teniente coronel Aparici para ponernos a sus órdenes.

El teniente coronel sonrió sin ruido, y aquel gesto provocó aún más aprensión al teniente Robledo.

—Hoy es su día de suerte, Robledo. Está a punto de aprender qué significa ser un oficial del ejército. ¡Soy el teniente coronel Aparici, y como no se levante ahora mismo y ponga a andar a sus hombres, le aseguro que le haré allanar toda esta montaña a pico y pala antes de dejarlo descansar!

Robledo, descalzo, empezó a moverse entre sus hombres, levantándoles y haciéndoles formar antes de que se concretaran las consecuencias de las amenazas de Aparici. Para la mayoría de los soldados reclusos, acostumbrados a los gritos y los maltratos, aquello no era ninguna novedad y tampoco se apresuraron más de la cuenta. Además, que hubiesen gritado a Robledo delante de todos les alegraba especialmente y, para ellos, aquel momento podía alargarse tanto como quisiera aquel oficial de Ingenieros tan arisco. Pero a Tarrés no le convenía la humillación de Robledo. Cualquier comandante nuevo implicaba que ya no controlaría la situación como hasta aquel momento y eso no le gustaba nada.

Cuando los reclusos estuvieron más o menos formados, el teniente coronel se encaramó a una piedra para dirigirse a ellos. Los ingenieros, mientras tanto, se burlaban de sus compañeros.

—Ahora sabréis lo que es trabajar, desgraciados...

Aparici gritó y todo el mundo calló.

—¡Soldados! ¡Soy el teniente coronel José Aparici y ahora soy yo quien les manda! Que se prepare quien no lo tenga claro. ¡Les recuerdo que estamos en guerra, y cuando se está en guerra, puedo ordenar que los fusilen si me sale de los cojones! Si hablan con mis soldados, pronto sabrán que si me cabreo, desearán que ordene su fusilamiento, porque la muerte será mejor que seguir pasándolas putas bajo mis órdenes. ¡Todos ustedes son unos malnacidos, unos ladrones y unos cabrones! ¡Me meo en su boca! Hagan lo que les diga y no tendrán problemas. ¡Desobedézcanme y sabrán lo que es sufrir! ¡Venga, hacia arriba, que tenemos mucho trabajo!

Los hombres empezaron a marchar arrastrando los pies, de mala gana, con el buen humor disipado por los gritos del teniente coronel. Robledo iba delante, con la cabeza gacha, mirando con envidia a los oficiales que iban montados a caballo o, todavía más, a los que estaban junto al camino sin dar golpe. Aunque el ritmo que llevaban no era demasiado rápido, los presidiarios y los ingenieros pronto dejaron atrás una batería de cañones que arrastraban con gritos y ruido un grupo de artilleros y una veintena de mulas, que sufrían tirando de esos tubos de metal de aspecto siniestro. Los gritos y los tacos de los artilleros se mezclaban con el ruido de los arzones que resbalaban sobre las piedras del camino. Tarrés, sujetándose fuerte al fusil descargado que llevaba a la espalda, andaba y meditaba. Si Robledo caía en desgracia, la cosa iría mal. Vivir a la sombra del flojo teniente le permitía escaquearse de los trabajos más pesados, a la vez que lo colocaba en una posición de privilegio para colgarse las medallas que realmente ganaran otros. Ahora bien, si el teniente coronel Aparici se interponía e impedía que Robledo llevara una vida plácida, Tarrés sufriría, y eso no estaba dispuesto a permitirlo. El expolicía no sabía cómo tendría

que hacerlo, pero era seguro que estar en medio de un conflicto bélico y no poder controlar su destino era algo que tenía que impedir.

Subir por aquel camino siguiendo el ritmo que marcaba Aparici provocaba que los presos renegaran y escupiesen constantemente al suelo, como si el ahogo del ejercicio se pudiera compensar remojando de saliva y mocos el sendero. Los ingenieros, más acostumbrados al ritmo que marcaba el oficial, sudaban y resoplaban, pero no se les oía renegar, sino que más bien se reían de las desgracias de los reclusos que habían caído bajo las órdenes de su inflexible teniente coronel.

Una hora después llegaron a una gran explanada que coronaba aquella montaña. La explanada parecía flotar sobre la niebla de las montañas, y si los soldados no hubieran estado tan cansados, quizás habrían podido apreciar la belleza del paisaje. En esos momentos había dos o tres centenares de soldados moviéndose arriba y abajo, arrastrando piedras con ayuda de las mulas, llenando sacos de tierra o cavando agujeros sin demasiada dedicación. Lo que se estaba construyendo era un reducto, una especie de fortificación hecha de troncos y bolsas de arena pensada para facilitar la defensa avanzada de Ceuta. Muchos de los soldados reclusos pensaron que al llegar a aquella explanada tendrían derecho a descansar, pero era evidente que no conocían al teniente coronel Aparici.

—¡Teniente! ¡Y todos ustedes también! —gritó Aparici, señalando con el dedo el grupo donde se encontraban Tarrés, Estop y Sabatés—. Bajen un centenar de metros y vigilen.

—Pero, señor... Las armas están descargadas, no hemos descansado... —dijo, en tono lloroso, el teniente Robledo.

—¡Pues reparta munición y para abajo! Los quiero en escaramuza de aquí a diez minutos, exactamente allí. —El brazo extendido de Aparici señalaba un lugar inconcreto más allá de la fortificación que estaban construyendo los ingenieros, unos metros más abajo de los primeros troncos que servían de parapeto.

Tarrés decidió que era el momento de destacarse ante Aparici.

—¡Ya habéis oído al teniente coronel, chicos! Con su permiso, teniente Robledo... —Robledo asintió desmayadamente con la cabeza—. ¡Vamos al carro de munición, venga!

Los soldados reclusos se quedaron algo helados. Aunque todos sabían que Tarrés era la mano derecha de Robledo, no era demasiado normal que un simple soldado tomara la iniciativa ante un oficial carcelero. Tarrés miró a Estop y a Sabatés, e hizo un gesto con la cabeza para indicarles que actuaran.

—Venga, va, movámonos. Vamos a buscar los cartuchos. —Estop echó a andar decididamente hacia el carro de las municiones, mientras que Sabatés corría hacia él y se subía bajo la mirada de los conductores, que también estaban atónitos.

El movimiento de los dos expolicías provocó que el centenar de soldados de la compañía se pusiera en movimiento bajo la mirada de Aparici y Tarrés y la pasividad de Robledo, que se veía desbordado por los acontecimientos. Estop, Sabatés y los

conductores empezaron a bajar las cajas de munición para repartir los cartuchos entre los soldados.

—¡Teniente! ¡Y usted! ¡Sí, usted! —dijo Aparici, señalando a Tarrés—. Vengan aquí.

Robledo se acercó, inseguro. Tarrés avanzó para llegar antes junto al ingeniero.

—¿Cómo se llama?

—¡Jeroni Tarrés, señor! —gritó Tarrés, mientras se ponía muy erguido y miraba al cielo, por encima de la gorra del teniente coronel.

—Tarrés, encárguese de aquel grupo de hombres y sitúelos en guerrilla. ¿Sabe cómo se hace?

—Supongo que sí, y si no, ya me las arreglaré. Pero, señor, solo soy un soldado y no sé si...

—¡Pues lo nombro cabo!

Robledo, que llegó a tiempo de oír la conversación, palideció al oír el nombramiento.

—¡Pero, señor, no puede hacerlo! ¿No ve que está prohibido? ¡No es más que un preso!

—Coño, no me acordaba de que no se puede... es igual. Usted se encargará de que le hagan caso y de paso también se espabila. ¡Vamos, hacia abajo, que todavía vendrán los moros! Ayer y antes de ayer ya estuvieron aquí, y no me extrañaría que hoy volvieran.

Robledo y Tarrés empezaron a irse, el teniente con la cabeza gacha y Tarrés con cara de satisfecho.

—Eres un cabrón y no creas que porque ahora el comandante te haga caso vayan a cambiar las cosas. Si te pasas un pelo —Robledo agitó el pulgar y el índice juntos delante de la cara de Tarrés—, te las verás conmigo. De mí depende, recuérdalo siempre, el informe del final de la guerra, el que dirá si te dejamos libre o no. O sea que ya lo sabes.

—Teniente, ya sabe que puede confiar en mí, siempre a su servicio...

Tarrés se quedó pensativo. Mientras recogía los cartuchos y los guardaba en el zurrón decidió que Robledo tenía que dejar de ser un obstáculo. Aprovechando la confianza que le había otorgado el teniente coronel Aparici, Tarrés llamó a unos cuantos hombres delante mismo de Robledo. Entre ellos, naturalmente, Estop y Sabatés.

—Escuchad, nos han ordenado que, con el permiso del señor teniente, nos despleguemos para vigilar que no nos ataquen por sorpresa. Ahora bajaremos por este caminito de aquí, y cuando ya no veáis el reducto, os detenéis, os escondéis y esperaréis a ver qué pasa.

—Tarrés, ¿qué santo y seña pedimos si vemos que sube alguien?

—No seas imbécil, si sube alguien por el barranco hacia el reducto, seguro que se trata de un moro. Le disparas y en paz —respondió Tarrés, que un poco demasiado

tarde, añadió—: ¿verdad, teniente?

Robledo estaba muy cabreado y, aunque el oficial de Ingenieros le había marcado el terreno, no podía permitir que Tarrés cuestionara su autoridad.

—¡Tarrés, calla! Haréis lo que yo os diga. Bajaremos por el camino en columna...

Uno de los presidiarios más jóvenes lo interrumpió.

—No cabremos, en columna. El camino es demasiado estrecho.

—¿A ti quién te ha dado permiso para hablar? Bajaréis como a mí me dé la gana, ¿entendido? Como si os ordeno que vayáis a la pata coja...

—De acuerdo, teniente, no se sulfure...

—¡En columna! ¡A formar!

Robledo estaba acostumbrado a hacer formar columnas en el patio del presidio. Pero una cosa era una columna de presidiarios que tenían que ser controlados y otra muy distinta una formación de combate, no de las más sofisticadas, sin duda, pero en definitiva una formación de guerra. Los hombres se dispusieron formando más o menos un rectángulo alargado con cuatro soldados delante. Tarrés, Estop y Sabatés se situaron discretamente hacia el centro, aunque la altura de Estop destacaba entre los demás presos.

—¡Agáchate, Estop!

Estop dobló un poco las rodillas e inclinó la espalda unos grados para perder altura. Robledo no se dio cuenta y no le hizo ponerse a la cabeza de la columna.

—¡Armaaaaas al hombro! ¡En marcha!

Los soldados no respondieron al tono supuestamente marcial del teniente con el entusiasmo que, sin duda, merecía. Como la tierra estaba húmeda, aunque los presidiarios arrastraban los pies, no levantaban polvo, lo que salvaba la dignidad del grupo. Además, algunos miembros de la compañía habían hablado con los soldados que estaban construyendo el reducto y las noticias corrían muy deprisa dentro de la columna.

—Desde que empezaron a construir el reducto —dijo uno de los soldados que ya llevaba dos años en Marruecos, condenado por robo—, no han parado de ver moros con fusiles y caballería, de todo... Aquí dicen que se está preparando algo gordo.

—Lo único gordo que hay aquí es el culo del teniente.

Había que reconocer que, a veces, Estop tenía gracia.

La columna, tal como era de prever, se convirtió poco a poco en una masa de soldados que bajaba por un caminito empinado demasiado estrecho para acogerlos. Además, al bajar por el camino sin árboles pero con arbustos altos, muy diferente del que habían usado para llegar al reducto, se fueron sumergiendo más y más en la niebla. Los sonidos se fueron difuminando de un modo extraño. Las voces se oían nítidas, pero no podía distinguirse de dónde venían. Cuando llevaban unos minutos bajando, lo que quedaba de la columna se detuvo.

—¿Qué coño pasa ahora? —refunfuñó Sabatés.

—Es el momento de apartarse. Venid, va —dijo Tarrés a sus dos compañeros

mientras salía agazapado del camino y se metía entre los arbustos que, con la ayuda de la niebla, rápidamente lo ocultaron—. Quedémonos aquí y ya veremos qué pasa.

Se sentaron en el suelo, entre los arbustos y un par de piedras, en un ambiente enrarecido. La niebla se aclaraba y se condensaba sin seguir ninguna pauta, y los tres hombres perdieron muy rápidamente la noción del espacio y del tiempo. El tiempo transcurría, pero como la luz no cambiaba, convertida en una especie de resplandor que no venía de ninguna parte, parecía que siempre estuvieran en el mismo momento en que habían abandonado la columna. De vez en cuando se oían ruidos inconexos, difíciles de interpretar, quizá conversaciones, quizá disparos, que no procedían de ningún sitio en concreto, lo que los inquietaba. Además la niebla era muy húmeda, y los tres hombres tenían frío. Inconscientemente, se fueron acercando para conservar el calor, mientras se iban formando gotas de niebla sobre las medias capas enceradas que llevaban. Las capas, teóricamente, eran impermeables, pero en realidad no los protegían en absoluto del frío y de la humedad. Frío, ruidos, sombras luminosas que se percibían de repente y que, tal como habían aparecido, desaparecían. Tarrés, Estop y Sabatés, acurrucados en la tierra húmeda, entre arbustos de romero, se sentían muy pequeños, muy poco importantes. Era, para los tres hombres, una sensación que habían tenido muy pocas veces en la vida.

Aquellos momentos fantasmagóricos finalizaron cuando se oyeron las voces de dos hombres que hablaban cerca. Era imposible saber de dónde procedía exactamente la conversación, porque la niebla hacía rebotar el sonido y, a veces, parecía que las voces venían de un sitio y, acto seguido, parecían surgir de otro lado. Tal vez por eso, cuando finalmente aparecieron dos soldados, medio encogidos y desorientados, los tres expolicías se sorprendieron. Eran dos de los soldados más jóvenes de la Compañía de Presidarios, dos muchachitos que apenas llevaban un par de meses en el penal cuando se formó la compañía. Como solía pasar a la mayoría de los presidiarios jóvenes, habían sido especialmente maltratados por los demás reclusos, que les habían sometido a todo tipo de extorsiones. En este sentido, Sabatés se había mostrado especialmente activo. Era él quien les había escupido en el plato del rancho, quien les había obligado a darle las alpargatas que habían recibido al entrar en el penal, quien les había obligado a dormir en las letrinas, fuera de los barracones donde dormían habitualmente los presos. Los dos chicos que, cuando vivían en Valladolid, creían que no había poder en la Tierra que pudiera mandar sobre ellos, se encontraron un día montados en un carro de presos después de haber intentado robar a un individuo que resultó llevar dos pistolas cargadas bajo el abrigo y que era, ni más ni menos, el juez de la Audiencia.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí —soltó Sabatés cuando los dos chicos se plantaron delante de él.

—Ah, Sabatés... —Se notaba la decepción en la voz del muchacho—. Es que nos hemos perdido después del ataque y no sabíamos...

—¿Ataque? —Tarrés aguzó el oído—. ¿Qué ataque? Hablad, va, ¿qué ha

sucedido?

Los dos chicos empezaron a hablar a la vez, lo que impedía comprender nada de lo que estaban diciendo, nerviosos por estar delante de algunos de sus principales torturadores y, posiblemente, también por ese ataque que habían mencionado al principio. Tarrés se cansó de no entender nada y dio un bofetón a uno de los jóvenes. El golpe, inesperado y de una mala leche inmensa, interrumpió la palabrería inconexa de los dos muchachos.

—Te llamas Alonso, ¿no?

—Sí, señor —respondió el chico mientras se secaba el hilillo de sangre que le salía de un lado del labio, donde había llegado a impactar la mano abierta de Tarrés.

—Pues explícame lo del ataque —ordenó. Y señalando al otro chico, añadió—: Y tú, cállate hasta que no te diga que hables, ¿entendido?

—Es que ha sido... No nos lo esperábamos, ¿sabe? Bajábamos por el camino toda la columna y entonces hemos empezado a desplegaros...

—¿Desplegaros? ¿Eso ha dicho el teniente Robledo? —A Estop le extrañó que Robledo fuese tan clarividente.

—Bueno, no sé quién lo ha dicho. Nosotros hemos visto que los compañeros empezaban a desplegarse y nos hemos movido hacia un lado...

—Ah, ya me extrañaba a mí. Esto ya me lo creo más —rio Estop sin que nadie lo acompañara—. ¿Y qué más?

—Unos cuantos nos hemos puesto a la izquierda del camino, uno aquí, uno allá, y nada, cuando llevábamos poco rato así, hemos oído unos gritos y un par de disparos detrás de nosotros...

—Sí, entonces es cuando ha aparecido Boscoso lleno de sangre... Boscoso, el del pabellón de Santa María...

—¿No te he dicho que te callaras? —soltó con gran frialdad Tarrés. El segundo chico se calló de golpe—. Sigue tú. ¿Qué ha pasado con el tal Boscoso?

—Pues Boscoso ha venido corriendo, chillando como un cerdo... No me extraña, porque llevaba un cuchillo de estos de los moros, de estos tan retorcidos, clavado aquí, en el hombro.

—¡Joder! —soltó Estop—. ¿Y qué había pasado?

—Decía que había aparecido un montón de moros con cuchillos que estaban escondidos por ahí y los habían atacado por sorpresa. Y que habían matado a dos o tres de los nuestros y él había logrado huir...

—¿Y qué habéis hecho entonces?

—Pues nada... Josele, el bizco del pabellón de...

—Ya sé quién es Josele, sigue.

—Pues Josele ha dicho que había que avisar al teniente, y nos ha enviado a buscarlo; por eso estamos aquí... —El muchacho miraba nervioso a su compañero mientras hablaba, una mirada que Tarrés entendió enseguida.

—Mira, chico, lamento que me hayas tomado por imbécil. —Mientras Tarrés

decía esto, Estop sonrió, contento de que su jefe volviera a utilizar aquella frialdad que tanto lo había distinguido cuando estaba en Barcelona—. Si me vuelves a mentir, se me acabará la paciencia. Di la verdad.

Alonso tragó saliva y habló con los ojos clavados en el suelo.

—Josele y otro son los que han ido a buscar al teniente... Nosotros dos nos hemos quedado cuidando de Boscoso, que se ha desmayado...

—¿Y? —preguntó Tarrés.

—Entonces...

—¡Habla de una puta vez!

El otro chico se echó a hablar al ver que su compañero no se decidía.

—Entonces hemos oído hablar en moro a una gente que se acercaba, y hemos tenido claro que no nos podíamos quedar allí y nos hemos ido.

—¿Sin Boscoso?

—Es que se había desmayado...

—¡Coño, mira qué valientes! —Estop se echó a reír de nuevo.

La niebla se levantó en pocos segundos. El primero que se percató de lo que estaba pasando fue Sabatés. Cincuenta metros más abajo había una docena de magrebíes marchando a buen paso y en silencio hacia ellos, tan sorprendidos del levantamiento repentino de la niebla como del grupo de soldados que hablaba entre los arbustos. Eran los primeros soldados enemigos que veían los tres expolicías y había que reconocer que daban miedo. No iban uniformados en absoluto, pero todos llevaban más o menos el mismo tipo de ropa: una especie de túnica de rayas con un cinturón de tela y con la cabeza cubierta de una tela que alguna vez había sido blanca. La mayoría llevaba a la espalda un fusil largo con un cañón estrecho que no se acababa nunca y que, dado el ritmo con el que corrían hacia los soldados, les golpeaba rítmicamente la espalda.

—¡Que vienen! ¡Que vienen! —gritó Sabatés, señalándolos.

—No, tranquilos, me parece que son mogataces; no pasa nada —replicó Estop, sonriendo. Los mogataces eran los magrebíes aliados, contratados por el Ejército español para hacer el trabajo más sucio de la guerra.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Tarrés sin dejar de mirar a aquellos hombres ágiles que seguían corriendo a buen ritmo hacia ellos.

—Porque los nuestros están ahí, de donde vienen estos, y si fuesen enemigos, antes de llegar a nosotros se habrían encontrado con un montón de soldados de la compañía. No puede ser, seguro que son mogataces.

Fueran mogataces o no, Tarrés no se fiaba de nadie. La vida en las calles de Barcelona le había enseñado a ser desconfiado y aunque lo que decía Estop era totalmente lógico, no las tenía todas consigo. Además, los soldados de la compañía con quienes tenían que haberse encontrado aquella docena de magrebíes estaban comandados por el teniente Robledo, lo que, para Tarrés, era garantía de que sus compañeros habían estado mal desplegados, mal dirigidos y, posiblemente, se habían

perdido y no habían visto a los enemigos. Y la niebla que hasta hacía un momento impedía ver nada, también podía haber permitido a aquel grupo de asesinos llegar hasta ahí. Tarrés no estaba dispuesto a apostar su vida.

—Tranquilos, seguro que son mogataces —dijo con una media sonrisa. Estop y Sabatés, que lo conocían bien, se pusieron a la defensiva. Que Tarrés riera no significaba que estuviera contento—. Vosotros dos, chicos...

Alonso y el otro soldadito lo miraron. Estaban acostumbrados a que alguien los mandara y, claramente, Tarrés era quien más mandaba de los que estaban allí.

—Id a ver qué pasa. Tal vez traigan órdenes.

Los dos jóvenes empezaron a moverse sin demasiado convencimiento hacia los magrebíes, que cada vez estaban más cerca.

—Tranquilos, que si hay algún problema, nosotros os cubriremos. Estop, Sabatés, poneos allí. Yo me quedaré aquí. ¡Eh! ¡Amigos! ¡Amigos! ¡Amigos! —gritó Tarrés a los moros.

Los magrebíes redujeron el ritmo. Solo tres o cuatro llevaban una espada corta o un cuchillo largo en la mano, pero era evidente que aquello no quería decir necesariamente que fueran enemigos.

Poco a poco, los dos soldados se les fueron acercando. Tarrés, Sabatés y Estop tenían los fusiles en la mano y, aunque no apuntaban a los magrebíes, era evidente que podían disparar en pocos segundos. Sabatés, sin dejar de mirar al grupo que se acercaba, repasó el fusil con la mano para confirmar que lo llevaba correctamente cargado. No lo tranquilizó oír que, de vez en cuando, llegaba el ruido de algunos disparos desde más abajo del lugar donde ellos estaban, precisamente de donde venían los supuestos mogataces.

Alonso y su compañero no andaban muy deprisa. Ya fuera porque no se acababan de fiar de Tarrés o por la experiencia que acababan de vivir con otros moros, los dos soldados llevaban las armas a punto de disparar. Tarrés se fijó en que Alonso se había dejado puesta la baqueta que servía para atacar el cañón del fusil y prensar la pólvora y la bala. En la poca instrucción que habían recibido, este era uno de los errores que más les habían advertido que podían cometer. Si Alonso disparaba, la baqueta saldría disparada con la bala y ya no podría volver a cargar el fusil. Además, la bala no saldría con demasiada fuerza y se quedaría corta. Tarrés no quiso advertírsele a gritos, porque, en definitiva, tanto le daba. Si no sabía cuidar de sus propias armas, era su problema.

Los magrebíes también habían ido reduciendo el ritmo. Era buena señal que ninguno de ellos se descolgara la espingarda, el fusil largo que llevaban. Pero también era cierto que los que llevaban un cuchillo largo en la mano, no se lo guardaron bajo la ropa. Uno de los que estaba más cerca de los dos soldados levantó el cuchillo y empezó a gritar *amigo, amigo* en un español particular. A Tarrés le pareció que aquel hombre sonreía y que, tal vez, tenía algún diente de oro, pero a la distancia que se encontraba, puede que no fuera así.

Aquella noche, cuando Tarrés se acostó entre un par de mantas que había robado en la tienda del campamento del reducto de Isabel II, pensó con un pequeño escalofrío que él tampoco habría tenido demasiadas posibilidades de salir con vida si hubiese estado en la piel de Alonso y su compañero.

Cuando los dos soldados se encontraron con los magrebíes se pararon para hablar. Desde donde estaba, Tarrés no podía entender qué decían, pero el viento permitía captar el tono, y parecía amistoso. Los magrebíes estrecharon la mano a los soldados y un par de ellos hasta les dio golpecitos en la espalda. Uno de los magrebíes se sacó algo de comida del bolsillo, seguramente algún dulce, y se lo ofreció a los soldados. Tarrés constató, una vez más, que ofrecer comida a alguien siempre era un gesto bien recibido. El amigo de Alonso, con el dulce en la mano, se volvió hacia ellos tres y les enseñó lo que era. Algunos magrebíes, mirándolos, empezaron a hacer gestos para que también se acercaran al grupo. Sabatés y Estop miraron a Tarrés y negaron con la cabeza. No era necesario, porque Tarrés ya tenía muy claro que prefería mantener cierta distancia entre los soldados magrebíes y él. Más bien prefirió echarse un poco hacia atrás a quedarse a aquella distancia, que ahora empezaba a parecerle menos segura.

Cuando los tres empezaron a alejarse, los magrebíes cambiaron de actitud. Uno de ellos, aunque a simple vista no llevaba ninguna indumentaria que lo distinguiera como comandante de aquella tropa, empezó a hablar muy rápido y en tono de autoridad a sus compañeros. Alonso y el otro soldado se movieron, nerviosos, pero parecía que las órdenes no eran para ellos. Y así era exactamente: las órdenes no iban destinadas a ellos, pero ellos eran el motivo de las órdenes. Mientras retrocedía andando hacia atrás, Tarrés supo lo que estaba a punto de ocurrir. Sin esperar a verlo, dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria, seguido de Estop y de Sabatés, atentos como siempre a lo que él hacía. Solo se giraron cuando empezaron a oírse los gritos.

Sin dejar de correr, Estop volvió la cabeza para ver algo. Los magrebíes habían rodeado a los dos soldados. Alonso se había quedado plantado mientras los cuchillos se le clavaban una y otra vez en el cuerpo. No era él quien gritaba, de hecho estaba muriendo en silencio, quizá no del todo convencido de que aquello le pudiera estar pasando. El otro soldado, en cambio, chillaba muy fuerte, de forma aguda, aterrorizado. Estop, que corría con la cabeza girada hacia atrás, tropezó con un arbusto y se cayó de culo. Se levantó de un salto, pero el poco tiempo que perdió le permitió ver cómo Alonso caía al suelo sin un gemido mientras que el otro soldado, que curiosamente todavía llevaba el fusil en la mano sin usarlo, corría ensangrentado para intentar huir. Estop, por la noche, acostado en una manta con la espalda pegada a Sabatés, que dormía, recordaría con detalle ese momento, sobre todo cuando un magrebí levantó el machete y asestó con él un fuerte golpe, de lado, en el brazo en el que el soldado llevaba el fusil. Estop pensó, desde la distancia, que solo un cúmulo de circunstancias había posibilitado el resultado de aquel machetazo. Seguramente

estaba muy bien afilado, el golpe fue seguro y certero, el machete debía de pesar bastante, el sitio donde golpeó sería especialmente sensible y unas cuantas cosas más que a Estop se le escapaban. Lo cierto es que el machetazo cercenó el brazo del soldado de modo muy limpio un poco por encima del codo, y el brazo, que seguía sujetando el fusil, salió volando girando un poco en el aire en dirección contraria a la del muchacho. El joven, con el muñón escupiendo sangre por todas partes, recorrió aún unos metros, gritando como un cerdo en la matanza, lo que a Estop le resultó irónico si se tenía en cuenta que los asesinos eran musulmanes. Después cayó de rodillas, dejó de gritar y, simplemente, se echó a llorar mientras sus asesinos lo rodeaban. Estop no vio nada más porque ya se había levantado y había acelerado para alejarse.

La niebla se había levantado por completo, pero el cielo estaba lleno de nubes oscuras. Ahora, sin niebla, los disparos y el ruido generalizado del combate llegaba de aquí y de allá. Los tres expolicías corrieron, cuesta arriba, hasta perder de vista a los magrebíes, entretenidos en registrar a los dos cadáveres.

—Así que eran mogataces... —comentó Sabatés a Estop en un tono que mezclaba la ironía y el desprecio, mientras apoyaba las dos manos en las rodillas, intentando recuperar el aire.

—Pues lo parecían —dijo Estop, que se echó a reír—. Hostia, los primeros que se han dado cuenta han sido Alonso y el otro.

—Seguro que ahora ya no les queda la menor duda —sentenció Sabatés.

Tarrés, a pesar de la carrera, no quería detenerse demasiado rato, porque no era el momento de hacerlo. Quería reunirse con algún grupo de soldados para sentirse más seguros. No creía que estar los tres solos en medio de aquella montaña fuera la mejor forma de escaparse de aquellas bandas nómadas de asesinos. Tampoco quería regresar a las posiciones del reducto porque le daba miedo tener que justificarse por haber abandonado el campo antes de hora. Tarrés ya había visto más de una vez y más de dos lo aficionados que eran los oficiales a fusilar o, como mínimo, a castigar duramente a algún soldadito con objeto de prevenir fugas y deserciones. Y él era de la Compañía de Presidarios, un candidato perfecto para ser chivo expiatorio. No, era demasiado arriesgado regresar al reducto sin el resto de compañeros. Sería mejor esconderse entre los demás soldados y volver todos juntos al campamento, hubiera ido como hubiese ido la batalla, si es que había habido alguna, algo de lo que no estaba nada seguro.

Los tres hombres rondaron por la montaña hasta que vieron a un grupo de soldados reunidos alrededor de un árbol. A medida que se les acercaron, pudieron ver que eran otros presidarios de su compañía, pero era difícil ver qué estaban haciendo. Cuando llegaron, se encontraron con una escena patética: el teniente Robledo estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el árbol y la cara entre las manos, sollozando.

—¡No quiero morir! Nooooo... ¡No quiero morir!

—¿Qué coño le pasa? —preguntó Tarrés a uno de los soldados que contemplaba el espectáculo.

—¿A Robledo? Nada, que está acojonado, ¿qué quieres que le pase?

—¿Y desde cuándo está así?

—Desde el principio. Cuando han salido los moros y han empezado a disparar, se ha echado en el suelo y se ha puesto a llorar mientras nosotros nos los quitábamos de encima.

Tarrés dirigió la mirada hacia donde indicaba su compañero y vio que en el suelo había tres o cuatro cuerpos, como mínimo uno de ellos de uno de los soldados de la compañía y los demás, cadáveres de los atacantes. Un poco más allá había un par de compañeros con manchas oscuras de sangre en el cuerpo, puede que propia o puede que de otro. Pero todo quedaba escondido bajo los chillidos llorosos de Robledo, que subían y bajaban de intensidad sin ningún tipo de criterio.

Sabatés se acercó a Tarrés por detrás y le dijo al oído:

—Si este nos sigue mandando, acabaremos tumbados en el suelo como esos moros.

Tarrés pensó que Sabatés tenía toda la razón. Si Robledo los tenía que seguir mandando en una batalla, la compañía tendría que arreglárselas sola. Era muy peligroso. El expolicía era muy consciente de sus limitaciones y no se hacía ilusiones sobre cómo podía cambiar el azar. Si la niebla se hubiese levantado unos minutos después, los moros que habían matado a Alonso se habrían topado con él y sus hombres. Es más, si no hubiesen aparecido de repente Alonso y su compañero, seguramente los moros habrían pillado a Tarrés desprevenido. Habían tenido, sin duda, suerte. Y Tarrés sospechaba que la suerte era un bien escaso en la guerra. La desorganización a la que los abocaba Robledo no serviría precisamente para aumentar sus oportunidades de sobrevivir en las batallas que todavía estaban por llegar. Había que encontrar una salida, una compañía mejor que le garantizara más seguridad y, ya de paso, quitarse de encima el estigma de pertenecer a una compañía de presidiarios. ¿Acaso habría que acercarse al teniente coronel Aparici? Pero a Tarrés tampoco le hacía mucha gracia la posibilidad de ir al combate bajo el mando de un oficial como Aparici. Tenía la impresión de que el hecho de que un hombre como Aparici confiara en él solo lo expondría a estar al frente de la acción. Y era evidente que eso no era lo que él quería.

Gort tenía más tiempo para pensar del que necesitaba. Los primeros días de estancia en Barcelona parecía que el trabajo jamás se acabaría, y lo cierto era que los problemas y las dificultades se habían ido acumulando. Ahora, a principios de diciembre, él mismo tenía dudas razonables de que algún día embarcaran rumbo a África. Los permisos no acababan de llegar, la guerra avanzaba lentamente y nadie sabía hacia dónde iba. Podía ser perfectamente que una tregua la detuviera cuando todavía no se hubiese formado el cuerpo de voluntarios y, finalmente, todo quedara

en una inmensa broma sin sentido. Esas semanas en Barcelona, Sugrañes le había encargado que organizara el reclutamiento, pero era muy difícil trabajar sin ningún permiso oficial, sin poder usar los ayuntamientos de Cataluña para que se movieran buscando a mozos adecuados para ir a la guerra. Además, nadie había previsto aumentar el contingente de soldados para ese año, y por ello, muchos jóvenes que podían haber sido quintados y llamados a hacer el servicio militar, ya no tenían en mente dejar el campo o el trabajo para ir al Ejército. Sugrañes, con la connivencia lejana de Prim, que, como siempre, movía los hilos entre bambalinas, había pedido que se reconocieran más derechos a los voluntarios que a los soldados normales, pero muchos oficiales de la tropa regular habían encontrado ofensivo este requerimiento.

—¡O sea, que esos cabrones quieren que la gente deje su familia y su trabajo, y se arriesgue a que la maten simplemente por amor a la patria! ¡Cómo se nota que esos hijos de puta no han pasado nunca hambre ni les han dado nunca una colleja por robar cebollas!

El repertorio de insultos y tacos de Sugrañes era limitado pero contundente.

A pesar de todos estos inconvenientes, la noticia de que se iba a formar el cuerpo de Voluntarios de Cataluña se había ido extendiendo. Además, los diarios y los folletines que se vendían en la calle habían popularizado la guerra de África. Aunque Gort nunca se había gastado ni un céntimo en comprarse lectura, el teniente Moxó le dejaba leer todas las noticias que llegaban a sus manos. No era raro que, de vez en cuando, uno o dos jóvenes se presentaran en la Ciudadela pidiendo alistarse con los voluntarios. Entonces, Tàrrec o Moxó los recibían y hacían que Gort o Bocanegra, aunque la letra de este último convertía las anotaciones en ilegibles, tomaran nota de los datos de los futuros voluntarios y de cómo se les podía avisar si finalmente el cuerpo se ponía en marcha.

Estas inconcreciones tenían muy alterado a Sugrañes. El comandante temía, aunque no lo compartía con sus subordinados, que finalmente todo quedara en nada. Además, para que el proyecto siguiera adelante, no había tenido más remedio que verse implicado en un montón de reuniones y conspiraciones que Prim dirigía a distancia, y este era un terreno donde no se sentía nada cómodo. Prim, que no había llegado donde había llegado por casualidad, conocía lo suficiente a Sugrañes como para saber lo que le pasaba por la cabeza a su subordinado y, por eso, y todo ello a través de cartas, guiaba hasta sus más pequeños pasos.

—¡Entra, Joan, entra, no te quedes en la puerta!

—Con su permiso, comandante.

Sugrañes estaba sentado a la mesa, con una lámpara de aceite quemando a su lado, leyendo una carta escrita con una letra picuda y recta que Joan, a distancia, reconoció como la del general Prim.

—Ay, muchacho, quién me lo iba a decir... —Aunque Sugrañes no dio más pistas de la causa de su lamento, Gort tuvo muy claro a qué se refería. Prefirió guardar silencio hasta que Sugrañes le explicara qué quería. No era la primera vez que lo

llamaba simplemente para lamentarse de cómo estaban yendo las cosas, y a Gort estas muestras de inseguridad lo inquietaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

El comandante suspiró, sacó un caliqueño del cajón del secreter y lo encendió con una cerilla larga, tosiendo al mismo tiempo que aspiraba el humo áspero y amargo del mal puro.

—¿Quieres uno?

—Hombre, comandante, no le diré que no...

—Pues ten, uno para ahora y otro para después. Y siéntate, siéntate, toma una silla y siéntate.

«Huy, mala señal», pensó Gort. Dos caliqueños, asiento... Si ahora le ofrecía bebida, querría decir una velada larga y un monólogo de Sugrañes.

—Acompáñame, va, que beber solo es muy triste. Tengo un ron de Cuba que tumba de espaldas. En aquel estante hay vasos...

Ya había aparecido la bebida. Gort decidió relajarse. Aunque las horas siguientes podían ser un poco pesadas y entre los caliqueños, el ron y la cháchara de Sugrañes seguramente a la mañana siguiente tendría dolor de cabeza, tampoco tenía nada mejor que hacer en aquella Barcelona que le estaba resultando más aburrida de lo que había podido imaginarse cuando había empezado aquella aventura. Sugrañes, tras un trago generoso, llenó los vasos con el líquido acaramelado y empezó a hablar:

—No vamos bien, Joan, no vamos bien... ¿Sabes qué es esto? Una carta de Prim desde África metiéndonos prisa. ¡Prisa! Ya me gustaría a mí poder ir deprisa, ¡pero sin ningún papel oficial estoy trabajando en precario! No les gustamos a todos estos cabrones, Joan. Óyeme bien, no les gustamos nada de nada.

«Todos estos cabrones» era un colectivo inconcreto de militares y burócratas que era difícil identificar, pero que Gort sabía quiénes eran. Cabrón era aquel sargento que cada vez que se cruzaba con Gort, escupía al suelo y se reía. Cabrón era aquel coronel de la Capitanía General que jamás se dirigía a Sugrañes por su título militar de comandante sino que lo llamaba siempre señor Sugrañes, recalcando la palabra *señor*. Cabrón era aquel funcionario apestoso que ponía todos los impedimentos posibles y algunos imposibles a poder desencallar los mil y un trámites que exigía el nacimiento del cuerpo de Voluntarios de Cataluña. Todos cabrones.

—Mañana tengo que ir a hablar a casa de unos industriales, unos señores muy importantes... El general piensa que con su ayuda todo irá como una seda. No lo sé, chico, pero lo que sí sé es que no puedo ir a la reunión solo, como un pelagatos. Me llevaré a Tàrrec y a Moxó de ayudantes y quiero que tú vayas de asistente.

Sugrañes tomó la carta de Prim, dio una fuerte calada al caliqueño y suspiró.

—Comandante, ¿cómo quiere que vaya vestido? Aquí todos nos consideran campesinos porque no vamos vestidos de soldados. ¿Qué le parece si consigo un uniforme de alguien que esté... descuidado, por así decirlo, y me lo pongo?

—¡Ja, ja, ja! ¡Hay que ver, Joan, cómo eres...! No, no hará falta. Ya sé cómo será

más o menos nuestro uniforme. Iremos vestidos de campesino que va a misa, ya lo verás. ¿Verdad que has traído alguna barretina?

¿Barretina? Su padre había llevado barretina, y si se hubiera dedicado a trabajar de campesino, seguro que él también la llevaría, pero hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse totalmente campesino. En realidad, no tenía nada claro cómo se veía a sí mismo, pero no era campesino, eso seguro. O sea que no, no había llevado ni una triste barretina.

—No, no he traído ninguna. No sé si alguien de por aquí habrá traído alguna.

—Va, no pasa nada. Ten este dinero —Sugrañes se sacó unas monedas de un bolsillo del chaleco— y cómprate una... roja. Roja con un ribete de otro color, el que encuentres. No, mira, compra tres, las otras para Tàrrec y Moxó. Y a mí me compras otra, pero distinta, blanca o amarilla, lo que encuentres.

Como el comandante Sugrañes había quedado para cenar, salieron de la Ciudadela hacia las cinco y media. En Barcelona se cenaba más tarde que en Reus, y más cuando quien cenaba era la gente adinerada, que mostraba su poder siguiendo unos horarios estrafalarios. El otoño ya estaba muy avanzado, y oscurecía muy temprano. En casa, Gort ya habría cenado o, como mínimo, habría tomado una merienda consistente. Pero en Barcelona, mucha gente ni siquiera había puesto la mesa para cenar cuando las farolas de gas ya se habían encendido. Andando por las calles de la ciudad hacia el palacio de Antonio López, donde se celebraría la reunión, Gort alzaba la vista a las ventanas, muchas sin cortinas, donde se veía de vez en cuando a alguien ligeramente iluminado por las lámparas de aceite. Gort, Tàrrec y Moxó llevaban las barretinas rojas que había encontrado en una tienda de paños. Eran algo largas para su gusto, pero las había elegido porque tenían un ribete azul oscuro con el que se sujetaban a la cabeza mejor de lo habitual. Sugrañes también llevaba una barretina blanca de lana más fina, forrada de seda, con un ribete azul cielo estrecho, más elegante, que había costado un ojo de la cara. Al comandante, que tenía una vena teatral innegable, le hacía feliz llevar esas barretinas porque volvía a su pequeña tropa totalmente distinguible. Aunque solo fuera una pequeña señal de uniforme, llevar barretina en medio de Barcelona los marcaba, lo que para los objetivos de Sugrañes y de Prim era, en última instancia, vital.

Llegaron al palacio unos minutos antes de las seis. Que lo llamaran palacio era muy representativo de cómo vivían la vida los barceloneses: el edificio era gris, tirando a negro. Había un balcón no demasiado grande en el principal, pero en el resto del edificio, antiguo y con pinta de ser húmedo, solo había unas ventanas mal emparejadas. De todos modos, tampoco se necesitaban muchas más porque la calle era tan estrecha que aunque pusieran muchos ventanales, la casa siempre sería oscura.

Por fuera, lo mejor de la casa era la entrada, magnífica, muy moderna, pensada para que los carruajes se introdujeran en el edificio. Por desgracia, pensó Sugrañes, ellos habían ido a pie. Los hicieron subir por una gran escalera que nacía en el patio

de carruajes. Al final de la escalera había la puerta que daba paso a las estancias interiores. Allí los estaba aguardando un criado alto, de pelo plateado y de mirada severa, junto a dos mozos. Esto no habría tenido nada de extraordinario para una casa rica salvo que los tres hombres, tanto el mayor como los dos más jóvenes, eran negros. No eran los primeros negros que Gort veía, aunque no había visto demasiados, francamente. Pero nunca había visto tantos juntos. De hecho, ahora que lo pensaba, hasta aquel momento no había visto ninguno en Barcelona.

—Si los señores son tan amables de acompañarme... Pueden dejar sus abrigo.

El acento del mayordomo era particular. No era la primera vez que Gort oía aquel deje, típico de quienes venían de las posesiones caribeñas, de Cuba y Puerto Rico. Era un modo de hablar nada desagradable, pero extraño.

—Jorgito, Santiaguito, va, tomadles los abrigo. ¿Estáis dormidos o qué?

¡Jorgito y Santiaguito, vaya nombres! Los dos lacayos serían apenas algo más jóvenes que Gort, y no dio la impresión de que les molestara en absoluto que los llamaran por el diminutivo de su nombre.

El mayordomo los acompañó hasta una salita con el techo muy alto, completamente pintada, del suelo al techo, con imágenes de caza. Gort, con ojo crítico, pensó que con los mosquetes que llevaban pintados los cazadores en los frescos y la forma de apuntar que les había puesto el artista, los ciervos que huían por las paredes podían estar muy tranquilos.

—¡Y esto solo es una sala de espera! —Tàrrec estaba admirado. El militar no estaba acostumbrado a demasiados lujos.

Moxó, en cambio, procedía de familia rica, y la sala no lo impresionó en absoluto.

—Este fresco no es demasiado bueno... Y miren los muebles, esta mesita...

—¿Qué le pasa a la mesita? —preguntó Gort.

—Hombre, que las venden a un real la docena en el mercado de ocasión.

Gort no le vio nada malo a la mesita. Cuatro patas y un tablero, ¿qué más necesitaba?

De repente, la puerta se abrió y apareció un hombre delgado, con los ojos hundidos, de unos cuarenta años, aunque llevaba una perilla que le añadía unos cuantos. A pesar de la ropa buena y del hecho evidente de que era o bien el propietario de la casa o bien alguien que mandaba mucho en ella, a Gort le recordó el ademán de Bocanegra, el de alguien que había sido pobre y no se lo había podido quitar nunca de encima. El hombre entró decidido en la sala y se dirigió, sin dudar, al comandante Sugrañes.

—Comandante, bienvenido a esta modesta casa, que desde ahora mismo también es la suya. Tanto el general Prim como el general Dulce me han hablado maravillas de usted y de su pequeño grupo.

«¡Qué buitre!», pensó Gort. En una sola frase, aquel hombre, que ya sin lugar a dudas era el anfitrión, Antonio López, había dicho a Sugrañes que era amigo del mentor del comandante y del capitán general de Cataluña, el general Domingo Dulce.

Ah, y además había puesto las cosas en su sitio al decir que Sugrañes solo comandaba un pequeño grupo. Se dijera lo que se dijese en la reunión, López quería dejar claro de salida que allí solo se haría lo que él quisiera.

Al lado de López, que en ningún momento tuvo la deferencia de presentarse, había otros tres hombres, uno mayor y dos más jóvenes.

—Los presento: mi hermano y socio, Claudio... Y mis dos cuñados, Andreu y Francisco, pero a este pueden llamarlo Pancho...

Gort percibió la mirada de furia que Pancho Bru dirigió a su cuñado. Pancho no pudo quedarse callado.

—Bienvenidos a mi casa —dijo, poniendo el énfasis en la palabra «mi».

Se produjo un breve silencio, muy desagradable, que Sugrañes rompió con su simpatía habitual, dando golpecitos en la espalda a López mientras decía:

—¿Y qué, qué se bebe en esta casa? Supongo que ron del mejor, ¿no?

López sonrió, agradecido por la salida del comandante.

—Seguro que nunca ha probado un ron tan bueno, comandante. Y si no le apetece a usted o a sus hombres, también tenemos anís, coñac francés y tequila, que es una bebida mexicana muy gustosa.

—Lo probaremos todo, ¡todo! ¡Ja, ja, ja!

Pasaron a una sala para fumar, más amplia, que daba a la calle. Naturalmente, los ocho hombres se dividieron en dos grupos. López, su hermano, Sugrañes y Tàrrec hablaban sentados en unas butacas, cerca de la chimenea, en la que ardía un fuego escaso. Cerca del balcón, que estaba cerrado, estaban de pie Gort, Moxó y Pancho Bru, mientras que su hermano Andreu iba y venía de un grupo a otro. Gort, que no sabía de convenciones sociales, estaba un poco cortado y, por eso, al principio, no dijo gran cosa.

—¿Y en qué consisten sus negocios en Cuba, señor Bru? —preguntó, algo desganado, Moxó.

—La familia Bru lleva muchos años instalada en Cuba. Mi padre, que llegó a Santiago con una mano atrás y otra delante, se hizo con un capital a fuerza de sacrificios y de trabajo honrado. Algunas casas, tiendas, mayoristas de ultramarinos...

—Ah, tenía entendido que ahora se dedicaban al negocio naviero...

—Sí, sí... Mi cuñado... —Pancho giró la cabeza bruscamente hacia donde estaba sentado Antonio López—. Mi cuñado nos ha metido en él, sí. Bueno, se ha metido en él solito y ha arrastrado al cabeza de chorlito de mi padre y al blandengue de mi hermano. Y todo ello con la ayuda de Lluïsa, mi hermana, a la que no conocen, supongo, y salen ganando con ello...

Gort y Moxó se miraron. Moxó tenía una chispa de humor en los ojos. Gort suponía que estaba encantado con el mal ambiente de aquella familia. La sangre azul del teniente, aunque ahora no estuviera respaldada por un gran capital, le hacía mirar con desprecio a todos aquellos nuevos ricos sin pedigrí.

—Pero les ha ido muy bien, bajo el mando de su cuñado, señor Bru...

—Hay dinero que quema en las manos. —Pancho Bru vació de un trago el vaso de ron que tenía en la mano, llamó con un gesto a uno de los criados negros y le enseñó el vaso vacío para que volviera a llenárselo.

—No sé si acabo de entenderlo —comentó Moxó.

El criado, Jorgito o Santiaguito, llenó el vaso de Pancho y se retiró.

—¿No se han fijado en que todos los criados de la casa son negros? Pues no es casualidad, no... Mi cuñado gana mucho dinero llevando negritos desde África hasta las Antillas. Esclavos, ¿me entienden?

—¡Pero si eso está prohibido! —exclamó Gort.

—¿Dónde ha leído usted eso de que está prohibido? En Cuba es perfectamente legal tener esclavos negros... Lo que no es legal y es muy arriesgado es llevarlos desde África. ¡Está loco!

Pancho lo dijo tan alto que provocó que el otro grupito los mirara un momento. Después, Pancho les hizo acercar a ambos y habló en voz mucho más baja.

—López arriesga el patrimonio familiar cada día. Cada día, sí, señor. Cada viaje para ir a buscar negritos es un peligro. ¡Imagínese que los ingleses nos hundan los barcos! Yo le digo que es mejor criar a los negros en Cuba, ser científicos y racionales... ¿Han visto ustedes alguna vez una granja de cerdos? Pues podría hacerse lo mismo. Ponemos cincuenta o cien criadoras negras en habitaciones y bastaría con una decena de machos buenos que las fertilizaran. ¡Podríamos vender esclavos producidos en Cuba mismo sin peligros! Además, como los hijos de esclavos siempre son esclavos, no habría problemas legales. Así los esclavos serían mucho más baratos, porque no saben ustedes la cantidad de negros que se mueren en el trayecto en barco desde África. Una ruina, una auténtica ruina...

Gort no daba crédito a sus oídos. O sea que aquel individuo no estaba en contra de que su cuñado traficara con esclavos, solo estaba preocupado porque encontraba demasiado arriesgada la forma de hacerlo. ¡Qué puñado de hijos de puta!

Andreu Bru se acercó con ademán serio.

—Teniente Moxó, señor... Disculpe, ahora mismo no recuerdo su nombre.

—Gort, Joan Gort.

—Señores, pues resulta que la mesa que hemos dispuesto es un poco estrecha y querríamos ofrecerles la cena en otra sala, porque si no, no cabremos bien. Mi hermano les hará los honores.

—¿De quién ha sido idea, Andreu? ¿Tuya, de Claudio o de Antonio? No hace falta que me lo digas, ya lo sé.

—Por nosotros no hay ningún problema, ¿verdad, Gort?

—No, no, ninguno. Lo entendemos.

Claro que Gort lo entendía. López quería negociar a solas con Sugrañes y Tàrrec. Negociar o transmitir órdenes, porque no parecía que aquel naviero fuese demasiado partidario de ningún tipo de negociación donde él no tuviera la sartén por el mango.

Y para negociar así, como menos testigos, mejor, y sobre todo si uno de estos posibles testigos era un cuñado resentido.

Mientras Sugrañes, Tàrrec, López y Andreu Bru pasaban a una sala situada a la derecha, con ventana al exterior, uno de los criados negros acompañó a Gort, a Moxó y a Pancho a otra sala más pequeña, más de servicio, que daba a la escalera interior.

—Nos ponen en el comedor de la noche... Menos mal, creía que nos llevarían a la cocina o a las caballerizas —dijo Pancho, resentido.

A pesar del desprecio que había mostrado Pancho Bru por la sala, Gort la encontró bastante elegante y agradable. Tenía una mesa para ocho personas donde, por lo tanto, habrían podido caber todos perfectamente. Pero daba igual, los tres cenarían la mar de bien. Gort tenía hambre, más de la que pensaba tras unas semanas de rancho exiguo en la cantina de la Ciudadela. La mesa, cuando entraron, solo estaba medio puesta, otra señal de que la decisión de separar a los comensales se había tomado en el último momento.

Una criada, también negra, como parecía ser todo el servicio en casa de Antonio López, estaba terminando de poner cuchillos y tenedores para los tres. La muchacha alzó la mirada cuando oyó la voz poco armoniosa de Pancho Bru quejándose. Gort, que desde que había llegado a Barcelona no se había fijado en ninguna mujer, contempló a aquella chica de ojos grandes y labios carnosos, y descubrió una mezcla de miedo y asco en su mirada hacia uno de los dueños de la casa. Cuando Pancho se acercó a la mesa, la criada quiso apartarse pero Bru, con muy poca maña, le puso la mano en el culo y la incitó a seguir poniendo los platos.

—¡Sigue, sigue, que nosotros no te molestaremos!

La muchacha hizo un ademán entre avergonzado e irritado que conmovió a Gort.

—Siéntense, siéntense. Usted, Moxó, aquí a mi derecha, y usted, al otro lado. No les importa, ¿verdad? —dijo Pancho mientras se sentaba presidiendo la mesa.

—Tiene una casa muy bonita y muy grande... —comentó Moxó, más para iniciar la conversación que porque lo creyera de verdad.

—No crean que es tan grande. En cada ingenio tenemos una más grande que esta. Y actualmente tenemos cinco ingenios.

Gort no sabía qué era aquello de los *ingenios*, pero se imaginó que debía de ser algún tipo de propiedad rural en Cuba y, la verdad, es que le daba exactamente lo mismo. Su atención estaba distraída en la criada, que junto con otra mujer, también negra, estaba empezando a servirles una sopa que desprendía muy buen olor. La chica, mientras servía a Moxó, que estaba sentado justo delante de Gort, lo miró directamente a los ojos, y Gort no pudo evitar sentir un escalofrío en su interior. ¡Qué bonita era!

La mirada no debió de pasar inadvertida a Pancho Bru, porque intervino rápidamente:

—Venga, Rosita —¡qué manía tenían de usar diminutivos en esa casa, por Dios! —, sirve la sopa, que tenemos hambre.

Cuando Rosita le sirvió la sopa desde detrás, Gort notó cómo el cuerpo de la muchacha, quizá los pechos, le rozaban la espalda. Aquel breve contacto, probablemente casual, le resultó delicioso.

—¿Quiere más, señor? Señor, ¿quiere más?

—Gort, ¿que no oyes lo que te dice? —intervino Moxó ante el silencio de Gort.

—¿Que si quiero más qué...? —Gort, por primera vez desde que tenía catorce años, se puso colorado como un tomate—. No, no, bueno, como quiera. Lo que usted quiera, señorita...

Pancho Bru se echó a reír desaforadamente y a atragantarse, porque había empezado a comerse la sopa antes de que hubieran acabado de servir a Gort.

—¡Señorita! ¡Señorita, dice! ¡Esta sí que es buena! ¡Señorita! ¡Es usted muy gracioso, ya lo creo! ¡Ja, ja, ja!

Rosita optó, prudentemente, por desaparecer hacia la cocina con la sopera, pero todavía tuvo tiempo de volverse un momento antes de cruzar la puerta y mirar a Gort, que no sabía dónde meterse.

—¡Señor Gort, Rosita no es una señorita! ¿No ve que, además de criada, es negra? Ay, señor... ¡Jamás habría dicho que oiría algo tan divertido! ¡Si Rosita es una esclava!

—Pero, señor Bru, la esclavitud está prohibida en la Península... —intervino Moxó.

—Bueno, técnicamente, ahora no es una esclava, pero ustedes ya me entienden.

—No sé si acabo de entenderlo —soltó Gort, en el tono helado que más de una y de dos veces había asustado a algunos granujas de taberna que amenazaban con romperle la cara.

Entre lo que ya había bebido antes de cenar y la poca inteligencia que gastaba, Pancho Bru no comprendió que, si seguía en aquella línea, acabaría la noche con la cabeza abierta.

—No es esclava, porque ahora no se pueden tener esclavos, pero en Cuba sí que lo era, como todos estos... —Pancho alargó un brazo y lo agitó de un lado a otro—. Pero si ahora se fueran, ¿qué harían aquí, en Barcelona, negros y perdidos...? ¡Ja, ja, ja! ¡No son esclavos, no, pero como si lo fueran!

Curiosamente para sí mismo, Gort no se abalanzó sobre él sino que se sintió extrañamente triste, porque se dio cuenta de que lo que Bru decía de forma tan burda era totalmente cierto y, de hecho, podía aplicarse asimismo a la mayoría de los criados que él había conocido, aunque todos fueran más blancos y rubios que él.

El resto de la cena fue amargo para Gort. La comida estaba buena, la escudella, el pollo con nabos y las confituras del postre, todo estaba rico, pero las entradas y las salidas de Rosita para poner o retirar los platos o para llenar las copas de vino lo distraían y le recordaban tanto la condición de la muchacha como, aunque no se lo quería decir demasiado a sí mismo, la suya propia. Gort pensó, por primera vez en su vida, qué haría si lograba completar su venganza y se dio cuenta de que le costaría

adaptarse a lo que todo el mundo consideraba una vida normal. De hecho, pensó que si sobrevivía a la guerra y, después, conseguía matar a Jeroni Tarrés, quizá no regresaría a Reus.

La velada transcurrió penosamente, según el punto de vista de Gort. Pancho Bru no paraba de hablar, básicamente para renegar de su cuñado y para criticar a su hermano y, de vez en cuando, a su hermana, la esposa de Antonio López. Según Pancho, si su cuñado hacía algo era siempre por interés y, por lo tanto, si los ayudaba, no sería de modo gratuito, sino que seguro que algo querría sacar de ello.

Después de retirar los platos, Rosita ya no volvió a aparecer, y eso contribuyó al desasosiego de Gort, que hacía rato que quería largarse. Poco a poco, Bru fue hablando de modo cada vez más incoherente mientras bebía una copa tras otra hasta que se recostó en la silla y, sin transición alguna, empezó a roncar. Gort se levantó de la mesa, se desperezó y fue a sentarse junto a Moxó.

—Teniente, ¿qué hacemos con este memo?

—No digas eso, Gort, que aún nos oirá...

—Cómo se nota que no ha visto demasiados borrachos... Este ya no se despertará hasta mañana y con un dolor de cabeza que no desearía a mi peor enemigo.

Mentira. Gort sabía muy bien que, a sus enemigos, les deseaba un dolor de cabeza y mucho más.

—Yo, con su permiso, me voy a buscar a los criados para que se lo lleven a la cama. Teniente, ¿por qué no mira en esas cajas a ver si encuentra un par de puros?

—Pero... ¡Pero, Gort!

Gort dejó a Moxó con la palabra en la boca y abandonó la sala. Le daba igual si Bru se pasaba la noche medio tumbado en la silla del comedor. Él lo que quería era encontrar a Rosita. Entró en la cocina, que estaba prácticamente al lado del comedor donde habían cenado, y no encontró a nadie. En el fondo de la cocina había una puerta medio abierta de la que salían unas voces. Gort se dirigió a ella y, al abrirla totalmente, encontró a Rosita y a otra criada negra con la cara picada por la viruela sentadas sobre una mesa con las faldas remangadas para estar más cómodas y compartiendo un puro. La aparición de Gort sorprendió a las dos mujeres, pilladas en la despensa por uno de los invitados de los dueños sin hacer nada de provecho. La situación podía ser comprometida, pero la compañera de Rosita, que ya se veía que era avispada, captó enseguida que Gort no suponía ningún peligro.

—Huy, señor —soltó—, qué sorpresa... Este es el chico del que me hablabas, ¿no? ¿Necesita algo?

Rosita quiso bajar de la mesa, pero la mano de su compañera la detuvo. Las dos mostraban un poco las piernas desnudas, y Gort vio que los muslos de Rosita eran fuertes y poderosos. Las lámparas de aceite conferían un brillo a la piel de la chica que la hacía todavía más atractiva a sus ojos.

—El señor Bru se ha mareado y tendrían que llevarlo a la cama... Supongo que no es ninguna sorpresa.

—La sorpresa ha sido por otra cosa... —Rosita, que hasta entonces había bajado los ojos, los alzó para mirar fijamente a Gort, como había hecho antes, durante un instante, en el comedor.

Por un momento, nadie dijo nada, hasta que la otra criada habló mientras empezaba a bajar de la mesa de la despensa.

—Huyyyy... Ya veo que aquí estoy de más. Me voy a arrastrar a aquel cabrón hasta la cama. No tenéis demasiado rato, o sea que ya sabes...

Al pasar junto a Gort, la muchacha le guiñó un ojo con una sonrisa. Al salir, cerró la puerta.

—No me gusta que me llamen Rosita. Me llamo Rosa.

Gort dio un paso hacia la chica y alargó la mano para acariciarle la mejilla con el dorso.

—Yo me llamo Gort...

Desde la cena en casa de Antonio López, el futuro del cuerpo de Voluntarios de Cataluña empezó a aclararse. Todavía no tenían ningún permiso oficial, pero todos esos funcionarios que antes solo ponían trabas a sus requerimientos, ahora pretendían ser, sin demasiado convencimiento, personas amables que estaban deseosas de facilitarles las cosas. Además, empezó a correr la voz de que se estaba organizando un ejército catalán bien pagado para ir a luchar a África, y un buen número de hombres, algunos muy jóvenes, otros muy mayores, se acercaban a la Ciudadela o a la Capitanía General para ver si los rumores eran ciertos y si podía merecer la pena apuntarse. A Gort le tocaba a menudo hablar con ellos, la mayoría ociosos sin trabajo debido a la crisis de la industria textil, que ya no vendía como antes, o aquellos que, por alguna razón, habían sido rechazados por las compañías de ferrocarriles o por la junta de obras del puerto de Barcelona. Los que acababan de quedarse sin trabajo en el textil solían presentarse en grupos de dos o tres, con la gorra en la mano, resignados a ir a la guerra para comer y más preocupados por la posible paga que por las exigencias bélicas.

Los rechazados de los ferrocarriles o del puerto, en cambio, llegaban solos, y más que la paga, les interesaba saber cuánto tiempo les conllevaría la aventura y si pronto estarían bajo el amparo del Ejército. A estos, Sugrañes ya los conocía:

—O los alistamos ahora o no volveremos a verlos. Estos se quieren apuntar en cualquier sitio que los saque rápido de aquí. Es decir que no hace falta que te mates, Gort. Anotas el nombre y el domicilio, y ya veremos...

El nombre era fácil, pero el domicilio era otra cosa. La mayoría decía que vivía en sitios indeterminados, del tipo «bajo el trozo de muralla que está orientado a Montjuïc», lo que no facilitaba en absoluto saber dónde se les podía encontrar. Con aquella pandilla, el único que se entendía bien era Bocanegra. Era como si aquellos hombres sucios, recios, de mirada sesgada, tuvieran un sentido que les llevaba a reconocer al asqueroso soldado como a uno de los suyos. Una vez se iban de la

Ciudadela, Bocanegra echaba un escupitajo y soltaba alguna frase ambigua:

—¡Huy, este...! ¡Huy! Si puede ser, será... Y si no, figúrate.

Y cosas así, sin demasiado sentido salvo para sí mismo.

Esas semanas Sugrañes estaba menos comunicativo de lo que Gort estaba acostumbrado. Cuando veía que la formación del cuerpo iba avanzando, la sonrisa le iluminaba la cara, y la barba parecía lucirle más hirsuta. Pero a menudo se le veía cabreado, aunque no quisiera demostrarlo.

Gort iba siempre que podía al palacio de López. En la esquina de la calle esperaba para ver si Rosa podía bajar un rato, lo que no siempre ocurría. Con aquella chica estaba experimentando unos sentimientos que le resultaban totalmente nuevos. Nunca hablaban demasiado, y eso que él dedicaba mucho tiempo a pensar en la criada, en cómo había sido su vida, en cómo sería Cuba, en si tenía más familia... Pero cuando se veían, cuando ella salía a escondidas y miraba la esquina donde él la esperaba, todas aquellas preguntas se desvanecían. La contemplaba bajo la poca luz de los atardeceres de otoño, aquel año especialmente fríos. A Rosa no le gustaba nada el frío de Barcelona y se quejaba de que siempre tenía las manos y los pies doloridos. Pero a Gort el contacto con su piel le hacía volver a entrar inmediatamente en calor. Se encontraban y, sin detenerse demasiado, entraban corriendo en el portal de una casa de la calle y se refugiaban bajo la escalera, donde se medio desnudaban con urgencia, lo suficiente para no morir de frío y poder disfrutar de sus cuerpos. Desde el primer día, Gort había llevado una lámpara de aceite, no para ver lo que hacían, algo que ambos sabían bien, sino para ver el cuerpo de la chica, que lo fascinaba. La piel amarronada, tirante como si los músculos de debajo quisieran asomar. Las palmas de las manos más blancas, igual que los dientes, que parecían reflejar la poca luz de la lámpara. Y los cabellos rizados del pubis, densos, que lo volvían loco.

Cuando terminaban, Rosa y él hablaban cinco minutos, poco más, porque la muchacha no podía estar fuera de la casa tanto rato, a pesar de la connivencia de su compañera Isabel, la joven a la que Gort también había conocido el día que fue a cenar al palacio. Cuanto estaba en la Ciudadela, Gort solía extrañar aquellas conversaciones tan cortas. A partir de lo poco que la muchacha contaba, comprendió que entre los criados de aquella casa había la misma división que entre los dueños. La mayoría de los sirvientes, que eran una docena, dependían de Antonio López, y solo un par servía a los Bru, bueno, en realidad directamente a Pancho Bru, e iban a lo suyo. Depender de uno u otro no variaba sustancialmente su vida, salvo si eras una mujer. López no violaba a las criadas, ni su hermano, ni Andreu Bru, lo que no podía decirse de Pancho. Esto, que indignó a Gort, no parecía afectar demasiado a Rosa. Según ella, Pancho Bru no se acostaba con ninguna criada cuando había bebido y era rara la noche que no acababa muy borracho. Así pues, las violaciones eran escasas. Además, seguramente por culpa del alcohol, sus habilidades amoratorias eran más bien limitadas y normalmente bastaba con que las criadas lo tocaran un poco. En uno de los encuentros, Rosa le explicó riendo que Pancho nunca la había logrado penetrar

porque no se le levantaba o se corría en cuanto lo tocaba. A Gort, todo esto, aunque no se lo quería confesar, lo entristecía.

Cuando desaparecía el sol, Rosa ya no tenía ninguna excusa para dejar ni un momento el servicio, y Gort sabía que esperar era inútil. Uno de estos atardeceres, después de esperar un buen rato, decidió irse cuando oscureció. Decepcionado, decidió caminar un poco antes de regresar al cuartel. Andando sin rumbo fijo llegó hasta la iglesia del Pi y, desde allí, dobló hacia la Rambla, donde iban a parar siempre todos los barceloneses. Hacía frío y, aunque hacía días que no había llovido, el paso de carros y transeúntes, así como la humedad del ambiente, habían impedido que el suelo se secase. Los pocos paseantes que había se guiaban por las farolas de gas; las que funcionaban, porque, en su mayoría, estaban apagadas o se veían rotas. El Ayuntamiento no tenía como prioridad volver a ponerlas en marcha. En realidad, no daba la impresión de que el Ayuntamiento priorizara nada en especial, por lo descuidada que estaba la ciudad. Parecía que la demolición de las murallas había dejado sin impulso todos los proyectos municipales. Los concejales solo se dedicaban a pelearse sobre cómo tenía que ser la ampliación de la ciudad, que denominaban *eixample*, o ensanche. Que si querían un proyecto de no sé quién, que si el Ministerio de Madrid quería otro... En definitiva, unas discusiones eternas y enrevesadas que Gort no seguía en absoluto, pero que constantemente centraban las conversaciones de los barceloneses.

Pensaba en los pechos oscuros de Rosa, en las manos suaves de la chica, en el olor tan particular que desprendía su cuerpo, a veces mezclado con la peste del sulfumán que la criada usaba en el trabajo. La echaba tanto de menos que cuando recibió un fuerte golpe en la espalda, no supo reaccionar.

—¡Joder, Gort, no me puedo librar de ti ni fuera de la Ciudadela!

¡Mierda, era Bocanegra! ¡Ni dando una vuelta por Barcelona a unas horas en que ninguno de los dos tenía que estar en la calle había forma de no tenerlo encima! Bocanegra no iba solo. Lo acompañaba un individuo al que Gort reconoció: era uno de los sargentos de infantería que circulaba por la Ciudadela. Llevaba uno de aquellos bigotes densos que se unían a las patillas y que últimamente se habían puesto de moda, pero el efecto imponente que habitualmente producía esta forma de llevar el pelo de la cara quedaba algo deslucido por la barbilla huidiza del sargento. Como el bigote y las patillas le sobresalían mucho, aún se veía más que la mandíbula era demasiado corta para aquella cara tan llena de pelo. Y todavía había un par de hombres más, cuya forma de vestir hizo sospechar a Gort que serían marineros, aunque lucían un vestuario que no era como el de los marineros de la Armada.

—¡Este, chicos, es Gort, un tipo duro y compañero mío de los Voluntarios de Cataluña! ¡Gort, ven con nosotros a tomar un trago!

Gort, que siempre procuraba tener a Bocanegra lo más lejos posible, no supo decir que no. Quizá la nostalgia de Rosa o el hecho de estar caminando por la Rambla como había hecho con su padre lo dejaron sin la voluntad suficiente para negarse. En

cualquier caso, en pocos minutos ya estaban en una taberna fétida que no quedaba demasiado lejos de la Rambla y en la que parecía que putas, clientes y ratas competían por ocupar el espacio.

La bebida tiene efectos muy diversos en la gente. Gort aguantaba bien, pero sabía que tenía un límite y cuando notaba que la bebida empezaba a subírsele a la cabeza, se detenía sin demasiado problema. Bocanegra tenía tendencia a ponerse sentimental y a revelar supuestas confidencias e intimidades a quienes tuviera al lado, algo terrible si se tiene en cuenta lo fuerte que era su aliento. El sargento era de los callados hasta que, cuando ya tenía suficiente alcohol en la sangre, empezaba a hablar. Los marineros, en cambio, eran exactamente al revés. Las primeras copas les desataron la lengua pero, a medida que iban bebiendo, se fueron apagando.

No era extraño que Gort no hubiera reconocido los uniformes de los marineros. Ambos pertenecían al mismo barco, el *París*, curiosamente una embarcación belga que pertenecía a la naviera de Antonio López. Y ambos, aunque eran muy distintos físicamente, parecían hermanos y estaban entusiasmados con su trabajo de una forma infantil.

—El señor López... ¡Qué gran señor!

—¡Siempre habla bien, con respeto!

—Y es un cristiano de primera. ¡Incluso con los negros!

—¡Huy, sí! Antes de embarcar...

—En el primer viaje...

—Sí, antes de embarcar en el primer viaje ya nos dijeron que alguna vez nos podía tocar transportar negros a Cuba o a Puerto Rico, y Cosmin —Gort supuso que Cosmin era el otro marinero que aprovechaba cada pausa de la conversación para beber un trago corto del anís que tenía delante— preguntó...

—Es que para ciertas cosas yo soy muy mirado.

—Cuando lo preguntó, pensé que entonces sí que estábamos perdidos. ¡Pero no!

—No, me contestó la mar de bien.

El sargento, que hasta aquel momento prácticamente no había dicho nada, alzó la voz, cabreado.

—Pero ¿qué coño preguntaste? ¡Acaba de una vez, joder!

Gort no podía estar más de acuerdo con la salida de tono del sargento.

—¡Huy, ya va, ya va! Pues nada, le pregunté: «¿Seguro que lo de llevar negros como si fuesen paquetes está bien?» Eso mismo dije.

—Y el segundo, porque después supimos que aquel oficial era el segundo de a bordo, nos respondió, con aquella voz que pone siempre, así —dijo el marinero, que siguió con voz grave para imitar supuestamente el tono de voz del oficial—: «Sepan, señores, que el señor Antonio López, el naviero, nunca permitiría por su honor que los negros que transporta para venderlos fueran maltratados. Las convicciones cristianas del señor López no se lo permitirían.»

—Un buen cristiano, sin duda, nuestro naviero. Y ahora todavía debe de ser más

rico, seguro.

—¿Por qué? —intervino Gort.

—Va, se lo digo, ¿qué te parece? —Cosmin sonrió a su compañero.

—¡Habla, va, que lo estás deseando!

Eran dos individuos relamidos, la verdad. Quién lo habría dicho de dos marineros...

—Tenéis delante al futuro jefe de máquinas del *Ciudad Condal*, el próximo barco correo del señor Antonio López. ¿Os dais cuenta? Barco... ¡Correo!

El sargento, que empezaba a notar los efectos de la nefasta bebida que estaban consumiendo, dio un golpe en la mesa y, salpicando de saliva a todos los presentes, afirmó:

—¡O sea que ahora Antonio López será cartero! ¡Ja, ja, ja!

—¡Dios mío, qué tonto eres! Los barcos del señor López tendrán la concesión del correo entre la Península y Cuba. ¿Sabes la fortuna que eso representa? ¡Puede que sean cientos de miles de pesetas al año!

—Pero si tan buen negocio es... ¿Cómo es que se lo dan ahora? —preguntó Gort, que ya se oía la respuesta.

—¿Acaso creíais que llevar las tropas a África se hacía solo por amor a la patria? El señor López es muy listo, mucho...

Estaba claro que el precio que López tenía que pagar incluía ayudar a los voluntarios y todo lo que Prim le pidiera. Prim, como siempre, jugaba sus cartas sin manías. Transporte, apoyo a los voluntarios y vete a saber qué más a cambio de la exclusiva del correo de Cuba.

Llovía. En realidad, hacía días que llovía. Hacía frío, y estar siempre mojado, con el agua que le resbalaba a uno desagradablemente por la espalda, contribuía a sentirse desgraciado. Tras un par de meses de guerra, la poca marcialidad que tenía de entrada aquel grupo de soldados había desaparecido por completo. Solo los oficiales, y de hecho no todos, procuraban vestirse y arreglarse con dignidad. Los demás habían dejado de cuidarse y de cuidar la ropa. Las alpargatas de esparto estaban hinchadas y destrozadas, y se llegaba a pagar un buen puñado de tabaco por unas en buen estado, habitualmente robadas a los cadáveres de los soldados que, días tras día, se iban al otro barrio por culpa del cólera y, en menor medida, de los soldados magrebíes. Muchos soldados ya no iban vestidos igual. Tarrés, por ejemplo, llevaba una gorra azul de zapador y unos pantalones que habían sido rojos de un soldado de cazadores que había muerto de un disparo en la cabeza, lo que había permitido que los pantalones no estuviesen sucios de excrementos como era habitual en los que morían de cólera. De todos modos, debido al barro y a los rasgones había acabado siendo prácticamente imposible distinguir unos uniformes de otros. Estop siempre llevaba puesta la gorra de un trompeta de la artillería montada, y Sabatés solía envolverse la cabeza con lo primero que encontraba, a menudo un trozo de manta, a veces la gorra

que alguien se había dejado olvidada.

El agua y el barro penetraban en las tiendas de los soldados, que yacían envueltos en ropa o jugaban a las cartas en los espacios más secos que encontraban. Los más animosos habían organizado incluso corales para cantar, y un par de asturianos se habían hecho famosos por interpretar duetos de zarzuela haciendo el papel de tenor y de soprano, y hay que decir que no lo hacían del todo mal.

Solo los soldados que, a trompicones, iban llegando de la Península, mantenían cierta disciplina, influidos aún por el espíritu cuartelero que los oficiales habrían querido mantener. Pero era en balde: la desolación de los campamentos en Marruecos y la estupidez de las normas militares no facilitaban que se siguieran unos hábitos más o menos racionales. Lo primero que dejaban de hacer los soldados que llegaban era blanquearse los botones de las chaquetas. Por una norma heredada de no se sabía cuándo, en la Península los sargentos y los oficiales regulares vivían obsesionados por que los soldados rasos llevaran los botones perfectamente blancos, y la única forma de cumplir aquella estupidez era que los soldados se hicieran con una tiza, como las que se utilizaban en el colegio, y se pintaran los botones cada dos por tres. Al cabo de un par de días en el campamento, se acababa aquella tontería. Y lo mismo sucedía con los charoles encerados de las correas, con el betún con que se ennegrecía el ros o con las resinas que hacían brillar la culata del fusil.

Lo que no variaba era el rancho. Alubias, algunas patatas, arroz, garbanzos, lentejas, fideos, todo cocido con tocino, aceite y pimentón. Día tras día, comida tras comida, los soldados siempre tomaban lo mismo. Las ollas, protegidas de la lluvia bajo algún toldo, hervían lentamente durante muchas horas. A mediodía, la bazofia era más o menos líquida, y las alubias o los garbanzos todavía se distinguían, pero al anochecer, a la hora de la cena, la comida se había deshecho tanto que formaba una pasta amarronada y espesa que, cuando hervía, escupía cachitos pestilentes fuera de la olla. En el campamento, debido a todo ello, el hedor era insoportable. La comida asquerosa, el barro, el cólera, los pedos de los soldados... A Tarrés las incomodidades todavía lo impulsaban más a buscar una solución. Si la situación era miserable para todos, para los miembros de la Compañía de Presidarios la vida todavía podía ser un poco más desagradable. Y el motivo era doble: la incompetencia y la mezquindad del teniente Robledo y las exigencias y las malas pulgas del teniente coronel Aparici, de quien dependían, en última instancia, todos los presidiarios. Hacía tiempo que las ventajas de tener de oficial a Robledo habían desaparecido. Cuando Tarrés, Estop y Sabatés estaban en el penal de Ceuta, tener de oficial a Robledo había sido una bendición. Entonces era relativamente sencillo tomarle el pelo, facilitarle la vida para que los tres disfrutaran de privilegios. Pero en plena campaña bélica, aquello se había acabado. Robledo era un cobarde, lo que a los tres expolicías les daba exactamente lo mismo, a no ser porque la cobardía del teniente los arrastraba a situaciones muy peligrosas. Robledo, que no era del todo imbécil, después de la primera experiencia desastrosa cuando les había tocado proteger las obras del reducto de Isabel II, había

decidido congraciarse con su superior, el teniente coronel Aparici, y por eso no tenía reparos en ofrecer a sus hombres para que se arriesgaran en situaciones absurdas con tal de destacar ante el ingeniero. Obviamente, cuando los presidiarios estaban solos, muy por delante de las líneas españolas, vigilando la nada y esperando que algún magrebí los degollara en un descuido, Robledo no estaba: siempre se las ingeniaba para situarse en el lugar más seguro, ahí donde se viera venir a los enemigos a la legua.

Ahora, en tiempos de guerra, la proximidad de Robledo se había vuelto contra los expolicías. Lo que el teniente quería era que le sacaran las castañas del fuego, y prescindía de las comodidades que sus presos de confianza le habían procurado cuando estaban en el penal. Ahora prefería tener a esos presos de confianza luchando delante de él, porque así lo protegían y, además, todo el mérito que podían ganar en el campo de batalla repercutía directamente a favor de él. Esto llevaba a Tarrés y a los suyos a tener que exponerse mucho más de lo que querían y a renegar de Robledo y de la madre que lo había parido.

La lluvia que caía sobre el toldo hacía que el ruido del agua apagara las conversaciones. Por eso, aunque dentro de la tienda no estaban solos, Tarrés, Estop y Sabatés podían hablar entre sí sin temor a que nadie pudiera oírlos.

—¡Pues entro en su tienda cuando duerma, le clavo la bayoneta y santas pascuas! —dijo Sabatés mientras se cargaba un piojo que le corría por la mejilla.

—Joder, Sabatés, tú siempre tan listo... Entrar en la tienda de oficiales, en el campamento, y matar a Robledo... Noooo, nadie se dará cuenta, noooo... ¡Todo el mundo creerá que ha sido un accidente cuando se afeitaba! —Estop escupió en el suelo—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarían los oficiales en pensar que ha sido alguien de la compañía? ¿Y qué crees que nos pasaría entonces? Olvídate del indulto una vez terminada la guerra. Y, además, ¿de qué serviría? Como mínimo, a Robledo ya lo conocemos; otro oficial podría ser aún peor. Aquí, con los presidiarios, poco podemos hacer, con Robledo o sin él.

—La cuestión es que tenemos que salir de la Compañía de Presidiarios —dijo Tarrés.

—Sí, como si eso fuera posible... Somos presidiarios y, mientras haya compañía, estaremos aquí, ¿no lo ves? —Estop no entendía como Tarrés decía semejante tontería. Puede que su antiguo jefe estuviera perdiendo facultades.

—Tú lo has dicho: mientras haya compañía.

Tarrés se calló. Esta era la solución. Estop tenía razón, acabar con Robledo no resolvería sus problemas, porque el verdadero problema no era el teniente sino la condición de presidiarios de los tres. Si conseguían pasar a otra compañía, esta condición desaparecería, pero la única forma de conseguirlo era provocando que su unidad se extinguiera. Ahora bien, extinguir una compañía solo pasaba por el hecho de que los soldados fueran exterminados en acción, lo que, evidentemente, era muy peligroso para él y sus colegas. Además, no bastaría con que cayeran muchos

presidarios; entre los muertos, necesariamente, tenía que figurar Robledo.

Tarrés estuvo días dando vueltas al modo de lograr sus objetivos. Confiaba en su habilidad para reconocer cualquier oportunidad que se presentara, pero sabía que las oportunidades había que buscarlas. Además, después de la soñada matanza, Tarrés tenía que aparecer ante sus superiores como un héroe o, como mínimo, como alguien que se merecía un destino mejor. Era complicado, muy complicado.

Lograr que mataran a un motón de soldados presidarios no parecía, en principio, difícil. Aparici seguía enviando de avanzada a los soldados del teniente Robledo, y no era extraño que alguno fuera atacado y, a menudo, degollado por un enemigo infiltrado. Esto provocaba un goteo de bajas que Tarrés veía con satisfacción. Siempre que le tocaba guardia, la hacía con sus dos adláteres, aunque no era reglamentario que los tres soldados vigilaran juntos. Pero ni siquiera Robledo se atrevía a prohibirles que patrullaran juntos, y los oficiales regulares no se acercaban ni por error a las primeras posiciones.

Una primera oportunidad de eliminar a un buen grupo de compañeros se presentó una noche, justo antes de salir el sol. Tarrés se había despertado demasiado temprano. A su lado, los hombres dormían, algunos con fuertes ronquidos, otros rascándose los piojos sin llegar a despertarse y otros más respirando pesadamente. Se levantó y sujetó la bota para tomar un trago de agua. Estaba prácticamente vacía y decidió ir a buscar alguna olla donde el agua hubiese hervido y fuese buena para beber. Con la bota en la mano, andando entre las tiendas del campamento, se topó con lo que en un primer momento le pareció un gran depósito de agua. Enseguida se percató de que no era un depósito sino una especie de caja metálica, seguramente de alguna pieza de artillería. Con la lluvia, estaba medio llena de agua que era imbebible. Imbebible... ¡Esta era la cuestión! Con el agua podría causar estragos entre los hombres de la compañía, seguro. Pero con Robledo no funcionaría porque si había algo que el teniente odiaba era el agua, tanto para usarla por fuera del cuerpo como por dentro.

La compañía, que había empezado con unos doscientos hombres, se había ido reduciendo semana a semana. Ahora eran unos ciento setenta, pero como eso no era extraño tal como estaban yendo las cosas en aquella maldita guerra, la compañía tenía que perder muchos más hombres antes de que los mandos se plantearan su disolución. No sería extraño que muchos de los ciento setenta supervivientes murieran debido al cólera. No sería difícil contaminar el agua, pero ya no era posible convencer a los soldados de que bebieran agua sucia a aquellas alturas de la campaña. Ahora todo el mundo iba con pies de plomo y era raro que alguien tomara un trago de una bota que no hubiera llenado él mismo de agua hervida. Por lo tanto, no serviría de nada ensuciar el depósito con mierda, porque aquello no se lo bebería nadie. La solución tenía que ser la comida.

—¡No digas tonterías, Tarrés! ¿No ves que las ollas están hirviendo todo el día? Eso mata el cólera; es imposible contagiarse con la comida —aseguró Sabatés cuando su jefe les contó el plan que había urdido.

—¿Y quién te ha dicho eso? Si el hervor es lo que mata el cólera, lo que tenemos que hacer es ensuciar la comida cuando ya no hierva.

—Sí, pero no sabes si lo que limpia la olla de la mierda del cólera es el hervor de la comida o, simplemente, que la comida está muy caliente... Puede que si el cacharro arde tan solo un poco, ya no puedas pillar la enfermedad... Además, aunque lográramos poner el cólera en una olla, aún nos faltarían tres o cuatro ollas más por ensuciar. Con una no vamos a ninguna parte.

—En eso te equivocas, porque el objetivo no es eliminar toda la compañía, lo que tenemos que lograr es debilitarla todo lo que sea posible.

Se las arreglaron. Usaron los antiguos privilegios de los que habían disfrutado cuando estaban encerrados en el penal de Ceuta para encargarse del control y reparto del rancho. La única ventaja de repartir el rancho era que, si querías, podías comer más, pero los soldados se tomaban aquella cosa pringosa y maloliente porque no tenían más remedio para no pasar hambre. Nadie, nadie, tomaba más del necesario, de modo que lo de repartir el rancho tampoco era un privilegio tan importante. Nadie se lo discutió.

Conseguir agua contaminada era lo más sencillo del mundo. Bastaba con acercarse a las tiendas donde los infectados de cólera se cagaban encima y recoger algunas de las prendas de ropa que abandonaban. A Tarrés no le daba miedo tomar con un palo aquellos pantalones relucientes de agua fecal. Cuando se produjo la epidemia de 1854, en Barcelona, él se libró precisamente porque estaba en la cárcel. Pensaba que si había tenido tanta suerte entonces, ahora la seguiría teniendo. El cólera no podría matarlo.

De todos modos, los tres iban con cuidado. Primero tomaron una bota, le hicieron una marca y empezaron a introducirle el líquido que caía de los pantalones que obtenían. Procuraban obtener ropa de los enfermos que ya llevaban un par de días con cagalera, porque entonces ya solo cagaban una especie de agua muy poco distinguible a simple vista de cualquier otra agua que rondara por aquel campamento de desdichados. Cuando hubieron conseguido llenar un cuarto de bota, la cerraron con cuidado y la limpiaron por fuera con agua hervida. Así, en principio, la enfermedad solo estaría dentro de la bota y no los contaminaría a ellos.

Al anochecer, fueron a buscar las ollas del rancho y, discretamente, vertieron un buen chorro de la bota en la primera de ellas. La removieron cuando todavía hervía y, una vez empezaron a llegar sus compañeros, les sirvieron la cena. Ese día, la comida estaba especialmente pastosa y el excremento líquido no había acabado de mezclarse bien. Puede que por eso, la mayoría de los soldados que tomaron aquella bazofia, la escupieron en cuanto la probaron.

—Pero ¿qué coño habéis hecho hoy? ¡No hay quien se coma esta mierda! — Decía uno de los presidiarios menos tiquismiquis con la comida, mientras escupía y se quitaba con los dedos los cachitos que se había metido en la boca. Tarrés pensó que realmente el presidiario había acertado, aquello era mierda y seguro que no había

quien se lo comiera.

El experimento fue muy poco concluyente. Veinticuatro horas después de que una veintena de soldados hubiera probado la mezcla de estofado y cagalera, solo dos hombres habían contraído claramente el cólera, y aquello no demostraba nada porque no era nada raro que en una compañía dos o tres hombres enfermaran a la vez.

—¿Qué hacemos ahora? Ya os decía yo que con el calor de la comida, el cólera no afecta —dijo Estop, a la vista del fracaso.

—Eso seguimos sin saberlo con certeza. Mañana lo probaremos a mediodía, cuando el estofado es más caldoso. Pondremos más cagalera y la mezclaremos mejor, para que no se note tanto el gusto y se tomen más cantidad.

Aquel anochecer tuvieron que trabajar de lo lindo. A pesar de que nadie miraba a nadie, Tarrés quiso ser discreto. No quería que ningún sargento curioso les preguntara qué hacían exprimiendo unos pantalones cagados para que gotearan dentro de una bota. A mediodía, con la bota de los excrementos muy llena, tomaron una de las ollas y la dejaron en el suelo, aparte.

—Quema demasiado, ahora la llevamos...

Mientras se iban sirviendo las otras ollas, Sabatés destapó la bota y la vació entera dentro de la sopa oscura que ya se había enfriado. Esta vez, la veintena larga de soldados que comió de aquella olla no se quejó. Era raro que alguien se terminara un plato entero de aquel caldo repelente, y ese día no fue la excepción. Pero los soldados comieron prácticamente la misma cantidad de siempre, esta vez bajo los tres pares de ojos de los expolicías que los observaban satisfechos, como si fueran unas cluecas amorosas que ven cómo se alimentan sus pollitos.

En esta ocasión la cosa funcionó mejor. Once hombres de los veinte empezaron a tener síntomas de cólera entre el anochecer y el día siguiente. Vomitaban de repente, y se quedaban a la vez temblorosos y blancos, intentando notar en el interior de su cuerpo la siguiente prueba, la que era definitiva: que sufrían el temido *morbo*. Algunos alargaban todavía un poco más la agonía de la incertidumbre porque empezaban a darles calambres. Los brazos o las piernas se les volvían más o menos rígidos, y les molestaba un cosquilleo doloroso. Entonces sí, entonces ya solo faltaba la confirmación. De golpe, notaban que el vientre se les removía, los intestinos emitían un enorme ruido y, como en una explosión, lanzaban un líquido asqueroso por el culo durante un buen rato, tanto que acababa siendo claro. Quien lo sufría no solo quedaba extenuado debido al esfuerzo y a la deshidratación repentina, sino que también perdía el ánimo porque sabía que el riesgo de morir era muy elevado. Algunos de los afectados sucumbían en un par de días, otros duraban unos pocos días más, y solo cuando el cuerpo empezaba a aceptar comida y líquidos sin expulsarlos inmediatamente, podías empezar a pensar que habías superado la condenada infección.

La repentina epidemia que afectó a las filas de los soldados presidiarios fue más dañina por el miedo que produjo que por las bajas que causó. De los once afectados,

fallecieron tres, seis se los llevaron en un carro infecto a Ceuta, donde se les perdió la pista, y dos más se recuperaron a trancas y barrancas en el mismo campamento. Pero que los once enfermaran al mismo tiempo asustó a los demás. Bueno, no a todos. Tres de los hombres estaban muy tranquilos y satisfechos.

A partir del brote de cólera, el poco ánimo que había mostrado hasta aquel momento la compañía decayó todavía más. Ahora ya era habitual que buena parte de los presidiarios estuvieran arrestados por haber abandonado el puesto de guardia. Los colocaban en un agujero para vigilar las infiltraciones de los moros, y aquellos soldados, que antes procuraban no dejarse ver y soñar con el indulto que podía llegar al final de la guerra sin distinguirse para bien ni para mal, huían ahora en cuanto el oficial que los vigilaba daba media vuelta.

Tarrés, Estop y Sabatés contribuían a hundir el ánimo haciendo circular rumores y comentarios pesimistas que provocaban que aquellos hombres que veían que dentro de las tiendas había cada vez más espacio, que la guerra estaba estancada y que todo parecía carecer del menor sentido, se quedaran callados, miraran al suelo y dejaran de comer.

Robledo no era ajeno a todo aquel desánimo que se había apoderado de sus hombres. El teniente coronel Aparici había contraído sarna, y con la sarna se le había disparado aún más la mala leche, y eso que parecía que no era posible superar la cantidad de gritos y el sarcasmo hiriente que hasta entonces había mostrado el oficial de Ingenieros. Robledo se había convertido en su preferido a la hora de pagar los platos rotos. El teniente no sabía cómo complacerlo y, de hecho, había dejado prácticamente de intentarlo. Se había resignado a ser abroncado, a ser humillado delante de los demás oficiales y ninguneado por todo el mundo, especialmente por sus hombres. Procuraba ahogar su desgracia con todo tipo de alcohol, especialmente un aguardiente que sacaba no se sabía muy bien de dónde un grupo de artilleros gallegos que controlaba un cañón corto de los nuevos, rayados por dentro, y que disparaba con una puntería tremenda. Los artilleros vivían muy bien, totalmente separados de la primera línea, siempre alrededor del cañón. Allí se habían construido una especie de caseta que les servía de almacén y de cueva de Alí Babá y de donde sacaban el aguardiente, muy apreciado por los soldados.

Robledo, que creía recordar que su abuela o su bisabuela, tal vez, eran gallegas, rondaba siempre que podía a los artilleros que, de vez en cuando, lo invitaban a beber gratis y aprovechaban para reírse de él un rato. Aunque fuese un pobre hombre, no dejaba de ser teniente, y humillarlo satisfacía la mezquindad de los artilleros. Y él se dejaba, porque lo que le pasaba era que tenía miedo. Tenía miedo de los artilleros, de Aparici, de todos los oficiales y de los moros. Tenía miedo del cólera *morbo*, de la sarna y de los alacranes, que no había. Tenía miedo de perder la vida que tan cómoda era cuando simplemente era carcelero en Ceuta. Siempre tenía mucho miedo. Y este miedo lo inutilizaba un poco más cada día, le secaba la boca y le incitaba a beber más y más aún, hasta que el aturdimiento del alcohol y el ardor de estómago lo

tranquilizaban y lo llevaban a olvidarse de sí mismo y del miedo atroz.

De quien no se le había ocurrido tener miedo era de sus hombres. Y en eso, como en tantas otras cosas, estaba profundamente equivocado. Tres de ellos lo tenían en su punto de mira. Tarrés y los suyos tenían claro que la desmoralización de la Compañía de Presidarios solo era un primer paso para su objetivo: salir de ella e ir a parar a un regimiento normal, donde la posibilidad de obtener el indulto al final de la guerra fuera mayor y donde, además, no corrieran tantos riesgos. Para lograrlo, tenían que deshacerse de Robledo para descabezar a los presidarios; muchos de sus compañeros tenían que morir y, además, ellos tres tenían que distinguirse frente a algunos coroneles o generales, quien fuera que tuviese poder suficiente para reclamarlos para que lucharan en su regimiento. Tarrés esperaba que los próximos días se dieran estas tres condiciones, juntas o no, daba igual.

Pero la oportunidad no parecía cercana. Después de semanas en los reductos, de aguantar ataques y lluvia, de comer poco y mal y del cólera, los soldados del Primer Cuerpo, entre ellos la Compañía de Presidarios, fueron relevados. Volvían al campamento del Serrallo. Era una gran noticia que hasta el corto de entendederas de Robledo comprendía perfectamente: si el Ejército español tenía que tomar la ciudad más importante del norte de Marruecos, Tánger, el ataque tenía que arrancar de los reductos que ahora ellos dejaban a sus sustitutos. Por consiguiente, la primera embestida ya no la tendrían que realizar los soldados del Primer Cuerpo, sino los del Segundo. «Que se jodan», pensaban todos. Estarían mucho mejor y mucho más seguros en el Serrallo, que defendía Ceuta y estaba encarado al sur, hacia Tetuán, una ciudad menor donde a los españoles, en principio, no se les había perdido nada.

Ahora sí que había trabajo de verdad. A pesar de que oficialmente los Voluntarios de Cataluña no existían, lo cierto es que el batallón ya estaba en marcha. A Gort, los preparativos le estaban resultando más pesados de lo que se imaginaba. Ya no era solo cuestión de recibir a posibles voluntarios, sino que el trabajo consistía ahora en estar atento a todo lo que querían los oficiales. Que si había que ir a la fábrica de alpargatas a buscar unos cuantos pares de muestra; que si había que empezar a preparar el edificio de la Ciudadela que tenía que acoger a los voluntarios; que si había que ir a llevar unos papeles urgentes al Gobierno Civil y había que entregarlos sin falta a algún funcionario holgazán que siempre estaba desaparecido... y eso sin olvidar que cada oficial era un mundo. Los últimos días habían ido llegando más, muchos de ellos veteranos de guerra, incluso algunos antiguos carlistas. Además, las noticias que llegaban de África estaban provocando una locura entre la gente. Por primera vez desde la guerra de la Independencia se aplaudía a menudo a los soldados por la calle. Cuando salían de la Ciudadela, no, porque puede que para un barcelonés aplaudir a un soldado de la Ciudadela fuera excesivo a la vista de la fama siniestra y bien merecida de la fortaleza. Pero en la Rambla, los borrachos en las entradas de las tabernas y hasta algunos ciudadanos de aspecto honorable aclamaban a los soldados

como jamás habían hecho. En las imprentas se vendían revistas y diarios con relatos, no siempre coincidentes, de lo que estaba sucediendo en África. Por las calles más importantes de la ciudad y hasta en el paseo de Gràcia, había niños que vendían panfletos con poemas a menudo horrorosos que glorificaban las gestas militares de la expedición colonial.

—No sé si conoces este poema. A mí me gusta, está requetebién... —Bocanegra se sacó una hoja arrugada del bolsillo y la desdobló.

—Va, no te pares que tenemos prisa. Si no encontramos a quien darle la carta, el comandante se pondrá negro. —Pero Gort no tuvo más remedio que detenerse porque Bocanegra no avanzaba. Estaban en la muralla de mar, el camino natural entre la Ciudadela y la Capitanía General. Como pasaba a menudo, uno de los nuevos oficiales, el teniente Valentí de Ferrer Carriol, les había encargado algo difícil. Tenían que llevar una carta a un capitán de infantería que, teóricamente, estaba en la Capitanía, pedirle que la leyera y esperar su respuesta. No sería tan complicado a no ser porque ya eran las cuatro de la tarde y estaba oscureciendo, lo que, como Gort sabía por experiencia, significaba que en las dependencias militares seguramente solo quedarían cuatro soldaditos como ellos, y que el capitán, como los demás oficiales, haría ya un par de horas que se habría ido a beber, de timba, o a dormir a casa, lo que más le apeteciera. Pero eso al teniente le daba lo mismo. El teniente era un estúpido. El hombre, tercer hijo de una buena familia de Vic, creía que como era caballero y el obispo iba a merendar chocolate y carquiñoles a su casa, él estaba tocado por la mano de Dios nuestro Señor. Todos los oficiales se hacían llamar por el primer apellido, excepto él, que exigía que se dirigieran a él siempre por el nombre completo. Llevaba un bigote grueso y frondoso, tanto que parecía postizo, y no le daba reparo encerárselo delante de sus ayudantes, lo que a Gort le daba cierto asco. Porque, en realidad, ahora Gort era su ayudante y tenía que soportarlo a todas horas. Ferrer Carriol había sido teniente de los Cazadores de Arapiles y debía de ser en aquel regimiento donde había aprendido todas las ordenanzas militares que le había parecido oportuno. Pero es que, además de sabérselas, lo que ya era un poco extraño, el teniente creía que era necesario aplicarlas al pie de la letra, y eso lo convertía, de hecho, en un ser terrible e intransigente. Por si eso fuera poco, despreciaba a todos aquellos a los que consideraba inferiores, y por lo que Gort había visto, por ahora Ferrer Carriol no había encontrado entre los voluntarios a nadie, incluido Sugrañes, que fuera igual o superior a él.

En cualquier caso, Gort siempre recibía de lo lindo. Que Sugrañes lo hubiera nombrado cabo sin haber tenido jamás experiencia militar molestaba profundamente a Ferrer Carriol, que no se abstenía de comentarlo. Pero Sugrañes, a pesar de su progresismo y su generosidad, por un peculiar mecanismo mental, siempre se volvía tímido y vacilante ante los aristócratas. Por ello, un día comunicó a Gort una decisión muy poco sensata:

—Cabo Gort, he decidido que desde ahora dependerás directamente del teniente

Ferrer Carriol —le dijo un día Sugrañes, como quien no quiere la cosa, en su despacho.

—Pero, don Victorianu...

—¡No me llames *don Victorianu*, que soy tu comandante! Teniente coronel, comandante, como quieras, ¡pero no *don Victorianu*, que no queda militar! — Sugrañes se puso a mirar por la ventana, para no tener que mirar a los ojos a Gort—. Mira, Gort, creo que es lo mejor. El teniente, aunque es joven, es un hombre con experiencia, con carácter, seguro que te enseñará mucho... Y, además, ahora que ya empiezan a llegar los hombres, conviene que yo, como máximo comandante, no muestre favoritismos. A los dos nos irá mejor así...

—De acuerdo, comandante. No se preocupe que no le fallaré. Pero si me permite...

—No, no te permito, porque ya sé qué me dirás. El teniente manda la Primera Compañía, bueno, mandará la Primera Compañía, que será la más movida, seguro, pero al mismo tiempo la que más entrenamiento militar recibirá, porque será la primera que formaremos. Estarás bien adiestrado, y eso, aunque no lo creas, es muy importante en las batallas. Con tu padre... Bueno, con tu padre siempre decíamos que habíamos sobrevivido a la guerra carlista por cojones y por sensatez. Los cojones los tienes, seguro, y es mi obligación obligarte a tener la sensatez. —Sugrañes se calló un momento, se volvió y miró con ojos emocionados a Gort—. Además, si te mantengo a mi lado, no sé si siempre tomaré las decisiones correctas. Para mí eres casi un hijo, y si en medio de la batalla viera que corres peligro... No, nos conviene luchar separados, yo allá donde convenga al batallón y tú, con tu compañía.

Gort, aunque cabreado, no tuvo más remedio que transigir. Caray, con Sugrañes. Con un toque sentimental le había obligado a tragarse al imbécil de Ferrer Carriol.

Y esta era la razón por la que ahora, cuando ya casi había oscurecido, Gort andaba por la muralla de mar con un montón de trabajo por hacer en compañía de Bocanegra en lugar de estar entre los brazos de Rosa para disfrutar toda la tarde. ¡Maldita suerte!

Cuando llegaron a Capitanía, las cosas fueron mucho mejor de lo que podían esperar. Encontraron rápidamente al capitán, y este, después de leer la nota y de firmar un recibo, les dijo que se retiraran a la sala de guardia mientras él redactaba la respuesta y que se pusieran cómodos, porque todavía tenía que hacer algunas cosas antes de empezar a escribir.

En resumidas cuentas, Bocanegra y Gort se encontraron sentados en una sala no demasiado grande de Capitanía donde había una buena chimenea en la que un par de soldados mayores asaban castañas.

—Así que vosotros sois los famosos voluntarios... —comentó uno de los soldados de guardia mientras removía las castañas que había en una olla agujereada—. ¿Es cierto que os pagarán mil reales a cada uno por ir a la guerra?

—¡Ya nos gustaría, ya! ¡Si me dieran tanto dinero, me alistaría hasta con los

moros! ¡Je, je, je! —Bocanegra reía, pero por suerte la sala solo estaba iluminada por el fuego de la chimenea, lo que impidió que los dientes podridos del voluntario se viesen demasiado—. Por cierto, Gort, ¿tú sabes cuánto nos pagarán?

Gort no se dignó contestar, pero lo sabía. Eran doscientos reales a cada hombre que se alistara y, después, ciento veinte reales al mes para él como cabo y noventa para Bocanegra como soldado. Pero con los doscientos reales tenían que pagarse el vestuario y puede que no fueran a tener suficiente. Es decir, que no parecía que lo de ser voluntarios fuera ningún gran negocio. Pero él no estaba allí por dinero, sino por lealtad a Sugrañes y por la posibilidad, remota, de vengarse de Tarrés. Y Bocanegra tampoco se había hecho voluntario por los reales, sino porque no tenía otro sitio donde caerse muerto.

Empezaron a repartir castañas calientes que hacían saltar de una mano a otra para no quemarse. Mientras las soplaban, uno de los soldados de Capitanía empezó a hablar.

—Explícales lo que se encontrarán en África, va... Es que aquí, el compañero, estuvo unos años en Ceuta.

—¿Como soldado?

—A medias... ¡Va, hombre, que ellos van a ir para allá y lo que hacías no es ningún secreto!

El otro soldado, un hombre de facciones marcadas y que llevaba el pelo gris muy corto, finalmente dejó de hacerse de rogar y, con cierta satisfacción por haberse convertido en el centro de atención, inició su relato.

—Chicos, África no es como todo el mundo piensa, no. Es horrible y también maravillosa. Los moros son los mejores amigos que puedes encontrar en todo el mundo y, al mismo tiempo, los que te clavan una puñalada por la espalda por una minucia. Son gente muy hospitalaria, siempre te están invitando a tomar una menta que no vale nada, bueno, cuando me fui todo el mundo tomaba té con menta...

—¿Té? ¿Lo de los ingleses? ¿Y los moros tienen? ¡Pero si es carísimo!

—No creas, desde la guerra de Crimea hay mucho en Marruecos. Han plantado mucho.

—¿Y lo de ser soldado a medias, qué significa? —A Gort le había sonado muy extraña la forma de explicarlo.

—Mira, a mí me llevaron al penal de Ceuta a pasar unos añitos por algo que no hice...

A Bocanegra se le escapó un resoplido irónico.

—¡Es que esta castaña quema! —soltó, sin demasiado convencimiento.

—Pues lo que decía —prosiguió el soldado—, yo estaba cumpliendo condena en Ceuta, y como aún me quedaban muchos años, me apunté en el Cuerpo Disciplinario para ser soldado.

—¿El Cuerpo Disciplinario? No lo entiendo... —dijo Gort, cada vez más interesado.

—Cuerpo Disciplinario, Batallón de Presos, Regimiento Fijo de Ceuta, lo llaman de muchas formas. A los presos que son de más confianza y más fuertes les dejan formar parte del Ejército, y así recortan la condena. Ahora, con lo de la guerra, han formado una compañía de Tiradores, por lo que yo sé.

—¿Cuánto tiempo hace que te fuiste de Ceuta? —quiso saber Gort.

—Pues hará año y medio, más o menos... Me reenganché en la Infantería de Línea y regresé a Barcelona.

—¿Y había muchos presos de Barcelona en Ceuta?

—Hombre, unos cuantos. Piensa que hay tres penales distintos y mucha gente, pero conozco a muchos de los de Barcelona, sí... ¿Por qué? ¿Tienes algún familiar ahí?

—No, no, familiar, no. Soy amigo, más o menos, de uno...

Bocanegra, al oír a Gort, se puso alerta. Ya sabía por donde iba y no le hacía gracia. Así que quiso cambiar el tema de conversación.

—¿Y las mujeres? ¿Cómo son las mujeres moras? Debajo de la ropa, ¿qué, qué...?

Pero Gort estaba demasiado interesado por los presos de Ceuta como para dejarse conducir hacia otra cosa, y más con la poca habilidad habitual de Bocanegra.

—¡Déjate de moras ahora! ¿Conociste a un tal Tarrés en Ceuta?

—¿Tarrés? ¿Eres amigo de Tarrés? —El antiguo preso miró a Gort con otros ojos—. ¿Y hasta qué punto eres amigo de ese tipo?

—Lo suficiente como para querer saber qué ha sido de él, de su vida.

—Lo que has dicho no significa nada... ¡Tienes buenas o malas intenciones con Tarrés, habla claro! —dijo el soldado, sujetándole fuertemente un brazo.

Gort se dejó sujetar, le sostuvo la mirada y decidió seguir su instinto y decirle más o menos la verdad.

—Tarrés y yo, algún día, tendremos que ajustar cuentas.

Por la cara que puso el soldado, Gort se dio cuenta de que había acertado.

—Temía que fueras amigo suyo... Tarrés... ¡Ya lo creo que he conocido a Tarrés! Es un hijo de la gran puta. Nos tenía a todos acojonados con sus trapicheos. Fanfarroneaba porque había sido policía y porque había conocido a no sé quién... Bueno, en realidad, los que fanfarroneaban más eran sus dos hombres: Estop y el otro se llamaba, se llamaba... Ahora no me viene a la cabeza... Uno con cara de rata, que pegaba a la gente con una porra llena de piedras que se había hecho él mismo.

Gort sintió una punzada en la nariz, como recordatorio de aquella porra que lo había destrozado para siempre.

—¿También está ese?

—Sí, ¿también lo conoces?

—Ya lo creo, es quien me dejó así la nariz...

—Pues ahora seguro que están de soldados en el Cuerpo Disciplinario. Cuando vayas para allá te los puedes encontrar de frente, pero bien armados. ¡Y pobre de ti

que los toques si van de uniforme! Ahora los amparará el Ejército.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de ello? Con los crímenes que han cometido, todavía deben de estar en el penal...

—¡Joder, hay que ver lo bobo que eres con la cara de listo que tienes! ¿No te has dado cuenta de cómo está el Ejército? La mayoría de los oficiales son unos chulos sanguinarios, los soldados pasamos hambre, todo es corrupción. ¿Cómo quieres que no se alistén unos individuos que están acostumbrados a hacer daño? ¡Seguro que Tarrés y sus dos amigos están luchando de uniforme!

Cuando finalmente tuvieron la respuesta del oficial, se dirigieron de vuelta a la Ciudadela. Esta vez Gort ya no estaba de humor para contemplar el mar y fueron andando por la calle de Sota Muralla, resguardados del viento del mar, pero también respirando el hedor de las meadas con que los barceloneses regaban generosamente un día sí y otro también el interior de la muralla. Bocanegra iba silbando una melodía irreconocible hasta que Gort lo hizo callar.

—¡Basta ya con el silbido de los cojones!

—Mira, Gort, si estás cabreado porque te han hablado de Tarrés, yo no tengo la culpa. Ya te puedes quitar de la cabeza hacer nada cuando estemos en Ceuta, porque ni lo verás... ¿No ves que allí seremos miles de soldados, todos vestidos del mismo modo...? Además, seguro que no recordarás la cara que tiene...

—Me acuerdo perfectamente y no se me olvidará nunca, eso no se olvida. Una vez ahí, seguro que en algún momento estaremos en el mismo campamento y entonces lo buscaré y...

—¿Y qué? ¿Lo buscarás y qué harás? Si un soldado mata a otro en tiempos de guerra, lo fusilan. ¿Qué te crees? Además, por lo que decía el de las castañas, son tres. ¿Tú solo podrás contra tres? Porque lo que es conmigo no cuentas, ¿eh?

Gort no pudo evitar reírse.

—No, si ya no contaba, no te preocupes. Pero me tendrás que ayudar si lo ves por el campamento. Porque tú llegaste a ver a Tarrés cuando vivías en Barcelona, ¿no?

Bocanegra calló un momento. Hacía tiempo, de hecho hacía años, que le rondaba la idea de explicar a Gort su papel aquellos días de San Juan, cuando Jeroni Tarrés asesinó a Ramon Gort. Nunca se había atrevido, por miedo a que Gort descargara toda la rabia que tenía acumulada en él, en lugar de hacerlo en los asesinos, que vete a saber dónde estaban. Pero ahora que estaban claramente localizados y que, aunque difícil, era posible que en pocas semanas Gort, y quizá también él, tuvieran que enfrentarse a ellos, le pareció que tal vez era el momento oportuno.

—Mira, Gort, tengo que contarte algo. Pero júrame por lo más sagrado que no te cabrearás y que lo pensarás bien antes de decirme nada. —Bocanegra se iba dando golpecitos en la sien con un dedo mientras se lo pedía.

—Bocanegra, como no me lo cuentes ahora mismo sí que me cabrearé.

Habían llegado andando hasta el Portal de Mar, que daba entrada al Pla de Palau, el lugar más céntrico de la ciudad, donde la muralla giraba y se abría hacia la

Ciudadela. El portal era una especie de pastel enorme con dos entradas que parecían medio moriscas al lado y, quizá por ello, se había convertido en uno de los sitios favoritos para ir a comentar las incidencias de la guerra de África después de comprar alguno de los panfletos que los repartidores vendían por poco dinero alrededor de la zona.

Cruzando el portal hacia la ciudad, había los porches de Xifré, donde acababa de instalarse la horchatería del Tío Nelo. Aunque no era un lugar del gusto de Bocanegra, porque estaba demasiado limpio y nadie bebía otra cosa que no fuera horchata y otras bebidas dulces, llevó a Gort hacia allí. Esperaba que en un lugar tan tranquilo, alejado de la oscuridad de las tabernas, Gort se mostraría calmado.

Aunque era en verano cuando la horchatería tenía más clientela, ahora estaba medio llena. El tío Nelo, el propietario, vestido algo estrafalariamente de labriego valenciano, se acercó a la mesa de los dos hombres.

—¡Buenas tardes, señores! ¿Qué les pongo? Tengo buñuelos recién hinchados a la manera de la Vall d’Uixó, turrónes de Jijona, turrón de Alicante, lenguas de gato, pellizcos de monja... Y para beber, la horchata, la leche merengada, puedo servirles un chocolate a la taza que los reanimará... Lo que quieran. Ustedes dirán...

A Gort no le apetecía nada. ¿Qué coño tenía que decirle ahora Bocanegra? Como no fuera importante, le daría una paliza por estorbarlo después de saber más cosas de Tarrés. Pero si era importante, quizá también tendría que darle una paliza...

—No sé... Póngame una horchata.

—Pues yo, lo mismo —dijo Bocanegra—. Y traiga unos buñuelos.

En cuanto el tío Nelo se fue, Gort se acercó a Bocanegra por encima de la mesa redonda de mármol.

—Habla de una puta vez y dime lo que me tienes que contar.

—Un momento, que traen las horchatas y los buñuelos...

El tío Nelo dejó dos grandes vasos de horchata y un platito con media docena de buñuelos llenos de azúcar. Bocanegra se apresuró a tomar un par antes incluso de que el plato tocara la mesa.

—Umm... ¡Qué ricos están los buñuelos! Mi madre, que en paz descansa, solía hacerlos. Recuerdo que...

Gort le dio un puntapié por debajo de la mesa.

—¡Ay! —se quejó Bocanegra—. Muy bien, ya te lo cuento. Déjame beber un trago y ya está...

Bocanegra era exasperante.

—Me has dicho que no te cabrearías, ¿eh? No sé si te acordarás, pero el día antes de que tu padre muriera, cuando nos encontramos en la diligencia... ¿Te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo de la diligencia. ¿Y qué?

—Yo bajaba a Barcelona por cuestiones de trabajo, no sé si llegué a decírtelo.

—Sí, supongo que sí, ¿y?

—Mira, yo a tu padre le tenía confianza y lo apreciaba. Durante la guerra carlista

yo era un chiquillo y tu padre me ayudó mucho. No te digo que me salvara la vida en algún momento, eso no, pero siempre me apartó de los peligros, procuraba que tuviera comida, no sé, todas estas cosas... Y por eso todo lo que pasó me supo especialmente mal, porque me hizo sentir culpable.

Bocanegra tomó un buñuelo y, con cara triste, se lo metió en la boca.

—¿Culpable de qué? ¿Qué tuviste tú que ver con lo que le pasó a mi padre?

—Pues... —Bocanegra casi se atragantó. Hizo un gesto con la mano a Gort para que se esperara un momento y se bebió un buen trago de horchata para que el buñuelo que se le había quedado atorado en la garganta le bajara—. Uf, ya está. No podía hablar... Pues directamente, nada. Deja que te lo explique. Yo... Yo bajaba a Barcelona para... para... para incorporarme a la Ronda a las órdenes de Jeroni Tarrés. Pero que conste que en aquel momento yo no lo sabía, ¿eh?

Aquí sí que Gort se quedó helado. No se lo esperaba en absoluto, y la verdad es que no sabía ni qué sentía. Bocanegra, y puede que eso lo salvara, empezó a hablar de nuevo:

—Me explico porque, si no, no entenderás nada. Yo conocía a un jefe del Gobierno Civil, que era quien mandaba a Tarrés. A aquel hombre le había hecho un trabajillo tiempo atrás, nada ilegal, no te creas: lo ayudé a sacar a unos masoveros de una finca que tenía. Nada, todo muy fácil, muy limpio, sin golpes, solo ruido. Pues este hombre me vio disposición, ánimo, y me dijo: «Bocanegra, si te decides a instalarte en Barcelona, ven a verme y te daré trabajo.» Yo no sabía de qué se trataba, te lo juro, Gort. Yo creía que sería trabajo de soldado o de vigilante en algún sitio, o trabajar directamente para él, algo así. Pues lo fui a ver, después de ir a una chocolatera, a la que fuimos tú y yo juntos, por cierto, ahora que lo pienso...

—Sigue y no te desvíes del tema.

—Joder, Gort, si te lo estoy contando todo, si soy sincero contigo... Pues este señor, que se llamaba Serra Monclús, me dijo que tenían organizada una Ronda de Vigilancia a las órdenes de Tarrés, me explicó cómo era el trabajo y ya está. A mí me pareció bien. ¿Qué iba a parecerme, no? En resumidas cuentas, que hacia mediodía fui a ver a Tarrés, que estaba muy cabreado, y me envió con otros hombres a vigilar una chocolatera, la Vallvé, que era de las más grandes, y aquella noche de San Juan seguro que se llenaba de clientes. ¿Ves dónde quiero ir a parar?

—No, pero no te detengas y habla.

—Coño, Gort, me estoy arrepintiendo de contártelo... —La mirada de Gort, con la nariz torcida y los puños cerrados convencieron a Bocanegra de que no tenía más remedio que seguir por el camino de confesiones que había tomado—. Pues era mi primera noche en la Ronda, y todo iba bien: muchos clientes, mucho follón, pero ningún conflicto. La gente quería juerga pero no perdía el tiempo, echaba un polvo, pagaba y se iba a casa, todo como una seda. Yo estaba contento: un buen trabajo, dinero, buenos compañeros, bebida, tal vez una chica gratis más tarde, todo bien. Y entonces, de repente, llegó Sabatés. Sabatés, el que te jodió la nariz... Bueno, llegó y

nos ordenó a todos los hombres de la Ronda que estábamos allí que lo siguiéramos corriendo. Él y Estop, uno muy alto y corpulento que, por lo que han dicho los de Capitanía está ahora en Ceuta, habían perdido a un político al que seguían para matarlo. Nosotros teníamos que ayudarles a buscarlo. A mí y a otro nos tocó ir al Portal Nou y al pozo de Sant Guim. Estuvimos rondando por allí mucho rato, sin que yo supiera muy bien qué tenía que hacer. Y cuando ya llevábamos mucho tiempo llegó un compañero y nos dijo que nos fuéramos, que había habido una reyerta y que el propio Tarrés había liquidado al político... —Bocanegra bajó mucho la voz y añadió, casi susurrando—: Y a uno que lo acompañaba, ya sabes, tu padre, Gort...

Ya hacía rato que Gort sospechaba cómo terminaba la historia. Le dolió, pero se dio cuenta de que le dolía más porque Bocanegra se lo había ocultado durante tantos años que por el hecho en sí. No dijo nada, y eso animó a Bocanegra a seguir.

—Yo no supe que el difunto era tu padre hasta unas semanas después, y me quedé helado. Pero no podía hacer nada, compréndeme, Gort... Además, no sé cuándo fue, pero por aquellos días más o menos, Serra Monclús me llamó para que le contara las cosas que hacía Tarrés: dónde iba, qué decía... Yo ayudé a que después le tendieran la trampa por aquel asesinato de Mataró. Eso te alegrará, ¿no? Porque si no fuera por mí, Tarrés no habría acabado en la cárcel, ¿sabes? Durante el juicio de Tarrés, Sabatés y Estop, yo declaré en su contra, porque me lo dijo el señor Serra, que no soy ningún bocazas, que conste... ¡Me lanzaban unas miradas que daban miedo! Y después, cuando volví a la Ronda, ya con Tarrés entre rejas, me encontré con un ambiente muy difícil. No se fiaban de mí, después de lo que le había pasado a Tarrés y a los otros dos. Así que, por seguridad, preferí dejar la Ronda, aunque esos tres ya no estaban. Tuve suerte, porque después se produjeron los disturbios, mataron a los policías que quedaban en Barcelona y, bueno, el resto, más o menos, ya lo sabes... ¿Qué, Gort, estás enfadado? Di algo, hombre...

Gort decidió no añadir un enemigo más a su lista. Bocanegra, en aquel asunto, no se había comportado de modo distinto a como hacía en todo lo demás: chapucero, poco claro, aprovechado sin llegar a ser mala persona... No valía la pena ampliar el saco de odios que ya tenía muy lleno. Aun así, ahora Bocanegra le daba cierto asco. La suciedad de las manos, las uñas oscuras y con moho, la saliva blanquecina que le formaba grumos en los labios, el aliento cargado... Todo esto ya existía antes, pero Gort simplemente no quería verlo. Ahora, después de su revelación, se le hacía angustiosamente presente. Pensó en irse, en dejar atrás a Bocanegra, pero primero tenía que sacarle toda la información que pudiera antes de que se le pasara el arranque de sinceridad.

—¿Supiste algo más? ¿Alardeaban de la muerte de mi padre?

Bocanegra interpretó mal las preguntas. Pensó que si Gort seguía la conversación, significaba que lo había perdonado, y se mostró aliviado.

—No, no, habitualmente en la Ronda no se hablaba de lo que se había hecho antes. Ellos estaban preocupados porque para matar al político, que se llamaba

Cuello, se había tenido que armar tanto jaleo, tanto, que todo el mundo se había enterado. Sabatés decía que la culpa era de Estop, por haber sido demasiado cagueta, y Estop decía que quien la había cagado era Sabatés porque se había lanzado contra vosotros sin pensar. Tarrés nunca decía nada de nada. Yo creo que ellos no culpaban a tu padre de que todo les hubiera salido mal, más bien creían que tuvieron la mala suerte de que tu padre se metiese de por medio...

Aquí sí que Gort se enfureció. Sujetó bruscamente a Bocanegra por el cuello, con lo que se le cayó al suelo el vaso de horchata que iba a llevarse a la boca.

—O sea que Tarrés y compañía tuvieron «mala suerte» con mi padre... Pues procura no tener tú también mala suerte conmigo. ¡A partir de ahora no vuelvas a dirigirme más la palabra si quieres conservar los putos dientes!

—¡Che, che, che! ¿Qué pasa aquí? —dijo el tío Nelo a gritos, acercándose a la mesa con un cayado que había sacado de debajo de la barra.

Gort se levantó, dejando un poco tembloroso a Bocanegra.

—Nada, jefe. Es que la horchata no nos ha sentado bien... El señor le pagará lo que le debemos —dijo Gort, y salió de la horchatería con ganas de respirar hondo el aire del otoño barcelonés.

1860

Tarrés se apoyó con los dos brazos en el fusil, agachó la cabeza e intentó, una vez más, recuperar las fuerzas y respirar más tranquilamente después de la subida. ¡Condenados militares! ¡Condenados moros! Y, sobre todo, ¡condenado general Joan Prim! Míralo, con aquella cara de póquer que Dios le había dado, sobre el caballo, serio pero más contento que unas pascuas porque las balas le pasaban silbando cerca del cuerpo. ¡La madre que lo parió!

¡Vaya forma de empezar el año! Los soldados, los pocos que se lo preguntaban, todavía no entendían cómo habían acabado dirigiéndose a Tetuán, al sur, en lugar de insistir en ir hacia Tánger, al noroeste. Tetuán no era nada del otro mundo: una ciudad mediana que no tenía ni la mitad de importancia que Tánger, que controlaba el estrecho de Gibraltar y era grande y rica. Durante el mes de diciembre no habían parado de llegar tropas a Ceuta, y se ve que a los jefes militares no se les había ocurrido otra cosa que decidir que ya que estaban en Ceuta, podrían bajar por el camino de la costa hacia la siguiente ciudad, que era Tetuán. Siendo muy optimistas, había un problema, y es que el camino en cuestión era angosto, estaba lleno de curvas y de baches y, además, cada dos por tres había valles de ríos y riachuelos que facilitaban que los moros, con pocos soldados, pudieran frenar a todo un ejército que tendría que avanzar casi en fila india. Pero, en lugar de replantearse la excursión o, simplemente, trasladar a los soldados en barcos, la solución fue ordenar a cinco mil, a diez mil o a los soldados que fueran necesarios la construcción de una carretera de Ceuta a Tetuán.

A la vista del esfuerzo titánico que los expedicionarios tenían que hacer para conseguir un resultado muy exiguo, los moros se habían quedado tan pasmados como los mismos soldados españoles, claro. Pero como la estupidez no tiene nacionalidad, decidieron presentar batalla a todos aquellos picapedreros de uniforme en vez de irlos pinchando y dejando que se desangraran solos.

La noche anterior a la batalla, Nochevieja, Tarrés y diez mil soldados más estaban acampados a poca distancia comiendo los polvorones y bebiendo el vino dulce que habían repartido las cantineras diciendo que eran un regalo de la reina. Ya lo decían, ya, que a la reina le gustaban mucho los polvorones... Todo el mundo sabía que al día siguiente habría jaleo porque el loco de Prim era quien abriría la marcha y porque les habían ordenado vestirse reglamentariamente tras semanas de desbarajuste a la hora de uniformarse. Después de pasarlas moradas picando piedra, lloviendo a mares, con un frío que pelaba, ahora tocaba matarse con los moros. Pero para los tres expolicías aquello no tenía por qué ser una mala noticia. Tarrés y compañía estaban hartos de aquella campaña, y un poco de acción de verdad era algo que prácticamente les pedía el cuerpo. Además, si querían dejar la Compañía de Presidarios atrás, esa podía ser una buena oportunidad. Con Prim rondando por allá, con un poco de suerte podrían

distinguirse. O, quizás, aunque seguro que sería mucho más peligroso, el enemigo destrozaría tanto la compañía que los supervivientes, entre los cuales los tres expolicías no tenían ninguna duda de figurar, podrían integrarse en alguna otra unidad.

Pero ahora, cuando ya llevaban cuatro o cinco horas de batalla, Tarrés estaba agotado y harto, y no veía claro que pudiera acabar el día vivo. Para empezar, en cuanto había salido el sol, habían avanzado los soldados de Prim, mientras la compañía de Tarrés se quedaba un poco atrás. Habían bajado por unas colinas hacia un valle dominado por una fortificación algo deteriorada que un oficial madrileño había denominado «castillejo» con gran éxito porque ahora todo el mundo la llamaba así. Y como más arriba, en la misma montaña, había otro de estos pequeños castillos, el ejército entero hablaba ya de la zona de los «castillejos». Prim había arrastrado con él a ocho batallones y a dos escuadrones de húsares que, como buenos jinetes, enseguida habían empezado a hacerse los chulos y habían atacado a la caballería mora. No contentos con ahuyentarla, la habían continuado persiguiendo sierra arriba hacia un desfiladero estrecho que conducía al campamento marroquí. Unos soldados normales, al descubrir que los marroquíes eran unos cuantos millares y ellos unos doscientos, habrían dado media vuelta para informar de ello y salvar su vida. Pero eran húsares, iban vestidos de blanco y azul turquesa, y los había que hasta llevaban el pelo recogido en una coleta, como la caballería napoleónica. Decidieron atacar ellos solitos al enemigo que, naturalmente, se los comió con patatas. Solo volvieron unos cuantos, uno de ellos un cabo que, al huir, logró arrebatarse una bandera a los marroquíes.

Tarrés vio cómo el cabo Mur y pocos más llegaban llenos de cortes y de sangre, y vio también cómo Prim y otros mandos, en lugar de ordenar que los fusilaran por idiotas y por poner en peligro la batalla, los habían acogido con alegría y honor. Esto era, pues, lo que querían los militares: mucho ruido y pocas nueces.

De todos modos, tuvieron poco tiempo para aclamar al cabo descerebrado porque empezaron a salir moros de debajo de las piedras. Ya no eran como aquellos guerreros valientes pero muy indisciplinados con quienes la Compañía de Presidarios había tenido que luchar en el reducto de Sierra Bullones. Ahora los hombres a los que se enfrentaban formaban parte del Ejército del rey de Marruecos, los llamados moros del rey. Aunque era exagerado hablar de uniforme a la europea, los soldados españoles se enfrentaban ahora con unos hombres de aspecto distinto, normalmente con la cabeza rapada pero con barbas densas y cuidadas. Atacaban con espingardas, una especie de fusiles muy largos y con la culata muy trabajada que emitían mucho humo y ruido al dispararse. Pero tanto el largo proceso de carga como la poca precisión de los disparos impedían que los ataques a cierta distancia de aquellos moros del rey fueran realmente eficaces. Puede que, por ello, aquellos soldados magrebíes corrían mucho hacia las filas de los soldados europeos con una espada en la mano, buscando el cuerpo a cuerpo que eliminara las ventajas de los

fusiles y las carabinas que llevaban los enemigos. El resultado era que los oficiales españoles ordenaban constantemente que calaran las bayonetas en los fusiles, lo que dificultaba los movimientos de los hombres. Además, aquellos ataques con unos gritos que helaban la sangre provocaban un enorme miedo a la mayoría de los hombres, porque los choques causaban muchas heridas a todos los implicados. Si algún moro quedaba herido en el suelo, a pesar de que Prim y los generales habían ordenado que había que capturarlo para interrogarlo, normalmente lo remataba algún soldado con ganas de vengarse por el miedo que acababa de pasar. Los oficiales marroquíes iban mejor vestidos que sus hombres, pero contrariamente a los deseos de Sabatés, rara vez llevaban nada de valor encima.

—¡Pero qué se cree esta gente! Ni una muela de oro, ni un anillo bueno, nada de nada... Solo he encontrado un espadín trabajado —se quejó Sabatés, señalando con la cabeza a un cadáver que yacía boca abajo—, y me parece que no vale mucho.

Había tantos moros, y hacía tantas horas que atacaban que todos los soldados estaban agotados. La Compañía de Presidarios se había ido mezclando con otras unidades para cubrir bajas aquí y allá. Era una situación que convenía a los tres expolicías y también, de rebote, al teniente Robledo, a quien era más fácil esconderse del teniente coronel Aparici en los lugares que le parecían más seguros. Robledo, tal vez para disimular mejor o porque no quería sentirse tan solo, ordenó que Tarrés lo acompañara lejos de sus hombres.

—Tú vendrás conmigo y... me servirás de enlace, sí, exacto, de enlace, buena idea... Mira, iremos con aquellos de ahí, con los de artillería. Sí, desde ahí podré mandar mejor a la compañía, desde aquella colina. ¡Venga, vamos! —Robledo señaló con la cabeza un regimiento que se encontraba unos centenares de metros detrás de ellos. Tarrés, sin que Robledo se atreviera a decir nada, se hizo acompañar por Estop y Sabatés. Se olía la oportunidad, y estar a resguardo de la batalla no le parecía mal. El regimiento al que llegaron era el Quinto de Artillería, formado, en su mayoría, por navarros, lo mismo que el coronel que los mandaba. La llegada de un teniente poco marcial acompañado de tres soldados sin demasiado que hacer no hizo mucha gracia al coronel.

—¡Teniente! ¿Con qué órdenes se presenta aquí? —bramó el artillero, que quizá chillaba tanto porque el ruido de sus cañones lo había acostumbrado mal.

Robledo se puso firme, metió la tripa y saludó al coronel fijando la mirada un palmo por encima de su gorra. Era un truco que siempre le había funcionado y que los oficiales superiores, educados lejos de las miserias de los bajos fondos cuarteros, consideraban muy marcial.

—¡Señor! ¡Se presenta el teniente Robledo! El coronel... —Robledo dijo un nombre ininteligible— me ha dicho que observe el desarrollo de la batalla desde esta colina y le vaya informando... Siempre y cuando usted no esté en contra de ello, señor.

El coronel se sintió desarmado.

—No, no, claro que no. Adelante... Y, cuando lo vea, presente mis respetos al coronel... al coronel... a su coronel.

—¡Señor! De su parte.

Pero lo que no había tenido en cuenta Robledo era que quien los mandaba a todos era Prim. El general, persiguiendo a los magrebíes, había subido con parte de sus hombres hasta una colina, justo delante de donde estaba situado el Quinto de Artillería, desde donde se veía el campamento enemigo. Aunque la tentación de bajar a conquistarlo era muy grande, Prim decidió mantenerse en la colina porque veía que sus hombres estaban agotados y, además, ganaba poco conquistando un montón de tiendas sin valor. Por eso decidió que sería mejor establecerse en la colina y que sus hombres entraran en situación de descanso. Pensaba que si todo iba bien, la batalla terminaría prácticamente allí.

Pero no fue así, ni mucho menos. El ejército enemigo interpretó muy mal la acción de Prim. Pensaron que si los españoles se situaban en aquella colina, sería para bombardearlos o para preparar un ataque devastador contra el campamento. Los jefes del *Nizam*, el Ejército de Marruecos, consideraron que era totalmente necesario desalojar a los españoles de la colina porque su posesión determinaría el ganador de la batalla. Y así fue como una colina sin importancia e, incluso, sin nombre, se convirtió en el sitio más sangriento de la batalla de los Castillejos.

Los marroquíes atacaron en masa. Prim llamó a combatir a los cuatro regimientos de infantería de que disponía, y los soldados tuvieron que ponerse a luchar de lo lindo. El cansancio de los soldados de Prim, que llevaban horas y horas de combate, y la enorme superioridad numérica del enemigo provocó que la línea española empezara a tambalearse. El Regimiento del Príncipe quedó prácticamente copado, y Prim ordenó a todos los hombres que fuesen a repeler la carga de los marroquíes. Y cuando dijo todos los hombres, se refería absolutamente a todos.

Tarrés veía lo que estaba pasando y no sabía si tenía que ir corriendo para que Prim lo viera o más bien dar media vuelta discretamente para salvar el pellejo. Robledo, a su lado, estaba pálido, porque era consciente de que si la línea de soldados se hundía, los marroquíes seguirían con la escabechina y no se detendrían hasta llegar a los artilleros. De repente, vieron que Prim, a lomos de su caballo, cabalgaba hacia donde estaban los artilleros y ellos cuatro. Tarrés se le acercó rápidamente para ver qué pasaba. Prim, desde lo alto del caballo, se gritaba con el coronel.

—Berroeta —dijo, por lo que Tarrés supuso que ese debía de ser el nombre del artillero—, le estoy diciendo que los forme ahora mismo y que calen las bayonetas en las carabinas; no discuta más.

—Piense un momento, general. ¡Logrará que nos maten a todos! ¡Mis hombres no están habituados a atacar como si fueran de la infantería! ¡Pero si mis sargentos ni llevan armas de fuego! ¡Será un sacrificio inútil!

—¡Coronel Berroeta, obedezca! Necesito a sus hombres para reforzar la línea. ¡No discuta y actúe!

Prim hizo dar media vuelta a su caballo y se dirigió con él hacia donde se veía más jaleo sin volver la cabeza ni un segundo, totalmente convencido de que el coronel se tragaría el orgullo y lo seguiría con sus hombres. Berroeta, con un ademán que daba miedo, se puso a dar órdenes.

—¡Que todos los hombres formen aquí, en este llano! ¿Dónde están los oficiales? ¡Usted! ¡Sí, usted! —dijo de golpe, señalando con el dedo a Robledo—. ¡Queda adscrito a mi regimiento! Tome a sus ayudantes y ayúdeme a formar a los...

—Pero, pero... Coronel, yo solo soy un observador, yo no... —se excusó Robledo, totalmente aterrorizado por lo que significaban las órdenes de Berroeta.

—¿Cómo se llama?

—¿Yo? —preguntó el teniente, señalándose a sí mismo con el dedo—. Yo, Robledo.

—Robledo, encárguese de hacer formar en tres líneas a la dotación de esos de doce...

—¿Qué doce, señor? No los veo. ¿De qué habla?

—De los cañones de doce pulgadas. ¡Hay que explicarlo todo! ¡Allí, sitúe allí a la gente!

Los tres expolicías miraron hacia los lados por si había alguna posibilidad de irse discretamente, pero era del todo imposible. Irse corriendo en medio de un guirigay como aquel solo podía significar, si te pillaban, un consejo de guerra sumarísimo y el fusilamiento. No podía jugarse con eso. De modo que no les quedó más remedio que situarse entre los soldados de las dotaciones de los cañones que, por suerte, estaban más asustados aún que ellos. Un soldado de artillería sabe que puede morir de formas muy diversas: porque el cañón reviente, por los disparos de los cañones enemigos que tienen la desagradable costumbre de disparar contra los cañones que tienen delante; por alguna bala perdida o por una carga de caballería. Sí, es cierto que todo eso podía suceder, pero lo más habitual era que en las batallas sobrevivieran muchos más artilleros que compañeros de infantería. Ahora se veían con la obligación de comportarse como soldados de a pie y, además, sin un gran adiestramiento ni ninguna moral. El coronel Berroeta, cuando tuvo a los hombres más o menos formados, alzó la voz para gritar una arenga rápida:

—¡Soldados del Quinto! ¡El general Prim nos ha pedido ayuda en nombre de los compañeros que se están matando por nosotros! ¡Tenemos que salvarlos y no podemos disparar con nuestros cañones, porque las balas de cañón no distinguen entre amigos y enemigos! ¡Lo haremos, pues, a la bayoneta! ¡Quiero que avancen en orden abierto y que no disparen hasta que no tengan al enemigo muy cerca! ¡Adelante y démosles por el culo!

Los soldados no gritaron lo más mínimo, porque no estaban nada entusiasmados. Nada, ni siquiera la sorpresa de oír a su coronel soltando ordinariieces, él, que era un hombre tan católico que no se le caía nunca la Virgen de la boca, les infundió el menor furor combativo. ¡Si estaban matando a los cabrones de infantería, que

hubiesen tenido suerte y les hubiese tocado artillería! ¿Por qué diantre tenían que ir ellos a ayudarlos? Cuando había que arrastrar los cañones, los infantes no movían ni un dedo, ¿no?

Los cuatro escuadrones, de un centenar largo de hombres cada uno, empezaron a andar con las bayonetas apuntadas. Tarrés, Estop y Sabatés se habían situado hábilmente en la tercera fila del segundo escuadrón, donde les pareció que tenían menos posibilidades de acabar lastimados. A Robledo le habría gustado colocarse allí, pero el capitán del escuadrón lo había invitado a capitanearlo a su lado, y el teniente no había tenido más remedio que sacar el sable y andar delante de las filas con cara de acojonado.

Avanzar en orden abierto provocó confusión entre los artilleros. Era una maniobra que la mayoría jamás había hecho, y solo los más avisados se habían fijado en cómo la hacían los de infantería. Avanzar en orden abierto implicaba abrir mucho las filas. Los soldados tenían que agruparse por parejas y, entonces, separarse una decena de metros de las demás parejas que los rodeaban. Era una maniobra complicada, porque las irregularidades del terreno solían impedir un despliegue de manual y, además, el hecho de que hubiera cuatro escuadrones diferentes del mismo regimiento motivó que los soldados se mezclaran sin demasiado sentido mientras iban avanzando. Por si eso fuera poco, los oficiales de artillería que comandaban a los soldados no sabían dónde tenían que ponerse para controlarlos durante la maniobra. El resultado fue que el Quinto, más que desplegarse, se dispersó sobre el terreno y perdió mucha efectividad.

Mientras tanto, los magrebíes casi habían acabado con el Regimiento del Príncipe. Prim corría arriba y abajo con su caballo, animando a los defensores, pero, por una vez en su carrera militar, no sabía muy bien qué tenía que hacer para parar el golpe. Las primeras parejas de artilleros que llegaron al lugar del combate fueron aniquiladas rápidamente. Enfrentarse de dos en dos a aquella masa de centenares de hombres era un suicidio. Los soldados que iban más rezagados empezaron a frenar y a agruparse instintivamente. El coronel Berroeta quiso rectificar:

—¡Agrúpanse! ¡Agrúpanse!

Fue entonces cuando el teniente Robledo decidió que ya tenía suficiente. Al principio había ido delante del regimiento, obligado por los oficiales del Quinto. Pero ahora que una bala perdida había herido de gravedad al capitán que lo acompañaba, le pareció que era el momento de largarse. Empezó a recular, animando a los hombres a seguir adelante, mientras él iba ganando metros hacia atrás. Tarrés, que no estaba demasiado lejos, se dio cuenta de la maniobra del teniente e hizo una señal a sus dos hombres.

—¡Miradlo! No tendríamos que dejarle ir tan lejos, ¿no?

—¡Ya lo creo que no! —medio rio Estop—. Ya me encargo yo.

Estop se agazapó y empezó a acercarse por detrás a Robledo, que, mientras tanto, seguía andando como un cangrejo. A la vez, el combate se acercaba. Los soldados del Príncipe habían empezado a retroceder de forma relativamente ordenada y se estaban

reuniendo con los del Quinto de Artillería. El contacto de las dos unidades fue negativo para ambas. Los soldados de los dos cuerpos se molestaron mutuamente y rompieron las precarias formaciones que habían logrado construir. Ya fuera por casualidad o por habilidad, lo cierto es que los marroquíes se aprovecharon de ello. Los que más recibieron fueron los artilleros reconvertidos en infantes. Si ya les había costado desplegarse y reagruparse, al verse obligados a mezclarse con los soldados del Príncipe, que tenían más ganas incluso que ellos mismos de largarse del campo de batalla, todavía estaban más confundidos y eran más torpes en sus movimientos. Los marroquíes, como era habitual en ellos, no hicieron ningún tipo de descarga coordinada de las espingardas, pero eran tantos que sus disparos descoordinados empezaron a abrir grandes brechas en la formación del Quinto. El coronel Berroeta, desde lo alto del caballo y con el sable en la mano, animaba a gritos a sus hombres, pero todo parecía inútil.

Estop, mientras tanto, ya se había situado unos metros detrás de Robledo. El teniente, que seguía andando hacia atrás, solo tenía ojos para lo que ocurría delante de él, donde una masa cada vez más informe de soldados se estremecía y moría debido al fuego enemigo. Estop pensó en pegarle un tiro por la espalda, pero la cercanía de los enemigos lo hacía muy peligroso porque no le daría tiempo a recargar el arma si los soldados que tenía delante se veían desbordados. También podía clavarle la bayoneta por detrás, pero el riesgo de que alguien lo viera era muy alto. Finalmente, se le acercó y le puso un pie detrás. Robledo perdió el equilibrio, golpeó el suelo con la cabeza y quedó tumbado boca arriba con los ojos cerrados. Estop quería tenerlo así, a ras de suelo, para que, cuando le clavara la bayoneta fuera todo mucho más discreto. Robledo había perdido el mundo de vista, le dolía horrores la cabeza, y hasta con los ojos cerrados notaba como si hubiera una especie de niebla roja que giraba a su alrededor. Se sujetó las sienes y empezó a incorporarse, a pesar de que estaba muy mareado.

Estop, bajo la mirada de sus dos compañeros, quiso aprovechar el momento, pero los acontecimientos lo desbordaron. De repente, la masa de artilleros reconvertidos en infantes rompió totalmente la formación, y empezaron todos a correr despavoridos ante el empuje de los marroquíes. Al ver cómo los artilleros y los infantes pasaban volando a su lado, Estop decidió sobre la marcha que ya se encargaría de Robledo en otro momento, y que lo que tenía que hacer entonces era correr como los demás para salvar el pellejo.

Robledo no sabía si el jaleo que oía a su alrededor era real o era simplemente un eco del enorme trompazo que se había dado con un pedrusco del suelo. Incorporó la mitad del cuerpo y empezó, con precaución, a abrir los ojos, solo una rendija. La luz del mediodía aclaró un poco la niebla roja que lo sofocaba, pero no le aclaró del todo las ideas. Veía pasar a mucha gente y todo el mundo gritaba, pero en aquel momento su dolor pedía más silencio y tranquilidad que otra cosa. ¡Qué mala suerte, aquella caída! Pero ¿cómo coño había caído? Estuvo un instante sin recordarlo hasta que, de

repente, todo le regresó dolorosamente a la cabeza. Él andaba hacia atrás para alejarse de la batalla y había tropezado con algo y se había caído... La batalla... ¡La batalla! Todo adquirió sentido, pero de una forma dramática. Comprendió que aquellas sombras amarronadas y azules que corrían y pasaban a su lado eran soldados de los suyos: de marrón, los del Regimiento del Príncipe, y de azul, los del Quinto de Artillería, mientras que las figuras multicolores que se dirigían hacia él eran los marroquíes que los perseguían. Se levantó lo más rápido que pudo, mareado, pero con mala suerte, porque cuando estuvo de pie, chocó con uno de los últimos artilleros que huían. El artillero, que no llegó a caer, tocó el suelo con las manos y siguió corriendo para salvar su vida, pero Robledo, que ya estaba mareado del golpe anterior, se quedó plantado intentando no caerse de nuevo. Y eso lo llevó a tardar el tiempo justo para que los primeros magrebíes llegaran donde estaba. Los tres o cuatro primeros pasaron a su lado como si no lo hubiesen visto. Por un momento, el teniente pensó que tal vez el golpe en la cabeza le había provocado alucinaciones y que realmente todo lo que estaba viendo no estaba pasando. Pero sí que estaba pasando. Un magrebí bajito, rapado como todos los demás, se le acercó con la gumía, el cuchillo curvado que llevaba la mayoría de los marroquíes, y se la clavó entre las costillas, buscándole el corazón. Robledo notó un gran dolor, un ahogo, y se fijó en que el marroquí que lo estaba matando tenía los dientes muy separados.

Tarrés, a cierta distancia, solo alcanzó a ver que Robledo se quedaba en medio de los enemigos y pensó que sería muy difícil que sobreviviera. En cualquier caso, era prácticamente seguro que había dejado de ser un estorbo para sus planes. Sabatés, mientras corrían, le señaló un punto situado un poco más adelante, donde ya estaba Estop. De aquella dirección llegaba un regimiento de refresco, que por el uniforme era de infantería, pero que por el ritmo que llevaba parecía ir de paseo por la montaña más que acudir en ayuda de unos compañeros en peligro. Daba la impresión de que los soldados y sus oficiales, en vista de los estragos que los enemigos habían provocado entre sus compañeros, no estaban demasiado dispuestos a arriesgarse a recibir una buena paliza. Fuera como fuese, todos los supervivientes de la matanza empezaron a converger hacia aquel regimiento más o menos bien formado, porque parecía la única isla de seguridad en medio de aquel campo de muerte.

No solo los supervivientes. Se había llegado a un momento crítico de la batalla, y el general Prim lo sabía. Había sacrificado la vida de los soldados del Quinto de Artillería para dar tiempo a que llegaran los refuerzos que había pedido al general Zabala, el jefe del Segundo Cuerpo. Zabala le había enviado el Regimiento de Córdoba, un grupo de soldados poco adiestrados que no estaban especialmente felices del papel que les tocaba desempeñar ahora. Prim, con todo su Estado Mayor y su escolta, se acercó al regimiento que avanzaba lentamente. Tarrés y los otros dos expolicías llegaron al regimiento prácticamente a la vez que Prim. El general tenía aspecto de estar cabreado y hablaba a gritos con sus ayudantes, catalanes como él.

—¡Fort, venga aquí!

Un teniente coronel bigotudo cabalgó hacia Prim.

—Usted dirá, general.

—¿Qué les pasa a aquellos, a los de Córdoba, que no se mueven? ¿Cómo se llama el coronel? —Fort era ayudante de Prim por muchas cosas, entre las que se contaba su memoria de elefante.

—Vicente Vargas, dependiente del brigadier Angulo. Pero no veo a ninguno de los dos por ninguna parte.

—Pues no los busque. Ya me encargo yo personalmente de estos soldados.

Prim clavó los tacones a su pobre caballo, que salió disparado hacia los soldados de Córdoba, que habían llegado a una colina. Tarrés, algo más lejos, hizo una señal a sus dos compañeros para que se apresuraran para llegar al mismo tiempo que Prim.

La llegada del general causó conmoción entre los soldados y los pocos oficiales que los acompañaban en aquel momento. La mayoría se dio cuenta de que se había acabado lo de remolonear y que ya no tendrían más remedio que participar en la batalla. Prim detuvo el caballo en medio de la línea de los soldados y se incorporó levantándose sobre los estribos.

—¡Soldados del Regimiento de Córdoba! ¿Ven a su enemigo allá delante? Parece poderoso, pero no lo es; ¡teme nuestra fuerza y nuestras bayonetas! ¡Ahora es el momento de que demuestren quiénes son! ¡Dejen aquí mismo las mochilas y mátenlos con sus armas!

La arenga podía haber sido del todo estimulante, pero la orden de dejar las mochilas no gustó nada a los soldados. Para un soldado, la mochila lo era todo. Aunque teóricamente estaba completamente regulado qué podía llevar en ella y qué no, en la práctica los soldados metían lo que querían. Muchos habían acumulado algún recuerdo robado a los muertos en la campaña, especialmente a los marroquíes, pero también a algún español. Cartas de la familia, algún retrato o grabado, todo lo que les importaba. ¿Y ahora tenían que dejarlo todo en el suelo en medio de la nada, a unos doscientos metros del enemigo y rodeados de soldados españoles que huían y que podían aprovecharse de la situación? ¡Ni hablar! Tarrés, Sabatés y Estop habían llegado a la colina donde estaban, refunfuñando, los hombres del Regimiento de Córdoba. Ellos entendían por qué no querían dejar las mochilas, algo que los generaluchos, coroneles y demás patulea jamás entendería, porque siempre había quien les guardaba las cosas muy lejos de la batalla. Tarrés supo que era el momento de actuar. Se acercó a Prim y empezó a hablarle en catalán.

—¡General, general! ¡Señor, si quiere, nosotros guardaremos las mochilas a los compañeros! ¡Las defenderemos lo que haga falta hasta que vuelvan!

Prim lo observó un momento, un poco sorprendido de que un simple soldado se dirigiera a él de aquella forma. Al ver a Tarrés y a los otros dos se percató de que llevaban el uniforme de los cazadores, aunque no del todo. En realidad, había detalles del uniforme que se le escapaban...

—¡Muy bien, catalanes! Me parece bien. Defiendan las mochilas de sus

compañeros y...

El teniente coronel Fort lo interrumpió y acercó su caballo al de Prim para hablarle sin que los demás lo oyeran.

—Señor, no sé si se ha fijado, pero estos tres soldados son de los tiradores de Ceuta... Presidarios, general... No sé si es demasiado conveniente que unos cuantos ladrones guarden las propiedades de sus compañeros.

—Ah, caramba... Bueno, da igual. —Prim gritó para que lo oyeran bien—: Fort, ordene que anoten el nombre de los tres soldados que defenderán las mochilas. Y ustedes —añadió, refiriéndose a los soldados de Córdoba—, ¡adelante ahora mismo!

Los soldados soltaron las mochilas sin muchas ganas, calaron las bayonetas y empezaron a avanzar hacia el enemigo, colina abajo. Prim los iba siguiendo con una veintena de acompañantes, mientras que Tarrés, Sabatés y Estop se quedaban en la colina, guardando las bolsas. De momento, todo estaba saliendo bien. Por primera vez un jefe, el general Prim sin ir más lejos, se había fijado en ellos de forma positiva y sin tener que arriesgar el pellejo más de la cuenta. Tarrés todavía no sabía cómo lo usaría, pero era un paso en la buena dirección, eso seguro.

Sin embargo, las cosas se torcieron rápidamente. Aquel día, los moros, que normalmente luchaban con poco orden, habían sufrido muchas acometidas con la bayoneta y habían aprendido o, como mínimo, se habían acostumbrado a aguantarlas. El primer ataque del Regimiento de Córdoba no solo no provocó que el enemigo diera media vuelta, sino que fueron los soldados españoles quienes tuvieron que retroceder, algo sorprendidos por el escaso efecto que habían producido, contrariamente a lo habitual, en sus adversarios. Prim los incitó de nuevo, y de nuevo bajaron la colina y sucedió lo mismo, de modo que tuvieron que recular hasta sus propias mochilas. Esta vez los moros se dieron cuenta de que les habían minado la moral y, aunque desorganizadamente, empezaron a avanzar hacia los españoles. Los soldados, al ver tan decidido al enemigo, siguieron reculando y empezaron, incluso, a alejarse de las mochilas. Prim, alarmado, corrió con el caballo hasta donde estaba el abanderado y le quitó la bandera del regimiento.

—¡Soldados! —gritó Prim a lomos del caballo con la bandera en alto—. ¡Están dejando atrás las mochilas y no les puedo decir nada, porque son suyas y pueden hacer con ellas lo que les plazca! Pero también están dejando atrás la bandera y a quien la lleva, que soy yo. ¡Les aseguro, como me llamo Joan Prim, que voy a lanzarme de cabeza contra los moros, tanto si me acompañan como si no!

La arenga detuvo la reculada. Que un general como Prim los abroncara de aquel modo no era un asunto menor. Sabían que si liquidaban a Prim, los soldados, los suboficiales y hasta algunos oficiales menores se la cargarían con todas las de la ley. A algunos, los gritos del general no les despertó el miedo por lo que les podía pasar si no lo seguían, sino que los animó a lanzarse al combate, en una especie de locura de sangre. De todos modos, el regimiento seguía indeciso, y Tarrés supo ver, por fin, su oportunidad. Corrió hasta el caballo del general y gritó a la tropa:

—Compañeros, ¿dejaréis morir solo a vuestro general? ¡Yo, no! ¡Mis amigos y yo vamos con él!

Tarrés volvió la cabeza para ver la reacción de Prim, y lo que vio lo satisfizo. Prim tenía los ojos enrojecidos y una media sonrisa cruel que le confería un aire decidido y satisfecho. Además, el grito de aquel otro soldado acabó de decidir a los soldados de Córdoba. Tomaron con fuerza los fusiles con la bayoneta y empezaron a avanzar por tercera vez; en esta ocasión cuesta arriba, hacia la colina donde estaban las mochilas.

Prim y su escolta también se lanzaron al ataque. A sablazos y bayonetazos, el empuje ahuyentó a los enemigos de la colina. Dieciséis de los veinte hombres que acompañaban a Prim quedaron heridos en el suelo, pero él, para variar, quizá porque como decían los soldados había nacido de pie, no sufrió la más mínima herida.

Tarrés, después de la carga hacia arriba, después de seis horas de combate y de haber jugado sus cartas ante el general Prim, estaba agotado. Apoyó el fusil en el suelo y se aferró al cañón con las dos manos mientras agachaba la cabeza e intentaba recobrar el aliento. Prim tenía su nombre, sabía quién era y le debía una. Esta podía ser su carta de salvación y el pasaporte para volver a ser quien había sido durante tanto tiempo: Jeroni Tarrés, ladrón, policía y futuro asesino de todos aquellos que un día lo llevaron hasta aquella colina entre Ceuta y Tetuán.

Algeciras era el primer lugar realmente exótico que Gort había visto. La ciudad, que no era demasiado grande, se extendía alrededor del puerto, donde se agrupaban básicamente barcos de carga, veleros y algún vapor más moderno. Un lado daba a una bahía muy cerrada y en el otro había una roca inmensa, imponente, propiedad de los británicos: el peñón de Gibraltar. La roca, además de una gran bandera de Gran Bretaña, estaba protegida por cuatro vapores de guerra de Su Majestad la emperatriz Victoria que recordaban a los marineros y soldados españoles que se concentraban en Algeciras aquello de que cada uno en su casa y Dios, fuese católico o protestante, en la de todos. La ciudad era distinta de todo lo que Gort había visto, algo normal, porque su experiencia se centraba en Reus, Tarragona, Barcelona y, ahora, en tres horas en Alicante y en la visión del puerto de Málaga desde el *San Francisco de Borja*, el vapor civil que los había conducido desde Barcelona hasta Algeciras. La ciudad vivía de lo que producía el puerto y de la proximidad con Gibraltar. Algunos ingleses ricos se construían mansiones que les permitieran abandonar la estrechez de la vida en el peñón y, a menudo, ellos mismos controlaban los fletamentos de los barcos de carga que se detenían en Algeciras. Había unos cuantos edificios oficiales, pintados de un blanco descolorido y un montón de casas bajas donde vivían todos los que sacaban provecho del puerto. Y la gente... Si Barcelona le había parecido cosmopolita, en Algeciras la mezcla de nacionalidades era aún más destacable, porque era un sitio mucho más pequeño. Había, obviamente, muchos andaluces, pero también muchos magrebíes, a los que los voluntarios miraban con especial

curiosidad. Y franceses, y piamonteses, y portugueses, y napolitanos y hasta una legación del Imperio austrohúngaro, compuesta por unos hombres bigotudos que se pasaban todo el día buscando pelea con los piamonteses y con los demás italianos. Puede que los más extraños de todos fueran los marineros orientales, unos hombres bajitos y con poco pelo que solo se relacionaban entre sí y que no se sentaban en el suelo, sino que se agachaban y adoptaban una postura incómoda en la que podían pasarse horas hablando en una lengua gutural de la que no se entendía nada. Gort lo observaba fascinado, entre otras cosas porque era la primera vez en muchos días que tenía un poco de tiempo para contemplarlo todo con cierta tranquilidad.

El último mes, antes de llegar a Algeciras, había sido vertiginoso. Finalmente, el día antes de Navidad había llegado el permiso oficial para constituir los voluntarios. Gort, adscrito al aburrido servicio del teniente Ferrer Carriol, no lo había tenido que sufrir con demasiada intensidad, pero los que estaban alrededor de Sugrañes habían tenido que sudar de lo lindo para cumplir las exigencias que conllevaba poner el regimiento en marcha. Gort, que odiaba preparar documentos y rellenar formularios, se había encontrado más de un día y más de dos sentado ante un montón de libros de entradas y salidas del material más inverosímil, desde una bandera bordada hasta una partida de más de mil quinientas fajas para el uniforme. Había que inventariarlo todo, archivarlo, comprobar que llegara y que se almacenara correctamente o, a veces, incluso que se embalara para preparar su transporte a África. Por suerte para él, el teniente siempre lo reclamaba para realizar tareas más urgentes, como limpiarle los botines o coserle unos botones, por ejemplo.

Una vez conseguidos los permisos, Sugrañes había encargado la tarea del reclutamiento al subteniente Tàrrec, que era un hombre juicioso, y todo había ido muy bien. Aunque al principio se habló de constituir dos batallones, finalmente se redujo a uno, porque si no, quizás habrían acabado el reclutamiento con el tratado de paz de la guerra firmado. Había voluntarios de sobra y, para sorpresa de Gort, la mayoría no se alistaba para solucionar problemas económicos, como aquellos hombres que habían ido al principio a la Ciudadela a interesarse por el futuro batallón, sino por ganas de aventura o de convertirse en unos nuevos almogávares. Gort nunca había oído hablar de los tales almogávares hasta que se habló bastante de ellos en los panfletos patrióticos que los barceloneses habían consumido a puñados. Ahora daba la impresión de que los voluntarios no iban a luchar a África sino a conquistar una nueva Grecia, como decían que habían hecho aquellos soldados hacía no sé cuántos años. Tàrrec los iba distribuyendo en cuatro compañías. A Gort, ayudante del teniente Ferrer Carriol, le tocaba la primera, la que teóricamente era la de choque. El propio Tàrrec estaba en la segunda y el teniente Moxó y Bocanegra habían sido asignados a la tercera.

Tal como Gort había temido, los doscientos reales por barba de la prima de alistamiento habían volado para pagar el uniforme, con el agravante de que las fantasías de Sugrañes, incentivadas a distancia por las cartas que enviaba el general

Prim, habían diseñado un uniforme que se había disparado de precio. Ningún problema; la Diputación de Barcelona se rascó el bolsillo, y se compraron los uniformes.

¡Y qué uniformes! Gort se sentía un poco extraño vestido de voluntario. Había visto llevar un traje parecido a los campesinos del Alt Camp durante las fiestas mayores, pero como uniforme militar era algo raro. Barretina roja, una chaqueta de pana azul desabrochada, suponía que debido al calor del desierto, pañuelo anudado como una corbata, un chaleco de rayas, faja azul y un pantalón que llegaba justo debajo de la rodilla, junto con unas medias blancas y alpargatas. Se les veía a la legua, y más cuando se comparaban con los soldados regulares. No era del todo incómodo, excepto por el hecho de que cuando corrías, la faja tendía a abrirse, y entonces, los pantalones se aflojaban. Era cuestión de apretársela muy fuerte y esperar que las sacudidas de una carrerilla no dejaran al voluntario con el culo al aire.

Cuando tuvo el uniforme, Gort se fue a ver a Rosa. Tenía ganas de enseñárselo, pero estaba inquieto porque era consciente de que podía ser una de las últimas veces que la viera. Todavía no sabía cuándo tenía que partir hacia África, pero seguro que faltaba poco y, además, vete a saber qué pasaría durante la guerra y, con suerte, después. No solo tenía que jugarse la vida contra el enemigo, sino que también tendría que arreglar sus problemas con Tarrés y, si podía, con sus hombres. Y si todo acababa bien y no habían pasado demasiados meses, no tenía totalmente claro que fuera a tener ganas de volver a su vida de antes. Estaba claro que Rosa tal vez no encajaba en absoluto con el tipo de vida que Gort llevaba en Reus: una vida de campesino privilegiado, sin tierras pero con un trato especial con el patrón, que era su padrino y comandante, Victorià Sugrañes, en la que cazaba, se acostaba con unas cuantas chicas, participaba en peleas... Puede que todo eso, si las ganas de venganza que le habían carcomido las entrañas desde que había cumplido catorce años desaparecían, ya no tendría ningún sentido. Y si tenía que cambiar de vida, ¿debía seguir pensando en Rosa? El corazón le decía que sí, pero la cabeza, lo contrario.

Rosa demostró que, en cuestiones sentimentales, tenía más sentido común que él, quien, a pesar de su dureza, su nariz torcida y su voz grave, no era más que un pipiolo en lo que a estos temas se refiere. Cuando Rosa lo vio plantado en la esquina con el flamante uniforme, esbozó una sonrisa triste.

—¿Qué te parece? —preguntó Gort, volviéndose para que Rosa viera bien la ropa que llevaba—. ¿No lo ves un poco estrafalario?

—Lo que veo en este uniforme es tu billete para irte el día menos pensado a la guerra, eso es lo que veo... ¿Y sabes qué te digo? ¡Mejor! La verdad es que lo de vernos así, de esta forma, para escondernos y que me sobes...

—A ver, Rosa, que tú también me sobas a mí, ¿eh? —soltó Gort, sorprendido por el giro que había dado la conversación.

—¡Me da exactamente igual quién soba a quién! Lo que importa es que esto no va a ninguna parte. Tú lo que quieres es irte a esta puñetera guerra tuya, y yo lo que

quiero es regresar a Cuba, a ver a mi familia. ¿Sabes qué? Mejor dejémonos de tonterías. Por mí, no hace falta que vuelvas más.

—Pero, Rosa, yo... Volveré y entonces...

—¡Entonces, nada! No quiero un novio así, la verdad. ¡Vete y no vuelvas!

Rosa se giró de repente y echó a correr hacia el palacio de Antonio López. Era una muchacha fuerte y no soltó ni una sola lágrima hasta que se metió en la cama, unas horas después.

En un primer momento, Gort se cabreó, pero después se sintió extrañamente añorado y ligeramente triste. Por suerte para él, los preparativos para el adiestramiento y la partida de los voluntarios no dejaban demasiado tiempo a las añoranzas. Al formar parte de la Primera Compañía del batallón, Gort tuvo que entrenarse mucho más que los demás. El teniente Tàrrec elegía a los soldados que tenían experiencia militar o veía más avispados y fuertes entre los que se iban alistando. Gort no tenía ninguna experiencia en cuestiones militares, pero enseguida quedó claro que era el mejor tirador y que cuando había que plantar batalla, no se quedaba nunca atrás. Aun así, algunos de los voluntarios de la Primera Compañía eran mucho más fuertes y corpulentos que él. Ahora bien, el entrenamiento no podía durar demasiado, porque el tiempo pasaba muy deprisa. Sugrañes quería irse de Barcelona lo antes posible y apresuraba a todo el mundo, especialmente a Tàrrec.

—Tú alíсталos, alíсталos y no te preocupes por la selección. Ya volveremos buenos a los soldados sobre la marcha. Este regimiento se bregará en la batalla, y esto nos hará grandes. No te preocupes, lo importante es que tengan ganas, que la voluntad los arrastre; ¡el empuje y la valentía lo es todo!

Pero a Tàrrec esta clase de cosas le entraban por un oído y le salían por el otro. No daba el visto bueno a ningún hombre que se presentaba en la Ciudadela sin hablar un rato con él, sin verlo correr y sin verlo disparar. Y de este modo, el teniente rechazó a muchos de los que se presentaron, para disgusto de Sugrañes. El comandante estaba también preocupado porque aunque el batallón ya era un hecho, esto no significaba que acabara luchando en África. El general Dulce, el capitán general de Cataluña, que era un tipo retorcido, le había advertido que los Voluntarios de Cataluña tenían muchos enemigos más encarnizados que el ejército de Marruecos.

—¡Querido amigo Sugrañes! ¡Qué alegría verle con su uniforme nuevo, un uniforme que loa las virtudes de su raza catalana, tan española por otra parte...!

El día que Dulce se lo soltó, a Sugrañes se le puso la barba de punta. ¿Dónde quería ir a parar aquel cabrón?

—Así que el uniforme le gusta, general... Me alegro, me alegro mucho. Creo que ayudará a mis hombres...

—Nuestros hombres, Sugrañes, nuestros hombres... —lo interrumpió Dulce.

—De acuerdo, general, nuestros hombres... Pues bien, les ayudará a motivarse para la batalla, para luchar por la reina, que es lo que importa, ¿no? Pero, perdone, ¿decía lo del uniforme por algo?

—Ah, qué perspicaz es, Sugrañes. ¡Qué bien hizo Prim al elegirlo en contra del criterio de muchos!

«Uno de ellos, tú, hijo de puta», pensó Sugrañes mientras sonreía beatíficamente al general, que prosiguió:

—Sí, lo decía porque, no sé si se habrá enterado, se han levantado algunas voces, hay que decir que siempre de forma bien intencionada, en contra de que haya una parte del Ejército que se distinga regionalmente, como es su caso... Dicen que es un privilegio inmerecido y que a los catalanes ya se les da muchas cosas, para ser, en resumidas cuentas, tan poco agradecidos...

—Y los tercios vascos que también se están alistando, ¿acaso no irán vestidos distintos de los demás también? Además, ya me perdonará, pero me gustaría recordarle que centenares de catalanes han dado la vida por la causa de la libertad y que incluso muchos carlistas del país contribuyen actualmente, una vez terminadas las guerras carlistas, con su esfuerzo y su dinero... —Sugrañes, sin darse cuenta, estaba empezando a alzar el tono. Dulce había ido cambiando de expresión hasta que lo cortó con una sola palabra.

—General, teniente coronel.

—¿Cómo dice? —preguntó Sugrañes.

—Que usted, teniente coronel, tiene que tratarme de general. ¿Entendido?

—Sí, señor. Disculpe, señor... General...

Dulce, después de la bajada de pantalones de Sugrañes, recuperó el tono suave de la conversación.

—Muy bien, Sugrañes, no se preocupe por lo que digan los demás. Usted ya tiene el batallón, el juguete de Prim, y no creo que nadie pueda quitárselo. De todas formas, y hablando entre amigos... porque usted y yo somos amigos, ¿verdad?

—Desde luego, general, muy amigos. —A Sugrañes se lo llevaban los demonios al decirlo.

—Pues de un amigo a otro, le diré que yo, de usted, no abusaría de mi suerte. Ya tiene el permiso para formar un batallón, fórmelo, pero no hace falta que forme ningún otro...

—Pero, general, el decreto de constitución del batallón me permite formar otro más, como mínimo...

—¡Déjese de reglamentos y de leyes del carajo! ¿Desde cuándo hemos hecho caso de los papeluchos los militares? Hágame caso, si quiere tener su regimientillo, corra, no se entretenga, apúrese, porque el tiempo no va siempre a favor de quien tiene razón. Y, además, para desfilar un poco por Barcelona y, con un poco de suerte, por Madrid, no se necesita mucho más, me parece a mí...

Los comentarios con mala leche de Dulce sentaron muy mal a Sugrañes. Sobre el caballo, mientras volvía a la Ciudadela, repasaba el listado de insultos que conocía mientras recordaba la conversación. Si hubiese sido un hombre frío, habría enviado inmediatamente una carta a Prim o, mejor aún, la habría hecho llegar a manos del

general a través de uno de sus hombres para que Prim supiera detener las maniobras de aquel grupo de enemigos, más mala gente que todos los marroquíes juntos. Pero el comandante era gato viejo. Si hacía eso, Prim podía tener la tentación de usar los obstáculos que se ponían a los Voluntarios de Cataluña no como un trampolín para que el batallón se formara y fuera a luchar sino, quizá, como moneda de cambio en alguna maniobra política que a él le interesara más. Apreciaba a Prim, pero sabía que siempre iba a la suya y que, para el general, lo primero era él mismo, lo segundo, él, y lo tercero, el general Joan Prim. Así que lo descartó mientras obligaba al caballo a ir al paso entre los barceloneses helados que regresaban a casa para entrar en calor. No, lo que tenía que hacer era tragarse el orgullo y hacer caso al general Dulce: acelerar, apresurarse e irse a África lo antes posible con los soldados que fuera. ¡Qué coño, los voluntarios eran suyos, no del egocéntrico de Prim ni del mezquino de Dulce! Y él, Victorià Sugrañes Fernández, quería llevar a sus hombres a la batalla en contra de todo y de todos aunque fuera lo último que pudiera hacer en la vida.

Después de la conversación con Dulce, Sugrañes aceleró todavía más, para sufrimiento de todo el mundo y especialmente de Tàrrec, que tuvo que aceptar a regañadientes a todos los que se presentaban como voluntarios para el batallón sin pensárselo demasiado. Todo eran prisas, todo eran nervios. Además, la sociedad barcelonesa había decidido que los voluntarios eran unos héroes antes de haber pisado el campo de batalla y cada vez resultaba más difícil pasear por la calle. A Gort, que aparentaba más años gracias a la nariz torcida y a la cara de malas pulgas que lucía siempre, llegaron a pararlo en el Portal Nou para que besara a un bebé que dos criadas risueñas sacaban a pasear. Aunque Gort se negó enérgicamente, las criadas lo siguieron con el pequeño un buen trecho alabándolo en voz alta e insistiendo para que cargara al niño en brazos. Por una vez en su vida, Gort no supo qué decir y acabó corriendo para huir de las dos mujeres, que no pararon de reír en ningún momento.

La actitud de los barceloneses iba en paralelo a la de las fuerzas vivas. Hasta el día de Navidad, aproximadamente, los funcionarios civiles y militares, y los próceres de la ciudad habían guardado una distancia más o menos amable hacia Sugrañes y sus hombres. No era cuestión de quedar mal con ellos, porque en definitiva quien los avalaba era el general Prim, pero tampoco era cuestión de comprometerse muy en serio con una empresa que quizá la alta política, o simplemente el curso de la guerra, hiciera que acabara en nada. Pero en cuanto se publicó el decreto de constitución del batallón, todo el mundo quería figurar al lado de los voluntarios. Se organizaban juntas de todo tipo para promover actividades heterogéneas en torno a la guerra. El capellán de honor de la catedral, un gallego orondo que llevaba los botones rojos de la sotana a punto de reventar, fue proclamado presidente de la junta barcelonesa de auxilio a los heridos en la guerra de Marruecos, cuando apenas se había disparado prácticamente ningún tiro. El capellán, que se llamaba Manuel Villaronga, hizo una colecta para dotar un hospital de sangre. Las damas de la alta sociedad barcelonesa se

encargaron de bordar las mantas y Villaronga convenció, incluso, a una docena de monjas carmelitas de Vic para que fueran primero a Málaga y después a San Roque, junto a Algeciras, a atender las doscientas camas del hospital. El capellán, que había nacido para embaucar a quienquiera que se le pusiera delante, mostró una energía impropia de la grasa que arrastraba de la papada a los pies. Sugrañes siempre procuraba quitárselo de encima y finalmente lo consiguió gracias al teniente Ferrer Carriol, que en cuanto veía una sotana perdía el tino. Gort sospechaba que la idea de convencer a las doce carmelitas de Vic había sido una sugerencia del teniente, que seguro que había utilizado sus influencias en el obispado para que las dejaran ir a la aventura. Pobres mujeres...

El hospital de sangre y las monjas de Vic eran solo uno de los muchos ejemplos de la movilización de la sociedad en torno a la guerra y, especialmente, en torno a los voluntarios. Era emocionante vivirlo como protagonista, y tanto los que habían formado el núcleo inicial del batallón como los que se estaban incorporando estaban cada día más ufanos y más contentos con todo lo que les ocurría. Gort no podía, ni tampoco quería, sustraerse a la oleada general, aunque había dos cosas que le preocupaban: el final de la relación con Rosa y, aunque de forma muy distinta, la conciencia creciente de que en pocas semanas podría enfrentarse, finalmente, a su demonio particular, Jeroni Tarrés.

Finalmente, los acontecimientos se precipitaron y se fijó una fecha de salida, el veinticinco de enero por la tarde. Gort tenía claro, y seguramente también parte de los expedicionarios, que si tenían que partir el día veinticinco, lo harían sin todos los uniformes, sin las banderas o sin un montón de cosas que estaban encargadas y que llevaban un retraso considerable. Aunque no hubo ningún aviso oficial de que la partida sería aquel día, el *Diari de Barcelona*, unas hojas impresas que se llenaban básicamente con avisos oficiales y con la lista de entradas y salidas del puerto, lo publicó unos días antes. Aunque Gort jamás había visto a nadie comprar aquel folletín, lo cierto es que desde el día de su publicación, cada tarde, cuando los voluntarios que ya estaban alistados regresaban a la Ciudadela, una multitud de barceloneses los estaba esperando a la puerta de la fortaleza para aclamarlos. Sugrañes quiso ofrecer un poco de espectáculo a los ciudadanos y, desde que empezaron estos recibimientos, los oficiales tenían orden de pasar lista y alinear a los soldados que llegaban en la plaza de entrada a la Ciudadela.

Ahora ya no había día en que los voluntarios no tuvieran que participar en algún sarao. Cuando no era que el Colegio de Farmacéuticos les regalaba un botiquín de caoba, de lo más inútil, era que la Diputación entregaba a todos y cada uno de los voluntarios un anillo con la imagen de la Virgen de Montserrat. Y, claro, cada uno de estos actos iba acompañado de discursos, abrazos, himnos interpretados por las bandas más diversas, niños cantando, desfiles frente al Ayuntamiento, etcétera. Algunos de los voluntarios aprovechaban el descontrol que se producía entre tantas visitas de las autoridades, tantos desplazamientos en seudoformación por calles

estrechas y tanta mezcla con la población para escabullirse y hacer lo que les daba la gana. Los había que desaparecían un rato para estar con su familia, otros que aprovechaban la repentina popularidad para encontrar alguna acompañante que les hiciera pasar mejor las horas anteriores a la partida, y otros que se dedicaban a entrar en los cafés y en las tabernas, con la seguridad de que a menudo podían beber lo que quisieran gratis. Bueno, también había alguno, no muchos, que buscaba el consuelo de las iglesias para rezar y dejar el alma en paz con Dios. Para desesperación de Gort, uno de ellos era su teniente, y aunque no tenía que acompañarlo todos los días hasta la iglesia del Pi, donde solía ir Ferrer Carriol, sí que había tenido que tragarse un par de misas que no le apetecían nada. Gort pensaba que todavía había tiempo para arrepentirse de sus pecados pasados, presentes y futuros, y en cualquier caso, asociaba error a pecado, y como no tenía la menor impresión de haberse equivocado nunca en la vida, jamás debía de haber cometido ningún pecado, ¿no? De modo que entrar en las iglesias no era santo de su devoción.

El día antes de irse, el veinticuatro, Sugrañes obligó a todos los soldados a estar muy temprano en la Ciudadela. Faltaban por llegar muchos uniformes, aunque los sastres que los confeccionaban habían jurado y perjurado que a primera hora de la mañana estarían todos listos. Cada hombre tendría que hacerse sus ajustes individuales cuando estuviesen embarcados. A los soldados, lo de estar encerrados en el cuartel unas horas antes de irse no les hizo nada de gracia. Unos cuantos se dieron cuenta entonces de que aquello iba de veras y que habían entrado en un proceso que los llevaría al campo de batalla y puede que a la muerte.

Pero aquella madrugada el viento giró y el mar empezó a picarse, tanto que los capitanes de los barcos que tenían que salir aquel día de Barcelona decidieron posponer la partida como mínimo un día. La noticia no gustó nada a Sugrañes, pero no tuvo más remedio que tragársela. Decidió dar unas horas más de descanso a los hombres y los dejó salir a la calle. Dieciocho de ellos aprovecharon para no volver nunca más. Sus uniformes se quedaron con los bagajes del batallón.

Sin embargo, tal como iban las cosas, lo que era seguro es que aquellas veinticuatro horas de regalo antes de embarcarse no supondrían un día entero de descanso. Al conocer el retraso, al director del Liceo se le ocurrió una gran idea: hacía unos días que se había representado una obrilla sin demasiado sentido que le había llevado un letrista alocado. La obra, en catalán, se titulaba *A l'Àfrica, minyons!*, es decir, *¡A África, muchachos!*, y narraba la historia de un chico que vivía cerca de Montserrat y que decidía dejarlo todo para apuntarse a la guerra de Marruecos. Tras el llanto de su madre y de su novia, se iba en medio de un coro que no se sabía muy bien de dónde salía y que cantaba al pie de las montañas de Montserrat las glorias que le esperaban en la guerra. La obra era demasiado corta, las rimas estaban traídas por los pelos y los intérpretes habían resultado especialmente desafinados, pero sin ser un gran éxito, había vendido muchas entradas, aunque ahora ya decaía. El director del teatro pensó en reavivarla ofreciendo a todos los voluntarios la asistencia a la

representación de aquella noche. Sugrañes, que era algo sentimental y que no podía evitar llorar un poco en las obras de teatro, aceptó inmediatamente. Ordenó que aquella noche todos los hombres fueran bien uniformados al teatro.

El empresario del Liceo se frotaba las manos con la aceptación de los voluntarios. Hizo llamar al autor de la obra, Josep Antoni Ferrer, y le ordenó que en dos horas escribiera una continuación en la que salieran los voluntarios uniformados. El pobre hombre, que ya no se creía que su pieza llegara a representarse nunca en el Liceo, tomó papel y pluma y se puso manos a la obra con más ímpetu que ingenio. Mientras tanto, el maestro empezó a buscar partituras ya hechas que le sirvieran para tener listas unas cuantas arias y unos cantos corales para aquella misma noche.

En definitiva, entre unos y otros perpetraron una segunda obra que recibió el fastuoso título, asimismo en catalán, de *Ja hi van a l'Àfrica*, o *Ya van a África*, con los mismos personajes que la primera a fin de ahorrar y con el añadido de algunos, vestidos de voluntarios. Bueno, más o menos, porque como entre el vestuario del teatro no había suficientes barretinas rojas y el empresario no quería comprar más, unos cuantos miembros del coro tuvieron que ponerse barretinas moradas o negras, aunque la verdad es que a nadie le importó este detalle.

Sugrañes quiso que el acontecimiento del Liceo fuera memorable y ordenó que los doce jóvenes que eran los cornetas del batallón se desplegaran a primera hora de la tarde por Barcelona para anunciar que aquella noche los voluntarios desfilarían desde la Ciudadela hasta el Liceo, en el corazón de la Rambla, y que al día siguiente harían el recorrido hasta el muelle para embarcarse hacia Marruecos.

En el tiempo que llevaba en Barcelona, Gort no se había interesado por el Liceo. Aunque había oído diversas discusiones sobre cuál de los dos grandes teatros de la ciudad era mejor, el Liceo o el de la Santa Creu, que no sabía por qué, pero también era denominado el Principal, jamás les había prestado demasiada atención porque ir al teatro tampoco despertaba especialmente su interés.

Por eso, le sorprendió agradablemente pasárselo tan bien aquella noche en el Liceo. Los voluntarios entraron en el teatro desde la Rambla en formación. Bueno, en algo parecido a una formación. Enseguida que se accedía al interior, había una gran escalera de mármol presidida por un busto de la reina que conducía a algún sitio al que fueron las autoridades, entre las cuales figuraba el comandante Sugrañes y los oficiales. La tropa, en cambio, fue desviada hacia la platea, y los que no cabían, hacia los palcos de los lados. Gort entró a la platea por un lateral, entre dos palcos, y buscó asiento por un pasillo lateral. Le tocó la fila nueve del lado izquierdo, en un lugar que tenía bastante buena visibilidad. Una vez sentado, pudo mirarse con algo más de calma el teatro. Era espectacular, completamente de madera, dorados y terciopelo rojo. Un telón igualmente rojo cerraba el escenario justo delante del foso de la orquesta. Nunca había visto nada igual, y más si pensaba en la fachada del edificio, una especie de pared con ventanas sin ningún tipo de gracia y que no revelaba en absoluto lo que había en su interior.

Los voluntarios, que quizás eran la mitad de la gente que había ido a ver la obra, recibieron, una vez más, los aplausos del público. Por lo que pudo ver Gort, los dos primeros pisos de los palcos estaban llenos de burgueses acomodados, mientras que a medida que ibas alzando la mirada, encontrabas a gente más modesta. Eso, si la veías, porque a partir del segundo piso la luz ya escaseaba.

Todo se detuvo desde el momento en que salió el maestro a dirigir la orquesta. El voluntario de al lado, al que Gort no conocía demasiado, se dirigió a él.

—¡Mira, mira, es el maestro Porcell, el compositor!

La verdad es que Porcell, haciendo honor a su apellido, que en catalán significa *gorrino*, tenía cara de cerdito, lo que hizo reír a Gort.

La obra, o más bien la primera parte de la obra, la que ya tenían ensayada, empezó sin demasiados prolegómenos. Los protagonistas eran de El Bruc, que a Gort le sonaba porque se solía hablar de la batalla de la guerra de Independencia, pero hasta entonces no había visto que, por lo que mostraba el decorado, el pueblo estaba al pie de Montserrat. A muchos voluntarios, los conmovieron las dudas de las mujeres que salían en la obra, porque también habían tenido que pasar un proceso parecido en casa, pero precisamente este aspecto dejó frío a Gort.

No pudo evitar emocionarse, en cambio, cuando el coro y todos los cantantes entonaron la canción principal de *¡A África, muchachos!*, que decía en su momento culminante:

*¡A fuego y sangre, vamos!
¡Al arma! ¡Guerra! ¡Guerra!
¡Corramos a matar moros!
¡A África, muchachos!*

Hombre, había que reconocer que este fragmento estaba bien...

Si la primera parte de la obra fue vibrante, la segunda resultó mucho más ridícula. La falta de ensayo de los actores y la improvisación constante provocaron que la representación fuera un poco menos lucida de lo que se merecía. Pero como el tema que se estaba representando en el escenario era la expedición de los voluntarios, allí presentes, a nadie le importó que artísticamente no fuera de los mejores días de la historia del Liceo.

La partida, al día siguiente, también fue muy emotiva, mezclada con momentos muy aburridos. A mediodía todos los voluntarios presentes, todos excepto los dieciocho desaparecidos, formaron a la entrada de la Ciudadela, donde empezaron los discursos, las bendiciones de sacerdotes diversos encabezados por el obispo, la entrega de regalos, de banderas, de todo...

Seguramente alguien que lo viera desde fuera y no supiera qué ocurría no habría entendido que se estaba despidiendo a una unidad militar, porque entre el uniforme de campesino y la falta de armas, que recogerían en Andalucía, los voluntarios, con su evidente falta de instrucción y de disciplina, tenían más aspecto de ser jóvenes que iban de romería que soldados que se marchaban a la guerra.

La llegada hasta el muelle, que no estaba demasiado lejos de la Ciudadela, también fue caótica. Los cuatrocientos sesenta y seis miembros de la expedición salieron más o menos en orden, en fila de dos, pero en poco tiempo la gente se interpuso en el desfile, y los ciudadanos se mezclaron con los voluntarios sin orden ni concierto alguno.

Para ir hasta el vapor que los iba a llevar, el *San Francisco de Borja*, los voluntarios tuvieron que subir a unas barcas grandes y, después, subir unas escaleras hasta el interior de la embarcación. Todo ello, y más teniendo en cuenta que en el mismo barco también se encajonaron cuatrocientos soldados más del Regimiento de Extremadura, duró prácticamente tres horas. Alrededor de las barcas que transportaban a los voluntarios, había otras barquitas más pequeñas, cargadas siempre de gente a punto de caerse al agua. Desde una de esas barcas, Gort recibió tres puros de manos de un joven bien vestido con cara de comer garbanos todos los días. Otros recibían banderas, escapularios, longanizas y bolsas de tabaco de picadura, almendras garrapiñadas, de todo...

Sugrañes, cuando el vapor empezó a moverse, se subió a un bandín para dirigirse así, desde la popa, a todos aquellos que estaban en las decenas de barquitas que rodeaban el *San Francisco de Borja*.

—¡Adiós, Barcelona! ¡Adiós, barceloneses! —gritó.

Su mujer, aferrada a su hijo mayor, agitó desde una de las barcas el pañuelo que había usado para secarse las lágrimas.

—¡Victorianu, cuídate, cuídate mucho! —chilló, aunque Sugrañes no pudo oírla. Ya había tenido que despedirse de su marido muchas veces cuando se iba a la guerra, pero esta aventura la estaba digiriendo muy mal, mucho peor que nunca. Tenía la sensación, que solo había dicho a su confesor, de que jamás volvería a ver a su esposo.

A Bocanegra se le heló la sangre al ver los tres nombres en el papel oficial que tenía que entregar al teniente Moxó. De hecho, según como se mirara, había tenido cierta suerte al ser él el encargado de llevar el mensaje de Sugrañes a la Tercera Compañía. Cuando llegó a Algeciras, el batallón se encontró acumuladas un montón de órdenes y disposiciones varias que procedían tanto del cuartel general del ejército expedicionario como de Madrid, o más directamente, de Prim y del Estado Mayor del Segundo Cuerpo, donde tenían que integrarse los voluntarios. Sugrañes despachó con un vistazo rápido una de estas órdenes, de las más insignificantes.

—Boladeras —dijo a un soldado que le hacía de asistente—, busque a alguien deeee... la Tercera Compañía, por ejemplo, y dígame que venga.

—¡A sus órdenes, teniente coronel!

El primer soldado al que Boladeras encontró, embobado en el cuartel de la comandancia de Algeciras donde los habían alojado, fue a Bocanegra que, en realidad, estaba intentando esconderse del trabajo que estaba haciendo en aquel momento la mayoría de sus compañeros: aprender a limpiar las carabinas que les habían dado el día anterior. Bocanegra creía que ya sabía suficiente de armas y que, en medio de un combate, no era cuestión de perder el tiempo en una cosa tan inútil como limpiar el arma. Vista una, vistas todas, y él ya había visto escopetas y fusiles a montones. Además, si tan necesario era, ya se fijaría e improvisaría sobre la marcha, como siempre había hecho. Por eso se había sentado en el alféizar de una ventana interior de la comandancia, donde Boladeras lo encontró.

—¡Eh, Bocanegra! Tú eres de la Tercera, ¿verdad?

Bocanegra se lo pensó un momento antes de responder.

—¿Y qué, si lo soy?

—Mira, no te hagas el interesante. Sé que eres de la Tercera. Toma, anda, lleva este papel a tus oficiales por orden del teniente coronel.

—Ah, el comandante Sugrañes...

—Oye —dijo el soldado mientras le alargaba el papel—, ¿por qué los que sois de Reus y alrededores llamáis comandante al teniente coronel?

—Porque en Reus, comandante es lo más alto a lo que se puede llegar, más incluso que general... Calla y dame esto —suspiró, resignado, Bocanegra.

Boladeras, que era un poco memo, vivió toda su vida convencido de que en Reus

tenían grados jerárquicos muy diferentes del resto del mundo.

Bocanegra, con el papel en la mano, empezó a andar hacia donde debían de estar, más o menos, los oficiales de la Tercera Compañía. No era demasiado aficionado a leer ningún tipo de papel oficial, más por pereza que por ninguna otra razón, pero aquella vez sus ojos se fijaron en los tres nombres que aparecían en la orden. Respiró hondo, se detuvo en una esquina y buscó más luz bajo una ventana para poder leer con más detenimiento aquel papel que tanto lo afectaba. Como leer no era su fuerte, iba deletreando las palabras en voz alta para comprender mejor lo que había escrito en castellano:

—A ver, a ver, qué coño quiere decir esto... «El teniente coronel don Victoriano... en atención a la falta de *efectivus*...» *Efectivus*? —repitió la palabra pronunciada en catalán—. ¿Qué significa *efectivus*?... «Place trasladar expediente de los sig... *sigüentes*... siguientes soldados al Batallón de Voluntarios de Cataluña... desde esta escolta asignada... sírvanse proveer uniforme... los soldados son Francisco Estop...» ¡Ay, Dios mío! «Agustín Sabatés...» Ay, ay, ay, ay... «Gerónimo Tarrés...» Joder, Virgen Santa, la madre que me parió, ay, ay, ay... ¿Y qué dice después? Esto debe de ser letra del comandante... «Háganles sitio en su compañía...» ¿En la Tercera? ¡Ay, ay, ay, que me encontraré de frente con ellos!

O sea, que aquellos tres cabrones no solo estaban en el ejército de África, sino que además tendría que compartir compañía con ellos. «Bocanegra, date por muerto.» No, no, tenía que haber una solución. Podía hablar con el comandante. ¡Claro, con el comandante, esta era la solución! El comandante impediría el traslado y lo salvaría...

Dio media vuelta y enfiló el pasillo hacia el despacho del comandante Sugrañes, pero poco a poco fue reduciendo el paso hasta detenerse del todo. ¿Qué le contaría al comandante? Su historia era lo bastante patética y oscura como para que Sugrañes decidiera que no valía la pena mover un solo dedo por él. Por muy buen corazón que tuviera, puede que la historia de un delator que, además, había participado en los crímenes odiosos de la Ronda, no conmoviera a aquel hombre recto. No, la clave para impedir el traslado era Gort. El comandante tenía que saber cómo estaban relacionados Gort y Tarrés, y eso conllevaría que prohibiera el traslado, seguro.

—O sea que estos tres, según tú, fueron los que mataron a Ramon Gort y esa era la razón de que estuvieran en el presidio en Ceuta... Pues no acabo de entenderlo, Bocanegra. ¿Qué coño hacen ahora formando parte de la escolta de Prim? ¿No será que te confundes de nombres?

Sugrañes no acababa de fiarse de la historia que acababa de contarle Bocanegra. Había muchas cosas que no encajaban, lo que no era extraño porque ya sabía lo mal que se explicaba aquel hombre, pero de todos modos, había demasiados agujeros negros en la historia que acababa de conocer.

—Le aseguro que es así, comandante. La única forma de evitar que Gort y estos tres se peleen a muerte dentro del batallón es impidiendo que vengan con nosotros. Hágame caso...

—A ver, Bocanegra, hay algunas cosas que no entiendo... Para empezar, ¿cómo sabes tú todo esto? ¿De qué conoces a estos individuos? Y otra cosa: ¿cuántos años tenía Joan cuando mataron a Ramon Gort, trece o catorce? Desde entonces ha cambiado mucho, y encima seguro que la nariz rota le ha cambiado la fisonomía... Si estos tres fueran los asesinos, seguro que jamás lo reconocerían... ¡Habla, va, no te quedes callado!

—¿Qué quiere que le diga, comandante?

—¡Lo que acabo de preguntarte, coño!

—¿Qué me ha preguntado exactamente, don Victorianu?

Sugrañes no sabía si Bocanegra era imbécil o solo fingía serlo. En cualquier caso, aquel asunto se tenía que aclarar, no se podía obviar. Ordenó a Boladeras que fuera a buscar a Gort para ver si podía sacar algo en claro de aquella historia.

A Gort no le hizo ninguna gracia encontrarse a Bocanegra en el despacho de Sugrañes. Desde el incidente de la horchatería, lo había evitado, y Bocanegra tampoco había hecho demasiado para coincidir con él.

—¡Te ha costado llegar! ¿Acaso no sabes que cuando te llama tu teniente coronel, tienes que presentarte inmediatamente? —soltó Sugrañes desde detrás del escritorio.

¡Caramba, qué forma de empezar! Sugrañes estaba cabreado de verdad, no solo por el tono, sino por el hecho de recordarle su cargo oficial de teniente coronel y no de comandante, como le gustaba más que lo llamaran. Gort decidió entonces comportarse como el cabo que era y no como el ahijado del comandante. Se cuadró y saludó militarmente, algo que prácticamente nunca hacía.

—Lo siento, señor. ¡A sus órdenes, señor!

—¡A mí no me vengas con gilipolleces de «señor» y «a sus órdenes, señor»! Te he mandado llamar porque quiero que me aclares algo que me ha explicado Bocanegra. ¿Tú conoces a estos tres? Bocanegra, pásale la orden...

Bocanegra, sin atreverse a mirarlo a los ojos, entregó a Gort la orden que había llegado del Estado Mayor del general Prim. Gort tomó el papel y localizó los tres nombres: Estop, Sabatés y, sobre todo, Tarrés.

—Sí, sí que los conozco... Estos tres son los que mataron a mi padre y que me destrozaron la nariz la noche de San Juan hace nueve años.

—¡Joder, Virgen Santísima! —Sugrañes mezcló sin problemas una palabrota con una jaculatoria, señal de la sorpresa que le había causado el asunto—. Y, a ver, ¿cómo sabes tú que son ellos los que hicieron esa barbaridad?

—Porque uno de ellos, Tarrés, era el jefe de la policía cuando mataron a aquel político al que acompañábamos mi padre y yo aquella noche de San Juan en Barcelona. Estos tres tendieron una trampa al político y, por mala suerte, nosotros estábamos en medio y nos tocó pagar también el pato. Después, los llevaron a la cárcel, en Ceuta, y han terminado en el Ejército, como todos nosotros.

—¡Tú ya sabías todo esto y no me habías dicho nada, cabrón! ¡O sea que debo entender que no estás en los voluntarios por lealtad a mí, como creía, sino por tus

ganas mezquinas e idiotas de vengarte!

Gort se dio cuenta de que Sugrañes estaba dolido y de que la revelación había minado la confianza que siempre se habían tenido. Pero lo que decía el comandante no era del todo cierto.

—No, comandante, no se equivoque —dijo entonces Gort—. Estoy aquí porque quiero estar con usted y cumpliré todo lo que usted me ordene, seguro... Pero, después, cuando haya terminado mis obligaciones, iré a buscar a estos cabrones.

Sugrañes se levantó de la silla y, por su aspecto, parecía estar a punto de estallar. Pero no, y quizá fuera eso lo que más impresionó a Gort. Tras un silencio, habló en voz baja pero firme:

—Gort, lo que te diré ahora es una orden doble, porque te la doy en la doble condición de ser tu superior y tu padrino: mientras estés bajo mi disciplina, tienes totalmente prohibido tocar un solo pelo a estos tres soldados. Si Prim me los envía, yo los admitiré porque tengo que obedecer la orden de un superior, como tienes que hacer tú y como tiene que hacer todo el mundo en el batallón. Ah, y jamás permitiré que un soldado bajo mis órdenes tenga que sufrir por culpa de otro. Cuando estéis licenciados, haced lo que queráis, pero si organizas una de las tuyas aquí dentro, no tendré la menor piedad, aunque lo lamente toda la vida, ¿entendido? Y ahora vete y ve con cuidado...

Pocas veces Sugrañes había hablado tan en serio como entonces. Gort, que lo conocía bien, sabía que el comandante no se echaría atrás y que sería capaz de ordenar fusilarlo si se cargaba a alguno de los tres expolicías mientras estuvieran en el batallón. Se marchó de la habitación con un cabreo de campeonato a la vez que con cierta alegría: ¡había localizado a aquellos tres hijos de puta y seguro que ya no se le escaparían!

Bocanegra había estado todo el rato callado, intentando integrarse en las sombras de la pared para pasar inadvertido. Pero la conversación no había ido por donde él esperaba y ahora parecía estar claro que tendría que estar en la misma compañía que los tres expolicías. Eso era tan grave que tenía que intentar algo antes de rendirse.

—Señor... Señor... —intervino, tímidamente.

—Ah, todavía estás aquí, Bocanegra... También puedes irte, no era necesario que pidieras permiso —dijo Sugrañes, que hablaba con mucha suavidad después de su encontronazo con Gort.

—Pienso, bueno, es un decir, ¿eh? Pero pienso que estos tres hombres no pueden estar con nosotros porque habrá problemas. Bueno, eso pienso...

—No te falta razón, Bocanegra, pero no puedo ni quiero echarme atrás. Gort tiene que aprender que hay un momento para cada cosa, y ahora es el momento de obedecer.

—No, no, si yo ya lo entiendo, ya. Pero, mire, yo conozco a estos individuos, y cuando digo que los conozco, quiero decir que los conozco y que ellos me conocen...

—Bocanegra sabía que estaba tocando el punto delicado y que tenía que ir con pies

de plomo—. Quiero decir que saben quién soy, del mismo modo que yo sé quiénes son ellos, ¿me explico? O sea que tal vez fuera necesario que yo...

Para desgracia de Bocanegra, Sugrañes lo entendió muy mal.

—¡Bocanegra, qué buena idea! ¿Quién lo habría dicho de ti? Lo haremos tal como dices: tú los vigilarás de cerca, es más, haremos que también los vigile un oficial, Moxó, por ejemplo, que es de confianza... —Sugrañes se estaba embalando y andaba nervioso por la habitación—. Pero para que vaya totalmente bien les advertiremos, les meteremos el miedo en el cuerpo. No, se lo meterá directamente Moxó, y así todavía quedaré yo por encima si es preciso hacer algo más gordo... Sí, así evitaré que Gort se busque problemas y los tendremos controlados, a punto para después de la guerra. ¡Perfecto, sí, perfecto!

Bocanegra no supo apreciar la perfección del plan ya que lo único que entendió era que no tendría más remedio que compartir el espacio con Tarrés, Sabatés y Estop. Pero como era un hombre práctico, pensó que, como mínimo, estaría protegido por un oficial y que difícilmente aquellos tres individuos se atreverían a tocarle un pelo. Esperaba... En cualquier caso, habría que animar a Moxó para que estuviera muy pendiente de los tres expolicías. Sí, había que animarlo porque a él, Feliu Brut, Bocanegra, le iba la vida en el hecho de que el pánfilo de Moxó acojonara a los tres hombres rudos. Y no parecía fácil.

Tarrés, Estop y Sabatés vieron cómo el vapor *Piles* se acercaba lo máximo posible a la playa de Tetuán para facilitar que las barcazas empezaran a desembarcar a los soldados de los Voluntarios de Cataluña. Aquellos serían sus nuevos compañeros, y los tres tenían cierta curiosidad por saber cómo serían y cómo los recibirían. De hecho, ser los únicos tres presidiarios de aquel grupo de voluntarios representaría algo para bien o para mal. Cuando el teniente coronel Fort, el principal ayudante de Prim, les comunicó que quedarían adscritos al batallón catalán, los tres expolicías no supieron si respirar fuerte de alivio o de enojo. Desde la batalla de los Castillejos habían quedado adscritos a la escolta del general Prim, comandada por Fort. Tres cuartas partes de los miembros de la anterior escolta del general habían resultado heridos o muertos en los enfrentamientos en que Prim se había visto envuelto, lo cual no era demasiado tranquilizador. Los tres habían llegado a la conclusión de que Prim había nacido de pie, pero los que lo acompañaban, no. Ya podían disparar a Prim todos los moros del mundo, que a él no le daban. Ahora bien, las balas iban a parar a algún sitio, y este sitio solía ser el cuerpo de quienes estaban cerca del general. Sin duda, estar en la escolta del reusense era un mal negocio.

Pero, por otra parte, si querían conseguir el indulto al final de la guerra, y la guerra no podía durar demasiado ahora que ya estaban a las puertas de Tetuán, tenían que destacar ante los oficiales y, excepto el general O'Donnell, ante quien mejor podían destacar, sin duda, era Prim. Habían pasado un mes junto a él y, por suerte para ellos, en la mayoría de los combates les había tocado recibir a otros generales.

Suerte para ellos y cabreo de Prim, que cuando los combates se alejaban de él, entendía que la suerte lo eludía.

Además, con el teniente coronel Fort de comandante, Tarrés, Estop y Sabatés habían tenido que trabajar de lo lindo. Fort era de aquellos oficiales que siempre sabía qué tenía que hacer cada soldado y parecía tener el don de la ubicuidad, porque siempre te lo topabas de bruces cuando intentabas eludir el trabajo. Aunque el teniente coronel no lo dijo en ningún momento, porque era muy estricto y reservado, daba la impresión de que no acababa de fiarse de los tres presidiarios reconvertidos.

Tarrés jamás llegó a saber por qué un día, cuando ya hacía un par de semanas que estaban acampados pasando un frío de mil demonios en la playa de Tetuán, el teniente coronel Fort los llamó para comunicarles que el general había decidido destinarlos a los Voluntarios de Cataluña, que estaban a punto de llegar al campamento.

—Yo creo que nos ha echado porque debe de pensar que desde que hemos llegado a su escolta, no hay forma de que él entre en combate. ¡A lo mejor le traemos mala suerte! —soltó Estop, riendo mientras se frotaba las manos para entrar en calor. Y eso que el ejército expedicionario sí que había tenido que pelearse a menudo con los marroquíes. Para llegar a la playa de Tetuán, donde estaban, habían tenido que combatir no solo contra el enemigo, sino también contra el tiempo, frío y lluvioso, muy desagradable. Pero no contra el cólera, como en las últimas semanas. Ya fuera porque los microbios del cólera no aguantaban las bajas temperaturas o porque los soldados ya se habían acostumbrado a ellos, lo cierto es que la enfermedad que tanto daño había hecho parecía remitir.

Mientras el *Piles* anclaba, Tarrés dio media vuelta y se dirigió hacia el campamento situado al final del arenal de la playa. El campamento, como tal, no tenía gran interés, pero en cambio todas las tiendas de campaña que habían instalado los comerciantes que habían ido siguiendo al ejército desde Ceuta sí que resultaban atractivas para los soldados acampados. Hacía tres días que, prácticamente, no se servía nada de comer porque el mal tiempo había impedido el suministro por mar y, por tierra, el camino era tan infernal que no invitaba a recorrerlo. No había comida para los soldados y muy poca para los oficiales, pero en las tiendas de los comerciantes todavía era posible comer algo por un precio desorbitado. Pero Tarrés estaba seguro de que donde iba no habría ningún problema de suministro. Se acercó hasta la entrada de una tienda algo más grande que las demás, donde hacía guardia un paisano armado.

Se dirigió al guardia, que, por lo que él sabía, era francés.

—¡Tú, chico, avisa a tu jefe! *Le monsieur, allez, allez!*

El guardia, un tipo calvo con cara de saber pelear, se lo miró de pies a cabeza y asomó la cabeza al interior de la tienda.

—*Monsieur le comte... C'est le soldat d'hier, l'homme qui vous parlait du cadeau... D'accord.*

Tarrés no había oído la respuesta, pero el guardia se volvió hacia él y le abrió la cortina que cerraba la entrada de la tienda. Dentro, sentado en el suelo sobre unas mantas, había un húsar joven que llevaba bigote y perilla a la moda francesa. Toda la tienda, que estaba muy oscura, estaba cubierta del humo que salía de una cachimba. Por el olor del humo, Tarrés notó que había alguna hierba aromática mezclada con el tabaco, tal vez aquella que llamaban grifa y que a él no le gustaba porque le daba sueño y él siempre, siempre, quería estar alerta.

—Ah, oui... *Le garde du general Prim...* ¿Qué quieres tú? *Tu l'a?* ¿Tú me traes lo que tú me dices ayer?

—Sí, señor conde. Tomadas a un cabileño que maté hace unos días cerca del fuerte de la Estrella y conservadas en sal. Si se las lleva a Francia, podrá conservarlas toda la vida, no se preocupe.

El joven era el conde de Eu, nieto del antiguo rey de Francia Luis Felipe de Orleans, que había tenido que largarse con toda la familia a Inglaterra cuando los franceses echaron a lo que quedaba de los Borbones. Ahora había ido a fanfarronear un poco al lado de su pariente Isabel II para lucir historial militar. Pero el joven, que era bien parecido, tenía un punto rarito, que Tarrés, que lo veía rondando por el campamento desde hacía días, había detectado enseguida. Aquella mirada, aquella forma de relamerse, aquellas sonrisas torcidas... Cuando controlaba las chocolateras, había tenido un cliente especial que le recordaba mucho al conde de Eu, un individuo que solo disfrutaba torturando a las chicas que contrataba. El joven de Eu iba claramente de este palo o de uno parecido. Hacía poco había podido acercarse finalmente al conde y le había hablado de un tesoro que había conseguido. En realidad, el tesoro lo había conseguido Sabatés, pero daba igual.

—Y *voilà*, como dicen los franceses... —Tarrés sacó de la mochila un fardo y lo desenvolvió a la altura de los ojos del conde. Del fardo salieron una mano cortada, una nariz y dos orejas conservadas en sal. Parecía que tanto la mano como las orejas se conservarían, pero la nariz había entrado claramente en estado de putrefacción.

El conde de Eu acercó una lámpara de aceite para ver mejor los trofeos, sin atreverse aún a tocarlos.

—¿Seguro que son de un *marocain*? No español, ¿no? ¿Seguro?

—Seguro, seguro, lo corté yo mismo. Era un soldado de Marruecos.

—*Dommage...* ¿Y cuánto pides? No *nez*, no, mala... Solo mano y orejas. *D'accord?*

Cuando salió de la tienda minutos después, Tarrés llevaba seis monedas de oro de no sabía qué país y mucho menos peso en la mochila. Tras alejarse un poco de la tienda, tiró disimuladamente la nariz cortada y siguió hasta la playa, donde lo esperaban Sabatés y Estop.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido? ¿Se lo ha quedado? —preguntó, inquieto, Estop, que siempre era el que tenía más hambre.

—Sí, le he sacado un par de monedas de oro. Para comer, ya llegarán, ya...

—¿Solo dos? Me parece poco. —Sabatés lo dijo enfadado, con dolor de tripa de no comer.

—Como vuelvas a dudar de mí, te mataré, que te quede claro —aseguró Tarrés de forma inexpresiva, sin ponerle pasión.

Sabatés ya no dijo nada más. Simplemente empezó a seguir a Estop, que ya se dirigía hacia la tienda de uno de los tenderos de Ceuta, de la que salía un aroma a guiso que hacía salivar a cualquiera que lo oliera.

Gort bajó procurando mojarse lo mínimo posible con el agua fría y gris que amenazaba con engullirse las lanchas que recorrían el trayecto entre el *Piles* y la playa de Tetuán. No lo logró y no tuvo más remedio que meter los pies hasta la mitad de la pierna en el agua. Como habían hecho la mayoría de los voluntarios, se había atado las alpargatas al cuello para evitar que se mojaran. La alpargata era un zapato magnífico, cómodo y resistente a todo, excepto al agua. Cuando una alpargata se mojaba mucho rara vez podía salvarse: se hinchaba y se pudría en poco tiempo.

Las barcazas iban trasladando a los voluntarios de compañía en compañía. Por eso él llegó de los primeros, junto con los demás compañeros de la Primera. Habían empezado a congregarse soldados ociosos para entretenerse un poco viendo la llegada de los catalanes.

Eran las cuatro de la tarde y hacía un frío que pelaba. El cielo estaba muy gris y encapotado, y por todas partes se veía el suelo muy mojado. En la arena, daba igual, pero más adelante, cuando terminaba el arenal, se veía que la tierra era incapaz de absorber los litros de agua que habían caído los últimos días.

Donde Gort esperaba no se veía gran cosa. Un río no muy grande desembocaba allí mismo, y la boca del río era lo bastante ancha como para que cupiera alguna embarcación como las cañoneras que habían acompañado al *Piles*. Justo en la desembocadura había una pequeña torre de cinco o seis metros de altura, sin puerta, de donde salían unos cañones bastante oxidados. La torre era relativamente antigua, pero a partir de su estructura nacía un terraplén claramente construido los últimos días que servía de fortificación y que, después de formar un ángulo, acababa unos ochocientos metros más allá en una especie de baluarte, también de nueva construcción. Gort pensó que seguro que todo aquel esfuerzo sería inútil porque, que él supiera, los moros no tenían barcos de guerra y, por lo tanto, de poco serviría fortificarse tanto de cara al mar. Aunque no era demasiado imponente, la fortificación le impedía ver mucho más allá. Solo se percibían humos y ruido que salían de detrás de la tierra apilada, donde tenían que estar los treinta mil hombres que, según decían, había en aquel momento en el campamento. La nariz, como le pasaba de vez en cuando, empezó a dolerle. Pensó que aquel dolor era señal de que estaba cerca de quienes se la habían roto. Se fijó en los soldados que observaban la llegada de los voluntarios, pero fue incapaz de reconocer a nadie.

Las lanchas con los voluntarios seguían llegando. En una de ellas llegaron

también Sugrañes y los principales oficiales, que se pusieron a dar órdenes en cuanto tocaron la arena para formar a los voluntarios que poco a poco iban desembarcando. Desde la conversación que habían tenido en Algeciras, por llamarla de alguna forma, no habían vuelto a hablar ni a cruzarse las miradas. A Gort le sabía mal porque, aunque jamás lo diría, quería al comandante y sabía que el sentimiento era mutuo.

También se situó en la fila, entre los miembros de la Primera Compañía. Allí, delante de todo, pudo ver cómo la playa, en un periquete, se llenaba de soldados de todo tipo, al mismo tiempo que llegaba en formación una banda de música que no tocaba nada. Sugrañes esperó a que llegaran todos los voluntarios para formarlos al pie de la fortificación que cerraba el río. Señaló con el dedo a unos cuantos oficiales para que lo acompañaran en aquel momento. A Gort le extrañó que uno de los designados, suponía que para ir a ver a Prim y O'Donnell, fuera el teniente Moxó, a quien habitualmente Sugrañes jamás tenía en cuenta.

En pocos minutos fueron millares los soldados que se congregaron en la playa para ver el recibimiento a los voluntarios catalanes. También llegaron, a pie, los generales españoles, con O'Donnell al frente, pero a su lado Prim, Ros, Ríos y los demás. Los que pertenecían al partido del Gobierno, la Unión Liberal, se distinguían de los demás porque llevaban los bigotes de punta fina y un poco levantada. Los generales saludaron al comandante Sugrañes y pasaron revista a los voluntarios. Los chicos, un poco acojonados, se alisaban la ropa y trataban de disimular las marcas que habían dejado en los pantalones y en la chaqueta los roces del barco y el agua de mar que habían tenido que pisar. O'Donnell era quien pasaba revista, y Gort pudo verlo de muy cerca. Era un tipo alto, desgarrado y un poco cargado de espaldas que saludaba a los soldados con frases sin demasiado sentido y difíciles de entender. No era extraño que Prim destacara, si tenía un jefe tan pánfilo.

La revista dirigida por el general O'Donnell estaba siendo tan aburrida que, finalmente, se medio retiró con las manos juntas a la espalda. Con un gesto con la cabeza indicó a Prim que era su momento. Aquellos eran sus voluntarios, aquellos hombres estaban allí porque a él, Joan Prim, se le había antojado que estuvieran. Enardecido, Prim se puso de pie sobre los estribos del caballo y se situó cerca de los voluntarios formados. Llevaba tanto empuje que le salió un discurso muy potente, que hasta algunos soldados que estaban por ahí se apuntaron para poder reproducirlo después.

—¡Catalanes, bienvenidos al valiente ejército de África, que los recibe y acoge como a camaradas! —Prim arrancó fuerte, con ganas de hacerse oír. Gort miró a O'Donnell y a los demás generales y vio que ponían cara de no entender gran cosa, lo que era normal, porque Prim había empezado el discurso en catalán y no parecía que fuera a cambiar de lengua en ningún momento—. Todos ustedes sienten la necesidad de mantener ilesa la honra de la tierra donde nacieron; y si uno solo de ustedes, el día del combate, que será mañana, y yo les felicito por la providencial oportunidad en la que han llegado...

¿Cómo, mañana? ¿Oportunidad? Gort pensó que realmente Prim tenía mucha prisa. Pronto oscurecería y por lo que sabía, los combates solían librarse al amanecer. Eso quería decir que en ocho o diez horas entrarían todos en acción. Se dio cuenta de que tenía ganas de ir a la batalla, lo que no le sorprendió mucho. Si no podía dedicarse, por ahora, a matar a sus verdaderos enemigos, se dedicaría a matar a los miembros del ejército marroquí. No tenía nada de miedo, al contrario, estaba convencido de que no solo no se echaría atrás en el momento del combate, sino que más bien serían los demás los que tendrían que retroceder.

Prim proseguía su discurso, aunque Gort se había distraído. Recorrió con la mirada los soldados espectadores para intentar descubrir a Tarrés y compañía, pero no fue capaz de reconocerlos.

—¡Soldados! —El grito de Prim volvió a llamar la atención de Gort—. Cataluña, que les ha despedido con un gran entusiasmo, sus madres, sus hermanos, sus amigos, todos los contemplan con orgullo. ¡No defrauden sus esperanzas, que son las mías! Siguiendo el camino de la gloria de sus antepasados al regresar a sus lugares, los catalanes los recibirán con aplausos y donde vean a uno de ustedes dirán por uno y otro lado: «¡He aquí a un valiente catalán!» Soldados, ¡viva la Reina!

Automáticamente, los cuatrocientos sesenta y seis hombres gritaron: «¡Viva!», con más pasión por lo que Prim acababa de decir que por la señora monarca, quien, francamente, quedaba muy lejos de sus pensamientos.

Sugrañes también estaba eufórico. Lo cierto es que el batallón lucía espléndido. Desfilaba con poca coordinación, lo que había provocado algunos comentarios sarcásticos del general O'Donnell, pero el aspecto de los hombres era magnífico. El vestuario les quedaba la mar de bien y como, en parte, había sido idea suya, el comandante se sentía especialmente orgulloso. Puede que fuera este orgullo lo que lo llevó, en cuanto terminó la arenga del general Prim, a hacer en público, y en voz muy alta para que todo el mundo lo oyera, una petición valiente pero insólita:

—¡Generales! ¡Señores! Nosotros, el Batallón de los Voluntarios de Cataluña, somos los últimos que hemos llegado para compartir sus gestas. Sabemos la lucha titánica que han emprendido y que mañana quieren asaltar la ciudad enemiga, allí delante —dijo, dramáticamente, alargando el brazo hacia Tetuán—. Pero si bien hemos sido los últimos en llegar, queremos ser los primeros en luchar. ¡Generales! ¡Les pedimos el honor de encabezar el ataque de mañana, de ir delante de todos!

Los soldados presentes aclamaron la petición de Sugrañes. Solo una parte de los voluntarios, entre ellos Gort, permaneció en silencio porque era muy consciente de lo que implicaba. Había tanto ruido que nadie oyó bien qué respondían exactamente O'Donnell y Prim, pero quedó claro que aceptaban la petición: al día siguiente, los voluntarios tendrían un bautismo de fuego de primer orden.

Tras las aclamaciones, se produjo una especie de anticlímax. Los voluntarios notaron el cansancio del viaje y se apagaron. Por suerte, la rutina militar empezó a surtir su efecto. Los capitanes de cada compañía, acompañados de sus tenientes,

convocaron a sus hombres para darles las órdenes. Gort, en su condición de cabo, ayudó a alinear a sus compañeros, pero se fijó en que Sugrañes, acompañado de Moxó, hablaba con Prim y con algunos altos oficiales, probablemente de su Estado Mayor. Un momento después, un teniente de los de Prim se fue con Moxó al interior del campamento.

«¿Qué coño pasará?», pensó Gort antes de que el teniente Ferrer Carriol lo amonestara.

A Moxó no le hacía gracia el encargo que le había caído encima. Sugrañes le había advertido muy seriamente sobre los tres hombres que ahora iba a recoger para integrarlos en la Tercera Compañía, pero el teniente sospechaba que su comandante no se lo había contado todo. Tres matones de Barcelona que habían cometido unos asesinatos y que por eso habían ido a parar a la cárcel. Y ahora, por los azares de la guerra, iban a acabar bajo sus órdenes. Eso era todo. Bueno, casi todo, porque Sugrañes había dedicado más tiempo a insistir en que le responsabilizaba personalmente de que los tres nuevos voluntarios (Moxó pensó que quizá después de aquella incorporación forzada habría que cambiar el concepto de voluntariado) no crearan problemas y, muy especialmente, con sus propios compañeros de batallón. ¡Qué mala suerte! Lo cierto es que uno de los nombres, el tal Tarrés, le sonaba mucho, aunque no acababa de venirle a la memoria con qué relacionaba aquel apellido. Moxó no sabía cómo podría frenar a aquellos hombres. Bocanegra no paraba de recordarle que se tenía que mostrar fuerte y seguro ante los recién llegados porque era un oficial del Batallón de Voluntarios de Cataluña, y eso quería decir algo, ¿no? Por su experiencia, de él se pitorreaba cualquiera con un poco de malicia. Era muy consciente del carácter débil que arrastraba ya de niño y que lo había conducido a una larga lista de humillaciones de todo tipo. La condición aristocrática de su familia lo había llevado a formar parte del Ejército, pero las influencias militares solo le habían permitido obtener el triste cargo de oficial de escribanía de los Juzgados Militares, un cargo que era una humillación en sí mismo. Cuando había surgido la oportunidad de formar parte de los Voluntarios de Cataluña se había volcado en ello. Había ido a Reus sin dudarle, en un gesto de arrojo que lo sorprendió a él mismo. Y al regresar a Barcelona, no había ido a dormir a la casa familiar, donde todavía vivía su madre con tres criadas y donde prácticamente se pasaban todo el día tres tías más que le hacían la vida imposible. Por todos estos gestos de rebeldía, tan mínimos, Moxó estaba satisfecho de sí mismo y tenía mucha más autoestima de la que había tenido en toda su vida. Por eso, a pesar de la dificultad del encargo y del miedo que le daba tener que bregar con aquellos tres matones, había decidido que tenía que mostrarse decidido y valiente desde el principio. Y, aunque temía acobardarse como solía ocurrirle, tenía claro lo que tenía que hacer delante de aquellos tres presidiarios para sentirse bien consigo mismo.

Lo acompañaba un teniente del Estado Mayor que le presentaría a los hombres. El

teniente lo condujo hasta una tienda y lo dejó en la puerta, donde había un sargento. Los tres hombres estaban dentro, y cuando el sargento quiso entrar para buscarlos, lo detuvo con el brazo. Prefería entrar él y encararse con ellos desde el principio. Obviamente, fue un error, el primero de los diversos que Moxó cometería delante de los tres expolicías. Aunque ya estaba oscureciendo y el día tampoco había estado demasiado despejado, el contraste de luz entre el exterior y el interior de la tienda lo dejó ciego unos instantes. La tienda no era muy alta, y tocaba y empujaba la tela del techo con la cabeza. Mientras se iba acostumbrando a la poca luz percibió movimiento. Los tres hombres estaban delante de él, sentados en el suelo o en alguna mochila. Apeataba a humanidad, y a él, que siempre tenía el estómago delicado, se le revolvieron las tripas. Decidió empezar a aplicarse desde el primer momento:

—¡Soldados, cuádrense!

Había uno enorme que parecía mirárselo riendo. Otro más canijo, con cara de rata, que no se movió nada, y un tercero, el que tenía el aspecto más duro, que alzó la vista y, sin levantarse, le dijo:

—Teniente, si nos cuadramos, derribaremos la tienda. ¿Me permite sugerirle que salgamos para pasar revista, señor?

El tono comedido pero firme del soldado desconcertó a Moxó, que dijo que sí sin demasiada convicción y salió de la tienda. Los tres hombres salieron tras él y se quedaron más o menos firmes ante el teniente.

—A ver, pasemos lista... ¿Francisco Estop? —El más grandote avanzó un paso —. Muy bien. ¿Agustín Sabatés? —El de la cara de rata se tocó la gorra con un dedo —. De acuerdo. ¿Gerónimo Tarrés...?

—Puede llamarme Jeroni, excelencia.

En primera instancia, Moxó se sintió halagado por el trato desmesurado de excelencia, pero inmediatamente se dio cuenta de que lo que quería Tarrés era metérselo en el bolsillo, y él tenía órdenes directas de Sugrañes de no permitirlo. De modo que tomó fuerzas y les soltó el discurso que se había ido preparando desde que había recibido aquel encargo.

—¡Soldados del Batallón de Voluntarios de Cataluña! Han sido adscritos a la Tercera Compañía del batallón. Yo soy el teniente Marià Moxó y tengo el encargo directo del teniente coronel don Victorianu Sugrañes de vigilarlos a los tres. Sabemos quiénes son, lo sabemos todo, y no lo tendrán fácil con nosotros, y especialmente conmigo. Les aviso que yo personalmente haré todo lo posible para que las pasen putas. Por mí, si salen vivos de esta, cosa que dudo, haré que les envíen de nuevo derechos a la cárcel, de donde no tenían que haber salido. —Moxó se estaba embalando, el discurso le estaba saliendo mucho más duro de lo que tenía pensado, pero se estaba gustando a sí mismo—. Poca broma conmigo y con los demás voluntarios. Tienen la suerte de que Sugrañes solo me ha confiado a mí su vigilancia, o sea que ninguno de sus compañeros sabe hasta qué punto son unos cabrones y unos hijos de puta. Si me tienen contento, si no se pasan ni un milímetro de la raya que yo

les marcaré, sobrevivirán. Si no, acabarán muy mal.

Tarrés detectó enseguida el error de Moxó. El teniente había reconocido que solo él y el teniente coronel estaban enterados en profundidad del pasado de los tres. Además, ¿qué significaba que lo sabían todo? ¿Que eran expolicías, que habían sido condenados por asesinato...? ¿Qué más sabían? Pensó que, en cualquier caso, ya se vería qué podía pasar, pero si al día siguiente entraban en batalla, el teniente Marià Moxó tal vez saliera de ella con los pies por delante si seguía con esta actitud tan poco juiciosa.

Bocanegra estaba asustado. Ahora, como hacían muchos otros soldados, llevaba guardado un cuchillo afilado en la faja. La mayoría no quería llevar ningún cuchillo pegado a la piel porque decían, con no poca razón, que si se caían por casualidad se lo podían clavar por accidente y, además, de muy poco les serviría en medio de una batalla. Era cierto, pero Bocanegra no quería el cuchillo para una batalla convencional, sino para tener una especie de seguro en caso de que Tarrés y los suyos lo atacaran.

Aun así, no estaba nada tranquilo. Teniendo en cuenta que todos coincidían en la misma compañía, había decidido abordar a los tres nuevos voluntarios en cuanto tuviera ocasión de hacerlo. Si los conocía lo suficientemente bien, seguramente no sería un enemigo que tomaran en consideración. Lo que querían, seguro, era portarse bien para conseguir el indulto; por lo tanto, suponía que mientras estuvieran todos alistados no habría ningún problema. Puede que a su regreso a Cataluña tuviera que ir con pies de plomo, pero se decía a sí mismo que allí, en África, no pasaría nada. Además, no era descartable que, finalmente, no les concedieran el indulto por alguna fechoría que hicieran mientras fueran voluntarios, aunque esto, bien mirado, no era nada tranquilizador para él, porque uno de los principales candidatos a ser víctima de la fechoría de los tres expolicías era él.

Una buena parte de los voluntarios fueron destinados a montar las tiendas, cerca de donde se alojaban Prim y su Estado Mayor. La sorpresa fue ver que la mayoría de las tiendas, por algún error o por alguna corruptela, se había quedado en la Península. Bocanegra, como era habitual, intentó escaquearse y simuló que plantaba alguna tienda sin hacer prácticamente nada, pero siempre atento a la llegada a la compañía de los tres expolicías. Pudo oír cómo Sugrañes se acercaba al general Prim y le preguntaba si la intendencia del Segundo Cuerpo les podía facilitar más tiendas de campaña. Prim, que estaba bastante contento de cómo había ido la llegada de los voluntarios y de lo impresionados que habían quedado sus colegas generales, se quitó el problema de encima:

—¿Ve donde está el campamento moro? Pues allí están sus tiendas... Mañana, después de la batalla, dormirán tranquilamente en ellas.

«¡Vaya huevos! —pensó Bocanegra—. Así sí que es fácil solucionar las cosas. Si ganáis la batalla, dormiréis en las tiendas. Y si no, ¡al otro barrio!» Bocanegra se hizo

gracia a sí mismo, pero el pequeño momento de humor se desvaneció cuando vio que Moxó llegaba con los tres nuevos incorporados. Los tres estaban más delgados que la última vez que los había visto, ya hacía seis años largos. De los tres, Estop era el que se conservaba mejor; Sabatés parecía haber pasado alguna enfermedad de la piel, porque ahora tenía la cara muy grabada, y Tarrés era el que, de aspecto, había envejecido más. Aunque se le veía muy poco bajo la gorra, parecía que el pelo se le había encanecido mucho. Pero conservaba el aspecto de hijo de puta peligroso exactamente igual que entonces.

Bocanegra vio que Moxó los dejaba con el sargento Comala, que los condujo hasta un baúl donde había uniformes. Los tres hombres, con la ropa y la nueva mochila en la mano, se metieron en una de las pocas tiendas que tenían los voluntarios. Bocanegra decidió ir hacia ahí y esperar que salieran de la tienda, ya vestidos como todos los demás.

Pasado un rato, los tres hombres salieron vestidos con la faja y la barretina. Bocanegra respiró hondo y decidió acercarse a ellos.

—¡Chicos! ¡Eh, chicos! ¿No me conocéis? ¡Menuda sorpresa! —soltó con la mejor sonrisa que sabía esbozar y que no era demasiado agradable a la vista.

Al oírlo, Estop empezó a sonreír, pero el gesto se le congeló en la cara.

—Joder, mirad a quién tenemos aquí. Si es...

Tarrés interrumpió a Estop con un gesto de la mano.

—¡Qué pequeño es el mundo, Bocanegra! No nos veíamos desde nuestro juicio, donde, allí sí, pudimos vernos muy bien durante toda tu declaración. Y ahora estás aquí, a un palmo de nosotros, tan tranquilo... Creía que te habrían liquidado en la calle, como a los demás compañeros de la Ronda. Pero claro, tú, como siempre, debiste de escapar por la puerta de atrás...

—Tarrés, Estop, Sabatés... Aunque no os lo creáis, me alegro de veros. Siempre os quise explicar lo que había pasado y cómo me obligaron en contra de mi voluntad, que conste, a declarar en vuestro juicio. O declaraba o Serra Monclús ordenaba que me liquidaran. Fue así... Durante todos estos años he pensado a menudo en vosotros y en que, en definitiva, la condena os resultó una bendición, porque si no, hoy en día ya estaríais muertos y enterrados. O sea que... La cuestión es... En definitiva, si Serra Monclús no me hubiera obligado a declarar en contra de vosotros, puede que ahora los cuatro estuviéramos muertos, ¿no?

Silencio de los tres hombres. Estop y Sabatés estaban más pendientes de cómo reaccionaba Tarrés que de lo que decía Bocanegra. Para llenar el hueco, Bocanegra siguió hablando.

—La prueba de mi buena fe es que en cuanto pude, hui de Serra Monclús y me largué a Reus, lejos de él y de sus sicarios. Todo lo que dije fue porque tenía prácticamente una escopeta en la nuca; no podía hacer otra cosa. Mirad, ya sé que debéis estar cabreados conmigo...

Ahora sí que Sabatés, que hasta entonces no había dicho nada, saltó:

—¿Cabreados? Puede que esta no sea la palabra correcta. ¿Jefe, *cabreado* es lo que sientes cuando quieres matar muy lentamente a alguien, haciéndole mucho, muchísimo daño antes de que muera?

—Tienes razón, Sabatés, *cabreados* no es la palabra que toca decir ahora... —coincidió Tarrés, que se dirigió a continuación a Bocanegra—: Yo no estoy cabreado, en absoluto. Comprendo lo que pasó. De hecho, yo, en tu lugar, habría hecho lo mismo.

—¡Pero, Tarrés! —protestó Estop.

—Calla y no vuelvas a interrumpirme en tu vida, ¿entendido? —Tarrés se mostró seco. Volvió a girarse hacia Bocanegra y siguió hablando—: Bocanegra, lo que nos hiciste, se mire como se mire, fue una putada. No te lo podremos perdonar nunca, ni lo sueñes, y por ello estás condenado a muerte. —Bocanegra palideció—. Pero no por eso tenemos que matarte. De ti depende que esta condena nunca se cumpla. Desde ahora mismo hasta que te vayas tú solito o quizá cuando te enviemos nosotros al otro barrio, tendrás que estar con nosotros y para nosotros.

—Yo, Tarrés, ya sabes... Haré lo que haga falta. Tampoco es necesario lo de la condena; lo haré por amistad. No tendréis problemas, conozco bien el batallón y os ayudaré. No tenéis que preocuparos por mí, de verdad... Ya pensaba hacerlo sin amenazas, porque me sale de dentro.

Entonces intervino Sabatés.

—Pues empieza. Cuéntanos qué coño le pasa al imbécil este del teniente Boixó.

—¿Boixó? Ah, te refieres a Moxó. Se llama Moxó... ¿Por qué lo dices? Que yo sepa, no le pasa nada especial...

Bocanegra estaba relativamente contento. A pesar de las amenazas, Tarrés había afirmado que no lo matarían y eso ya era mucho. En realidad, estaba preparado para que los tres expolicías fingieran que se creían su explicación. Si lo hubiesen hecho, estaría convencido de que lo matarían a la mínima ocasión. Ahora, en cambio, tenía claro que no le pasaría nada mientras les fuese útil, lo que era un gran paso. De todos modos, no pensaba darles toda la información que tenía, o por lo menos quería hacerse de rogar. Les soltaría las cosas según le conviniera a él y no a Tarrés. Por ejemplo, no pensaba soltar que Gort estaba ahí, que pronto sabría quiénes eran y que tenía la intención de cargárselos. De hecho, lo más seguro era que no tuvieran ni la más remota idea de quién coño era Gort. Mejor tener un aliado, aunque ni el mismo Gort supiera que lo era. Y siempre estaba a tiempo de vender a Gort a Tarrés, si era imprescindible.

—Pues te enteras...

Bocanegra siguió haciéndose el tonto. De hecho, adrede o no, lo había hecho toda la vida y tampoco le había ido tan mal, creía él.

—¿De qué tengo que enterarme? Si no te explicas...

—Me estás hinchando las pelotas, Bocanegra. Queremos que sepas por qué el teniente este... —Tarrés calló un momento para pensar—. No, lo que yo quiero saber

es hasta qué punto el teniente coronel Sugrañes ha ordenado al teniente Moxó que nos vigile.

De repente, Tarrés sujetó más o menos discretamente por el cuello a Bocanegra.

—Oye... —se quejó este—. ¿Qué coño haces?

—A ti, hijo de puta, te quiero muy calladito. ¿Sabe alguien más, aparte de Sugrañes, Moxó y tú, quiénes somos?

Bocanegra tragó saliva y decidió mantenerse firme. Aunque no tenía claro quién saldría vencedor en la futura batalla entre Gort y los tres expolicías y, en cualquier caso, en qué bando estaría más seguro.

—No, no, no... Que yo sepa, no lo sabe nadie más. Lo que no sé es si alguien os ha reconocido de cuando estabais en la Ronda...

Tarrés lo soltó.

—Este mequetrefe tiene razón. Tenemos que estar atentos por si alguien nos recuerda. La versión oficial es que venimos de la escolta de Prim y nos hemos incorporado por voluntad propia a los voluntarios. Tenemos que mantenerla porque nos conviene. ¿De acuerdo? Y ahora, tú, vete y vuelve de aquí a un rato con comida para nosotros.

—Pero si yo nunca llevo a nadie la... Bueno, bueno, de acuerdo, iré a ver qué encuentro para dar un bocado.

Bocanegra se dirigió a las cajas de tocino y galletas de pan que ya habían desembarcado y que en aquel momento estaban transportando desde la arena de la playa hasta el campamento. Mientras iba hacia allí oyó la excitación de las conversaciones de los soldados, tanto de los voluntarios como de los que ya llevaban días delante de Tetuán. Todo el mundo hablaba de la batalla del día siguiente. Pensó que tal vez, durante la batalla, y siempre y cuando nadie lo relacionara con ello, podría intentar deshacerse de alguno de los tres recién llegados. En el campo de batalla, las balas perdidas pueden ir a parar a cualquier parte, ya se sabe... Tendría que ir detrás de ellos, sin que se dieran cuenta, y esperar una oportunidad. No pudo evitar que una sonrisa le iluminara el semblante, lo que provocó que un par de soldados lo miraran con un asco indisimulado.

El comandante Sugrañes salió de la tienda del Estado Mayor de Prim con una sonrisa en los labios, pero mucho más nervioso que cuando, en medio de la euforia de la llegada, había ofrecido a sus voluntarios para encabezar el ataque del día siguiente. El general le había explicado el plan de batalla previsto y, aunque según Prim, lo había ideado totalmente O'Donnell, Sugrañes conocía de sobra a su paisano reusense como para saber que el inspirador había sido él. Se le veía en los ojos. Además, tenía el estilo brutal de Prim.

—Mira, Victorianu, nuestro cuerpo de ejército formará a primera hora de la mañana delante del campamento, entre el río Martín, que nos quedará a mano izquierda, y el río Alcántara, que tendremos justo detrás. El Alcántara, no sé si has

tenido ocasión de verlo, no deja de ser un riachuelo, o sea que no es ningún problema. Nosotros seremos el flanco derecho del ejército y formaremos como si fuéramos una cuña...

—Como hicieron los franceses en Isly —lo interrumpió Sugrañes.

Dieciséis años antes, los franceses habían derrotado a los marroquíes en una batalla célebre porque el mariscal francés, que era un carnicero muy bien educado, puso a sus seis mil soldados en una formación extraña que denominó «cabeza de jabalí», embistió a sesenta mil marroquíes y se cargó a unos cuantos miles.

—No exactamente, porque nosotros, en lugar de una sola, haremos una doble cuña. A nuestra izquierda estará el Tercer Cuerpo, el de Ros de Olano, que también formará igual, y en medio, algo más rezagadas, la artillería y la caballería. La idea es ir avanzando en esta formación hasta que el terreno o los marroquíes nos detengan. Ellos están acampados, con fuertes defensas, entre nosotros y Tetuán, y también han aprovechado la montaña que se ve a la derecha, bueno, que cuando amanezca, verás a la derecha, para situar a sus hombres, básicamente caballería. A unos dos mil pasos el paso entre los dos ríos se estrecha, lo que me lleva a suponer que los dos cuerpos no podrán seguir juntos. En principio, la gente del general Ros seguirá el curso del río para atacar el flanco del enemigo. Pero tienen que andar mucho y, seguramente, nosotros tendremos que atacar el reducto solos.

—¿Y dónde quiere que nos situemos nosotros, los voluntarios, general? ¿En la parte superior de la cuña? —preguntó Sugrañes, señalando un rectángulo que los ayudantes de Prim habían dibujado en el mapa.

—¿Dónde si no? Victorianu, si finalmente, como parece, los del Segundo Cuerpo nos quedamos solos en el ataque, necesito tropas ligeras de asalto para el primer choque. Tus voluntarios no han tenido demasiado tiempo para hacer instrucción, no están preparados para hacer maniobras demasiado complicadas. En cambio, los veo valientes y con la moral por las nubes. Lo único que tendrán que hacer será embestir el reducto al que, si todo va bien, nuestra artillería ya habrá castigado mucho. Siempre que los hemos atacado de frente y con arrojo, los marroquíes se han marchado corriendo. Mañana no tiene por qué ir de otra forma. Ahora bien, si quieres desdecirte de lo que has prometido antes delante de todo el mundo, por mí no hay problema...

A Sugrañes no se le había ocurrido en ningún momento desdecirse, pero, francamente, creía que el ataque sería un poco más elaborado. Con una pequeña regla de madera midió la distancia que había entre el parapeto de los marroquíes y el recodo del río Martín, donde el Segundo Cuerpo tenía que quedarse solo delante del enemigo. Nueve centímetros que, a escala, representaban poco más de un kilómetro. Delante del parapeto había dibujadas unas líneas finas que representaban una zona empantanada. Volvió a medir: poco más de seiscientos metros.

—¿Y cómo es esta zona empantanada? ¿Se ha efectuado algún reconocimiento?

—Mucho barro, alguna charca indistinguible del resto y muchas plantas acuáticas

más altas que un hombre. Hace tres días estaba así, pero desde entonces no ha parado de llover, de modo que a estas horas estará peor aún, siempre y cuando los moros no hayan hecho algo, que no creo.

—O sea que los últimos metros iremos hundiéndonos en el barro y a paso de tortuga... Pues mire, general, si la artillería o Dios y todos los santos de la Corte Celestial no tienen entretenidos a los moros, ni uno solo de mis hombres llegará vivo al parapeto. Ya lo sabe, ¿no?

—Tranquilo, eso no pasará por tres razones —aseguró Prim, que levantó tres dedos y los fue señalando uno a uno mientras hablaba—: Primero, porque la artillería les hará mucho daño; segundo, porque Ros de Olano los tendrá entretenidos por el flanco izquierdo, y tercero... tercero... porque al oír las balas tus hombres correrán como alma que lleva el diablo hasta llegar al parapeto. ¡Ja, ja, ja!

Sugrañes fingió que también reía, mientras Prim le daba palmaditas en la espalda, pero la tercera razón no le hizo nada de gracia. Por eso, cuando salió de la tienda del general mantuvo la sonrisa unos pasos, pero enseguida adoptó una expresión muy seria. Mañana sería un día complicado. Si quería que los voluntarios no se echaran para atrás, tendría que estar muy presente, muy visible, aunque fuera muy peligroso. De todos modos, tampoco sabría comportarse de otra forma...

Ya había oscurecido, y aunque más de la mitad de los voluntarios carecía de tiendas, estaban prácticamente todos sentados aquí y allá alrededor de hogueras que habían improvisado. La zona donde estaban los voluntarios contrastaba con el interior del campamento, mucho más ordenado, con las tiendas bien alineadas. Ellos, en cambio, entre que se habían tenido que instalar cuando estaba anocheciendo y que no disponían de los utensilios necesarios, estaban dispersos en una zona relativamente ancha. Sugrañes se fue acercando a algunos de los círculos de hombres alrededor del fuego. A todos les daba unos ánimos que él mismo, en aquel momento, no sentía. Los oficiales, que compartían hoguera con sus hombres, miraban al comandante esperando un gesto que les señalara que quería darles indicaciones para el día siguiente, pero Sugrañes no los trataba de forma diferente de como hacía con los soldados. No era el momento. Ya lo sería mañana, de madrugada.

Finalmente, en la cuarta hoguera a la que se acercó, encontró a quien estaba buscando. Gort estaba sentado, tapado con una manta, y se entretenía lanzando trocitos de la grasa del tocino al fuego, donde se retorcían y crepitaban al cabo de un momento. Sugrañes quería ir directamente a hablar con él, pero los demás hombres que había lo saludaron y le pasaron la bota de vino. Gort ni siquiera alzó la vista. El comandante sintió que su cabreo con el chico se reavivaba, pero se contuvo. Era su padrino, el padre del muchacho había muerto a su servicio... Sí, sin duda, le debía una conversación antes de la batalla.

—¡Gort, ven aquí!

Gort se levantó y puso la peor cara de pocos amigos que podía. Estaba cabreado, muy cabreado. Sabía que los asesinos de su padre rondaban por el campamento, tenía

prohibido tocarles un solo pelo y, además, mañana sería su primera batalla y ni siquiera había podido ver nada del lugar donde tendría que luchar porque todo estaba demasiado oscuro. Y por si eso fuera poco, hacía un frío que pelaba. Él, que se imaginaba África llena de arena, camellos y palmeras. Pues arena, solo la arena húmeda de la playa, y de palmeras y camellos, no había visto ni uno, y parecía que allí, en la playa de Tetuán, ni siquiera sabían qué eran.

Se pusieron a andar en silencio sin poderse ver bien las caras. Caía algún copo de nieve, que no cuajaba, aunque por suerte, no hacía viento. Cuando llegaron donde empezaba la playa, Sugrañes se detuvo. Delante de ellos solo se distinguía la espuma que formaban las olas al romper en la orilla. De detrás les llegaba el ruido del campamento y, muy lejos, se distinguían las brasas de las pipas encendidas de los centinelas.

—Mira, Joan. Ya sé que estás cabreado conmigo, y es normal, porque eres un idiota y todavía no has entendido que estás en el Ejército. Todavía te crees que estás en la masía de Reus y que mañana tomarás la escopeta para cazar conejos. Pues no, chico, no... Esto es muy serio, mucho. Más de lo que piensas, y ninguno de nosotros, ni siquiera yo, tenemos la libertad de hacer lo que nos dé la gana. ¿Te has quedado dormido o qué? ¡Di algo, cojones!

—Mire, comandante, no me suelte más sermones, que yo ya voy a misa cuando quiero.

«Realmente, este chico es imposible —pensó Sugrañes—. Intentas acercarte a él porque mañana vete a saber si los dos estaremos muertos, y va y te pega un bufido. La madre que lo... No, pobre mujer. ¡Ella no tiene la culpa de que su hijo haya salido tan arisco!»

El comandante inspiró hondo, contuvo el arranque de rabia que se estaba incubando en su interior y se recordó a sí mismo que había ido a buscar a Gort para hablar justo antes de la batalla del día siguiente.

—No te soltaré un sermón, no te preocupes. Lo que quiero decirte es muy sencillo: seguro que mañana pasaremos algunos malos momentos y que, muy difícilmente, estaremos juntos durante la batalla. Sé, porque te conozco, que te portarás bien cuando empiecen los tiros, pero no quiero que te hagas el héroe. Los héroes no ganan batallas, ganan medallas, que es otra cosa. Yo tengo tres, y ya ves lo que me ha costado encontrar un sitio en el Ejército. Prométeme que irás con cuidado, Joan.

Gort, aunque no podía ver la cara del comandante, percibió que estaba emocionado. Su padrino lo quería de verdad. Pero él no estaba dispuesto a mostrarse débil. Sugrañes le había prohibido atacar a los asesinos de su padre mientras estuviese bajo sus órdenes y no estaba dispuesto a perdonarlo fácilmente.

—No se preocupe, que tengo que reservarme para matar a algún hijo de puta cuando acabe esta historia de la guerra. Y tengo que decirle, comandante, que esta no se la perdono.

—¡Gort, eres imposible y un gilipollas!

—¿Tengo permiso para irme con mis compañeros?

—Ve, ve, ¡a ver si se te pasa la mala leche! Seguiremos hablando después de la batalla.

Gort dio media vuelta y se dirigió con paso rápido hacia el campamento. Perdió un poco de dignidad cuando resbaló en la arena, pero se incorporó enseguida y siguió, muy erguido, hacia las luces de los voluntarios. Sugrañes se quedó mirándolo y, a pesar del frío, decidió sentarse un rato en la arena para contemplar el mar. Se sacó un caliqueño de un bolsillo del chaleco y lo encendió con una cerilla. El humo áspero del tabaco de mala calidad lo animó a hacer lo que había pensado. Se sacó un papel de otro bolsillo y con un pequeño lápiz se dispuso a escribir una carta.

La noche se hizo larga. Hacia las tres de la madrugada dejó de nevar, pero todavía fue peor, porque empezó a caer una lluvia fina y fría. Los soldados temblaban, tapados con unas mantas demasiado ligeras que había regalado la Diputación de Barcelona. Las mantas estaban pensadas para abrigarse de temperaturas más suaves y surtían poco efecto. Muchos combatieron el frío con tragos de aguardiente, otros comiendo más tocino o queso que habían llevado en los zurrones desde la Península. Muy pocos durmieron mucho rato. Bocanegra lo hacía pegado a una de las hogueras, sin miedo a quemarse. Sugrañes fue de aquí para allá, se apoyó en unas mochilas y durmió también un par de horas. Gort se envolvió en un par de mantas y medio descansó con un sueño ligero, despertándose a menudo durante unos minutos y volviéndose a dormir. Tarrés, Estop y Sabatés, más habituados a la vida en campaña, consiguieron sitio en una de las pocas tiendas disponibles y durmieron relativamente bien toda la noche.

A las seis de la mañana se tocó diana. Todavía era oscuro, todavía caían cuatro gotas y todavía hacía un frío de mil demonios. Los tres expolicías no corrieron demasiado para salir de la tienda. Esperaban, tal como había ocurrido los demás días, que los sargentos y los oficiales hubieran pasado mala noche y no tuvieran demasiados ánimos para poner en marcha a los soldados. Además, que el batallón de los voluntarios fuera tan inexperto facilitaba todavía más una cierta desidia. En eso se equivocaron. No contaban con que el teniente Moxó había encontrado en ellos la fuerza necesaria para afrontar la batalla que se iniciaría al cabo de pocas horas. Le hacía feliz mostrarse duro con aquellos tres hombres, siguiendo las órdenes de Sugrañes. Esos tres prácticamente no lo conocían, y creía que si aparentaba una fortaleza de carácter que no tenía, lo respetarían para siempre. Allí nació un nuevo Moxó, un hombre decidido y valeroso, afable con los subordinados que se lo merecían... justo. Sí, esta era la palabra: ¡un hombre justo! Moxó se repetía interiormente todas estas cosas y se encantaba a sí mismo. Por eso, unos minutos antes de que los cornetas tocaran diana ya estaba buscando a los tres recién llegados, decidido a reforzar la imagen de hombre duro que creía haberles mostrado el día

anterior.

Entró de tienda en tienda y, finalmente, los encontró. Ninguno de los tres se había calzado aún las alpargatas, a pesar de que ya hacía casi un cuarto de hora que habían tocado diana. Estop seguía sin el chaleco y Sabatés estaba ayudando a Tarrés a ponerse la faja. Moxó quiso pegarles un grito, pero le salió un gallo.

—¿Aún están así? ¡Salgan in-me-dia-ta-men-te de la tienda!

Como la tarde anterior, los tres expolicías no se apresuraron demasiado a formar en el exterior, donde Moxó los esperaba.

—No me creen, ¿verdad? Piensan que bromeo, ¿no? ¡Es evidente que no me conocen! —Moxó se paseaba delante de los tres hombres con las dos manos a la espalda, tal como había visto hacer a O'Donnell el día anterior cuando pasaba revista a los voluntarios. El teniente había decidido que era una forma de andar que mostraba una gran firmeza y autoridad.

—¡Señor! —dijo Tarrés, interrumpiendo el discurso de Moxó—. ¡Lo creemos, no pensamos que bromea y no lo conocemos, pero poco a poco vamos aprendiendo cómo es, señor!

Una vez más, Tarrés desconcertaba a Moxó. El teniente detuvo el ridículo paseo delante de los tres soldados y se percató de que estaba en uno de aquellos momentos que determinarían cómo sería su relación con los tres expresidarios en el futuro. Pensó que si se echaba para atrás, estaba perdido. Era el momento de mostrarse duro a la vez que generoso. Así se ganaría, seguro, el corazón de aquellos tres hombres que, seguramente, habían caído en el crimen por falta de un buen ambiente y de una figura de autoridad. Él, Marià Moxó, sería el hombre que los rescataría.

—Les aviso que durante la batalla de hoy no los dejaré solos ni un momento. Conozco a la gente de su calaña y sé que ante el enemigo querrán largarse. Pero también les digo que hoy puede ser el primer día de su nueva vida. Yo seré, soy, muy duro, y les recuerdo que de mí depende el informe que tiene que recibir el comandante Sagrañes. Solo estarán conmigo, solos ustedes y yo, y si se portan bien en la batalla, si realmente participan en ella con una actitud heroica, con desprecio por su vida pero con ganas de acercarse a la gloria, les prometo que hablaré bien de ustedes. ¡Pero si solo pretenden sobrevivir a la toma de la ciudad, sin más, mi informe dirá que han sido unos cobardes!

—Este tipo es imbécil —se oyó decir en voz baja. Uno de los tres soldados lo había dicho sin abrir prácticamente la boca. Moxó palideció y fingió no haberlo oído.

—Esos de ahí son sus compañeros de la Tercera Compañía. Vayan y prepárense para formar con ellos.

Los tres soldados empezaron a andar hacia donde había dicho el teniente. Tarrés estaba muy serio.

—No he podido contenerme, lo siento —dijo Sabatés sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento—. Moxó me está hinchando las pelotas. Si quieres, Tarrés, ya sabes qué puedo hacer...

—¡No seas idiota y piensa! El teniente quiere estar con nosotros solos en la batalla. Si las cosas van bien, el informe será bueno, de él y de nosotros depende. ¡Es nuestro pasaporte a la libertad! Y si van mal... Si van mal para nosotros, ya nos encargaremos de que también vayan mal para él.

Sabatés seguía malhumorado. Era un hombre de amores y odios instantáneos. La mayoría de las veces, odiaba inmediatamente a todos a quienes conocía. Solo Tarrés era una especie de Dios para él, y solo por Tarrés soportaba la presencia de Estop. Moxó, como la mayoría de los mortales, se había situado enseguida en la categoría de las personas a las que podía matar sin el menor remordimiento. Tarrés conocía a Sabatés y sabía que era un enfermo, un psicópata peligroso, pero el antiguo jefe de policía estaba convencido, y hasta entonces todo parecía indicar que era así, de que él era el único que podía impedir que Sabatés matara a cualquiera que se le pusiera delante, incluido algún teniente de los Voluntarios de Cataluña.

A las nueve de la mañana, Gort vio el sol por primera vez desde que había llegado a África. Se había levantado un poco de aire y, aunque el día era muy gris, de vez en cuando un rayo de luz atravesaba la capa de nubes e iluminaba unos instantes una parte de la llanura que tenían delante. De todos los soldados del Ejército español, los que tenían una mejor vista de lo que iba a ser el campo de batalla eran, sin duda, los del Batallón de Voluntarios de Cataluña. El batallón estaba esperando formado delante del Segundo Cuerpo. Tal como lo había preparado Prim, todos los batallones del cuerpo estaban situados de tal forma que dibujaban una especie de cuña alargada dirigida hacia las posiciones marroquíes. Los voluntarios catalanes se encontraban en la punta de la cuña. Y los hombres de la Primera Compañía, entre ellos el cabo Gort, ocupaban la primera línea de los voluntarios.

A unos seiscientos u ochocientos metros a la izquierda, en dirección al río Martín, Gort podía ver la punta de lanza del Tercer Cuerpo, un grupo de soldados que estaba muy quieto, mucho más, en cualquier caso, que los voluntarios, que, nerviosos, cambiaban el peso de una pierna a otra o daban pasitos hacia delante o hacia atrás mientras los oficiales y los sargentos se desesperaban y los abroncaban para que mantuvieran correctamente la formación.

A dos o tres kilómetros de distancia, justo delante de los voluntarios, se veía el parapeto que habían construido los marroquíes aprovechando un camino transversal que se elevaba un poco de la llanura y que interrumpía la ruta directa hacia Tetuán. A la derecha, una sierra llamada Djebel-Darsa, a la que los españoles denominaban, vete a saber por qué, Sierra Bermeja, cerraba el paisaje. Otro ejército marroquí había fortificado también la falda de la sierra, pero no parecía que nadie se planteara atacar aquella montaña, que quedaba demasiado arrinconada con respecto a la ciudad de Tetuán. En aquella zona fortificada era donde se encontraba el grueso de la caballería marroquí y donde se veía una multitud de gente mezclada con los caballos árabes. Desde aquella plataforma, los caballos marroquíes podían empezar a cabalgar en

dirección a los soldados españoles que avanzarían por la llanura y aplastarlos como si nada, cortando manos, brazos y alguna cabeza. Los generales españoles sabían, lo mismo que todos los soldados de todos los ejércitos del mundo, que una infantería en marcha no era rival para un escuadrón de caballería a la carga. Para impedir el riesgo, O'Donnell había dispuesto el cuerpo de reserva muy a la derecha y relativamente cerca de la sierra y, sobre todo, tenía preparada la propia caballería justo detrás de los dos cuerpos de infantería que tenían que atacar. Al frente del cuerpo de caballería estarían los coraceros, que eran los jinetes más juiciosos de todos, quizá porque llevaban tanto peso encima que tenían que ir algo más lentos que los húsares, los lanceros y los cazadores, una pandilla de descerebrados vestidos como si fueran a un baile de gala. Los coraceros eran los encargados de frenar la posible carga marroquí contra la infantería. Detrás de ellos, unos escuadrones de lanceros esperaban lanzarse asimismo contra el enemigo. De vez en cuando insultaban a los coraceros que tenían delante y les pedían que se apartaran, pero los de la caballería pesada fingían no oírlos.

A Gort, que nunca había dedicado ni un minuto de su vida a pensar en estrategias militares, todo aquello le resultaba muy emocionante. Estaba tan contento que, por un momento, se recriminó no estar pensando que los asesinos de su padre estaban en algún sitio detrás de él, en su mismo batallón, y que su padrino, el comandante Sugrañes, iba y venía entre los hombres allí plantados. Ellos, que se conocían de toda la vida, no se habían cruzado ni una palabra ni una mirada en toda la mañana. Pero estos pensamientos negros se desvanecieron en cuanto oyó que los cornetas de los distintos batallones ordenaban a los soldados que se pusieran en marcha.

La marcha no empezó de modo demasiado marcial. Los voluntarios catalanes abrían el camino, pero entre que su nivel de adiestramiento era el peor de todo el ejército y que el suelo estaba embarrado y lleno de hierbas, el batallón perdió enseguida la forma rectangular con que había iniciado el movimiento. Unos soldados resbalaban en el barro, se levantaban a toda prisa y corrían para recuperar la fila. Otros ayudaban a los que caían y rompían igualmente la formación. Y los había que, para no caerse, avanzaban mirando al suelo, con lo que, de paso, esquivaban los charcos más profundos. Puede que fuera más práctico, pero el resultado era poco marcial. Gort resbaló un par de veces, aunque sin llegar a caerse, pero se torció un poco el pie; nada importante.

Aun así, los voluntarios avanzaban a buen ritmo, superior incluso al que correspondía. Sugrañes, que había decidido no llevar el caballo que le tocaba como oficial e ir a pie entre sus hombres, se movía de un sitio a otro para animar a unos voluntarios que, hay que decirlo, no necesitaban demasiada animación.

Una vez superaron el terreno embarrado, el avance se volvió un poco más regular. La neblina matinal ya había desaparecido completamente y los soldados catalanes pudieron ver muy bien, demasiado bien para el gusto de algunos, que de las troneras del parapeto marroquí asomaban las bocas de unos cañones, y que unas baterías de

cañones que estaban en un terreno algo más elevado también se preparaban para disparar. Pocos segundos después, los cañones empezaron a tronar en medio de una gran humareda. El ruido, aunque relativamente lejano, impresionó a la tropa. La mayoría, incluido Gort, encogió el cuello y levantó los hombros mientras avanzaba, en un intento inútil de ofrecer menos parte del cuerpo a la metralla que podía desprenderse de los cañonazos. Pero todavía no tenían por qué asustarse tanto, porque las balas de cañón que lanzaban los marroquíes empezaron a explotar muy lejos, a mucha distancia aún de donde ellos estaban.

Si algo tenía bueno el Ejército español, era la artillería. Los españoles no destinaban dinero a la comida, a un buen vestuario, a tiendas de campaña, a medicinas, y de lo poco que se destinaba a comprar todas estas provisiones, más de la mitad iba a parar a los bolsillos de los intermediarios y de los oficiales corruptos, que eran muchos. Ahora bien, a la hora de comprar armas no se andaban con bromas y siempre se procuraba que fueran de lo más moderno. Para la campaña de África los artilleros habían comprado unos cañones de acero buenísimos de la casa Krupp, que estaban rayados por dentro y disparaban más lejos, más rápido y con mayor precisión que los convencionales. No se habían podido adquirir demasiados, pero todos los que habían transportado desde Alemania estaban aquella mañana preparados en la llanura de Tetuán. Pronto les tocaría ponerse en funcionamiento.

Los primeros cañonazos excitaron mucho a los mandos españoles. Prim avanzó hasta la parte posterior del batallón de voluntarios. Los correos entre los generales pasaban galopando a caballo llevando mensajes. Centenares de caballos empezaron a concentrarse en ambos extremos de los dos campamentos. Algunos jinetes marroquíes se incorporaban sobre los estribos y hacían girar sobre sí mismos a los caballos mientras alzaban espadas y espingardas. Si querían provocar una reacción violenta, lo consiguieron. O'Donnell ordenó que los coraceros fueran hacia la derecha para servir de pantalla a la columna del Segundo Cuerpo, donde estaban los voluntarios, mientras que los lanceros tenían que avanzar girando hacia la izquierda para defender al Tercer Cuerpo. Al avanzar la caballería, los artilleros empezaron a tener espacio para preparar las armas. A pocos metros de donde seguían avanzando los voluntarios empezaron a pasar recuas de caballos de tiro arrastrando los cañones. Uno o dos animales tiraban de unos más pequeños, los llamados de montaña, pero los más grandes, los nuevos Krupp, precisaban cuatro. Los primeros cañones se situaron, uno junto a otro, cerca del lugar donde un meandro del río encogía la llanura por donde avanzaban las dos columnas.

Los cañones marroquíes, que ya habían disparado varios tiros cada uno, enfocaron sus bocas hacia el nuevo objetivo, pero la distancia era excesiva para ellos. Alguna bala de cañón caía relativamente cerca de los Krupp, pero la mayoría se quedaba muy corta. Cuando los cañones prusianos empezaron a disparar, se elevaron inmediatamente columnas de humo en el interior de los campamentos del enemigo.

El humo de los cañones empezó a cubrir la llanura por donde seguían avanzando

los voluntarios, y tras ellos, miles de hombres más. Gort miraba hacia delante para ver la zona a la que se aproximaban, pero cada cañonazo emitía una nube de humo blanquecino que dificultaba la visión. Al otro lado del Segundo Cuerpo, la gran columna que mandaba el general Ros de Olano giró hacia su izquierda, siguiendo el curso del río. Gort oyó los gritos de Sugrañes y, después, los de los oficiales del batallón ordenándoles que siguieran recto, hacia los parapetos, y que no siguieran a los del Tercer Cuerpo. Aunque no quería hacerlo, no tuvo más remedio que volverse para ver si localizaba a Sugrañes. A medida que se iban acercando a la zona donde los cañonazos y las balas de los marroquíes podían matarlos, Gort temía que le pasara algo al comandante, pero no sufría por él mismo. Se sentía tan fuerte, tan lleno de vida, que creía saber que era imposible que lo hirieran de gravedad. No lo vio entre los hombres que avanzaban.

A medida que se acercaba el momento del choque, el batallón perdía la marcialidad, y las hileras de hombres se iban torciendo cada vez más. Las baterías de los Krupp estaban haciendo mucho daño a los cañones marroquíes, por lo menos a los que estaban en la elevación de la derecha. Unos cuantos seguían disparando, pero lo hacían con mucha menos intensidad. Los cañones que estaban detrás del parapeto habían callado, pero no porque los proyectiles de los españoles los hubieran tocado, sino porque parecían estarse preparando para el momento en que los soldados de a pie estuvieran a tiro. Y los primeros que se plantarían delante de los cañones serían los voluntarios.

De todos modos, todo iba muy bien. Empezaban a sonar algunos tiros esporádicos de espingarda, pero nadie había caído herido aún. Cuando faltaban unos quinientos metros, los oficiales ordenaron que se acoplaran las bayonetas y que el batallón que iba justo detrás de los catalanes, el de los cazadores de Alba de Tormes, avanzara hasta situarse al lado de los voluntarios. Era el momento: tras una carrera sostenida había que saltar el murete y conseguir la victoria. Los primeros cien metros eran de tierra y después empezaba otra zona pantanosa, parecida a la que habían cruzado antes, pero con cañizares más altos.

Justo entonces la suerte dejó de sonreír a los voluntarios.

Moxó era feliz. Jamás había entrado en combate y no quería asustarse y mostrarse cobarde, pero tener que encargarse de los tres expresidarios le había dado una motivación añadida que le había quitado todos los miedos. Había leído muchos libros de las guerras de Napoleón, así como los relatos de los folletines sobre las guerras coloniales de los británicos. Y muchos de sus compañeros oficiales habían participado en las guerras carlistas y contaban batallas, enfrentamientos, luchas de todo tipo. Sospechaba que buena parte de los relatos de los militares estaban muy adornados y que no todo era tan glorioso y heroico como lo pintaban. Por eso, para tomar fuerzas, se prometió que se concentraría en vigilar a los tres nuevos miembros de la Tercera Compañía, los controlaría, les gritaría, los amenazaría si era preciso. Si los obligaba a ser valerosos frente al enemigo, él también lo sería, más que nadie.

Pero Moxó no sabía realmente mostrarse duro, y era consciente de que no le salía del fondo del alma. Así que trató de recordar todas las humillaciones que había visto a suboficiales y oficiales cabrones infligir a los soldados, además de todas las humillaciones que él mismo había sufrido a manos de sus compañeros y, sobre todo, de su madre y sus tías. Sí, aquellos tres cerdos recibirían esta mañana de batalla por todo el daño que llevaba años acumulando a sus espaldas. Los machacaría por culpa de su padre, que se murió sin haberle dado nunca un beso; por su madre, que siempre le mostraba que nunca sería nada más que un inútil; por todo el Ejército español, una panda de fanfarrones y hombrecillos sucios y brutales.

—¡Me están tocando los huevos! —rugió de repente, justo detrás de Sabatés, que no se esperaba el grito—. ¡No mantienen la línea, cabrones de mierda! ¡Les juro que si hoy no muere como mínimo uno de los tres debido a las balas del enemigo, los denunciaré por cobardía y los fusilarán por desertores!

Mientras avanzaba por la explanada oyendo los gritos desaforados del teniente, Tarrés pensaba que Moxó desbarraba. Aquellos gritos, aquellas promesas de muerte, aquellas amenazas no tenían ni pies ni cabeza. Moxó no paraba de soltar tacos, lanzar perdigones al gritar y moverse como un poseso detrás de ellos tres. Tarrés pensó que si las cosas seguían así, habría que actuar de alguna forma. Con la mano izquierda acarició un momento el bulto que tenía en la faja que le cubría el vientre. Dentro llevaba un revólver Adams que disparaba una bala enorme, del calibre cincuenta, y que había robado con gran habilidad de la tienda de unos de los escoltas del conde de Eu. Nadie, salvo sus dos hombres, sabía que lo tenía. Del mismo modo que él sabía que Sabatés iba armado con un revólver Lefauchaux cargado con seis cartuchos de espiga, un arma de la que él no se fiaba ni un pelo porque tenía la fea costumbre de dispararse sola. Y Estop disponía de un revólver desconocido que no había tenido que robar porque se lo había encontrado en la arena de la playa, cargado con tres cartuchos y que no sabía si funcionaría o no.

Sabatés refunfuñaba en voz baja, como hacía siempre, mientras andaba. Era un hombre de pocas ideas, pero fijas, y ahora había una que iba tomando cada vez más forma en su interior: dar una lección al cerdo del teniente Moxó en cuanto tuviera ocasión.

Estop no decía nada, pero la cantinela del teniente lo dejaba totalmente indiferente. Podía gritar todo lo que quisiera, porque él estaba pendiente de otras cosas. Estaba contento porque, a pesar de que iba en el batallón que abría la marcha, la suerte lo había situado, junto con sus compañeros, en la retaguardia del batallón, lo que, en principio, era bueno. Solo le molestaba un poco el batallón que seguía al de los voluntarios, el Alba de Tormes, porque si fuera necesario dar media vuelta durante la batalla, sería más difícil disimular la huida. Por eso se alegró cuando los soldados de detrás recibieron la orden de ponerse al lado de los voluntarios. De repente, entre la retaguardia de los voluntarios y el siguiente grupo de soldados había un vacío de prácticamente doscientos o trescientos metros. Con el humo de los

cañones, nadie vería si se escapaban de la primera línea de la batalla.

Bocanegra era uno de los pocos voluntarios que contaba con experiencia militar. Aunque las guerras carlistas le quedaban lejos, ya había vivido la excitación que se apoderaba de los soldados cuando iban a una batalla pensando que la ganarían. Lo que no sabían era que solo ganan las batallas los que sobreviven y, por eso, desde el primer momento él se había planteado moverse por el batallón para colocarse en la retaguardia, en el sitio más resguardado posible. Por suerte, la Tercera Compañía había sido asignada allí y, por lo tanto, Bocanegra no había tenido que hacer ninguna maniobra extraña para situarse detrás de todo. Al principio, se las había apañado para quedar lejos de Tarrés y los demás, pero la irregularidad del avance de los voluntarios había dejado dos o tres veces al descubierto su posición, de modo que los tres expolicías podían verlo perfectamente. No tenía, pues, ningún sentido esconderse de esta forma. Poco a poco, mientras avanzaban, buscó un ángulo más favorable, unos cuatro o cinco metros detrás de Tarrés y los demás y unos veinte o treinta metros más hacia la derecha. Era un buen lugar para vigilarlos sin que se dieran cuenta, siempre y cuando no volvieran la cabeza, aunque, en principio, no tenían por qué hacerlo. En las batallas, los soldados miraban siempre hacia delante, excepto cuando daban media vuelta y salían corriendo, porque entonces sí que se volvían de vez en cuando para ver a qué distancia se encontraban sus perseguidores.

Además, Bocanegra confiaba siempre en su intuición y creía que, por ahora, no le había ido tan mal. Aquella mañana en la llanura de Tetuán era necesario estar cerca de los tres exconvictos y ver qué hacían. Tal vez, con un poco de suerte, podría beneficiarse, puede que ayudándolos y ganándose su perdón o puede que rematándolos si caían heridos y librándose así para siempre de ellos. Ya se vería.

El comandante Sugrañes miró al general Prim, que estaba unos centenares de metros más atrás, montado en un caballo amarronado. A aquella distancia, y más con el caballo nervioso moviéndose de un lado a otro, no podía saber si Prim quería que atacaran directamente, que esperaran más tropas o un cañonazo bien dirigido de los Krupp o vete a saber qué. El cuerpo le pedía hacer avanzar a todo el batallón a la carga, pero al frente de las tropas, donde a él le gustaba estar cuando iba a empezar el sarao de verdad, no podía recibir ninguna orden del general. Además, ahora, justamente ahora, las nubes dejaban pasar el sol, y la figura del general le quedaba a contraluz. Intentó distinguirlo haciendo visera con la mano, pero solo lo reconocía por la forma de cabalgar y por la silueta. Era imposible saber qué le pedía o, incluso, si le estaba pidiendo algo. Maldito sol, qué inoportuno. El comandante sabía que no podía detenerse demasiado rato allí, a apenas quinientos metros del murete de los marroquíes. Los cañones de los moros estaban callados, pero sospechaba que no era a causa del contrafuego de los Krupp, sino porque los marroquíes se reservaban las cargas para arrojarlas como un volcán de fuego contra los atacantes. Si se estaban

quietos durante mucho rato, los artilleros marroquíes podían decidir que a aquella distancia valía la pena probar puntería con las barretinas de los catalanes. Sabía que los voluntarios eran valientes, pero había que tener nervios de acero para soportar quietos que les dispararan cañonazos. La moral podía quebrarse y si el batallón de vanguardia huía despavorido, toda la batalla podía irse al traste. En cambio, con el arrojo que los voluntarios tenían ahora, seguro que podían atacar el murete corriendo hacia el enemigo. Si alguien caía herido o muerto, los demás prácticamente ni se percatarían hasta que acabaran con los defensores.

Tomó una decisión de compromiso. Ordenaría a los voluntarios que avanzaran, pero no a la carga, mientras él retrocedería a regañadientes unos centenares de pasos para hablar con Prim o para encontrarse con algún mensajero del Estado Mayor con órdenes para él. Con un poco de suerte, podría regresar a la primera línea antes de que los voluntarios llegaran al pie del murete de defensa.

Los voluntarios iniciaron la marcha primero a un paso normal, pero muy pronto unos cuantos empezaron a acelerar. Gort, que estaba a la izquierda de la fila, mantuvo el paso que les habían ordenado, entre otras cosas porque no quería volver a torcerse el pie. No le parecía nada oportuno quedarse inmovilizado delante del enemigo, por lo que prefería ir a un ritmo normal y fijarse dónde pisaba.

Hombre a hombre, los voluntarios se fueron introduciendo en el barro. En aquella zona el agua se había estancado mucho más que en la anterior marisma. El humo de los cañones, a ras de suelo, parecía haberse quedado retenido allí a causa de la vegetación. Poco a poco, los voluntarios fueron perdiendo las referencias para orientarse. Además, algunos cañizares les impedían andar en línea recta y pronto las dos primeras hileras de catalanes se fusionaron sin querer.

Detrás, los problemas eran los mismos. Cada vez había menos visibilidad y solo se oía el ruido de los hombres que removían el agua y el barro, las palabrotas y, de vez en cuando, los cañonazos procedentes de las filas españolas.

Sugrañes se había medio perdido. Sin orientación, andaba más hacia la derecha del batallón que en línea recta. Se paró un momento para buscar alguna referencia, pero era imposible. Pensó en retroceder, pero no tenía del todo claro dónde estaba. No quería preguntar a los pocos soldados que se encontraba, porque le daba un poco de vergüenza que creyeran que se estaba alejando de la batalla. Siguió andando, esperando que un poco de aire despejara el humo del barrizal.

Aunque no lo sabían, Moxó y sus tres hombres estaban muy cerca de Sugrañes. El teniente estaba tan perdido como su comandante, o puede que más, porque en una de estas se había caído en un charco y se había quedado empapado. Además, se le había mojado el revólver y no sabía si le funcionaría. Por eso llevaba en la mano el sable reglamentario. Eso le inspiró: pensó en golpear la espalda de sus hombres con la hoja plana como había visto hacer a la Guardia Civil. Un golpe así no provocaba la menor herida, pero seguro que hacía mucho daño. De este modo les incitaría a andar más rápido y, sobre todo, reforzaría su autoridad. Pensó que descargaría el golpe en el

que le caía peor de los tres, Sabatés, el de la cara de rata. Se le acercó por detrás, pensando en la sorpresa que se llevaría y en lo que lo asustaría su furia.

En la primera línea, los hombres que estaban más avanzados habían llegado prácticamente al murete sin que los moros se lo hubieran impedido en absoluto. Un numeroso grupo de voluntarios se había parado a una treintena de metros, medio ocultos por unas cañas más altas que un hombre. Desde ahí podían ver muy bien las troneras, situadas a poco más de un metro del suelo. En realidad, el parapeto, que era muy irregular, no medía más de dos metros de altura, y en muchos puntos tal vez no alcanzara siquiera el metro y medio. Era relativamente fácil treparlo y saltarlo.

Era evidente que los marroquíes los estaban esperando y que en cuanto se dieran cuenta de que los voluntarios se acercaban empezarían a disparar. Pero lo cierto era que en aquellos momentos, en aquel tramo preciso de parapeto, no se veía ni un enemigo. Así que, y más teniendo en cuenta que solo faltaban, nada, treinta metros, si lograban acercarse corriendo, probablemente la mayoría llegaría sin problemas al murete, y lo demás sería muy fácil. Se trataba de correr mucho y no pararse. No parecía sencillo, porque el trecho que quedaba estaba también embarrado, pero lo cierto era que aquellos hombres habían llegado hasta allí sin perder nada más que un poco de dignidad cuando alguien había resbalado y se había caído de culo al suelo. El teniente Ferrer Carriol miró a un lado y a otro y se percató de que, dado que era el oficial de más rango de aquel grupo, la decisión era suya. Podía esperar unos minutos para ver si llegaba algún capitán o el mismo comandante Sugrañes, pero quizás entonces la oportunidad habría desaparecido. Repasó mentalmente las ordenanzas y llegó a la conclusión de que era el momento. Explicó sus órdenes a tres sargentos y, acto seguido, gritó:

—¡Al ataque!

La falta de experiencia y el excesivo entusiasmo les pasaron factura. Salieron del cañizar gritando como locos para darse moral y, como es lógico, un griterío así alertó a los marroquíes, que empezaron a asomar la cabeza por el parapeto. Además, esta salida impetuosa les impidió darse cuenta de un hecho crucial: los moros les habían tendido una trampa. Los días previos al ataque habían estado haciendo mucho más profundo aquel charco inmenso de agua. Hasta entonces, las charcas que los voluntarios se habían encontrado de camino hacia las defensas no tenían más de medio metro de agua. Ahora se enfrentaban con una balsa disimulada que podía tener un metro y medio o dos metros de profundidad. El resultado fue el que los zapadores enemigos habían previsto: los primeros hombres que entraron en ella se hundieron. El empuje de los que iban inmediatamente detrás no permitía recular a los primeros, y los voluntarios iban chocando entre sí mientras procuraban avanzar hacia el parapeto. No toda la balsa tenía la misma profundidad, sino que de vez en cuando había alguna zona en la que el suelo se elevaba un poco. A medida que iban entrando en el agua, los voluntarios se iban dispersando, buscando el mejor camino hacia delante, molestándose mutuamente. Gort llegó al cañizar justo cuando los primeros hombres

alcanzaban la mitad de la balsa. Desde detrás de las cañas, pudo ver perfectamente lo que estaba a punto de suceder. Decenas de hombres habían empezado a tomar posiciones en el parapeto y apoyaban las espingardas y otras armas desconocidas en la tierra prensada que servía de defensa. Al mismo tiempo, tres cañones asomaron por las troneras. En pocos segundos, los voluntarios recibirían una avalancha de plomo y fuego, y no tenían ninguna forma de defenderse. Se sintió desprotegido. A treinta o treinta y cinco metros de distancia del parapeto, de pie, era un blanco perfecto. No se lo pensó demasiado: en el agua de la balsa, entre sus compañeros, estaría mejor protegido. Tomó impulso y se lanzó en ella, procurando no soltar el fusil, como habían hecho otros voluntarios. Entonces empezó la matanza.

Todos los hombres que había dentro de los pantanos oyeron perfectamente la descarga de decenas de espingardas y el sonido más intenso y grave de los cañones cargados de metralla que se habían disparado desde los parapetos. La mayoría de los que todavía no habían llegado a la balsa se paralizaron. Como Moxó, que estaba a punto de descargar un golpe en la espalda de Sabatés. Se quedó con el sable en el aire, levantado.

Puede que la reacción de Sabatés fuera comprensible pero, como era habitual en él, no fue nada reflexiva. Al ver que Moxó se había quedado con el sable suspendido en el aire, a punto de descargarlo sobre él, se apresuró a buscar el Lefauchaux. Las balas de aquel tipo de revólver eran de un calibre de once milímetros, y a corta distancia dejaban un agujero terrible. Sabatés se sacó el arma de la cintura y en cuanto tocó el gatillo, se le disparó el revólver, lo que evitó que Moxó cayese muerto en el acto, porque aunque Sabatés habría preferido dispararle en el pecho, a la hora de la verdad le había dado en el brazo en el que llevaba el sable, el derecho. La bala le arrancó buena parte del bíceps y le fragmentó el húmero. Era una herida horrorosa. Moxó salió disparado hacia atrás y quedó tendido en el suelo, sufriendo convulsiones y gritando, mientras que la sangre se extendía por el barro. Chillaba como un cerdo, con unos gritos agudos que herían los oídos.

Sugrañes los oyó perfectamente, tanto el disparo como los gritos, que procedían de su izquierda, muy cerca de donde estaba. Sacó el revólver y se dirigió hacia ellos, convencido de que los marroquíes habían infiltrado hombres para pillar por sorpresa a los atacantes. El comandante llegó justo a tiempo de ver algo que, en un primer instante, no alcanzó a comprender. Vio que un voluntario apuñalaba con una bayoneta a otro que yacía, ensangrentado, en el suelo. El herido seguía chillando y, pasado aquel breve instante de incompreensión, Sugrañes reconoció a Moxó.

Después del disparo de Sabatés, Estop había reaccionado en un santiamén. Moxó había sobrevivido y si se recuperaba y hablaba, los tres estarían condenados. A Sabatés lo liquidarían seguro, fusilado o ahorcado, y los otros dos, tanto Tarrés como él, ya podían olvidarse, como mínimo, del indulto. El humo y los ruidos de la batalla los rodeaban. Giró el fusil donde llevaba calada la bayoneta y atravesó con ella el pecho de Moxó para rematarlo. Pero la primera estocada no fue suficiente. Moxó

seguía gritando y moviéndose en el suelo. Estop extrajo la bayoneta del pecho del teniente y se la volvió a clavar, esta vez haciéndola oscilar de un lado a otro para ensanchar la herida.

Esto fue exactamente lo que vio el comandante Sugrañes. Y, entonces, levantó el revólver y apretó el gatillo para abatir a Estop, pero no pasó nada, seguramente porque, como solía ocurrir, el cartucho estaba deteriorado. Se apresuró a intentar abrir el arma para desalojar el cartucho y disparar de nuevo, pero no tuvo tiempo; Tarrés ya lo había visto.

Cuando vio que Sabatés disparaba a Moxó, a Tarrés se le vino el mundo abajo. Aquella mala idea podía malograr todos los esfuerzos que había hecho para volver a ser libre. Por ello aplaudió mentalmente la resolución de Estop para resolver el problema. Antes de que este hubiera terminado el trabajo, Tarrés ya había empezado a pensar qué sería mejor: dejar el cadáver ahí mismo o llevarlo más adelante para simular que los marroquíes habían acabado con el teniente. Pero la aparición totalmente inesperada del teniente coronel Sugrañes desbarató todos sus planes. Tarrés se sacó el Adams de la faja, pero no pudo evitar que Sugrañes tratara de disparar su revólver. Que no funcionara le dio la oportunidad de apuntar. Una bala de cincuenta pulgadas como las que usaba el revólver Adams era una exageración. Hasta hacía poco, esta arma había sido la preferida de los oficiales españoles, pero la llegada del Lefauchaux, que podía disparar diversas balas sin recargar, la había ido relegando. Aun así, todavía había muchas, porque un tiro de aquel revólver provocaba un destrozo que ningún otro podía igualar. Tarrés apretó el gatillo y el Adams rugió con una sacudida inmensa. El retroceso motivó que el brazo de Tarrés se levantara, y la bala que había disparado fue a parar a la cabeza del comandante, que quedó destrozada en el acto. Sugrañes ni se dio cuenta. Su cuerpo y la parte de la cabeza que no había salido volando, cayeron pesadamente en uno de los charcos que había ahí mismo.

—¡Hostia, hostia, hostia, hostia y hostia! —bramó Tarrés, mientras tiraba al suelo con furia el revólver ya descargado que todavía humeaba—. ¿Por qué coño tenías que cargarte al teniente? ¿Dónde tienes el cerebro? ¿Has visto lo que nos has hecho? Ahora, ahora, ahora... Tendría que matarte. ¡Mierda, eres un fanfarrón!

Sabatés soportó los gritos en silencio. Internamente estaba satisfecho por haberse cargado al teniente Moxó, que era un individuo despreciable. Y que Tarrés hubiera liquidado al comandante del batallón, pues había sido un accidente, ni más ni menos. Que no hubiera aparecido en el momento más inoportuno, ¿no? Pero no dejó que todo esto se le reflejara en el semblante. Siguió poniendo la cara de siempre, malhumorada y cabreada.

—Lo siento, no he tenido más remedio...

Estop soltó una carcajada y repitió con voz de niño más o menos lo que había dicho Sabatés mientras agitaba el fusil con la bayoneta llena de sangre.

—Lo siento, lo siento, no he tenido más remedio, no os enfadéis... ¡Oh, qué pena,

me he cargado al teniente sin querer, oh, oh...! —Estop dejó de adoptar aquella voz tan ridícula y se dirigió a Tarrés en su tono normal—: Jeroni, con este no vamos a ninguna parte. ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos largamos o qué?

Tarrés observó el panorama. Delante de ellos se seguían oyendo gritos y disparos, pero el humo de los cañones parecía más espeso todavía que antes. Sin embargo, no podía confiarse en que aquello durara mucho rato, de modo que había que tomar una decisión. Era muy extraño que hubiera dos oficiales muertos tan atrás y juntos. Aunque Moxó les había dicho que solo Sugrañes y él sabían que estaban bajo vigilancia, muchos voluntarios podían haber visto que Moxó se alejaba con ellos tres. No, había que llevar como mínimo uno de los cadáveres hacia el frente, donde habría más señales de batalla.

—Sí, tenemos que irnos, pero nos llevaremos el cuerpo de Sugrañes para dejarlo lejos de aquí, más hacia delante. Tenemos que dejarlo donde parezca que lo han matado los moros. Tú, Estop, toma al teniente coronel y ve hacia delante. Yo iré un poco más adelante, por la izquierda, y tú, Sabatés, por la derecha, unos metros más allá. Tenemos que evitar que alguien vea que estamos moviendo a Sugrañes de sitio. Sabatés, esto va por ti, no quiero ningún herido ni ningún muerto más, ¿de acuerdo? Si viene alguien, nos avisas, pero no le dispaes ni le apuñales, ¿lo has entendido?

—Claro que lo he entendido; no soy idiota —protestó Sabatés.

—Pues para no serlo, lo disimulas muy bien, la verdad —replicó Estop mientras empezaba a cargarse el cadáver del comandante al hombro—. ¡Uf, me estoy manchando de sangre por todas partes, qué asco! Cómo pesa este hombre...

Bocanegra también notó que la batalla empezaba. Que se produjera más hacia delante, a cierta distancia, le pareció bien. Lo que le sorprendió fueron los dos disparos que se oyeron mucho más atrás. Aunque los oficiales les habían dicho que no había que cargar el fusil porque el ataque sería a la bayoneta, sacó un cartucho, lo rompió y cargó el fusil por la boca tras sacarle un momento la bayoneta. Una vez cargado, volvió a acoplarle el cuchillo y levantó el martillo del percutor, preparado para disparar. Con la bayoneta calada, el tiro no sería tan preciso ni llegaría tan lejos, pero si le saltaba encima un moro emboscado, no le importaba ni la precisión ni la distancia. Le pegaría un tiro y lo atacaría después con la bayoneta.

Avanzó procurando no hacer ruido por si acaso. Un poco más adelante oyó gritar a un hombre que parecía abroncar a alguien. ¡Era Tarrés! Lo reconoció por el tono de voz, aunque no alcanzó a entender qué decía. Aquello no era normal. ¿Acaso había disparado Tarrés? ¿Cómo podía gritar de ese modo si estaba con el teniente? Decidió ir con un poco más de precaución aún. Los marroquíes le daban miedo, pero ese miedo no era comparable al que le provocaban Tarrés y sus amigos.

También oyó a Estop y puede que a Sabatés. Se detuvo hasta estar seguro de que las voces se habían alejado. Entonces, siguió andando hasta que vio un cuerpo en el suelo. Parecía un voluntario, y estaba tan quieto que seguramente estaba muerto. Al llegar donde estaba no le extrañó en absoluto descubrir que el cadáver era el del

teniente Moxó. Tenía una herida de bala brutal en un brazo, prácticamente arrancado, y unas cuchilladas muy feas en el pecho. No eran necesariamente de bayoneta, pero se habría apostado la fortuna que no tenía a que lo eran y a que quien las había causado era uno de los tres expolicías. Moxó se había muerto con cara de terror y, en resumidas cuentas, no era una visión nada agradable.

Bocanegra respiró hondo. ¡Aquellos cabrones no habían tardado ni un día en deshacerse de su teniente! Si en algún momento había dudado de si Tarrés y compañía habían cambiado un poco, los ojos abiertos y vidriosos del teniente Moxó le habían confirmado que no. Esos tres no tenían ningún escrúpulo y, además, poseían una furia asesina que ponía en peligro a cualquiera que se les acercara. Y que él supiera, quien los tenía ahora más cerca era él. Porque lo conocían y se la tenían jurada. Tenía que alejarse de aquellos personajes todo lo que ellos le permitieran.

Pero no sería tan fácil escabullirse de ellos. A pocos metros del cadáver de Moxó, vio unos restos muy extraños. En un charco próximo había mucha sangre y trozos de carne, hueso y cabellos. Parecía un fragmento de la cabeza de alguien. De Moxó no podía ser porque se la había visto completamente entera. ¿Quién había muerto además de Moxó? Tenía la respuesta muy cerca, pero le pareció inverosímil. Un poco más allá encontró una barretina blanca con el ribete azul, muy ensangrentada y con restos humanos como los que había visto en el charco hacía un momento. El único que llevaba una barretina así era el comandante Sugrañes. Pero no podía ser... En aquellos instantes Sugrañes estaría luchando al frente de sus tropas. Y, en cualquier caso, ¿dónde estaba su cuerpo? Se obligó a retroceder para ver qué más encontraba y localizó un par de objetos igual de sorprendentes: un revólver Adams usado y un Lefauchaux encallado que todavía llevaba el cartucho y tenía el pistón roto. Trató de recordar si Sugrañes tenía una de esas dos armas, pero los Adams y los Lefauchaux eran los revólveres típicos de los oficiales de todo el Ejército y podían ser de cualquiera. Ahora bien, un revólver disparado y otro estropeado podían significar que Sugrañes había sido atacado.

Bocanegra no era nada sentimental, y aunque a estas alturas ya estaba plenamente convencido de que el comandante Sugrañes, un hombre que los últimos años lo había ayudado, y mucho, había sido asesinado, se quedó frío. No podía entender cómo Sugrañes había acabado allí, donde habían liquidado a Moxó, pero era evidente que los mismos que habían matado al teniente se habían cargado al comandante. Y no podían ser otros que los de la Ronda. Tarrés y los suyos no podían saber de ninguna forma que él estaba enterado de su secreto. Si quería sobrevivir, y sabía que no sería fácil, tenía que callar para siempre.

Gort se hundió en el agua y oyó cómo las balas repiqueteaban en la superficie. Era el momento de salir a respirar, porque los marroquíes tardarían entre medio minuto y un minuto en volver a tener preparados los fusiles. Cuando sacó la cabeza del agua, tuvo una perspectiva confusa de lo que estaba pasando. Por todas partes se veían

voluntarios salpicando en el agua: unos avanzaban hacia el parapeto y otros intentaban salir de la balsa, retrocediendo para huir de los disparos. También los había que flotaban medio hundidos, heridos o muertos. Decidió que él formaría parte del primer grupo pero que, en la medida de lo posible, se protegería. Uno de los muertos medio flotaba delante de él. Era Toni Pitaluga, a quien Gort había tenido que indicar dónde tenía que dormir y dónde podía conseguir el uniforme cuando se había alistado en Barcelona. Pitaluga tenía una pequeña herida en el pecho que, al parecer, había bastado para enviarlo al otro barrio. Gort sujetó el cadáver del voluntario y lo fue empujando delante de él a modo de escudo.

Así como en la primera descarga los marroquíes habían disparado más o menos todos a la vez, ahora ya no lo hacían de ese modo, lo que disminuía su eficacia. Se notaba que en aquel parapeto no había demasiados soldados adiestrados y sí, en cambio, muchos hombres reclutados exclusivamente para aquella defensa. Pero aunque disparaban mal y a destiempo, alguna bala acababa hiriendo o matando a alguno de los muchos voluntarios que había en la balsa. Los disparos de las espingardas eran muy peligrosos, pero los que resultaban más letales eran los de cañón. La primera andanada había resultado especialmente mortífera, porque como mínimo uno de los tres cañones situados delante de la zona por donde se acercaban los voluntarios estaba cargado con metralla. Gort temía la segunda andanada. Entre el cuerpo del voluntario muerto, algunas pequeñas islas de vegetación y un poco de suerte, se sentía con ánimos de evitar los disparos de las espingardas. Sabía que, en cambio, no había defensa posible ante una bala de cañón o ante la metralla. El segundo disparo de los cañones se hacía esperar, quizá porque los artilleros tampoco estaban bien adiestrados. Aprovechó la pausa relativa para mirar y pensar el camino para salir de aquella balsa de muertos. Se fijó en que a su izquierda se habían acumulado los cuerpos de tres hombres, puede que un par de ellos todavía vivos. Parecía que aquellos malheridos sobresalían del agua más que otros. Puede que allí la balsa no fuera tan profunda. Vio que, con la agitación del agua que provocaba el chapoteo de los voluntarios, de vez en cuando quedaba descubierta una franja de tierra en aquella zona. Se acercó con cuidado y sí, los marroquíes habían dejado un paso disimulado, cubierto con apenas un palmo de agua. En aquel momento los cañones dispararon e hirieron a unos cuantos voluntarios más. Una de las troneras estaba situada justo delante del camino hundido, como defensa si los atacantes lo descubrían o para ayudar a los marroquíes si efectuaban una salida contra los españoles. Se decidió: o ahora o nunca. Teniendo en cuenta la poca habilidad de los artilleros, tardarían un par de minutos como mínimo en volver a cargar el cañón que acababa de disparar. Era el tiempo que tenía para llegar al camino y correr hasta el parapeto. No se lo pensó más, tomó impulso para encaramarse y salió disparado, rogando que no se hubiera equivocado y que la elevación del terreno llegara realmente hasta el final de la balsa. Corrió como alma que lleva el diablo, oyendo cómo algunas balas le pasaban cerca. Se aproximaba al murete de defensa, así que

dio un salto y, sin tiempo para frenar, chocó con el muro de tierra prensada. El golpe fue doloroso, pero no le importó. Ahí debajo era muy difícil que los marroquíes pudieran dispararle porque el muro era muy recto y no habían construido ninguna torre o baluarte que permitiera atacar a quienes, como él, lograran llegar hasta la pared. Para dispararle, el fusilero tendría que asomar mucho el cuerpo. En realidad, uno de ellos lo intentó, pero Gort alzó el fusil con la bayoneta y le pinchó un costado. No lo mató, ni siquiera lo hirió de gravedad, pero bastó para que el marroquí decidiera que había otras dianas más fáciles. Además, ¿qué podía hacer un hombre solo al pie del muro?

Pero empezaba a no ser un hombre solo. Otros voluntarios, al ver cómo Gort había logrado salir de la balsa, repetían la carrera por el camino medio hundido. Un par fue lo bastante idiota para no tener en cuenta la cadencia de disparos del cañón, y una bala le arrancó la cabeza a uno y dejó muy malherido al otro. Pero a los pocos minutos ya había una treintena de hombres al pie del muro, sin saber muy bien qué hacer. Era evidente que podían entrar por las troneras, pero el problema era que las armas que llevaban, los que todavía las llevaban, estaban empapadas, de modo que era imposible cargarlas y dispararlas. Tendrían que hacerlo a la bayoneta, pero entrar de uno en uno por la tronera en una zona donde había decenas de enemigos con armas de fuego cargadas era un suicidio. Pegados al muro, exhaustos, algunos de ellos heridos, era muy difícil que alguien tomara las riendas y decidiera qué había que hacer. Desesperado, Gort miró hacia el otro lado de la balsa, hacia los cañizares. Los voluntarios que faltaban habían ido llegando, pero la mayoría no acababa de decidirse a cruzar el agua, a la vista de lo que había sucedido a los compañeros que los habían precedido. Entonces, como si fuera una aparición, la cabeza de un caballo salió de entre las cañas, y sobre el animal, el mismísimo general Prim. ¡El primer alto oficial que aparecía y era el propio jefe del Segundo Cuerpo! Y mientras se preguntaba un instante dónde estaría, por cierto, Sugrañes, Gort vio que el general observaba la balsa para buscar la manera de cruzarla, así que decidió sacarlo de dudas:

—¡Aquí, aquí, general! —gritó agitando los brazos hasta que, finalmente, Prim lo miró—. ¡Hay un camino! ¡Hay un camino! ¡Allí, delante de la tronera, allí! ¡Solo hay un palmo de agua y es ancho!

Prim no dijo nada pero dirigió la vista hacia donde decía aquel voluntario que, por cierto, le sonaba de algo. Reconoció los mismos signos que habían alertado antes a Gort y vio cómo la mayoría de los situados al pie del murete estaban prácticamente en línea recta al camino oculto. Miró a su alrededor y vio a los voluntarios, incluidos los oficiales, expectantes, sin saber muy bien qué hacer. Otro general habría ordenado a sus subordinados que atacaran, pero él temía que la inexperiencia de los catalanes condujera el ataque al desastre. No, en lugar de explicar lo que tenían que hacer y perder tiempo y hombres, había que aprovechar el momento. No se lo pensó más y gritó a los voluntarios:

—¡Venga, muchachos, síganme!

Sacó el sable, espoleó al caballo y empezó a tomar velocidad por el camino hundido. Los voluntarios no se creían lo que estaban viendo. ¡El mismo general Prim cabalgando sobre las aguas! Cuando se acercó al murete, Prim clavó aún más las espuelas en el lomo del pobre caballo, se agazapó un poco y se preparó. Gort lo tuvo claro: Prim iba a saltar la tronera con el caballo para entrar en el campamento enemigo. Y él lo seguiría, seguro.

El caballo no falló, saltó por encima del cañón, chocó con las patas de atrás en el agujero de la tronera, y animal y jinete entraron en el campamento enemigo un poco de lado, a punto de caerse. Aquella entrada tan poco canónica en el campamento fue providencial, porque el impulso del caballo tiró al suelo a dos de los artilleros y provocó que los demás servidores del cañón se echaran hacia atrás. Gort, en cuanto Prim y su caballo hubieron entrado, saltó por encima del cañón y, con la bayoneta avanzada, se introdujo en el campamento enemigo. El general ya estaba repartiendo sablazos a uno y otro lado, pero, pasado el primer susto, su situación era precaria. Unos cuantos voluntarios habían empezado a saltar el murete o a entrar directamente por las troneras, como había hecho Gort, pero la desproporción entre atacantes y defensores era enorme. Gort había herido a un hombre en la cara y, agitando la bayoneta, había hecho huir a tres artilleros que intentaban defenderse con las baquetas del cañón. Pero ahora estaban llegando los soldados marroquíes con espingardas y gumías, y el ataque, tan precario, corría el riesgo de fracasar. Lo que estaba claro era que la única posibilidad de salir con vida que tenían el general y los voluntarios que habían entrado al asalto era ganar.

Los marroquíes dedujeron fácilmente que el ánimo de los atacantes decaería si conseguían tirar al general del caballo. Por esa razón varios hombres con espadas se le acercaron para intentar herir al animal y, de paso, al jinete. Prim se defendía como podía con el sable, pero necesitaba ayuda urgentemente. Gort corrió hacia él y clavó la bayoneta a uno de los enemigos, por la espalda, a la altura de los riñones. La primera vez que Gort mataba a alguien en la vida y lo hacía cuando tenía al hombre de espaldas. Extrajo la bayoneta del cuerpo y siguió hacia los moros que asediaban a Prim. El siguiente era un hombre de mediana edad, totalmente rapado pero con una barba puntiaguda. Llevaba una chilaba con un cinturón de tela, de donde le colgaba la vaina de la espada. El muchacho no se lo pensó y clavó de nuevo la bayoneta, esta vez en el costado. Seguramente alcanzó con la hoja el corazón del hombre, que cayó redondo en medio de una explosión de sangre que le enrojeció la ropa.

La entrada fulgurante de Gort, la energía de Prim a caballo y la incorporación cada vez más numerosa de voluntarios quebró la moral de los defensores. Aunque puede que los soldados marroquíes fueran diez o veinte veces más numerosos que los atacantes, de repente empezaron a tirar las armas al suelo y a marcharse corriendo en dirección a las tiendas del campamento. Los voluntarios, desenfrenados, los persiguieron, clavando las bayonetas donde podían y, en algún caso, disparando si tenían el fusil en condiciones. El miedo que habían sentido, el hecho de ver cómo los

compañeros caían en la trampa de la balsa, la euforia de la entrada al asalto, todo se conjugó para que los hombres se dejaran arrastrar en una orgía de sangre. Los marroquíes que se rendían solo podían esperar que les clavaran un cuchillo o, como mínimo, un culatazo de fusil en la cara.

La entrada de los voluntarios provocó la reacción en cadena de toda la defensa de los marroquíes. Minutos después, los cazadores de Alba de Tormes saltaron el murete con menos oposición y, prácticamente al mismo tiempo, el Tercer Cuerpo, que estaba atacando por el flanco derecho, vio cómo los marroquíes empezaban a replegarse con cierto orden primero y en desbandada después. La batalla ya estaba decidida.

Los voluntarios fueron apagando la furia que los había consumido. Cuando llegaron a las tiendas del campamento, totalmente abandonadas, el deseo de matar se vio reemplazado por las ganas de saquear, de llevarse algún tesoro o, como mínimo, algún recuerdo exótico de aquella batalla. Pero, excepto unas cuantas tiendas que eran de los grandes mandos marroquíes, en las otras no había cosas de demasiado valor y, poco a poco, los hombres fueron recuperando el juicio.

Gort se sentó, agotado, ante una de las tiendas abandonadas, donde había una especie de cazuela de barro cubierta con una tapa cónica. La destapó y vio que contenía una comida muy curiosa, que nunca había visto: una especie de gachas amarillentas con pasas, piñones y verduras. Tenía buena pinta, así que tomó un puñado con la mano. Todavía estaba algo tibia y la encontró deliciosa. Comió unos cuantos puñados más hasta que le entró una gran somnolencia y se quedó dormido.

Es probable que no durmiera más de diez minutos, pero aquella cabezada tan corta le permitió recuperar fuerzas. Aún se oía algún tiro esporádico, sobre todo en la montaña que le quedaba a la derecha, donde estaba el segundo campamento marroquí. Pero parecía que ahí también se había derrotado a los enemigos. Gort no sabía si ahora tenían que seguir avanzando hasta Tetuán, que estaba a dos o tres kilómetros de distancia. La ciudad estaba amurallada, y si tenían que asaltarla no sería algo rápido, eso seguro. Además, si todos los que habían participado en la batalla de esa mañana estaban tan cansados como él, difícilmente tendrían empuje para atacar las puertas de la ciudad.

Los voluntarios estaban agotados. Haber llevado el peso de la batalla cuando no hacía ni un día que habían llegado a África había sido una prueba muy dura. Además, una vez había pasado el arrojío y la locura del combate, empezaban a pensar en el riesgo de muerte que habían corrido y en los compañeros que habían caído. Una de las tiendas más grandes que había abandonado el enemigo había sido habilitada como hospital de sangre. Ahí, algunos catalanes y muchos soldados que no habían llegado a participar directamente en la batalla, estaban llevando a los muertos y a los heridos, la mayoría caídos en la balsa mortal. Alineaban a los fallecidos, uno al lado de otro, delante de la tienda, mientras que entraban a los heridos para guarecerlos en la medida de lo posible. Unas cantineras se dispusieron a arreglar a los cadáveres y a buscar en los bolsillos o las mochilas, si todavía las llevaban, las cartas o los

recuerdos que quizás habían dejado para sus familias. Gort, todavía sentado en el suelo, vio cómo uno de los grupos que llevaba a un voluntario herido o muerto era especialmente numeroso y, además, provocaba gran revuelo entre los catalanes que se acercaban. Decidió levantarse e ir a ver qué pasaba. La comitiva dejó al voluntario que transportaba en la zona de los cadáveres, y la gente lo rodeó. Gort fue apartando a los soldados hasta poder ver el cuerpo. En un primer momento no quiso reconocerlo. El cadáver tenía media cara tapada con un pañuelo. Bueno, no exactamente tapada, porque no seguía el contorno normal de la cara, sino que se hundía y revelaba que le faltaba un buen pedazo de cráneo. Ningún otro de los muertos de bala tenía semejante destrozo. Ni el uniforme ni lo poco de la cara que podía verse dejaban lugar a dudas: aquellos eran los restos del teniente coronel Victorianu Sugrañes, a quien todo el mundo conocía como comandante Sugrañes.

Gort abrió la boca y se quedó petrificado. Dio media vuelta y se alejó del grupo de gente que miraba entristecida a Sugrañes y a los demás soldados muertos. Empezó a dolerle la nariz rota, y el dolor le hizo recordar los ratos que había pasado con el comandante desde que había muerto su padre, cómo lo había cuidado, cómo, a su torpe manera, se había encargado de él y cómo, ahora se daba cuenta, lo había querido como a un hijo. Y, por primera vez desde que asesinaron a su padre, Gort sollozó.

—General, ¿se puede pasar?

Desde el exterior de la tienda que había sido de Muley Ahmed, uno de los dos hermanos del emperador de Marruecos que comandaban las tropas a las que acababan de derrotar, el teniente coronel Fort avisó al general Prim para poder hablar con él. Fort era un hombre discreto, con una trayectoria militar más regular que la que había tenido Sugrañes, pero que también había sido represaliado por liberal. Junto a Prim se sentía bien, a pesar de que tenían caracteres muy distintos. Prim era afable, pero frío como el mármol, mientras que el teniente coronel era seco y estricto en el trato, aunque en el fondo era un sentimental. Prim decía a menudo que Fort era el mejor oficial que tenía, pero que le faltaba un poco de imaginación. Le faltara o no, estaba seguro de que lo que ahora tenía que explicar a Prim no le gustaría. Bueno, a él, por lo menos, no le habría gustado.

—¡Pasa, pasa, Fort!

—Con permiso, general... —Fort no tuvo que agacharse para entrar en la tienda. El suelo estaba lleno de alfombras de colores muy diversos: rojas, verdes, turquesas. Había un par de mesitas bajas muy decoradas y un montón de utensilios de plata para preparar y tomar infusiones.

—Es bonito, ¿verdad? —Prim describió un círculo con el brazo para indicar el contenido de la tienda—. Bonito, pero poco práctico. Después, haz pasar al ordenanza, que le pediré que me traiga una mesa como es debido, sillas, lo que haga falta para que sea habitable... A ver, ¿qué hay?

—No sé si se ha enterado de que el teniente coronel Sugrañes...

—Sí, sí, ya me lo han dicho, ya. —Prim se permitió bajar los ojos un momento en señal de duelo—. ¡Pobre Victorianu! Toda la vida ha sido un hombre valiente y así ha muerto, como él quería, al frente de sus tropas... ¿Te encargarás tú de que le hagan llegar sus pertenencias a su familia, Fort? Ahora no recuerdo cómo se llama su mujer, que es un poco pánfila. Pobre, lo pasará mal, seguro...

—Sí, no es ningún inconveniente, general. De hecho, ya lo he puesto en marcha antes de venir. Pero ha surgido un problema. Bueno, no sé si llega a la categoría de problema... Resulta que en un bolsillo del cadáver del teniente coronel han encontrado una carta dirigida a usted.

—¿A mí? —se sorprendió Prim—. Pero ¿por qué? ¿La has leído? ¿Qué dice?

—General, yo...

—Seguro que la has leído, porque es tu obligación, y has hecho bien. Va, ¿qué dice?

—Resulta que Sugrañes tenía un ahijado, un joven que ahora es cabo de los voluntarios. Parece que este muchacho es el hijo de un soldado que luchó con usted en las guerras carlistas. El soldado se llamaba Ramon Gort.

Prim frunció la boca y miró fijamente al techo.

—Gort, Gort... Creo que sé quién es. ¿Es de Reus, como Sugrañes?

—Pues no lo sé, porque en la carta no lo pone. Resulta que a este tal Ramon Gort lo mataron hace unos años.

—Vaya...

—Sí. Entonces Sugrañes acogió a su hijo, Joan Gort, y lo apadrinó. —Fort calló un momento.

—¿Y por eso me escribe Sugrañes una carta desde el más allá, porque hizo una buena obra hace años?

—No, lo que le pide a usted, general, de forma personal, es que se comprometa a que si él muere durante la guerra, ayudará todo lo que pueda al muchacho, y más teniendo en cuenta que es hijo de un antiguo soldado suyo y ahijado de uno de sus oficiales.

Prim chascó la lengua, disgustado. No le gustaba nada comprometerse a ayudar a nadie, y muy especialmente a un soldado en mitad de una guerra. ¿Qué pasaba? ¿Ahora no podría enviar a una unidad a luchar por miedo a que mataran a un soldado al que él se había comprometido a proteger? No, no le gustaba nada, y Fort lo sabía perfectamente. Pero Prim era de soluciones rápidas. Había estado pensando quién podía sustituir a Sugrañes al frente de los voluntarios y, en realidad, había medio decidido que uno de los capitanes del batallón ascendiera a comandante para que se hiciera cargo de los hombres. Pero esta solución no lo dejaba totalmente satisfecho, porque no conocía lo suficiente a los capitanes y no sabía si podían ser lo suficiente responsables para dirigir a sus catalanes. Ahora, con el problema del ahijado, se le había encendido la bombilla.

—¡Ya sé qué haremos! —Sonrió con expresión de lobo—. ¡Francesc Fort, te asciendo a coronel! A partir de ahora te encargarás del Batallón de Voluntarios de Cataluña... y de paso, del cabo Gort.

Fort abrió los ojos, sorprendido. Apenas hacía tres semanas que lo habían ascendido a teniente coronel y ahora se encontraba de golpe a un solo paso del generalato y con un batallón propio. Lástima que la guerra estuviera a punto de terminar...

—Yo, yo... Gracias, general, procuraré hacer honor a su nombramiento. —Fort consideró necesario cuadrarse y efectuar una salutación militar, lo que por primera vez provocó la risa de Prim.

—¡Ay, Fort, eres siempre tan formal que me haces reír!

Con la batalla que se había producido delante de Tetuán, la guerra tenía que haberse terminado. Pero no se terminó, y nadie sabía cuándo lo haría. Los españoles no entraron en la ciudad hasta dos días después de la victoria. Como siempre, O'Donnell, que era un hombre de lo más indeciso, decidió esperar acontecimientos. Y los acontecimientos llegaron en forma de delegación de los vecinos de la ciudad, en buena parte judíos, que pedían al Ejército español que entrara en Tetuán lo antes posible para acabar con los saqueos de los soldados derrotados. Pero O'Donnell se lo tuvo que pensar y repensar antes de dar la orden, y aun así montó una maniobra complicada y pesada de envolvimiento de la ciudad. Enviaron a los voluntarios a conquistar la alcazaba, un antiguo fortín musulmán que dominaba, pegado a las murallas, la parte más elevada de la población. Por suerte no había nadie dentro, así que nadie les disparó, pero como no tenían ni escaleras ni cuerdas, tuvieron que entrar de una forma muy de su tierra. Algunos voluntarios de Valls y de Vilafranca organizaron un castillo humano para superar el muro. Les bastó con un tres de cuatro, tanto para subir a la alcazaba como para ganarse la admiración de todo el Segundo Cuerpo, que los contemplaba desde la parte inferior de la muralla.

Los demás cuerpos lo tuvieron mejor, simplemente entraron por las puertas abiertas de par en par. Dentro de Tetuán el panorama era desolador. Muchas casas, especialmente las de la minoría judía, habían sido arrasadas por los soldados que huían. No había comida, muchos pozos estaban contaminados y la población estaba totalmente abatida. Además, como suele pasar después de un sitio, los tetuanés habían salido del fuego para caer en las brasas. Si sus compatriotas los habían maltratado, sus nuevos amos los humillaban todo lo que podían. Los españoles esperaban encontrar en Tetuán lo que podían encontrar en las ciudades de la Península: tabernas, bebida, comida grasienta y mujeres a buen precio. En Tetuán, una ciudad que era una capital agrícola, religiosa y muy tranquila, más bien conservadora, no existía nada de todo esto, lo que provocaba el mal humor de los soldados, que se lo hacían pagar a los habitantes.

No todos los ocupantes estaban preocupados por estas cuestiones. Mientras se

celebraban las conversaciones de paz, los soldados estaban acampados esperando acontecimientos. Al Segundo Cuerpo le había tocado instalar las tiendas fuera de la ciudad, en el camino de Tánger, justo al otro lado de donde había tenido lugar la batalla el cuatro de febrero. Gort se mostraba especialmente arisco desde la muerte del comandante Sugrañes. Los pocos que conocían la relación que lo unía con el comandante habían querido aproximarse para ofrecerle consuelo, pero él los había mandado a la porra. Ahora Gort solo tenía tiempo para pensar en una única cosa. Había prometido a Sugrañes que no se vengaría de los asesinos de su padre mientras estuviera bajo su mando, pero ahora, por desgracia, el comandante estaba muerto y él estaba liberado de esa promesa.

El nuevo coronel, Fort, le había parecido un hombre muy seco. Un día, una vez ya se habían instalado en el nuevo campamento, lo había llamado para decirle que sabía que Sugrañes había sido su padrino. De hecho, no dijo mucho más, y Gort no acabó de entender por qué lo había llamado a su tienda para decirle solo eso.

Ahora, con las manos libres, lo primero que había hecho había sido averiguar qué cara tenían Tarrés, Sabatés y Estop. Cuando los vio, le sorprendió cómo distorsiona el tiempo los recuerdos. De Estop no se acordaba. De hecho solo lo había visto a oscuras y de relativamente lejos. Pero a Sabatés y a Tarrés, sobre todo a Tarrés, sí que los recordaba bien, aunque se había formado la idea de que eran mucho más altos y fuertes de lo que aparentaban allí, en las afueras de Tetuán. También se tranquilizó con respecto a algo que lo había preocupado durante mucho tiempo, y era que tenía miedo de haber perdido el deseo de matarlos. No, no lo había perdido en absoluto y, en realidad, puede que tras la muerte de Sugrañes tuviera más ganas que nunca de hacerlo. De algún modo, por más retorcido que pareciera, si lograba matar a aquellos tres hombres, no solo se vengaría de la muerte de su padre, sino también de la muerte del comandante, o por lo menos del dolor que le había provocado su desaparición.

De todos modos, aunque formalmente estaba liberado de la promesa hecha al difunto comandante, Gort era muy consciente de que no podía ir y pegarles tres tiros sin más. Si quería matarlos, y quería además salir indemne de ello, tenía que ir con cuidado y planificar cómo hacerlo. Para empezar, lo mejor era encontrarlos por separado y solos, y eso, solo eso, ya era francamente difícil. Siempre iban los tres juntos a todas partes. El único que, de vez en cuando, iba más a lo suyo era Jeroni Tarrés, pero jamás se alejaba del campamento ni entraba en la ciudad cuando estaba solo. Como ahora las obligaciones de Gort solo consistían en hacer guardia de vez en cuando, tenía mucho tiempo para vigilar a los expolicías. Dentro del campamento era muy sencillo seguirlos sin que lo vieran, pero la cosa se complicaba cuando estaban libres de servicio e iban a Tetuán. Gort nunca había visto una ciudad tan laberíntica como aquella, con calles estrechas que zigzagueaban sin demasiado sentido. Las casas se inclinaban hacia las calles y parecían, por lo menos por fuera, viejas y destartadas, a punto de caerse en cualquier momento. Solo de vez en cuando, cuando la casualidad quería que se abriera la puerta de alguna vivienda a su paso,

podía ver fugazmente unos patios con unos mosaicos maravillosos, con fuentes de las que manaba agua fresca y puertas trabajadas por artesanos. Pero estas visiones duraban tan poco que dudaba de que lo que había visto se correspondiera con la realidad.

No se sentía cómodo en Tetuán. Muy pronto tuvo que renunciar a seguir a los tres expolicías dentro de la ciudad, porque era imposible que no se dieran cuenta si se acercaba, y los perdía si les concedía algo de ventaja. Cuando Tarrés y compañía cruzaban la muralla y entraban en la población por la puerta de Tánger, daba media vuelta y regresaba a las tiendas de los voluntarios, que eran las que estaban más alejadas de la ciudad. De hecho, los catalanes estaban más cerca de Bu-Selimam, un pueblecito encaramado a la montaña del otro lado del río, que de Tetuán. Aunque los oficiales habían dicho a los hombres que no se alejaran demasiado del campamento, Gort tenía ganas de andar hasta aquellas casas blancas que veía todos los días desde la tienda. Un día, de madrugada, justo cuando fue relevado de la guardia, decidió acercarse. «Hoy —pensó—, Tarrés tendrá que esperar.»

La excursión le gustó mucho. Vio algunos conejos y lamentó no llevar la escopeta, pero respiró los aromas de las hierbas del campo que tanto le recordaban el tomillo y la ajedrea de la sierra de la Mussara. El pueblo estaba tranquilo y, de hecho, difícilmente podían vivir en él más de un centenar de personas. Solo vio cuatro o cinco, y no tuvo oportunidad de hablar con ellas. Cuando cruzaba el río con cuidado, de vuelta al campamento, tuvo un encuentro inesperado.

Sentado entre unas rocas grandes, estaba Bocanegra. Se había situado en un lugar muy escondido, y no lo habría visto de no ser porque estaba cruzando el río en dirección al campamento. Lo había visto muy poco desde que habían llegado a África. Era imposible no verse de vez en cuando en un grupo de menos de quinientos hombres, pero no habían mantenido ningún tipo de contacto. Puede que, en otras circunstancias, hubiera pasado de largo y ni siquiera lo hubiera saludado. Pero por primera vez desde la muerte de Sugrañes, había pasado un buen día y estaba de buen humor. Y, además, aunque no le hacía demasiada gracia la idea, lo cierto es que Bocanegra le traía recuerdos del comandante, y eso lo enternecía. Por esta razón decidió hablar un poco con él.

—Bocanegra, ¿qué haces por aquí?

Bocanegra no sabía cómo tomárselo. Estaba sufriendo muchísimo desde el día de la batalla. Cuando llegó al campamento marroquí, una vez ya habían entrado centenares de voluntarios a sangre y fuego, se enteró de que habían encontrado al comandante muerto cerca de la balsa, aunque muy a la derecha de donde había tenido lugar el ataque a la tronera. Decían que, seguramente, el comandante se había perdido y, al oír los disparos, se dirigía hacia la zona de combate cuando una bala le había dado en la cabeza. Más tarde, Bocanegra se acercó a mirar el cadáver, como hicieron prácticamente todos los voluntarios, y se fijó en que al comandante le había volado una tercera parte de la cabeza y que, además, no llevaba la barretina. Para más inri,

coincidió con los tres expolicías. El más corpulento de los tres, Estop, tenía una mancha de sangre muy grande a la altura de los riñones; una mancha que se extendía en dirección a las nalgas. Y Bocanegra supo entonces cómo habían transportado el cadáver: a hombros de Estop, con la cabeza chorreando sangre y golpeándole los riñones mientras andaba.

Desde entonces, Bocanegra tenía miedo, mucho miedo. Había estado muchas veces en peligro, pero esta vez estaba convencido de que no saldría con vida. Tal vez fuera porque todas las maniobras que había usado para alejarse de los tres asesinos lo habían acercado cada vez más a ellos. Nunca tenía que haber aceptado ir a África, sabiendo que Tarrés estaba ahí. Claro que creía que estaba en la cárcel y que no saldría de ella, pero lo que había hecho era tentar la suerte y, de momento, había perdido. Y cuando supo que se habían alistado, tenía que haber desertado. Estaba en Barcelona, todavía estaba a tiempo, quizá si hubiera hablado con Sugrañes... Y después, en Algeciras, todavía había tenido la última oportunidad. Habría sido mejor desertar a la Península. Seguro que lo habrían llevado a la cárcel, pero no lo habrían fusilado. Y estaría lejos de aquellas alimañas. Ahora lo veía claro: hiciera lo que hiciese, todo lo conducía hacia ellos; no tenía escapatoria. Y ahora no solo el propio Tarrés le había dicho que estaba condenado por lo que les había hecho hacía años, sino que además sabía que habían cometido un nuevo doble crimen. Si sospechaban que lo sabía, lo matarían. Y tal como habían ido las cosas últimamente, seguro que al final lo sabrían.

La aparición de Gort, un Gort más suave que nunca en los últimos tiempos, le abrió un pequeño resquicio de esperanza. ¡Gort! ¡Gort, sí, Gort! Gort era el único capaz de matar a esos tres, entre otras cosas porque sería un enemigo inesperado, alguien que los atacaría sin que estuvieran alerta. Además, ahora Gort tendría el doble de motivos que antes para liquidarlos... Pero, como siempre que podía, prefirió reservarse la carta. Siempre habría tiempo para revelarles que la muerte de Sugrañes no había sido a causa de la guerra.

—Nada, bebiendo un poco. ¿Gustas? —Alargó una bota a Gort, que la tomó y bebió un trago.

—¡Uf, qué malo es esto! —Después de beber, Gort dirigió una mirada al río, que bajaba suavemente—. Se está bien aquí. Mejor que en Tetuán...

—Sí, y además, puedes estar solo... Bueno, quiero decir... No lo digo por ti, ¿eh?

—No te preocupes. Si quieres, me voy y te dejo solo...

—Escucha, Gort —dijo Bocanegra con cara de preocupación—. ¿Todavía estás pensando en cargarte a esos tres?

—Eso no es asunto tuyo.

—Es que he pensado que, bueno, tal vez podría ayudarte...

Gort desconfió al instante. Bocanegra, ayudando... ¿Por qué?

—¿Qué, ya les has dicho quién soy? ¿Te han pagado algo o te ha salido espontáneamente lo de ofrecerte para traicionarme? —Se notaba que estaba indignado.

—¡No, no, no! ¡Te equivocas! No les he dicho nada de nada. Ni siquiera saben que existes, no tienen ni idea... No, lo que pasa es que creo que me acabarán liquidando ellos a mí por lo que les hice. Y la única forma de salvarme es que mueran... O ellos o yo. Y como tú quieres matarlos, pues creo que a los dos nos conviene ser aliados, ¿no?

No le faltaba razón, los dos eran aliados forzados contra Tarrés y los otros dos. Pero a Gort tener que considerarse amigo de Bocanegra le removía las tripas. Además, Feliu Bocanegra era, en general, muy bocazas. Si se le escapaba una indiscreción, los otros estarían alerta. Pero la verdad es que parecía que hasta entonces no había soltado prenda...

—No sé si nos conviene; deja que lo piense. Lo que sí sé que te conviene a ti es estarte callado —aseguró, señalando con el dedo a Bocanegra—. Ya te diré algo.

Gort empezó a irse con la bota de vino en la mano.

—¡Oye! ¡Que te llevas la bota! —gritó Bocanegra.

Gort se detuvo, rio para sus adentros y le lanzó la bota. Bocanegra quiso atraparla en el aire, y al fallar, le rebotó en el cuerpo con tan mala fortuna que se abrió y lo dejó empapado de vino.

—¡Cabrón! —exclamó. Pero no lo decía de verdad. Estaba contento porque intuía que Gort volvía a ser su aliado.

Tarrés se sentía moderadamente feliz. Ya habían pasado tres semanas largas desde la batalla y ya nadie hablaba de la muerte de Sugrañes ni de la de Moxó. De la muerte del teniente prácticamente no se habló ni un día. A nadie le extrañó que el cadáver apareciera tan lejos de la línea de batalla. De hecho, fue el único voluntario que no había muerto en la balsa o en el murete. Pero Moxó no era demasiado popular ni entre sus compañeros oficiales, de modo que no se efectuó ningún tipo de indagación sobre las circunstancias que lo habían llevado a ser tiroteado en un brazo y acuchillado en el pecho.

En cambio, la aparición del cadáver de Sugrañes bastante más allá de donde había tenido lugar el combate sí que incitó a algunos oficiales, especialmente al teniente Tàrrec, a intentar averiguar qué había ocurrido. Tàrrec no entendía la herida que Sugrañes tenía en la cabeza. Las espingardas disparadas a treinta o cuarenta metros no podían provocar semejante agujero. Podía ser una bala de cañón, cierto, pero justamente no había ninguna tronera donde se encontró el cadáver, por lo que era más difícil que se produjera una herida así, y relativamente limpia por otra parte. Tres días después de la batalla, Tàrrec se acercó al lugar de los hechos con la esperanza de encontrar alguna pista, pero nada. No localizó ninguna bala de cañón, ni restos de metralla. Aunque no tenía ningún sentido, daba la impresión de que Sugrañes hubiera

muerto en otro sitio y hubieran trasladado el cadáver hasta allí. Si se hubiera acercado a la zona de la marisma donde había muerto Moxó, habría encontrado la barretina ensangrentada y los restos de huesos del cráneo y cabellos de Sugrañes. Pero no lo hizo, y se quedó con la duda de cómo podía haberse producido realmente la muerte del comandante.

Tarrés, Estop y Sabatés habían aguzado el oído por si los demás voluntarios o, incluso, los soldados de otros batallones comentaban algo de la extraña muerte del comandante. Pero, a pesar de que muchos voluntarios lamentaron la desaparición de Sugrañes, que era muy querido, nadie parecía sospechar que no hubiese muerto a manos de los marroquíes. Tarrés, que al principio había sufrido pensando que el asesinato de dos oficiales no podía salir tan bien, estaba ahora mucho más relajado. De hecho, se felicitaba por su buena suerte. Con la muerte de Moxó y de Sugrañes habían desaparecido de una tacada las personas que sabían quiénes eran ellos realmente, aparte de Bocanegra. Que el coronel Fort, el nuevo comandante del batallón, los conociera de antes no era ideal, pero tampoco estaba tan mal. En realidad, el comportamiento heroico de los voluntarios en la batalla del cuatro de febrero y la muerte del comandante teóricamente al frente de sus tropas había dado un gran prestigio a los supervivientes. Se habían anunciado medallas a porrillo, y aunque no habían mencionado a ninguno de los tres, sabía que cuando terminara la guerra era prácticamente seguro que los indultarían, teniendo en cuenta que habían formado parte de los gloriosos Voluntarios de Cataluña. Sabía que no caían bien al coronel Fort, pero estaba seguro de que un hombre tan recto y estricto como él no los castigaría si no tenía ningún motivo para ello y que firmaría un buen informe al final de las hostilidades.

La guerra, de hecho, tendría que haberse acabado, pero las negociaciones de paz se alargaban mucho. Entre que O'Donnell no sabía cerrar los temas y que después de cada sesión de negociaciones los enviados marroquíes decían que tenían que informar al emperador de Marruecos, que estaba en Fez, los días transcurrían y la desmovilización no llegaba. El problema, según los listos de la compañía, era que España quería quedarse Tetuán, ampliar sus territorios alrededor de Ceuta y Melilla, y obtener alguna pequeña concesión territorial más, aparte de una gran indemnización. Los marroquíes estaban dispuestos a ceder en todo, salvo en perder la soberanía de Tetuán. Tenían toda la razón, y Prim, Ros de Olano y los demás estaban de acuerdo con ello: no tenía ningún sentido quedarse una población que no era un nudo comercial, no tenía puerto y no controlaba ningún paso marítimo; un sitio que no les proporcionaría ni dinero ni prestigio, sino solo un problema tras otro. Pero, al parecer, la reina se había emperrado en quedarse la ciudad, y los mensajes que llegaban de Madrid eran contundentes: Tetuán tenía que considerarse tan española como Barcelona.

Los tres expolicías se impacientaban, pero poco podían hacer, solo las guardias y pasear. A ellos sí que les gustaba la ciudad de Tetuán. Habían conocido a un par de

jóvenes tetuaníes que eran tan hijos de puta como ellos, y entre los cinco habían formado una especie de asociación natural. Los jóvenes, por ejemplo, les habían indicado una casa que estaba vacía y ellos, amparándose en el hecho de que eran soldados españoles, la habían ocupado. Era una casa bastante cómoda, abandonada por algún funcionario del emperador. En cualquier caso, los cinco la utilizaban para pasar las horas, para jugar y para negociar la compra y la venta de objetos que tanto algunos soldados como algunos habitantes de la ciudad les llevaban para traficar. Estop y Sabatés se aficionaron enseguida a las pipas de agua, que sus nuevos amigos moros cargaban con grifa y otras hierbas que desprendían un aroma intenso. Tarrés, como era habitual en él, lo probó y cuando vio que más bien mareaba, renunció a fumar. Él quería estar siempre muy despierto.

Lo único que le inquietaba era que Bocanegra aún estuviera presente. Desde la batalla, el antiguo miembro de la Ronda, el traidor, se había escabullido. Lo veían muy poco y, seguramente debido a alguna maniobra suya, jamás coincidían en las guardias. Esta actitud no dejaba a Tarrés tranquilo del todo, pero aun así, había que reconocer que era mejor no verlo que tenerlo encima espiándolos. Ya habría tiempo de ajustarle las cuentas. Si no era en África, sería en Cataluña, cuando regresaran. No venía de un mes ni de dos.

—Tarrés... ¡Eh, Tarrés! ¿No me oyes? —Estop hablaba con voz pastosa después de haberse pasado una hora fumando.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo el jefe de los expolicías desde otra habitación donde el humo de la pipa no flotaba en el ambiente.

—¿Te he contado lo que he visto esta mañana?

Tarrés calló. Estaba empezando a hartarse de la costumbre que habían adquirido Estop y Sabatés de fumar dos o tres pipas de grifa cada vez que iban a la casa abandonada. En cuanto habían fumado la primera, ya no había forma de hablar coherentemente con ellos. De todos modos, Tarrés nunca se había metido con los vicios de sus subordinados porque siempre había sido una buena forma de tenerlos más atados. Ahora, en Tetuán, esto no le importaba, pero en el futuro, en Barcelona...

—¿Te lo cuento o no? —La pregunta de Estop interrumpió los pensamientos de Tarrés.

—¿Qué has visto esta mañana? —soltó Tarrés, resignado.

—Espera un momento, que voy y te lo cuento. No me gusta hablar así, de una habitación a otra...

Estop entró en la sala donde estaba Tarrés, puede que la más agradable de la casa, llena de alfombras y de cojines en el suelo.

—¡Uf, qué mareo! Abriré una ventana para que entre el aire... Ahora, ahora se puede respirar... —Se sentó pesadamente en un par de cojines, cerca de Tarrés—. Pues he visto a Bocanegra.

—¿Y eso es noticia?

—No, calla, no lo has entendido. Lo he visto hablando con un soldado, uno que

tiene la nariz rota, ¿sabes quién te digo? Uno muy bien parecido, con un vozarrón así, como grave...

—Sí, ya sé de quién me hablas. ¿Y?

Estop bajó la voz y se inclinó hacia Tarrés.

—Pues me han dicho que este individuo era ahijado del comandante Sugrañes. Y Bocanegra estaba hablando con él. Y hablando mucho, muchísimo, como si se conocieran de toda la vida. ¿No te parece sospechoso?

Claro que le parecía sospechoso. ¿Cómo era posible que el sinvergüenza de Bocanegra se relacionara con el ahijado de Sugrañes, y precisamente entonces?

—¿Dónde dijo Bocanegra que había ido después de dejar Barcelona? —preguntó Tarrés.

—No sabría decirte. A lo mejor Sabatés se acuerda. —Se puso a gritar hacia la otra habitación—. ¡Sabatés! ¡Sabatés!

Pasados unos momentos, Sabatés entró en la habitación con la ropa muy arrugada y la cara hinchada de sueño.

—Me había quedado dormido... ¿Qué pasa?

—¿Tú te acuerdas dónde dijo Bocanegra que había ido a vivir después de marcharse de Barcelona? —preguntó Tarrés.

—¡Y para esto me habéis despertado! —Sabatés fue suavizando el tono de cabreado a medida que se iba dando cuenta de que se estaba dirigiendo a Tarrés, que no toleraba que le alzarán la voz—. Bueno, no pasa nada... ¿No dijo que había ido a vivir a Reus?

—Sí, sí. ¡Y tanto! A Reus... De donde era Sugrañes y de donde debe de ser su ahijado.

Sabatés, que todavía estaba bajo los efectos combinados del sueño y de la droga, no acababa de entender nada de lo que decía Tarrés, aunque se esforzaba en ello.

—¿Bocanegra es ahijado de Sugrañes? Ay, no sé de qué habláis, la verdad...

Estop se echó a reír como un tonto y contagió a Sabatés. Tarrés, mientras los dos se partían de risa, se levantó, bajó a la planta inferior y fue a sentarse en el patio. El suelo estaba hecho de azulejos de colores que formaban unos dibujos geométricos muy elaborados. Estaba frío, pero no le importó notar la sensación gélida de los azulejos en las nalgas y la espalda. Era un buen lugar para pensar tras huir del ambiente demasiado caliente y cargado de humo de grifa del piso superior.

No tenía intención de matar a nadie más. En realidad, él no mataba si no creía firmemente que aquel asesinato era totalmente necesario; jamás lo hacía por placer. Matar sin sentido era peligroso y llamaba excesivamente la atención. Estaba convencido de que había cometido sus muchos asesinatos obligado por alguien o, más habitualmente, por las circunstancias. Esta vez era la primera que estaba meditando cometer un homicidio para tapar otro asesinato. Si Bocanegra hablaba, y sabían lo bocazas que era, aquel chico de Reus podía deducir, o como mínimo sospechar con fundamento, que ellos eran los causantes de la muerte de Sugrañes. Su

propia habilidad y un poco de suerte, que siempre intervenía, habían permitido que la muerte del comandante hubiera quedado asumida como una consecuencia de la batalla, pero hasta que no estuvieran lejos de Tetuán, no de Tetuán, de todo el Ejército, aquel crimen podía volverse en su contra. El ahijado del comandante podía querer vengarse o, simplemente, investigar y denunciar los hechos al coronel Fort o al general Prim, y entonces estarían perdidos. Había que cortar de raíz aquella posibilidad. Podía organizar el asesinato de Bocanegra. Pero seguro que otra muerte resultaría escandalosa. No, lo que haría sería enviar a sus hombres a hablar con él y, quizá, con aquel chico de Reus, el de la nariz rota. Una advertencia, simplemente, porque Bocanegra era más cobarde que bocazas. Sí, siempre estaban a tiempo de liquidarlo o de liquidarlos a ambos, si las cosas se torcían.

Por una vez en la vida, Tarrés se sintió buena persona. El aire de Tetuán, muy frío al anochecer, pero tibio y dulce a mediodía, le sentaba bien. Aquella ciudad le gustaba e, incluso, se permitió fantasear con la idea de quedarse a vivir en ella para siempre. Y no como se habían quedado Sugrañes o Moxó, se dijo a sí mismo, riendo.

Gort no había renunciado, ni mucho menos, a su venganza. Pero la vida rutinaria del campamento y la ausencia de oportunidades para deshacerse de sus enemigos lo habían llevado a una cierta indolencia. Estaba seguro de que algún día, que no podía tardar en llegar, encontraría el momento. Tal vez se le presentaría una ocasión para efectuar el ataque en una batalla, o en una lucha con los moros de las montañas o, simplemente, si las conversaciones de paz acababan bien, durante la vuelta, cuando estuvieran licenciados. Ahora los tenía localizados y ya no se le escaparían nunca más. Pero, mientras tanto, poco podía hacer. Ya había visto que era inútil seguirlos dentro de Tetuán. Cuando los tres expolicías estaban en el campamento, con tanta gente ociosa que iba arriba y abajo, era imposible hacer nada sin que todo el mundo lo supiera inmediatamente. Y esos tres no salían de la ciudad y del campamento. De modo que era necesario esperar.

Cuando llegó a esta conclusión sintió cierto desasosiego, pero no le duró mucho. Aunque no se lo quería confesar a sí mismo, le gustaba estar acampado cerca del río, que, por lo que había descubierto hablando con un mogataz de la zona, no se llamaba Martín, sino algo así como río Gelú. Pues al lado del Gelú, en el camino de Tánger, se estaba bien. El coronel Fort les hacía hacer un poco de instrucción, pero sin obstinarse demasiado. Además, después de la batalla de Tetuán, los demás batallones mostraban un gran respeto a los voluntarios. En general, los catalanes no se relacionaban demasiado con los soldados españoles, entre otras cosas, porque a la mayoría le costaba mucho hablar bien el castellano y, a veces, hasta entenderlo. Ahora todo el mundo reconocía, tal vez de forma un poco exagerada, que gracias a ellos se había conseguido la victoria del otro día. Este respeto les iba muy bien, porque no se encargaba el mismo volumen de trabajo a los voluntarios que a los demás soldados.

Las negociaciones de paz no solo no se acababan nunca, sino que todos los rumores apuntaban a que estaban yendo muy mal. Prim ya había convocado un par de consejos para preparar un posible reinicio de los combates y, conociendo al paisano de Gort, seguro que el Segundo Cuerpo tendría que ir delante. Esto ponía nerviosos a todos los soldados, salvo a los voluntarios, que vivían aquellos días como una especie de vacaciones merecidas. Gort aprovechaba los días muertos en que el tiempo, además, acompañaba, para pasear y no pensar demasiado. Puede que este estado de ánimo le hiciera ir tolerando cada día un poco más a Bocanegra, que tendía a pegarse a él sin decir nada y a hacer, simplemente, lo que Gort hacía.

Bocanegra había sido lo bastante hábil como para no volver a tocar durante la conversación la posibilidad de aliarse contra Tarrés y sus colegas. Aun así, ninguno de los dos olvidaba que tenían tres enemigos comunes y que, tarde o temprano, o bien los unos o bien los otros se saldrían con la suya.

Una tarde, sentados cerca del río, se les acercó un joven vestido de paisano. Era uno de los que acompañaba habitualmente a Prim. El general, desde la victoria de Tetuán, había empezado a constituir una especie de pequeña corte formada por corresponsales de guerra extranjeros, periodistas y algunos ilustradores. El joven era una de sus últimas adquisiciones.

—¡Eh! ¡Hola! Me han dicho... —El joven iba hablando mientras subía y bajaba por las piedras, resoplando—. ¡Uf, menuda caminata!

—Sí, no lo parece, pero es un buen paseo desde el campamento —coincidió Gort, mientras alargaba la mano al desconocido—. Me llamo Gort, mucho gusto.

—Ah, bueno. Yo me llamo Marià, encantado de conocerlo. —Marià se tocó un sombrero inexistente—. Y también a usted, señor...

—Hola, yo soy Feliu, pero todo el mundo me llama Bocanegra. Por esto, ¿ve? —Bocanegra abrió la boca y le enseñó los dientes horribles de un color entre amarronado y negruzco.

—¡Ah, ya lo entiendo, ya! En fin, me han dicho que por aquí rondaba un par de soldados de Reus, y como yo también lo soy...

—Sí, sí, somos nosotros —dijo Gort, contento. Aquel muchacho finito, de pelo largo y un poco desgarrado, le caía bien—. ¿Cuál es su apellido? A lo mejor conozco a su familia...

—No lo creo, porque solo me queda el abuelo. Me llamo Fortuny.

—Encuentro que su acento no parece de Reus.

—No es la primera persona que me lo dice —comentó Fortuny con una carcajada—. Tenga en cuenta que... ¿Le importa que nos tuteemos?

—No, no, claro que no, con mucho gusto.

Bocanegra se puso un poco celoso porque la conversación entre los dos jóvenes lo había dejado al margen.

—A mí también me puedes tutear, chico, te dejo...

Gort no permitió que Bocanegra interviniera demasiado en la conversación.

—¿Qué me estabas diciendo ahora mismo?

—Pues... Ah, sí, que la gente me dice que no tengo acento de Reus, porque, en realidad, he vivido poquísimo tiempo allí. Ahora acabo de llegar de Roma, donde he estado un par de años aprendiendo... Es que soy pintor, ¿sabes? —Quizá para demostrar que realmente era pintor, Fortuny se sacó del bolsillo un papel con cuatro garabatos magníficos.

—¡Esto es la sierra vista desde Tetuán! —se maravilló Bocanegra.

—Sí, es que estoy aquí por esto, porque me han encargado dibujar unos cuadros de esta guerra, y he empezado por dibujar un poco Tetuán, para preparar el cuadro de la batalla.

—Perdona, yo no entiendo ni jota de pintura —comentó Gort—, pero no se puede pintar aquella batalla entera en un solo cuadro, es imposible. Pasaron demasiadas cosas distintas, y una aquí y otra allá. ¡Y yo solo vi algunas, muy pocas!

—Mira, precisamente os buscaba por esta razón. Me han dicho que uno de Reus saltó a la tronera detrás de Prim y he venido para que me lo contarais, por si tengo que pintarlo. ¿Cuál de los dos fue? Porque fue uno de vosotros, ¿no?

Bocanegra, de mala gana, señaló a Gort. Este, satisfecho, explicó el asalto al campamento marroquí, aunque a medida que avanzaba el relato se fue entristeciendo un poco porque se acercaba al momento en que había visto el cadáver de Sugrañes. Cuando terminó, Fortuny estaba entusiasmado.

—¡Qué historia! No sé si lo podré pintar; quizá pinte el momento en que los voluntarios entran en masa en el campamento... Y Prim, con el sable en alto, seguro que eso también... Y tú, Bocanegra, ¿dónde estabas cuando pasó todo esto?

—Es cierto, todavía no me has contado dónde estabas cuando irrumpimos en el campamento... —dijo Gort.

—¿Yo? Era un poco más allá, a la derecha... —Bocanegra quería contar algo que impresionara al pintor, pero no podía explicar lo que había visto realmente por razones obvias—. Me desvié mucho por culpa del humo y después tuve que recorrer toda la balsa desde la punta hasta que entré en el campamento moro por donde había entrado todo el mundo. Nada especial.

En aquel momento Gort no hizo caso de las palabras de Bocanegra, pero por la noche, en la tienda, cuando estaba a punto de dormirse, se despabiló de golpe. Bocanegra decía que había recorrido la balsa desde la derecha hasta la tronera por donde había entrado Prim una vez la batalla ya se estaba librando en el interior del campamento. ¿Y por qué no había encontrado entonces el cadáver de Sugrañes? Si había efectuado realmente aquel recorrido, era imposible que no se hubiera topado con el cuerpo del comandante, que tenía que haber muerto justo cuando los marroquíes empezaron a disparar, porque, en caso contrario, conociendo a Sugrañes, habría llegado hasta donde se estaban disparando más tiros y no se habría quedado lejos del lugar donde sus hombres las estaban pasando canutas.

No durmió bien dando vueltas a este asunto. Cuando fue la hora de levantarse,

decidió que en cuanto pudiera abordaría a Bocanegra y le pediría explicaciones. Pero ese día las cosas empezaron a complicarse. Como las negociaciones se alargaban, los marroquíes sometidos a la dominación española vieron la oportunidad de empezar a plantar cara al enemigo. A media mañana se conocieron dos noticias. Por un lado, aquella noche habían encontrado a cinco voluntarios degollados en las calles de Tetuán, y por otro, tres soldados del Regimiento de Saboya, que acampaban muy cerca de los voluntarios, habían muerto a disparos cuando lavaban ropa en el río Gelú, no demasiado lejos de donde Gort solía ir a pasear. Prim puso el Segundo Cuerpo en estado de alerta. Se habían terminado los paseos, por lo menos durante unos días y, en cualquier caso, durante las horas siguientes los oficiales, inquietos, abroncaron a todos los soldados que podían. Se doblaron las guardias, lo que implicaba que los suboficiales, incluidos los cabos como Gort, tenían también el doble de trabajo.

Parecía claro que estaba a punto de reanudarse la guerra. Habían llegado tres mil vascos vestidos como si fueran carlistas, y seguro que muchos lo eran, que llevaban unos días adiestrándose en las llanuras donde había tenido lugar la batalla del cuatro de febrero. También se había convocado a cinco mil hombres más desde Ceuta. El objetivo era Tánger, una ciudad en la costa, al norte de Ceuta. Desde Tetuán, el camino hacia Tánger pasaba por el interior, siguiendo primero el río Gelú y después un afluente, el Bu-Shifa, al que los españoles, como siempre, habían cambiado el nombre y denominaban Busceja. El camino no era nada adecuado para un ejército numeroso como el español. Primero, había que pasar por un vado y otro afluente, el Samsa. Después, el camino seguía y se estrechaba entre el Gelú y una montaña que dominaba el paso, la colina de Wad-Ras. Pasado Wad-Ras, el río giraba a la derecha y había un trecho relativamente llano, con el río en medio y el puente del Bu-Shifa, que lo cruzaba donde empezaba el afluente. Y, más tarde, el camino seguía el curso del agua hasta el lugar más temible, el paso del Fondak, un desfiladero que podía defenderse fácilmente con pocos efectivos. Era allí donde los españoles creían que se libraría una batalla de resultado incierto.

Por si esto fuera poco, empezó a llover fuerte y de forma muy continuada. No hacía tanto frío como justo antes del ataque a Tetuán, pero tanta agua volvía la vida muy miserable. Además, como el mar estaba picado, los barcos que suministraban comida al Ejército no podían acercarse a la playa de Tetuán y, por consiguiente, los soldados se estaban comiendo las reservas de víveres que habían almacenado para la expedición a Tánger. La comida estaba húmeda y lo único que tenía de fresca era la temperatura. Hubo que suspender las prácticas de tiro por miedo a quedarse sin municiones. Tanta agua, tanta comida asquerosa y tantas órdenes sin sentido aumentaban exponencialmente las malas pulgas de los componentes del Ejército. Gort vivía con la gente de la Primera Compañía y solo veía a Bocanegra de lejos. Empezaba a pensar que el extraño comentario de Bocanegra obedecía más bien a su fanfarronería habitual. Lo más seguro era que se hubiera pasado toda la batalla

escondido debajo de las piedras y que, para justificarse, se hubiera inventado que había llegado por el extremo derecho de la balsa. Y aunque Gort se dijo a sí mismo que seguramente la verdad era esa, no lograba quitarse la desazón de encima.

Bocanegra soñaba a menudo que encontraba otra vez el cadáver de Sugrañes. En sus sueños el cadáver no estaba donde él lo había visto, entre unas cañas, junto a la balsa, a la derecha de donde tuvo lugar el ataque de los voluntarios. A veces lo veía tumbado en la cama de su madre, en La Bisbal del Penedès. Su madre preparaba la cena en silencio y lo miraba a él acusadoramente, como si él lo hubiera matado. Otras veces, un Sugrañes al que le faltaba media cara le ofrecía comida en su casa de Reus. Se sentaba a comer en la sala, y Lola, el ama de llaves, se dedicaba a limpiar con un paño el agujero de la cabeza del comandante. Y una vez, especialmente angustiada, soñó que habían abandonado el cadáver en la tienda donde él dormía, medio tapado con las mismas mantas que lo cubrían a él. Bajo las mantas notaba el tacto frío de la piel del difunto aferrándosele al cuerpo.

La visita que una de aquellas mañanas de lluvia incesante le hicieron Estop y Sabatés no lo ayudó a dejar de soñar con Sugrañes.

—¡Cuántos días sin hablar contigo, Bocanegra! —Estop se paró delante de él mientras limpiaba una de las ollas del regimiento, una tarea especialmente estúpida porque con la lluvia de barro que caía volvería a estar sucia al cabo de cinco minutos.

Bocanegra se incorporó y miró a su alrededor. Detrás tenía a Sabatés, malhumorado y arisco como siempre. Bastante lejos, ya en el campamento, se veían algunos soldados, no muchos, porque con la lluvia solo estaban fuera de las tiendas los que no tenían más remedio. Disimuladamente se metió la mano bajo la faja, donde notó el cuchillo que afilaba todos los días para que cortara tanto un pelo como, lo que sería más útil, el cuello de uno de los dos que tenía delante.

—¿Qué queréis? ¿Necesita algo Tarrés? Ya veis lo que estoy haciendo, no puedo hacer demasiados recados porque siempre me ordenan cosas: friega las ollas, ve a llevar comida a los caballos de los oficiales, limpia la...

—¿Quieres callar de una puta vez? —Sabatés utilizó el mismo tono seco y cabreado que en Barcelona lo había convertido en el terror de las prostitutas de las chocolateras—. No queremos saber qué haces; nos importa un huevo. Venimos a preguntarte algo.

Bocanegra tragó saliva.

—Pues adelante, a ver si lo sé contestar...

—Este chico que conoces, con el que te hemos visto charlar, el de la nariz rota... —dijo Estop—. Sí, no pongas esta cara porque te hemos visto muchos días con él. Antes de nada, ¿cómo se llama?

—Ah, queréis decir aquel chico... Me parece que se llama Joan Gort —respondió Bocanegra con una voz muy tenue.

—¡Si no hablas más alto, te pego una hostia!

—Sabatés —lo riñó Estop con una sonrisa—, no seas así... No hace falta, porque Bocanegra sabe que todo lo que nos diga tiene que ser siempre muy claro, ¿verdad que sí, Bocanegra?

—Sí, sí, desde luego...

—Pues cuenta, cuenta. Explícanos quién es este muchacho que se ha hecho tan amigo tuyo.

«¡No pueden saber nada de Joan Gort!», pensó Bocanegra. Era importante preservar el secreto de Gort, no por lealtad, sino porque así su valor como aliado era mayor. Era necesario quitarle importancia ante aquellos dos y averiguar a qué obedecía ese repentino interés.

—Es un buen tipo, ya está, no hay nada más... O es que no puedo hablar con quien quiera, ¿eh?

—Tú lo has dicho, no puedes hablar con quien tú quieras, sino solo con quien nosotros queramos, ¿entendido? —Estop calló un momento. Ahora había que tocar el punto más delicado: ¿qué sabía Bocanegra de las muertes de Moxó y de Sugrañes? En principio, no tenía que saber nada, pero seguro que a Bocanegra, que conocía exactamente quiénes eran ellos tres y cómo solían solucionar los problemas, debía de haberle extrañado la muy conveniente desaparición de los dos oficiales que podían hacerles la puñeta. Bocanegra podía ser muy estúpido y muy listo a la vez, de modo que había que vigilarlo.

La pequeña pausa de Estop dio alas a Sabatés, que tenía muy claro el objetivo de la conversación pero creía que lo mejor era ser directo y dejarse de dar vueltas sin sentido. Si Tarrés quería saber hasta qué punto Bocanegra sospechaba de ellos, lo sabría. Y el miedo lo mantendría callado; no había que afanarse mucho. Sujetó a Bocanegra por el chaleco y se acercó a él.

—No te hagas el tonto. ¿Por qué hablas tanto con el tal Gort? ¿Acaso te crees que nos chupamos el dedo? Ya sabemos que ese cabrón era pariente de Sugrañes. ¿Qué pasa, que ahora quieres consolar al niño porque está triste? Pues que sepas que no queremos preguntas, no queremos que nadie meta las narices donde no le llaman y menos en la historia de los oficiales muertos. Y que sepas que somos capaces de...

Estop lo hizo callar.

—Ya basta, Sabatés. Están empezando a mirarnos.

Era cierto. El comportamiento de Sabatés, sujetando por la ropa a Bocanegra y alzando la voz, estaba llamando la atención de algunos soldados que pasaban no demasiado lejos. Si un oficial los veía, seguro que iría a ver qué pasaba, y Estop prefería que los mandos los dejaran ir a la suya.

—Muy bien, dejémoslo aquí —concedió Sabatés—. Pero tú, Bocanegra, ya lo sabes: si te vas de la lengua, correrás la misma suerte que el teniente y el comandante. Estás advertido.

Mientras se alejaban, Estop empezó a recriminarle:

—Has estado fantástico, como siempre. De veras que me fascinas. O sea que

Tarrés nos advierte muy seriamente que seamos discretos y que averigüemos qué sabe Bocanegra y resulta que seguimos sin saber qué coño saben él y su amigo y, encima, le has insinuado que nosotros nos cargamos a Moxó y a Sugrañes. ¡Hostia, cada día me sorprende más tu inteligencia, chico!

—¿Y qué? ¿Qué problema hay? Si fuese por ti, no habríamos llegado donde hemos llegado, ¡siempre indeciso, siempre educadito! Hay que tener cojones y mostrarlos.

—Sí, como si hubiéramos llegado tan lejos... —replicó Estop, irónico.

La conversación dejó tembloroso a Bocanegra. A pesar de la indiscreción de Sabatés, él ya sabía qué había pasado, no era necesario que aquel matón le dijera de algún modo que habían matado a Moxó y a Sugrañes. Lo único que había cambiado la visita era la constatación de que lo tenían en el punto de mira y que, seguramente, a Gort también. Adiós, pues, al factor sorpresa. A lo mejor, para recuperar la ventaja, Gort tendría que saber lo que le había ocurrido al comandante. Pero no le hacía ninguna gracia confesarle otro secreto. La última vez que le había explicado algo así, en la horchatería de Barcelona, Gort había echado chispas. Ahora, con un segundo asesinato, y más teniendo en cuenta que el muerto era su padrino, las cosas podían ir todavía peor. Bocanegra se dijo que tenía que reflexionar mucho antes de decidir cuál era el siguiente paso.

De todos modos, el siguiente paso tendría que esperar porque el runrún de la guerra sonaba cada vez más fuerte. Las conversaciones se habían roto y aunque formalmente las dos potencias se enviaban aún mensajes con propuestas y contrapropuestas, nadie daba un céntimo por la paz. O'Donnell, de acuerdo con Prim, estaba dispuesto a llegar a un compromiso para acabar el conflicto, porque a medida que iban pasando los días la situación se complicaba cada vez más. Los generales temían que, si les ordenaban marchar hasta Tánger, las cosas no fueran tan bien como habían ido hasta entonces. Aunque tan bien, tan bien, tampoco habían ido. Las bajas se acumulaban y, con la llegada de las lluvias, algunos soldados habían enfermado con síntomas que recordaban mucho los del cólera que tantas muertes había causado. Los ataques esporádicos de pequeños grupos de cabileños a soldados aislados y el asesinato de algunos voluntarios en las calles de Ceuta angustiaban a la tropa. Por si eso fuera poco, la opinión pública madrileña estaba emperrada en no entender nada de lo que pasaba en Tetuán. Los diarios empezaban a impacientarse y a exigir más conquistas, la implantación de una nueva colonia que abasteciera a todo Marruecos y no sé cuántas cosas más. Además, que el líder del partido del Gobierno, la Unión Liberal, fuera el mismo general O'Donnell, facilitaba que las maniobras políticas para escalar posiciones dentro del partido se hicieran sin su conocimiento. De hecho, en aquellos momentos parecía posible que algún día lo reclamaran en Madrid y se quedara sin terminar la guerra, con un palmo de narices.

El resultado era que el ejército acampado en Tetuán temblaba y se agitaba como

un gato nervioso. Cada dos por tres, algún coronel se sacaba de la manga una salida de una de sus compañías para inspeccionar el terreno porque a un centinela nervioso le había parecido ver algo.

Los voluntarios no eran, ni mucho menos, ajenos a estos movimientos. Una mañana que no llovía, Fort decidió que era cuestión de efectuar un reconocimiento en el camino de Tánger. Él mismo dirigiría a la mitad de los voluntarios disponibles, que ya no eran más de trescientos cincuenta, y se los llevaría hasta el puente del río Bu-Shifa para ver cómo pintaba el camino. La Primera y la Segunda compañías fueron las designadas para la excursión. Al contrario que la mayoría de sus compañeros, Gort recibió con alegría la noticia de que sería uno de los que saldría a efectuar el reconocimiento. Estaba harto del campamento y, sobre todo, estaba harto de darle vueltas a sus problemas. De vez en cuando veía a Bocanegra y también a Tarrés y los suyos de lejos. Por cierto, le parecía que últimamente aquellos tres hijos de puta se lo miraban más que antes. Pero como no quería obsesionarse, no se dejaba llevar por elucubraciones que no conducían a ninguna parte.

Andar les iría bien a todos. En principio, querían llegar a ver el desfiladero del Fondak, a unos diez kilómetros de distancia. Observarían la zona, comprobarían que no hubiera cabileños armados... Nada demasiado concreto, pero en cualquier caso era una buena forma de matar los nervios que consumían a los voluntarios. Salieron hacia las diez de la mañana. El día era fresco y gris, y el camino estaba desierto. De hecho, esta era una de las principales causas de descontento de los tetuaníes. Antes de la llegada de los españoles, el camino entre Tánger y Tetuán estaba siempre lleno de mulas y carros cargados de mercancías y, sobre todo, de frutas, verduras y pescado. Ahora pocos se atrevían a transitarlo porque lo más seguro era que soldados de alguno de los dos bandos o bandidos de los pueblos de la zona los detuvieran y les quitaran lo que llevaban. De todos modos, los poco más de ciento cincuenta soldados que formaban el pelotón de reconocimiento de los voluntarios no tenían que temer el asalto de ningún bandido.

Caminaron una hora sin incidentes, muy poco desplegados, con solo una decena de soldados avanzados formados en escaramuza, y una decena más cubriendo la retaguardia. Cruzaron fácilmente el Samsa y siguieron el río Gelú hasta que el camino empezó a girar para rodear la colina de Wad-Ras. Allí, pasada la curva, el camino cruzaba el Bu-Shifa por un puente de piedra, un centenar de metros más allá de su confluencia con el Gelú.

Gort iba delante, en formación de escaramuza o de guerrilla, como también la llamaban. Consistía simplemente en ir con otro compañero cubriéndose mutuamente y prácticamente a unos doscientos pasos del grupo principal, que normalmente iba en columna. Esta vez el compañero que le había tocado era Portacreu, un hombre de unos treinta años, alto y fuerte y con una barba imponente, a quien el año anterior habían echado de una colonia textil donde había pasado toda su vida. Él explicaba que era por haber enamorado a la hija del encargado, pero por algunos comentarios

que había hecho, Gort sospechaba que más bien era porque había salido demasiado revolucionario para el gusto de los dueños. Si te echaban de una colonia significaba que no solo te quedabas sin trabajo, sino que te quedabas sin casa, sin muebles, sin nada. Y si te dejaban llevarte la ropa y algo donde meterla, ya podías darte por satisfecho. Por esta razón, Portacreu llevaba hoy el uniforme de los Voluntarios de Cataluña y se dedicaba a correr unos metros para después agazaparse mientras esperaba que Gort hiciera, acto seguido, lo mismo. Y vuelta a empezar.

Fort había hecho bien en desplegar las guerrillas, porque en cuanto giraron la curva vieron lo que les esperaba. En aquel momento estaban empezando a cruzar el puente trescientos o cuatrocientos marroquíes armados que iban en dirección a Tetuán. Tuvieron suerte, porque su posición no les permitió desplegarse para atacar a los catalanes. Fort ordenó que las guerrillas empezaran a abrir fuego a discreción y que fueran reculando. Los marroquíes les doblaban, como mínimo, en cantidad y, además, el coronel y sus hombres sabían que no podían esperar ayuda de nadie porque entre el campamento de Tetuán y los marroquíes solo estaban ellos. Gort lo vio claro.

—Tú, Portacreu, ¿tienes puntería? —preguntó a su compañero.

—Hombre, normal, no lo sé muy bien. Como todo el mundo, supongo —respondió Portacreu, encogiéndose de hombros—. No había tocado un fusil hasta que me alisté.

—Pues haremos una cosa, entonces. Yo dispararé y tú recargarás. Llevas el fusil cargado, ¿verdad?

—Sí, hombre. ¡Puede que no sepa apuntar, pero no soy tan tonto!

Gort se incorporó, se apoyó el fusil en el hombro y apuntó a los primeros marroquíes que salían del puente en su dirección. Estarían a unos doscientos o doscientos cincuenta metros, demasiados para ser muy preciso con el fusil. Lo mejor era apuntar a algún sitio donde hubiera una concentración de varios hombres, a ver si con un poco de suerte le daba a alguno. Al lado de una pilastra del puente había plantados cinco o seis hombres que parecían dar órdenes, aunque a aquella distancia costaba precisarlo. Gort, que conocía el retroceso del fusil, apuntó bajo hacia el centro del grupo y disparó. Al instante, uno de los hombres cayó herido o muerto, era imposible saberlo, y los demás se agazaparon y se dispersaron. Gort se volvió hacia Portacreu y le lanzó el arma que acababa de disparar mientras tomaba la de él. Volvió a girarse hacia los marroquíes y vio a unos hombres más o menos agrupados que echaban a correr hacia ellos. Apuntó al que le pareció más próximo y disparó. Esta vez no se detuvo a mirar si había acertado o no. Se volvió para cambiar el arma y gritó a Portacreu:

—¡Corramos hasta aquel arbusto!

Los dos retrocedieron veinte o veinticinco metros corriendo, se volvieron, Gort apuntó y disparó de nuevo al grupo. Aunque habían sido los primeros en disparar, los demás voluntarios avanzados también habían empezado a hacerlo. El resultado fue

que los marroquíes empezaban a tener bajas aquí y allá. Además, el grueso de los voluntarios se estaba acercando y los marroquíes no podían saber si aquel centenar de hombres que corría hacia ellos eran la avanzada de una fuerza más numerosa. Pronto dieron media vuelta en dirección al puente.

Fort era muy consciente de que había tenido suerte y que más valía no forzarla. Ordenó retirada y, en pocos minutos, las dos fuerzas se habían alejado lo suficiente una de otra para no preocuparse por un posible ataque. El coronel decidió que el reconocimiento ya estaba hecho. Había encontrado al enemigo y lo había hecho huir sin tener ningún muerto ni herido entre los suyos. Por lo tanto, ya estaba satisfecho.

A Gort lo premiaron con la inclusión de su nombre en la orden del día. Además, Fort le comentó que lo había propuesto para una medalla, la típica que tenía la tropa, que era la de la Cruz sencilla de María Isabel Luisa, un pedazo de latón en forma de cruz sin más gracia que el hecho de que conllevaba cobrar diez reales, que siempre iban bien. Fort lo felicitó delante de todo el mundo y hasta lo invitó a su tienda y le ofreció un coñac francés, una bebida que no había probado nunca y que no le gustó demasiado. En la tienda, Gort tuvo la misma sensación que la primera vez que había hablado a solas con Fort, como si este quisiera decirle algo pero no se atreviera a expresarlo.

Como la mayoría de los soldados de Tetuán, Tarrés no estaba nada satisfecho con la aceleración de la tensión bélica. Para ellos habría sido perfecto que la guerra se hubiera acabado justo después de la toma de Tetuán, cuando el prestigio de los voluntarios hacía prever que todos los que vestían el uniforme del batallón serían recibidos como héroes, y los tres presidiarios, seguramente indultados. La reanudación de los combates alejaba este momento, aparte de que la guerra y las enfermedades podían acabar con ellos.

Pero todos estos problemas, sin gustarle, no le inquietaban demasiado. Estaba mucho más preocupado por lo que podían hacer Bocanegra y aquel tal Gort. Por cierto, ¿de qué le sonaba tanto aquel apellido? Era como si lo hubiera oído hacía mucho tiempo relacionado con algo importante... Bueno, no tenía mayor importancia. Lo que importaba era que Bocanegra hubiese entendido el mensaje y se quedara callado. Si tenían que ir de nuevo a combate, tal vez volviera a presentarse una oportunidad de deshacerse de él, y según como fueran las cosas, también de Gort. Sí, puede que cargarse a Gort fuera especialmente injusto, porque el pobre chico no había hecho nada y hasta era posible que no supiera nada de nada, pero se había convertido, sin querer, en un factor de riesgo. Bueno, ya se vería. Lo que había que hacer era, por poco que se pudiera, matar a Bocanegra durante la batalla. Matar a Gort... Que lo decidiera el azar.

Tarrés y una buena parte de los soldados del Ejército estaban de pie en una explanada delante de las murallas oyendo misa. Los domingos, los generales asistían a misa al aire libre, y todos los batallones enviaban como mínimo una parte de sus

soldados a acompañarlos a rezar. Había muchos soldados y oficiales que iban contentos, pero no era el caso de Tarrés. No le importaba ir, porque podía disfrutar de un rato de tranquilidad y de no pensar en otra cosa que no fueran sus asuntos. Sin embargo, hoy, cuando el sargento lo había señalado, le había venido un poco mal, porque daba por seguro que podría ir un rato a la casa de Tetuán. No lo lamentó, porque la suerte le permitió ver cómo se precipitaban los acontecimientos. Delante de todo el mundo, en la primera fila de sillas, estaba el general O'Donnell al lado de Prim y de la mayoría de generales. El general Latorre, el principal comandante de los Tercios Vascos, que habían llegado hacía poco, era el único que seguía con entusiasmo el sermón del capellán castrense. Los demás generales y la mayoría de oficiales y soldados, en cambio, se aburrían: miraban el cielo gris o el suelo, o se movían incómodos en sus asientos, en el caso de los oficiales, o de pie, en el de los soldados. Por eso, cuando un húsar a caballo llegó corriendo junto a la tarima que servía de altar y bajó de un salto de su montura, un hálito de excitación recorrió la explanada. El húsar avanzó decidido hacia O'Donnell y, en el último instante, se acordó de girarse hacia el altar, fingir que hacía una genuflexión e imitar mal una rápida señal de la cruz antes de seguir en dirección al jefe del Ejército. Entonces saludó a O'Donnell y se le acercó para comunicarle algo urgente al oído. Prim, Ros de Olano y Alcalá Galiano se inclinaron descaradamente para intentar escuchar lo que decía el húsar. O'Donnell, tan pasmarote como siempre, se limitó a despedir al mensajero con un gesto de la mano. Sin explicar nada ni reaccionar de ningún modo, el general esperó al final de la misa para hablar con sus colegas. La inacción de su jefe dejaba a Prim en tal estado que daba la impresión de que iba a explotar en cualquier momento. Incluso llegó a hacer gestos al capellán para que acabara la misa lo antes posible.

Después del «*Ite, missa est*», O'Donnell se santiguó y se puso a hablar con sus generales. Los oficiales que comandaban a los soldados obligados a asistir a la misa no les dieron órdenes de romper las filas. Todo el mundo esperaba saber qué estaba pasando y qué decisiones se tomaban. Pero, al parecer, no se tomó ninguna. El mismo O'Donnell y muchos oficiales se marcharon a caballo por el camino de Tánger, y los soldados de la explanada los perdieron de vista. Tarrés y los demás voluntarios regresaron al campamento, atentos por si los movimientos de los generales implicaban que estaba a punto de empezar la acción.

Y así fue. Dos grandes masas de infantería marroquí, parecía que irregular, avanzaban hacia el campamento español. Una se acercaba por la orilla derecha del Gelú, y la otra, algo más lenta, remontaba la colina que cerraba el río Samsa. El Segundo Cuerpo fue movilizado, porque el Primero ya estaba desplegado. Los moros de la orilla derecha fueron dispersados muy pronto porque los cañones Krupp consiguieron frenarlos y, finalmente, obligarlos a huir. Pero los que bajaban por la colina del Samsa seguían avanzando. Como el Primer Cuerpo estaba preparado por si los enemigos del Gelú se reanimaban, el Segundo tenía que encargarse de ahuyentar a

los del Samsa.

Prim, que estaba muy excitado, situó sus batallones en una formación rectangular mucho más clásica que la que utilizó en Tetuán. Muchos voluntarios respiraron aliviados cuando vieron que, en principio, estaban situados en la reserva del cuerpo, lo que significaba que no tendrían que intervenir, que quizá tendrían que dar el golpe definitivo o, como última posibilidad, y no precisamente la más deseada, que tendrían que defender la retirada de sus compañeros hasta el último hombre. Pero esto no parecía demasiado posible y nadie quería considerarlo. Si hasta entonces se había ganado todo, ¿por qué iba a ser diferente aquel día?

La batalla fue bien para los intereses españoles, aunque fue bastante inútil. Subir las montañas de Samsa y echar a todos los moros fue muy lento. Los voluntarios no tuvieron que combatir, pero sí que tuvieron que subir las colinas como todo el mundo. Bueno, peor que todo el mundo, porque la zona donde les tocó el ascenso era la más escarpada. A las once de la noche regresaban al campamento arrastrando los pies.

Tarrés se dejó caer en las mantas de la tienda, agotado. Se le había abierto la suela de una de las alpargatas con una piedra de la colina del Samsa y la planta del pie le había hecho ver las estrellas toda la tarde. Además, notaba que le pesaban los años más que nunca. Tendría unos treinta y siete, pocos menos que Bocanegra, y aun así, había visto a aquel imbécil subir la montaña tan ligero como si anduviera por terreno llano. Y la forma en que Gort, a quien solo había visto de lejos, subía, saltaba, corría y se escondía era una exageración... Claro que Gort era un chico joven, pero a pesar de eso, le había dado mucha rabia. Estaba harto de la vida de miseria que llevaba desde hacía años y no quería que ningún hijo de puta le quitara la posibilidad de cambiarla por nada del mundo. Cuando fuera libre, en Barcelona, la vida volvería a tener el color que había perdido, recuperaría la fuerza que tenía. Pero para ello, tenía que solucionar sus problemas allí, en el camino de Tetuán a Tánger, en el campamento del Batallón de Voluntarios de Cataluña, y tenía que hacerlo lo antes posible. Y con este pensamiento se quedó dormido.

Al día siguiente, hacia las dos de la madrugada, la mayor parte del ejército levantaría el campamento y partiría hacia Tánger. Las conversaciones de paz se habían roto definitivamente, el cólera se había extendido entre la tropa y el campamento estaba lleno de suciedad, con un barro gris y apestoso que lo invadía todo. Aunque solo fuera por huir de él, todo el mundo tenía ganas de vérselas con los marroquíes. Y era prácticamente seguro que lo conseguirían, porque los espías y las partidas de reconocimiento habían localizado un gran número de soldados marroquíes, puede que cincuenta mil o más, preparados para defender el desfiladero del Fondak, en medio del camino de Tánger. Tanto el emperador de Marruecos como los mandos españoles habían llegado, finalmente, a la misma conclusión: la única forma de acabar con aquella guerra era enfrentarse en una única batalla decisiva. Quien ganara, habría vencido y fin de la historia.

Lo que no se explicaban tanto eran los verdaderos motivos por los que ambos bandos deseaban terminar la guerra de una vez, aunque costara un baño de sangre. Para el emperador de Marruecos era la única posibilidad de dar la vuelta al resultado nefasto que, hasta el momento, tenía la guerra. No podía permitir que los españoles continuaran en Tetuán sin intentar desalojarlos, porque su fragmentado reino no se lo permitiría. Y mucho menos podía dejar que los españoles atacaran Tánger. Para O'Donnell y Prim tampoco había ninguna otra salida. Tanto la situación política en España como las dificultades de la ocupación en Tetuán obligaban a dar un salto hacia delante. Aunque no era fácil reconocerlo, España no podía permitirse alargar la guerra demasiado tiempo más. Tanto la situación económica como la política eran insostenibles. Por lo tanto, la guerra tenía que acabar, y tenía que hacerlo en el camino de Tánger.

Muchos de los que en aquellos momentos pensaban en un final inminente de la guerra morirían al día siguiente. Hasta ahora, los españoles habían ganado todas las batallas que habían luchado en aquella guerra, pero esta vez no sería nada fácil echar a los marroquíes del desfiladero. Corría el rumor que las patrullas de reconocimiento habían visto cómo los marroquíes estaban mandados ahora por europeos, seguramente mercenarios contratados. Muchos no lo creían; otros, en cambio, estaban tan seguros de que era cierto que pondrían la mano en el fuego. A Bocanegra le daba igual. Había decidido que hoy mismo contaría a Gort lo que sabía de la muerte del comandante Sugrañes y que fuera lo que Dios quisiera. Si todo iba como pensaba, Gort no pospondría la venganza hasta la vuelta. El muchacho era lo bastante fuerte y buen luchador como para liquidar él solo a los tres expolicías sin tener en cuenta las consecuencias que pudieran derivarse de ello. Porque si se los cargaba en el campamento, lo más seguro era que lo sometieran a un consejo de guerra y lo fusilaran. Ya había pasado hacía unas semanas en otro batallón, donde un soldado había matado de un disparo a un teniente o un capitán. Se lo habían llevado a Ceuta y, por lo que decían los soldados que acababan de llegar, ya le habían pegado seis tiros delante de una pared. Si Gort corriera esa suerte, Bocanegra lo lamentaría sinceramente, pero sabía que, dadas las circunstancias, el disgusto se le pasaría pronto. También podía ocurrir que Gort los matara y nadie lo supiera. Si era así, mejor, aunque de todos modos Gort nunca más volvería a tenerle confianza. Pero más vale perder un amigo que la vida, ¿no?

Lo encontró sentado en un rincón del campamento, donde tenía plantada la tienda, limpiando el fusil. Tenía el arma desmontada, con todas las piezas sobre una manta.

—Hola, Gort. ¿Qué estás haciendo?

—¡Escribiendo poesía! ¿Acaso no ves lo que estoy haciendo, imbécil? —soltó Gort, sin mala leche.

Bocanegra se sentó en otro taburete plegable. El cuchillo que llevaba en la faja le molestó, de modo que se lo puso mejor antes de empezar a hablar. Tragó saliva y

buscó la mejor forma de arrancar.

—¡Qué triste, lo de Sugrañes...! —comentó, con la cabeza agachada hacia el suelo, pero observando de reojo la reacción de Gort.

—¿A qué viene esto ahora? ¡Ya hace prácticamente un mes y medio que murió y en todo este tiempo no habías dicho nada!

—Es que... Es que quería contarte algo...

Gort, que ya sospechaba que Bocanegra sabía más de lo que había dicho hasta entonces sobre la muerte del comandante, prefirió darle cuerda. No era el momento de irritarse y estrangularlo, aunque era lo que más le apetecía.

—Cuenta, cuenta...

—El día de la batalla, la de Tetuán quiero decir, ¿no te extrañó dónde encontraron el cuerpo del comandante? Tan a la derecha, en una punta del campo de batalla...

—Tú llegaste por allí...

—Sí, yo llegué por allí mismo... Y por eso me encontré el cuerpo sin vida de Sugrañes...

—Ya me lo imaginaba. Era imposible que no lo hubieses visto si estabas en la zona. ¿Y por qué no lo dijiste entonces? No lo entiendo... —Gort soltó esta última frase, en contra de su voluntad, en un tono muy tenso.

—¡Oye, no te cabrees antes de tiempo, que yo no tuve nada que ver con la muerte de Sugrañes! ¡Yo también lo quería mucho, que conste! No tanto como tú, seguro, pero era un hombre que...

—¡Al grano, Bocanegra!

Estaba oscureciendo, y empezaban a pasar algunos soldados con farolillos de aceite para iluminar mínimamente el suelo que pisaban. Había excitación en el ambiente y prácticamente todos los hombres que no tenían alguna obligación estaban fuera de las tiendas, charlando.

—De acuerdo, de acuerdo. He de retroceder un poco para explicártelo. —Gort puso cara de cabreado, pero Bocanegra decidió seguir hablando sin hacerle caso—. Nada, un rato. Justo cuando nos metimos en la marisma, yo iba, al principio, como todos los de mi compañía, en la retaguardia. Tarrés, Sabatés y Estop...

—¿Qué tienen que ver ellos con Sugrañes?

—¡No me interrumpas, que ya te lo cuento! —Por una vez en su vida, Gort se dejó cortar en seco—. Pues yo los estaba vigilando. Ya sabes que el teniente Moxó se encargaba de ellos...

—¿Moxó? ¿Moxó se encargaba de ellos? Y Moxó fue el otro oficial que murió el día de la batalla...

—Sí, sí, ahora lo entenderás todo. Pues como te decía, Moxó era quien tenía que mantenerlos a raya porque Sugrañes se lo había encargado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Si me interrumpes constantemente, no acabaremos nunca! —se quejó Bocanegra—. Pues porque ellos me lo dijeron. Y no tenían por qué mentirme, ¿no?

Sigo, ¿eh? Como te decía, cuando entramos en la marisma, me acerqué para continuar vigilándolos. Fue entonces cuando el humo de los cañones lo llenó todo, ¿te acuerdas? Pues bien, yo iba perdido por ahí cuando oí que lejos, lejos, empezaba el asalto e, inmediatamente después, dos disparos no demasiado seguidos, primero uno, luego otro, muy cerca de mí. Preparé el arma, porque creía que los moros se habían infiltrado, y empecé a caminar lentamente hacia el lugar donde había oído los disparos. Y entonces vi, echado en el suelo, el cuerpo de un voluntario, muerto. Bueno, que estaba muerto lo supe cuando me acerqué. Era el teniente Moxó, que tenía un disparo brutal en el brazo, que le había quedado medio arrancado, y después, fíjate bien, Gort, dos heridas de cuchillo en el pecho. Enseguida pensé que aquello no lo habían hecho los moros, sino esos tres hijos de puta, porque se la tenían jurada a Moxó y ya sabes cómo las gastan.

—Todavía no veo la relación con Sugrañes. Porque me estás insinuando que también fueron ellos quienes mataron al comandante, ¿no? No se me ocurre el motivo. ¿Lo viste tú o qué?

—No exactamente. Cuando dejé el cadáver de Moxó, encontré muy cerca, nada, a diez metros escasos, un pedazo de cabeza con cabellos y todo, y un poco más allá, una barretina blanca y azul ensangrentada.

—¡La barretina de Sugrañes! —exclamó Gort. ¡Ahora sí que se lo creía! No sabía por qué, pero aquellos cabrones no solo habían matado a su padre, también habían matado a su padrino.

—Entonces busqué todavía un poco más y encontré dos revólveres abandonados, uno recién disparado y otro de estos franceses, ¿cómo se llaman?

—Lefauchaux —apuntó Gort—. Del tipo que tenía el comandante.

—Ah, pues ahora se entiende más... Este tenía una bala encasquillada y no lo habían disparado; no estaba nada caliente. El comandante intentaría disparar con aquel revólver, le falló el arma y los otros se lo cargaron.

—¿Y cómo es que el cuerpo no estaba ahí?

—Pues supongo que se lo llevaron a primera línea para disimular. Después vi que Estop, el que es el más corpulento de los tres, ya sabes... Pues bien, Estop llevaba una mancha de sangre que no era suya en la espalda. Puede que cargara al comandante hasta dejarlo en la balsa, ¿no?

Ahora todo cuadraba. Gort sintió que Tarrés y sus hombres estaban ligados a él por una especie de lazo diabólico. Tarrés tenía que destruir a las personas que él más quería. Y aquel círculo de muerte no acabaría hasta que uno de los dos se fuera al otro barrio. O quizás ambos a la vez.

—¡Tengo que liquidarlos! ¡No quiero que vivan más! —soltó Gort. Se levantó y entró en la tienda a buscar la bayoneta que había hecho afilar aquella misma tarde.

Bocanegra sintió una gran alegría en el cuerpo. La confesión había ido de primera. Gort se había enfurecido tanto que iría a matar a esos tres, y sus problemas desaparecerían de repente. Con lo que no contaba Bocanegra era con que el azar

también iba a aparecer repentinamente.

La clave era Bocanegra. Si lo conocía bien, cuanto más acojonado estuviera, más estupideces haría. Mañana había batalla, y hacer el imbécil durante una batalla te convertía en un buen candidato para que te mataran. Y si no, ya se encargaría de ello él, Jeroni Tarrés, o alguno de sus colegas. El tema de Gort era un poco más complejo. Se veía que aquel chico no era ningún cobarde, y una advertencia no solo no serviría de nada, sino que podía ser, incluso, contraproducente. Más valía dejarlo en paz. Lo que tenía que hacer era enviar a sus dos hombres a acojonar a Bocanegra, ponerlo tan nervioso que mañana no pudiera dejar de cometer errores. Y sabía que algún error sería mortal para él.

Estop y Sabatés se pusieron a buscar a Bocanegra por el campamento. Tarrés, después de la experiencia del otro día, quería ver qué pasaba y les había avisado que los observaría a unos metros de distancia. Además, sabía que su presencia asustaría todavía más a Bocanegra. Esta vez, había hablado muy en serio con sus hombres y les había advertido que todo tenía que salir bien. Por eso, había encargado a Estop que él y solo él fuera quien hablara con Bocanegra. Sabatés tenía que limitarse a mirar. Tanto uno como otro llevarían revólveres en la faja. No tenían que sacarlos, porque estaba prohibido que los soldados tuvieran, pero tenían que enseñárselos a Bocanegra para que creyera que podían matarlo en aquel momento. Sí, seguro que eso bastaría para volver loco a aquel individuo.

Finalmente lo vieron. Estaba sentado en un taburete a la puerta de una tienda. Hasta hacía un momento había estado hablando con otro voluntario, pero aquel hombre se había metido ahora en la tienda. Mejor, si estaba solo, sería más fácil hablar con él. No necesitaban demasiado rato para acojonarlo.

Estop y Sabatés tenían el ánimo especialmente tranquilo. A primera hora de la tarde se habían fumado una pipa de grifa cada uno y estaban contentos y relajados. Bueno, Estop más que Sabatés, pero eso era una cuestión de carácter. Asustar a Bocanegra no solo era una tarea fácil, era un trabajo muy divertido que les recordaba cuando eran policías de la Ronda y su presencia daba escalofríos a los barceloneses. Puede que pronto volvieran a sentir lo mismo y que lo que iban a hacer ahora fuera una especie de aperitivo del futuro.

Estop optó por acercarse a Bocanegra por detrás y ponerle la mano en la espalda. Al mismo tiempo, agachó la cabeza para hablarle al oído.

Bocanegra notó el impacto de la mano grande de Estop en el hombro e intuyó que no era una salutación amistosa. Así que se incorporó rápidamente, justo cuando el expolicía inclinaba la cabeza hacia él. La coronilla de Bocanegra chocó con la mandíbula de Estop y se oyó un chasquido de dientes espantoso. Estop vio de repente el mundo de color rojo. ¡Menudo golpe le había dado aquel cabrón! Quizá si no hubiese fumado grifa antes, se habría controlado mejor, pero la droga lo había desinhibido. Y el dolor del golpe le hizo desear la muerte de Bocanegra más que nada

en el mundo. Mientras se lamentaba y gritaba, empezó a buscarse el revólver en la faja.

Bocanegra vio que Estop iba armado. Detrás de él estaba Sabatés y le pareció que, más allá, Tarrés contemplaba la escena. Esos tres habían ido a matarlo. Solo podía huir siendo valiente. Se metió la mano en la faja y sacó el cuchillo que últimamente afilaba todos los días. Clavar un cuchillo puede ser mucho más fácil que disparar un revólver, sobre todo cuando se tienen los labios machacados y un par de dientes bailando por culpa de un cabezazo. Estop fue más lento de la cuenta y, en cambio, Bocanegra fue muy rápido y le clavó el cuchillo hasta la empuñadura. La hoja de acero le acertó en el corazón, y Estop cayó fulminado al suelo con el arma hundida en el pecho.

Sabatés empezó a sacar el revólver en cuanto Bocanegra se había llevado la mano a la faja. Le daba exactamente lo mismo estar en medio del campamento. Ahora él podía matar tranquilamente a Bocanegra alegando defensa propia. Mientras Bocanegra trataba de sacar el cuchillo del pecho de Estop, Sabatés amortilló el revólver y, sin pensarlo dos veces, disparó a Bocanegra. El tiro lanzó a Bocanegra al otro lado de la tienda, pero el hombre se incorporó inmediatamente sujetándose la tripa. Sabatés volvió a amortillar el revólver, dispuesto a rematarlo.

Tarrés lo vio todo, horrorizado. Otra vez los acontecimientos se le escapaban de las manos. Ahora Sabatés le había quedado de cara, mientras que Bocanegra estaba medio sentado en el suelo entre ambos. Entonces, cuando Sabatés ya levantaba el revólver para disparar el tiro definitivo, Tarrés vio que se quedaba rígido y ponía cara de total incompreensión mientras la punta de una bayoneta le salía por la base del cuello. Al caer, todavía disparó por segunda vez, pero la bala fue a parar al suelo. Detrás de él, de pie, estaba Gort con una bayoneta que chorreaba sangre en la mano y, por un momento, las miradas de los dos supervivientes de la matanza se encontraron. Tarrés vio en el acto que Gort lo sabía todo y recordó, en aquel preciso instante, la mirada que le había dirigido un niño mientras mataba a su padre la noche de San Juan de 1851 en Barcelona.

El teniente Ferrer Carriol sacó el revólver y apuntó a Gort mientras le gritaba:

—¡Suelte la bayoneta, Gort! ¡Ahora mismo!

Gort dejó caer el hierro y vio cómo Tarrés se iba prácticamente corriendo. Antes de que nadie lo detuviera, se arrodilló junto a Bocanegra, que estaba medio incorporado en el suelo con un gran boquete que se iba oscureciendo de sangre en el estómago. Le rodeó los hombros con un brazo y se apoyó la cabeza de Bocanegra en el pecho. El hombre estaba en estado de *shock*, y de vez en cuando ponía los ojos en blanco. Toda la vida había sido repelente, aprovechado y egoísta, pero para Gort, era la única persona que todavía lo ligaba al recuerdo de su padre y de su padrino a la vez.

Unas manos sujetaron a Gort para llevárselo, pero el joven aún pudo susurrar:

—No te mueras, Feliu, no te mueras...

Al coronel Fort le contaron lo que había sucedido justo a la salida de una reunión con Prim para preparar la batalla del día siguiente. Tenía un ligero dolor de cabeza y esperaba beberse una infusión de hierbas y meterse en la cama de campaña, pero lo que le contó su ayudante, el teniente Vacaro, le puso los pelos de punta. Dos muertos y un herido grave en el campamento y, lo que era incluso peor, el ahijado de Sugrañes, el cabo Gort, implicado en los hechos. Había causado, como mínimo, una de las muertes con el brutal método de traspasar el cuello con la bayoneta a uno de los voluntarios. El otro muerto había recibido una cuchillada en el corazón, pero no quedaba del todo claro quién se la había asestado. Y el herido grave era un tercer voluntario, al que habían disparado en el estómago con un revólver, ¡ilegal, por cierto!, y que, por lo que decía el cirujano, era un milagro que todavía no hubiese muerto. ¡Una pelea entre voluntarios a pocas horas de la batalla decisiva!

El dolor de cabeza de Fort se fue intensificando a medida que se acercaba al campamento. Sus hombres lo saludaban como siempre, pero se los notaba nerviosos. ¿Qué podía haber ocurrido?

—¿Sabe el nombre de los implicados? —preguntó al teniente mientras caminaban.

—Sí, los tengo aquí anotados. —El teniente acercó el farolillo de aceite a un papel estrujado y leyó, vacilante—: Uno se llamaba Francisco Estop y el otro, Agustín Sabatés. Y el herido, el herido... Ah, aquí, Feliciano Brut.

—Este no me suena, pero los demás... —El coronel rebuscó en la memoria hasta hallar la respuesta—. ¡Ah, ya sé quiénes son! Sí a estos los conozco de antes, incluso. Son dos de los...

Se calló en seco. En estas cosas lo mejor era ser discreto. Que los muertos fueran dos expresidarios le dio una posible explicación de cómo había ido la pelea. Puede que los dos individuos hubieran provocado a los otros voluntarios y que todo hubiera terminado mal para ellos. Bueno, ahora lo vería.

—Está en la tienda de la derecha.

Delante de una tienda había dos voluntarios haciendo guardia, vigilando que nadie saliera de ella sin permiso. El teniente iba a entrar primero, pero Fort lo detuvo. El coronel se agachó y entró solo en la tienda. En su interior, estaba el joven de la nariz rota, sentado en una silla plegable. Una lámpara de aceite colgaba del vértice de la tienda y bañaba el interior de una luz amarillenta y mortecina. Cuando el coronel entró, Gort se levantó y le ofreció su asiento, pero Fort tomó un taburete y se sentó. Al ver que Gort iba a sentarse de nuevo, el coronel lo detuvo:

—¿Le he dado permiso para sentarse? ¡Pues quédese de pie!

Gort no solo se quedó de pie, sino que decidió ponerse firmes y no hablar hasta que el oficial se lo pidiera. Fort se quedó en silencio y se sacó una pipa y una petaca de tabaco de un bolsillo interior. Después de cargar parsimoniosamente la pipa, sacó una cerilla y rascó con ella una de las patas del taburete hasta que se encendió. No se decidió a hablar hasta después de dar un par de caladas:

—Y ahora cuénteme qué ha pasado.

Gort había tenido tiempo de reflexionar hasta qué punto tenía que contar lo que había pasado. Todo sería muy distinto si Bocanegra se recuperaba o no lo suficiente para hablar. En cualquier caso, no parecía que en las próximas horas fuera a estar lo bastante bien como para dar una versión diferente de la que él pensaba dar. Su objetivo era tener tiempo y posibilidades para terminar el trabajo que había empezado hacía un rato, aunque hubiera sido precipitadamente. No quería denunciar a Tarrés, porque no tenía ninguna prueba de que hubiera matado a Sugrañes y, además, si explicaba que el expolicía había matado a su padre, todavía daría más la impresión de que había urdido un plan para vengarse. Y los tres presidiarios, a ojos del Ejército, ya estaban redimiendo sus culpas. No, cuanto más ajeno a lo que había pasado, mejor.

—Pues muy sencillo, coronel. Estaba hablando con Bocanegra...

—¿Quién es Bocanegra? Nadie me ha hablado de este hombre...

—Bocanegra es el voluntario al que han herido. Es que Bocanegra no es su verdadero nombre, sino que se llama Brut de apellido.

—Ah, sí... Continúe.

—No estábamos hablando de nada en especial. Yo estaba limpiando el fusil y me he dado cuenta de que me había dejado la bayoneta en la tienda. He entrado a buscarla y, justo cuando la había encontrado, he oído un tiro. He salido corriendo, con la bayoneta en la mano, y me he encontrado con que habían disparado a Bocanegra y que un hombre estaba a punto de disparar de nuevo. Entonces, para impedir el crimen, le he clavado la bayoneta. Y ya está. Esta es toda la historia, coronel...

El coronel lo observó a través del humo del tabaco. No creía a Gort en absoluto. Estaba claro que aquel chico estaba mintiendo, que había algún asunto oculto, pero la historia que había contado era impecable.

—¿Sabe cómo se llaman los hombres que han muerto hoy? ¿Los conocía de algo?

—Hombre, coronel, aquí no somos tantos... Sé que son, bueno, que eran de la Tercera Compañía, como Bocanegra, pero poco más. Sí, que se incorporaron aquí, en Tetuán, y no en Barcelona, pero ya no sé más...

—No los conocía de antes de venir aquí, ¿verdad?

—No, no... Además, si se fija, entre ellos y yo hay cierta diferencia de edad. Si ya llevaban años aquí, ¿cómo iba a conocerlos?

—¿Y cómo sabe que llevaban años aquí, en África?

Gort tragó saliva. Si quería salir bien librado, tenía que hablar menos.

—No lo sabía. Solo lo he deducido porque la gente decía que eran muy veteranos.

—Mire, Gort, haré con usted algo que usted no está haciendo conmigo: le diré la verdad. —Fort se pasó una mano por la frente. El dolor de cabeza empezaba a ser una tortura, y el ambiente cargado de la tienda, una mezcla de olor a pies, sudor y humo acre de tabaco, no contribuía precisamente a quitárselo—. Lo que yo, como coronel, tendría que hacer es arrestarlo y ordenar que lo enviaran a un calabozo de Tetuán para que mañana o pasado mañana lo trasladaran a Ceuta. Allí lo someterían a un consejo

de guerra y podrían pasar dos cosas: que lo creyeran y entonces, simplemente, lo condenarían a pasar un par o tres de años en un presidio de allí mismo o de Melilla, o que no lo creyeran, y entonces, al día siguiente, lo fusilarían. Cualquiera de las dos alternativas me iría bien; no tengo preferencias. Pero usted, Gort, era el ahijado del comandante Sugrañes, y Sugrañes, que tenía muchas virtudes, también tenía un defecto: era un sentimental. Dejó una carta para el general Prim en la que le pedía que velara por usted. ¡Y todo esto no dejaría de ser una bonita y tierna historia si no hubiese tenido usted la puta ocurrencia de traspasar a un soldado con la bayoneta y de ser partícipe en el asesinato de otro, o de dos, si el tal Bocanegra acaba muriéndose!

Gort no sabía dónde quería ir a parar. Él quería estar libre unas horas para rematar el trabajo. Si lo fusilaban, moriría con el pesar de no haber vengado las muertes de su padre y del comandante. Y si iba un tiempo a la cárcel, podía fácilmente perder la pista de Tarrés. El coronel, pasada una pausa, siguió hablando.

—Mañana, en realidad de aquí a pocas horas, habrá una batalla. No le engaño, será la peor que hemos librado hasta ahora aquí, en África, y no sé si la podremos ganar o no. En cualquier caso, pase lo que pase, será sangrienta, muy sangrienta. Usted, mañana, tiene que distinguirse, tiene que ser un héroe, porque si no, no podré protegerlo y acabará fusilado. O también tiene otra salida, que no es incompatible con la primera. Muera en la batalla. Heroica o estúpidamente, me da igual. ¡Pero déjese el pellejo ante los moros! ¿No dice nada?

—¡Gracias, señor! ¡No lo decepcionaré!

—Puede retirarse...

Cuando Gort salió de la tienda, el coronel se sintió mal. Contrariamente a lo que había afirmado, sabía que no le había dicho del todo la verdad. Si Gort sobrevivía a la batalla, también tendría que someterse a un consejo de guerra. Puede que si había sido un héroe, se librara de la ejecución, pero de la cárcel no lo salvaría nadie. El coronel deseó que al día siguiente Gort encontrara una muerte gloriosa.

A las dos de la madrugada, un disparo de cañón despertó al campamento. Muchos no habían dormido, nerviosos por lo que tenía que pasar. El cañonazo era la señal establecida para empezar a desmontar el campamento. No sabían qué sucedería en la batalla ese día, pero lo que era seguro es que aquella noche no dormirían en el mismo sitio donde habían dormido aquellas semanas.

Dos horas y media más tarde, el campamento ya estaba recogido. Ahora, sin las tiendas, todo aquel terreno producía un efecto extraño. Aquí y allá había maderas rotas, restos de cajas de munición, bolsas de trigo rasgadas. Los perros raquíticos que siempre rondaban el campamento se peleaban ahora por algo de comer que no se había recogido a tiempo. Los hombres estaban más o menos formados cuando aún no había amanecido. El día prometía ser largo, entre otras cosas porque ahora las mochilas pesaban más que nunca. Cada soldado llevaba setenta cartuchos, la manta, algunos incluso dos, raciones militares para cinco días, los recuerdos que tenían de la

batalla de Tetuán, dátiles y dulces que habían comprado en las calles de la ciudad. Demasiado peso. Aunque los mandos habían previsto una marcha nocturna para llegar al desfiladero del Fondak justo a la salida del sol, y así los marroquíes tendrían la desventaja de estar deslumbrados cuando empezara el ataque, una niebla densa provocó que la salida del ejército se demorara. Finalmente, a las ocho, con todos los soldados cansados de esperar, salió el sol y la niebla desapareció. No había ni una sola nube y muy pronto empezó a hacer calor por primera vez desde que los voluntarios habían llegado a África.

O'Donnell había previsto avanzar en dos columnas. El Primer Cuerpo, el Segundo y el Tercero, por este orden, irían por el camino de Tánger hasta el desfiladero del Fondak, donde seguramente los marroquíes habrían montado los paramentos de defensa. Y el Cuarto Cuerpo subiría las montañas de Samsa y llegaría al Fondak por la cresta de la sierra de Wad-Ras, por la derecha. Pensaban que así se evitaría que los marroquíes atacaran la columna principal por el flanco. Los que iban por el camino tardarían unas dos o tres horas en llegar al Fondak, y los que iban por la montaña un poco más.

El plan no era malo; lástima que los marroquíes tenían otras ideas. Cuando hacía menos de una hora que las columnas habían salido de Tetuán, se toparon con una gran cantidad de soldados marroquíes que les disparaban. Lo que hacían allí era un misterio, porque difícilmente los marroquíes podrían superar a los soldados españoles en un terreno tan abierto. De todos modos, la principal columna española tuvo que detenerse y romper la formación cuyo aspecto tanto había gustado al general O'Donnell. Por si eso fuera poco, empezaron a bajar moros de la montaña del otro lado del río Gelú para disparar a los soldados españoles desde el lado izquierdo. No es que fuera una gran amenaza, pero el Tercer Cuerpo, el de Ros de Olano, que era el que iba detrás de todo, tuvo que desviarse para repeler el ataque. El Cuarto Cuerpo, que comandaba el general Ríos, empujó a los marroquíes hacia las montañas de la derecha, pero allí arriba, entre las rocas y los precipicios, la lucha se volvió más lenta y difícil. Con un ataque temprano, el príncipe Muley el-Abbas, el general de los marroquíes, había logrado que la mitad del ejército español tuviera que alejarse del frente principal de la batalla.

El Primer Cuerpo, que comandaba el general Echagüe, era el que tenía que abrirse paso hacia el Fondak. Como no contaban con un enfrentamiento antes de llegar al desfiladero, los españoles no habían preparado los cañones grandes, que eran más difíciles de transportar, y solo llevaban una artillería ligera y unos cuantos cohetes que no hacían demasiado daño al enemigo. Así que Echagüe ordenó que sus batallones de infantería trataran de dominar el terreno con un ataque a la bayoneta. Había una loma justo en la confluencia del Gelú con el Bu-Shifa, algo antes de donde hacía unos días Gort había ganado la medalla. Pues bien, aquella loma pareció de repente el lugar más importante del mundo. Centenares de marroquíes empezaron a correr para coronarla. Aunque el ejército del emperador de Marruecos no disponía de

artillería de montaña, era evidente que si controlaba aquella pequeña elevación podría hacer mucho daño a la gran columna de los españoles, que ya había quedado muy disminuida. El batallón que estaba más cerca de la loma era el de los cazadores de Cataluña. Muy a menudo, los batallones regulares como aquel recibían un nombre que no tenía nada que ver con el lugar de procedencia de los soldados. Pero a veces, y este era el caso, la mayoría de la tropa y de los oficiales sí que se correspondían con el nombre del batallón. Así pues, los cazadores de Cataluña eran básicamente catalanes. Aunque no se habían relacionado demasiado con los voluntarios porque estaban acampados lejos, había una corriente de simpatía mutua. De modo que cuando les ordenaron que se apresuraran a asegurar la loma, cierto pavor recorrió las filas de los voluntarios, porque la desproporción entre los cazadores y los marroquíes era muy grande.

Hasta entonces, los voluntarios simplemente habían sido espectadores de lo que sucedía a su alrededor. Los del Tercer y Cuarto Cuerpo ya estaban en combate, y ahora habían empezado a atacar los del Primero, pero los del Segundo, el cuerpo que comandaba Prim, habían tenido muy poco trabajo. Los disparos de los marroquíes había matado a unos cuantos hombres, entre ellos un voluntario. Mala suerte, pero, nada grave excepto para los caídos, porque en la mentalidad de los militares, esos batallones todavía estaban del todo intactos.

Tarrés, rodeado de voluntarios, se sentía un poco solo. La muerte de Estop y Sabatés lo había dejado helado. No los apreciaba especialmente, pero eran los únicos con quienes había mantenido una cierta relación de amistad aquellos últimos años. Era él quien mandaba, y cada quien ocupaba su sitio, pero aun así se había acostumbrado a ellos y ahora era como si se hubiera quedado sin referencias. Además, ahora sabía quién era Gort y que a partir de aquel momento habría un combate a muerte entre los dos. Reconocerlo después de tantos años lo había afectado, aunque no quisiera demostrarlo. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Era evidente que aquel niño de la noche de San Juan y ese joven de los voluntarios tenían la misma fisonomía, y él había sido incapaz de verlo hasta entonces. Además, seguro que Bocanegra, ojalá ya hubiera reventado, debía de saberlo y el muy desgraciado se lo había callado. Tarrés daba vueltas a la posibilidad de acabar con Gort durante la batalla. No sería tan fácil como en Tetuán, porque ahora no había ni niebla ni humo, y todo se veía muy claro. De hecho, no había podido conseguir ni un solo revólver. Solo tenía una pistola marroquí de un solo disparo que un voluntario le había vendido sin la munición adecuada.

De vez en cuando, en una batalla, se creaba mucha confusión, pero solo cuando los marroquíes y los españoles se enzarzaban en el cuerpo a cuerpo, lo que había pasado pocas veces hasta entonces. Como ahora, en la cima de la loma, donde los cazadores de Cataluña se estaban matando con los marroquíes. Solo se veían caer cuerpos al suelo, de unos y de otros. Algunos de los cuerpos de los heridos o de los muertos rodaban loma abajo y dos o tres se acumulaban al encontrarse con alguna

piedra. Era una imagen espantosa. Otro batallón, el de los cazadores de Madrid, se añadió a la lucha y, poco a poco, lograron controlar la loma a un coste terrible.

Los soldados que veían lo que estaba pasando estaban impresionados. De los montones de hombres caídos brotaban riachuelos de sangre. Muchos estaban asustados y temerosos de que los mandos les ordenaran alguna acción como la que habían ordenado a los cazadores. Gort no tenía ningún miedo, en realidad estaba deseando que la orden llegara lo antes posible. Actuaría según las circunstancias, seguro, pero tenía un plan de acción muy claro. Si les ordenaban que atacaran alguna posición, correría hacia ella, pero desviándose hacia la derecha, donde había localizado a Tarrés. Quería que, cuando llegara el momento del choque con los marroquíes, Tarrés estuviera de alguna forma a su lado. Sería la oportunidad que esperaba para matarlo sin que los demás se dieran cuenta. Aunque hacía años que soñaba con causarle una muerte lenta y dolorosa, ahora lo único que quería era acabar rápidamente. Se conformaría con poder pegarle un disparo de fusil a boca de cañón. Tarrés, al otro lado del batallón, cruzaba a menudo su mirada con él. Y si el día anterior, cuando lo reconoció, le había parecido que el expolicía se había asustado, ahora aquel cabrón tenía el mismo ademán fanfarrón que había tenido siempre en sus recuerdos. Mientras los voluntarios observaban el combate de la loma, Gort y Tarrés se miraron a distancia, y Tarrés, entonces, sonrió sardónico. Él también tenía sus planes y, a la larga, siempre le salían bien. Hoy también sería así, seguro.

La acometida suicida de los dos batallones de cazadores había golpeado duramente a los marroquíes, que se habían retirado cruzando el puente hacia la llanura que se extendía al otro lado del río Bu-Shifa. Se retiraban, pero no huían, porque, como pudieron ver los españoles, en la llanura había la concentración más grande de soldados enemigos que habían visto hasta entonces en toda la guerra. No faltaba nadie: había las *harkas* de cabileños, la mayoría con la cabeza rapada y con chilabas rayadas y claras, armados con gumías y muy chillones; también se distinguían los miembros de la *Jaijili*, la caballería regular, tocados todos con un sombrero cónico y puntiagudo de un color rojo muy vivo, que llevaban las espingardas más trabajadas; los llamados moros del rey, a menudo con turbantes muy bien puestos y vestidos con chilabas con cinturón para llevar la munición de los fusiles europeos que tenían; y, finalmente, los que daban más miedo, los *bukaris*, la guardia negra del emperador, hombres reclutados en el África central, mercenarios de piel negra que se comprometían por veinte o más años con Marruecos y que formaban un cuerpo de élite que jamás retrocedía, que prefería morir antes que caer derrotado. Y allí, en la llanura, había millares, esperándolos.

Los dos batallones de cazadores del Primer Cuerpo habían quedado medio deshechos y ya no se podía contar con ellos, lo que conllevaba que el Cuerpo no tuviera la potencia con que había iniciado la batalla. Algunos batallones de infantería y un par de escuadrones de caballería ya estaban al otro lado del Bu-Shifa, encarados a los enemigos, pero muy aislados del resto del ejército. Prim no dejaba de molestar a

O'Donnell enviándole mensajeros que, básicamente, siempre le decían lo mismo, que ahora le tocaba atacar a él. O'Donnell no resistió demasiado rato la avalancha de mensajeros y ordenó que el Segundo Cuerpo cruzara el río, ayudara a sus compañeros del Primer Cuerpo y destruyera la fuerza enemiga. Como encargo no estaba mal, pero a la vista del destrozo que acababan de ver los soldados, prácticamente el único militar del Segundo Cuerpo que quedó satisfecho con el mandado fue el general Prim.

Primero envió a los dos batallones del Regimiento de Castilla, que, por aquellas cosas del Ejército, estaban básicamente compuestos por vascos, extremeños y andaluces. Los regimientos atacaron a la bayoneta, pero se encontraron con una lluvia de disparos que los dejó muy tocados. Como aquellos dos regimientos se vieron muy frenados, se envió a la batalla al Batallón de Granada y al Escuadrón de Caballería de Albuera. Inicialmente, la acometida fue muy bien. Decidieron atacar al grupo de marroquíes que había justo a la salida del puente de piedra e inicialmente les obligaron a retroceder. Pero como les pasa a menudo a los de caballería, no supieron parar. Y es que se sentían muy bien con sus pantalones rojos y su dolmán azul con nudos húngaros negros, que normalmente solo llevaban los húsares, pero que por un capricho de los diseñadores de ropa militar, ahora también lucían los cazadores montados. La verdad es que el dolmán era la envidia de todos los militares: una chaqueta corta y aferrada al cuerpo, llena de cordones a cada lado del pecho. Inútil, pero muy bonita. No es extraño pues que, sintiéndose tan bien vestidos, los de Albuera perdieran el tino. Lo que tenía que ser una acción de contención se convirtió en un avance descontrolado. Los infantes del Regimiento de Granada se contagiaron de la locura de los jinetes y empezaron a penetrar también excesivamente en las líneas enemigas. El desastre estaba servido. Los marroquíes empezaron a enviar a la flor y nata de su ejército y destrozaron el regimiento y el escuadrón. Los soldados supervivientes se fueron retirando como podían. Como se habían desviado demasiado hacia la izquierda, habían tapado la línea de tiro de los compañeros desplegados en guerrilla detrás de ellos. Simplemente, no los podían ayudar. Tendrían que arreglárselas solos, lo que quería decir que muy pocos de aquellos hombres tenían alguna posibilidad de regresar vivos a sus filas.

Prim vio la matanza que estaba empezando en cuanto cruzó el puente, y vio claro que solo una acción decidida y valiente podía salvar a esos hombres. Solo con un ataque cuerpo a cuerpo pararían el empuje de los marroquíes. Llamó al coronel Fort para que fuera a verlo inmediatamente. Fort montó a caballo y se acercó hasta donde él estaba.

—General —saludó Fort.

—Coronel, voy a pedir una proeza a los voluntarios. Están preparados, ¿verdad?

—Es lo que sabrán hacer mejor, seguro.

—¿Ves aquel regimiento y aquel escuadrón en retirada? —Prim señaló más allá del puente con el bastón de mando—. La única forma de sacarlos de allí es con un

ataque decidido. No podemos apoyarnos en la artillería porque los nuestros y los suyos están mezclados. O sea que solo se puede actuar con corazón y valentía.

Fort sonrió.

—Permiso para ir con mi batallón, señor.

—¡Venga, daos prisa!

Fort puso el caballo al trote hasta llegar junto a los voluntarios. Aunque en general prefería combatir a pie, al lado de las tropas, esta vez decidió que él y los capitanes irían a caballo. Quería que sus hombres lo vieran bien durante el ataque, lo que esperaba que les infundiera valor. Además, había un motivo práctico. Buena parte de la fuerza marroquí estaba formada por caballería. Para combatir a un soldado a caballo lo mejor era otro soldado a caballo. Si él hubiese sido Prim, habría enviado un escuadrón de caballería al rescate, pero el general era el general y seguro que lo que quería era, por razones políticas, lucir su Batallón de Voluntarios de Cataluña. Después de dar las órdenes a los oficiales, Fort se incorporó en los estribos y gritó a la tropa:

—Voluntarios, nos han ordenado cruzar el río y detener el ataque enemigo que amenaza con derrotar a nuestros compañeros del Regimiento de Granada y destruir nuestra ala izquierda. ¡Vamos, y si no podemos resistir, hagamos que nos maten hasta el último hombre, como corresponde a nuestra fama! ¡Adelante!

Los trescientos cincuenta voluntarios que quedaban se lanzaron hacia el enemigo. Primero fueron al paso, pero poco a poco fueron acelerando hasta que todos se echaron a correr en dirección a la primera línea. No era normal, no era la forma ortodoxa de entrar en combate, por lo que su marcha causó sensación entre quienes la veían. La mitad, más o menos, se dirigió a cruzar el puente mientras que la otra mitad se encaminó hacia un vado que también permitía el paso.

Gort y Tarrés iban al mismo ritmo, pero su atención no estaba centrada en el choque con el enemigo que estaba a unos doscientos metros de distancia. Lo único que les importaba era saber que, finalmente, había llegado la hora de la verdad. Gort revisó mentalmente el estado de su fusil. Si seguían corriendo, sería prácticamente imposible dispararlo. Con el retroceso que tenía, si no lo sujetabas firmemente, era tan difícil darle a un blanco a tres metros como a cien. Lo llevaba preparado por si acaso, pero no contaba con usarlo contra Tarrés. Corría en diagonal para irse acercando al expolicía. Tarrés seguía recto en dirección al puente, aunque con la cabeza vuelta hacia el lado de donde venía Gort. Él también llevaba el fusil cargado, pero confiaba en que le fuera mucho más útil de lo que Gort se esperaba.

Los voluntarios seguían corriendo, ahora sin orden ni concierto, entre otras razones porque tenían que ir esquivando a hombres y caballos heridos o muertos que estaban tendidos en el suelo o caminaban cojos y sin voluntad. Algunos voluntarios, los más rápidos, empezaban ya a cruzar el vado, que estaba más cerca de donde habían empezado a correr. El vado estaba medio sumergido y en algún punto el agua llegaba hasta medio muslo, lo que impedía poder cruzarlo demasiado rápido. Parecía

que la batalla había disminuido su ímpetu para ver cómo los voluntarios corrían desahogados hacia la muerte. Fort, a caballo, había tenido la intención de situarse delante, pero tuvo que frenar para ayudar a unos voluntarios a cruzar el vado. Cargados como iban con las mochilas, la carrera les estaba resultando mucho más pesada de lo que esperaban. Cruzar el río sin aliento era doblemente penoso.

Gort estaba ya a pocos metros de Tarrés, de quien casi corría en paralelo. Se puso el fusil bajo el brazo derecho, como si fuera una pica y embistió al expolicia con la bayoneta. Tarrés se sacó de la faja la pistola marroquí que llevaba. El arma cargaba balas del calibre dieciocho, que podía fabricarse uno mismo si quería. Pero él no había tenido tiempo esa noche de hacer ninguna y la había cargado con un par de clavos y piedras más o menos pequeñas. Esperaba que actuara como una especie de trabuco pequeño.

Disparó cuando tenía prácticamente encima la bayoneta. El percutor incendió la pólvora y, acto seguido, el arma se disparó. La explosión fue más espectacular que efectiva. Como la pistola no estaba bien cargada, el cañón quedó dañado. Las piedrecitas y el par de clavos salieron disparados con relativamente poca fuerza, pero la suficiente para golpear a Gort. Una piedrecita proyectada se le incrustó a la altura de la clavícula, otra le dejó un arañazo muy feo en el pómulo y uno de los clavos consiguió traspasarle la ropa y lo hirió ligeramente, aunque de forma muy dolorosa, en el abdomen. Los demás proyectiles no llegaron a tocarle. Tarrés ya se esperaba que con aquella carga tan poco ortodoxa no lograría matar ni herir gravemente a Gort, pero aquel disparo le permitió detener la acometida del joven y prepararse para clavarle la bayoneta o, si podía, dispararle con el fusil.

Gort, sorprendido por la explosión de la pistola, sintió el dolor en el abdomen y en la clavícula, y curiosamente no notó el corte en el pómulo, aunque era lo más espectacular. Debido al dolor y a la sorpresa soltó el arma y se quedó indefenso ante Tarrés. Al darse cuenta, echó a correr hacia el puente. Tarrés se detuvo porque no corría tanto como el joven y porque ahora era él quien tenía ventaja. Se plantó, se apoyó el fusil en el hombro y apuntó a la espalda de Gort, que ya estaba cerca del puente. No tenía muy buena puntería, y él lo sabía. Pero a aquella distancia esperaba acertar. Gort empezó a zigzaguear para dificultar el disparo de Tarrés y la estratagema le salió bien. Tarrés disparó, pero la bala no dio a Gort y fue a incrustarse en el pie de un voluntario que estaba cruzando el puente en aquel momento. El voluntario cayó herido, sujetándose el pie agujereado. Gort saltó por encima de él, pero se lo pensó mejor, retrocedió y le quitó el fusil a pesar de sus quejas. Había llegado su oportunidad, y él sí que tenía buena puntería. Giró el fusil hacia donde antes estaba Tarrés, pero ya no estaba ahí. ¿Dónde se había metido?

Mientras tanto, los primeros voluntarios habían llegado a la primera línea. La llegada repentina de esos hombres hizo retroceder momentáneamente a la infantería marroquí, pero el efecto sorpresa se terminó enseguida. La lucha estaba muy igualada, lo que no era nada bueno para los voluntarios, que no dejaban de ser cuatro

gatos. Los catalanes luchaban desesperadamente, pero las gumías enemigas los iban a traspasar y a cortar uno a uno. Fort, que estaba ayudando a sus soldados a cruzar el vado, se percató de que la situación de los primeros voluntarios que habían chocado con los enemigos era muy delicada, así que giró el caballo y lo espoleó para dirigirse al corazón de la batalla.

Gort no sabía dónde estaba Tarrés. Acabó de cruzar el puente, por si lo había pasado sin que él lo viera, y entonces observó de reojo que un caballo iba directo hacia él. Era Tarrés, que se había apropiado de una montura y se le acercaba con poca maña. Gort medio apuntó el arma y apretó el gatillo, pero no pasó nada. Como no había cargado él el fusil, no podía estar seguro de si se había atacado bien la bala o si el pistón había caído, pero daba igual, no tuvo tiempo para mirarlo porque le tocó esquivar de un salto la acometida de Tarrés. El caballo, asustado por el ruido de la batalla y por la poca destreza del expolicía, se paró y empezó a andar hacia atrás. Tarrés no sabía qué hacer. Intentaba, con las riendas, que el caballo girara a un lado para volver a encararlo hacia Gort, pero no había manera. Gort aprovechó la ocasión para sujetar la pierna de Tarrés y hacerle perder el equilibrio.

En la batalla, las cosas se habían complicado todavía un poco más. Habían llegado unas decenas de *bukaris*, dispuestos a acabar con aquellos soldados estrafalarios que vestían de modo distinto del resto de soldados enemigos. La llegada de la guardia negra convirtió aquel caos en otro mayor. Los caballos que montaban eran magníficos y respondían sin problema a las indicaciones de sus jinetes en medio de los gritos y las explosiones. Unos *bukaris* traspasaron las líneas y prefirieron atacar a los voluntarios que estaban más atrás, para transmitir más terror y destruir la moral de los que todavía combatían.

Tarrés había caído al otro lado del caballo, que salió como alma que lleva el diablo en cuanto dejó de notar la carga del jinete que lo había montado. Gort quiso atacarlo con la bayoneta, pero Tarrés fue rápido, se levantó y tomó un fusil que había en el suelo. Estaban uno frente a otro, con un fusil con bayoneta en la mano, llenos de sangre y de polvo, en medio de una batalla que parecía importarles un comino. Había decenas de hombres matándose a su alrededor, cortándose, disparándose, estrangulándose, y ellos dos tenían puestos todos sus sentidos en destruir al otro. Ambos estaban sin aliento, medio mareados. Tarrés, resoplando, habló:

—Quieto, Gort. Tú ya has disparado el fusil y te ha fallado. Yo tengo uno que parece cargado. O sea que no te muevas.

Gort hizo caso a Tarrés porque tenía razón. El buen ojo del joven se fijó en que el fusil que había tomado su enemigo llevaba el pistón puesto. De modo que lo más seguro era que estuviera cargado y preparado para disparar. Que lo hiciera o no era cuestión de suerte, pero no se hacía demasiadas ilusiones. Tarrés siguió hablando:

—¿Sabes qué? No sé qué me gustó más, si matar al cabrón de tu padre o al zoquete de Sugrañes. A tu padre le clavé un cuchillo que lo fulminó, a Sugrañes le volé la cabeza, a ti me conformaré con destrozarte la cara. Y ahora, imbécil, morirás.

Levantó el fusil y apuntó a Gort en la nariz, justo donde años atrás Sabatés le había golpeado con la porra. Gort estaba pendiente del dedo del gatillo. Pensaba saltar a un lado en cuanto viera que iba a moverlo, a pesar de que estaba seguro de que no tendría tiempo de esquivar la bala. Pero no hizo falta.

Un *bukari* vio que un voluntario apuntaba con el fusil a otro hombre. El que apuntaba estaba de espaldas, y el *bukari* pensó que era un buen blanco, y más aún si estaba a punto de disparar. Salvaría la vida a un hermano y, de paso, mataría a un infiel. Con el sable curvado en la mano, alzó el brazo, espoleó al caballo y descargó la espada con toda la fuerza que pudo a la altura del cuello del enemigo.

Por una fracción de segundo, Tarrés no entendió nada. El mundo empezó a girarle y en uno de los giros vio incluso cómo caía al suelo un cuerpo sin cabeza que sujetaba un fusil. Y, de repente, el mundo se oscureció para siempre.

Gort vio cómo el sablazo del *bukari* cortaba la cabeza de Tarrés, que empezó a dar vueltas hasta caer. El *bukari* soltó un grito de alegría y giró el caballo para cargar entonces contra Gort. Pero el joven no estaba para bromas y le clavó la bayoneta en la pierna, justo en la femoral. El *bukari* cayó sobre el cuello del caballo, que se alejó en dirección a su campamento con el cadáver de su jinete encima. Gort buscó la cabeza de Tarrés con la mirada, se acercó a ella y le dio un puntapié que la envió rodando unos metros más allá, soltando sangre. Lanzó un grito de alegría y empezó a correr hacia donde se estaba librando el grueso de la batalla.

Fort y unos cuantos más habían llegado a tiempo de parar el golpe y evitar que los voluntarios se vinieran abajo. Había muchos en el suelo, heridos o muertos, pero quizás había más que eran marroquíes. Fort, a caballo, se lanzó contra un grupo de jinetes que estaban clavando los sables y las *flisas*, unas espadas cortas, a un sargento que todavía seguía de pie. La irrupción del coronel alejó a buena parte de los jinetes enemigos, pero un cabileño no huyó y clavó la espada al caballo de Fort por debajo de la mandíbula. El animal, desesperado y moribundo, empezó a dar patadas hasta que se cayó. Fort, que era un buen jinete, intuyó que el caballo caería de lado. Así que sacó los pies de los estribos y logró quedarse más o menos de pie, con una pierna a cada lado del cuerpo del caballo, que estaba prácticamente muerto en el suelo. En la mano derecha llevaba la espada y en la izquierda, una pistola de un solo tiro que había heredado de su padre y que lo acompañaba a todas las batallas aunque era un arma que se había utilizado en la guerra de Independencia, cincuenta años atrás. Menos mal que iba preparado, porque dos jinetes a caballo, un *bukari* y un irregular, se acercaron para matarlo. Fort, que estaba a punto de caerse, disparó con la pistola al *bukari* y lo hirió. El otro hombre venía montado en un caballo blanco precioso, pero Fort, que sentía devoción por los caballos, no se lo pensó ni un momento. Pinchó con la espada la nariz del animal, que se encabritó y lanzó al suelo al jinete. El hombre cayó mal y ya no se levantó.

Aun así la situación del coronel no era fácil. Una de las piernas le había quedado enredada en los arreos del caballo y aunque con tiempo podría soltarse, ahora no lo

tenía. Ya solo le quedaba la espada, y los enemigos volvían a acercarse. Entonces llegó Gort. El muchacho estaba desbocado después de la muerte brutal de Tarrés. Su euforia se notaba en la forma en que luchaba. Cuando llegó junto a Fort, saltó sobre el caballo muerto del coronel y, así, alzado, clavó la bayoneta en el vientre de otro jinete que los atacaba. Después saltó al suelo, tomó una *flisa* y empezó a repartir cortes arriba y abajo, hasta que los enemigos llegaron a la conclusión de que aquella zona era excesivamente peligrosa y era preferible atacar a otros voluntarios.

Quizás el arrojo de Gort fuera la gota que colmó el vaso de la moral de los marroquíes. Habían lanzado a la flor y nata de su ejército contra aquel grupo de hombres estrafalarios y no habían conseguido ganarlos. Era el momento de dar media vuelta.

Los voluntarios tampoco podían más. El suelo estaba lleno de muertos y heridos, de barretinas y turbantes ensangrentados. Prácticamente la mitad de los voluntarios había quedado tendida en el suelo. Un sargento que llevaba una gran navaja se dedicaba a rematar a los moros heridos, degollándolos. El coronel Fort, dolorido, cojeó entre sus hombres. Aquel de los ojos abiertos era Marià Miró; el otro que estaba abrazado a un moro muerto, el sargento Comala; también estaba muerto, con un corte en el pecho, el más joven de todos los voluntarios, el corneta Ramon Artigas, que no tendría ni catorce años. Siete de sus tenientes, heridos, y también el capitán Giménez Budet... Fort era veterano y hacía muchos años que veía la muerte y la desolación posteriores a la batalla, pero esta vez se sentía especialmente mal, quizá porque era la primera vez que tenía un batallón a sus órdenes. Andando, arrastrando el sable, llegó hasta donde estaban Prim y su Estado Mayor, que habían avanzado hasta la entrada del puente del Bu-Shifa. Prim desmontó y le sujetó el brazo. Fort se detuvo, se volvió hacia su general y le dijo:

—Todavía somos suficientes para otra vez, general.

—Y para otra más aún... —aseguró Prim para animarlo.

—No, para otra más ya no...

La batalla se había terminado para los voluntarios. Era imposible que una fuerza que había perdido aproximadamente la mitad de sus efectivos pudiera volver a ser útil durante el día. Las tropas españolas fueron presionando hacia el Fondak y necesitaron todavía seis horas más para acabar de derrotar al enemigo.

Los voluntarios, mientras la batalla se alejaba hacia el desfiladero por el camino de Tánger, empezaron a atender a los heridos y a preparar a los muertos para enterrarlos. Una cantinera arrancó a Gort el clavo que tenía medio sujeto entre la piel y el músculo de los abdominales. Era una herida superficial, pero muy dolorosa, entre otras razones porque la cantinera tuvo la idea de rociar la herida con aguardiente. La mujer le ató un trozo de paño limpio en la tripa y le dijo que no se lo tocara en un par de días y que descansara un poco. Pero Gort tenía algo que hacer. Después de buscar un poco, localizó la cabeza de Tarrés, que tenía los ojos medio abiertos y un pedazo de lengua fuera. Cavó un agujero profundo y lo enterró. No quería que nadie

reconociera el cadáver. Tarrés constaría como desaparecido, pero no como muerto de los heroicos Voluntarios de Cataluña.

La noche, en contraste con el día, fue fría, pero como no llovió, fue bastante soportable. Los voluntarios, como la mayoría de los soldados, no disponían de las tiendas, que estaban en el tren del bagaje y, por lo tanto, tuvieron que conformarse con lo que tenían en sus mochilas y en las de sus compañeros muertos. Nadie se había preocupado de retirar los cadáveres de los marroquíes ni los de los soldados que no eran del mismo batallón. Los hombres pasaron, pues, la noche en una especie de depósito de cadáveres al aire libre. De las mochilas salieron trozos de tocino, galletas, algún dátil y poco más. Gort se tapó con dos mantas, se apoyó en un caballo muerto y durmió profundamente.

Lo despertó una mano que lo zarandeaba y una voz conocida:

—¡Gort! ¡Gort! ¡Despierte, Gort!

Abrió los ojos y se encontró con el coronel. No sin dificultad, volvió a la realidad en un momento.

—Sí, sí, coronel, ya va. ¿Qué pasa?

—Vaya despertándose y despabílese, que tiene que irse. Se lo explico mientras andamos.

Gort, mareado, se levantó, guardó las mantas en la mochila y siguió al coronel, que parecía saber muy bien hacia dónde iba a pesar de que era noche cerrada.

—Dígame, coronel, ¿dónde vamos?

—Mire, Gort, se ha portado muy bien en la batalla. —Y mientras el joven pensaba que se había portado tan bien que hasta le había salvado la vida, Fort siguió hablando—: Ha cumplido su parte del trato, pero yo no puedo cumplir la mía. Lo siento, no puedo librarlo del consejo de guerra.

A Gort se le vino el mundo abajo. Con un poco de suerte pasaría unos años en una cárcel de Marruecos; unos años que podían resultarle muy pesados.

—Pero, coronel...

—Calle, Gort, y escuche. Usted no tiene familia, ¿verdad?

—Pues, no. Mi familia era el comandante Sugrañes y ya lo ve...

—Mejor, mejor... porque así nadie lamentará que, a partir de ahora, esté muerto.

Gort se detuvo. ¡El coronel lo debía de estar llevando a una trampa para matarlo! Aterrado, se dio cuenta de que no llevaba ninguna arma encima y, por lo tanto, estaría a merced de cualquiera que lo estuviera apuntando.

—Pero no se preocupe —prosiguió el coronel sin dejar de caminar, ya a punto de cruzar el maldito puente—. No será una muerte de verdad.

—¡Coronel, estese quieto un momento!

Fort se detuvo, extrañado. No estaba acostumbrado a que un cabo lo parara de aquella forma.

—¿Qué coño le pasa? ¿No ve que lo estoy salvando?

—Mire, coronel, no entiendo nada. O se explica bien o no sigo con usted, ¿de acuerdo?

El coronel rio y le dio golpecitos en la espalda.

—¡Hay que ver! ¡Qué desconfiado es, muchacho! Esta noche lo he incluido en la lista de los fallecidos en combate. Oficialmente, está muerto y no se juzga a los muertos. ¿Acaso no lo ve?

—¿Muerto? Pero, pero... ¿Se ha vuelto loco o qué? ¿No ve que hay un montón de gente que me conoce y que se dará cuenta del engaño?

—¡Hombre, usted mismo ha dicho la solución! La cuestión es que nadie lo vea nunca más, ¿lo entiende?

—No mucho, la verdad. ¿Quiere que me quede para siempre aquí, en Marruecos? Porque yo no quiero hacer eso.

—No, no, tranquilo, ya lo he arreglado todo. Mire, ya llegamos.

Con la escasa luz de luna que había, Gort pudo distinguir unos caballos y dos hombres. Eran hombres del Estado Mayor de Prim.

—¡Sargento! Somos nosotros —dijo el coronel—. ¿Tiene los papeles?

El sargento le alargó unas hojas que era imposible leer sin luz, pero que se veía que llevaban un par de sellos.

—¿Qué son estos papeles? —preguntó Gort.

—Este de aquí —dijo el coronel, agitando uno de los documentos con una mano—, este es el salvoconducto que le permitirá llegar sin problemas, pero sin detenerse, a la playa de Tetuán. Si alguien lo para, se lo enseña, le dice que tiene órdenes del general Prim y no da ninguna explicación más, ¿entendido?

—¿Y qué hago en la playa de Tetuán?

—Para eso sirve este segundo papel... En la playa habrá barcos extranjeros cargando o descargando. Con este papel, que es un pagaré, cualquier barco francés, piamontés, napolitano o turco lo acogerá como marinero sin hacer preguntas.

—¡Pero si yo no sé hacer de marinero!

El coronel no hizo el menor caso de la queja de Gort y siguió hablando:

—El papel es solo un billete de ida. El barco lo llevará hasta el país que sea y ya será libre. Ah, no tome ningún barco que vaya a la Península; no se le ocurra hacer tonterías... Y una vez haya salido de Tetuán, tiene que ponerse la ropa de paisano que le hemos metido en este zurrón. Nadie puede saber que ha sido uno de los Voluntarios de Cataluña.

—Pero eso significa que me voy y que nunca más podré regresar...

Lo cierto es que al coronel el chico le daba pena. Había sido valiente, parecía buen chico, listo. Pero no había otra solución.

—Tú mismo —dijo, tuteándolo por primera vez—, o te vas en un barco o te quedas y te enfrentas al consejo de guerra. Pero tienes que decidirte en este instante.

Gort no se lo pensó demasiado.

—Deme los papeles, coronel... ¡Y muchas gracias!

—De nada. ¡Buen viaje!

Gort montó a caballo y empezó a alejarse. Aunque lo habían pillado por sorpresa, empezó a animarse. Viajar a otro país, conocer a gente que nunca te ha conocido, vete a saber...

El recorrido hasta Tetuán fue tranquilo. El caballo, quizá porque estaba cansado de la batalla, iba despacio, y a Gort le parecía bien. Le pidieron el salvoconducto tanto para entrar como para salir de la ciudad, pero no hubo ningún problema ni ninguna pregunta comprometida. Lo dejaron pasar en todas partes y él siguió hacia la playa. Al llegar a los restos del murete de defensa que él y sus compañeros habían asaltado, desmontó, sacó la ropa del zurrón y se cambió. Le supo mal abandonar la ropa de voluntario, pero no se dejó llevar por la nostalgia.

Cuando llegó a la playa ya había salido totalmente el sol. La arena estaba llena de baúles, toneles y bultos que se cargaban y descargaban de barcazas varadas en la arena. No muy lejos había anclados tres buques mercantes y un par de guerra. Un poco nervioso, ató el caballo a un arbusto y se acercó a tres hombres que estaban bajando de una barcaza unos barriles que parecían de vino. Se dirigió a uno de ellos, bajito y con la piel grabada por el sol y el mar; un marinero, seguro.

—¡Perdone, señor!

—*Sì? Bon giornu! Comu si senti?*

Bon giornu? Si senti? ¿Qué idioma era aquel? Gort no conocía a demasiados extranjeros. En Reus había oído hablar en francés y en Algeciras había oído por primera vez el árabe, el alemán y algunos idiomas italianos, pero no los sabía distinguir muy bien. Probó en catalán, intentando hacerse entender.

—¿De dónde sois? —Nada. Empezó a gesticular y a hablar más despacio—. ¿Sois de algún país lejano? ¿Turquía? ¿Francia? ¿Nápoles?

—*Ah, Napoli! No, Napoli, no! Sicilianu!*

¡Sicilia! Sicilia también formaba parte de Nápoles, pero los sicilianos debían de estar cabreados con los otros, como pasa siempre con los vecinos. Si era siciliano, le iba bien.

—¡Sicilia! ¡Bien, muy bien! Este papel. ¿Documento, ves? —Gort le enseñó el pagaré que le había dado Fort, firmado por el general Prim—. Capitán... Tienes que dárselo al capitán, ¿sí?

—*Capitano? È vicinu...*

Tras un rato de tira y afloja se fueron entendiendo. Los marineros eran de un barco de Marsala, en el extremo de la isla, y hacían un viaje por encargo para llevar vino a los oficiales españoles, además de otras mercancías. *Crocifisso*, que es como se llamaba el marinero, se hacía entender. Cuando llegó el capitán, un hombre calvo y rechoncho, con un gran bigote que le cubría el labio superior, *Crocifisso* hizo de traductor de Gort, a pesar de que en todo aquel rato ni uno ni otro habían dejado de hablar sus respectivos idiomas. Finalmente, Gort obtuvo permiso para embarcar.

El barco, *Madonna della Cava*, era más bonito visto desde la playa que cuando te

acercabas a él. Era una embarcación de dos mástiles con un tufo a vino rancio que tiraba para atrás. Los marineros eran todos muy simpáticos y acogieron a Gort con alegría, aunque desde el primer momento le quedó claro que tendría que trabajar mucho durante el viaje, que no sería demasiado largo.

Una vez instalado en el barco, tuvo tiempo de mirar por la borda hacia tierra. En Tetuán dejaba para siempre a su querido padrino, pero también la cabeza arrancada del asesino de su padre y del comandante Sugrañes. Y quizá también, a estas horas, dejaba asimismo para siempre a Bocanegra, que seguramente para entonces ya se habría muerto.

Suspiró y respiró el aire del mar. A pesar del cansancio y de que las heridas del pómulo y del abdomen le molestaban, se sentía muy bien. Si las cosas no se complicaban, se instalaría en Marsala, lugar en el que Crocifisso le había dicho que se vivía muy bien, que era muy tranquilo y nunca pasaba nada.

Mientras Gort soñaba con un futuro plácido, solo faltaban cuarenta y ocho días para que Giuseppe Garibaldi, al frente de más de mil Camisas Rojas, iniciara la invasión del reino de las Dos Sicilias precisamente desde el puerto de Marsala.

Nota del autor

Mientras Joan Gort navega por el Mediterráneo a finales de marzo de 1860, tal vez sea el momento de precisar qué hay de Historia en mayúsculas y qué hay de historia en minúsculas en esta obra. En esencia, muchos de los rasgos básicos del libro son ciertos. Jeroni Tarrés fue el jefe de la Ronda de Vigilancia de Barcelona, bajo el control político de Ramon Serra Monclús. Tarrés, tal como explica el libro, era un antiguo delincuente que fichó a un grupo de hombres de pasado muy turbio para su particular policía. A cambio de la exclusiva en el juego, la prostitución y el tráfico de alcohol, Tarrés aseguraba al Gobierno Civil el control político de una ciudad excesivamente turbulenta para el gusto de sus mandatarios. A Tarrés empezaron a irle mal las cosas cuando se le ordenó matar a Francesc de Paula Cuello. El relato del asesinato está recogido con todo detalle en el sumario judicial que se hizo a raíz del atentado y, en buena medida, he procurado recogerlo en esta novela.

Y también he procurado no apartarme de los hechos con respecto a las consecuencias de aquel asesinato, sobre todo en lo que se refiere a los miembros de la Ronda. Tarrés y dos compañeros suyos fueron condenados un par de años después por otro asesinato, y todo parece indicar que Serra Monclús manipuló el juicio. Aquellos tres hombres fueron destinados a cumplir la pena en Ceuta, lo que los libró de la suerte que corrieron los demás miembros de la Ronda, masacrados en las calles de la ciudad por los barceloneses un año después del juicio de Tarrés. Tarrés luchó en la guerra de África y murió en la batalla de Wad-Ras, puede que no de la forma que describo en la novela.

Y en cuanto a los Voluntarios de Cataluña, en líneas generales me he basado tanto en los numerosos escritos de la época, oficiales o no, como en los estudios realizados posteriormente, no tan abundantes, quizá, como merecerían. Tanto el comandante Sugrañes como Marià de Moxó, que en realidad era subteniente y no teniente, murieron el cuatro de febrero en el asalto a las posiciones de Muley Ahmed, menos de veinticuatro horas después de haber pisado la playa de Tetuán. El discurso de Prim, la situación de los campamentos, el avance en punta hacia Tetuán, y, en general, las incidencias bélicas que se relatan, están basadas en la documentación de la época. Y episodios tan increíbles como el asalto de las murallas de la alcazaba por parte de los voluntarios de Valls y Vilafranca haciendo un castillo humano, también.

En algunos casos, he trasladado de fecha y de lugar hechos que se produjeron en un contexto distinto. Por ejemplo, no está documentado que el joven conde de Eu, presente en Tetuán, coleccionara restos humanos de los enemigos, pero este mismo aristócrata, que llegaría a ser heredero consorte del trono imperial de Brasil, demostró una crueldad inusual en la guerra que enfrentó a ese país con Paraguay. Ordenó ejecuciones a degüello de miles de personas, muchas madres con sus hijos pequeños, y muy a menudo quiso presenciarlas. Según dicen, se reía del sufrimiento de las

víctimas. No es extraño, pues, que en Tetuán, cuando el angelito solo tenía dieciocho años, sacara ya a relucir un poco su carácter.

Todos los nombres de los soldados que aparecen en la novela, salvo los de Gort y Bocanegra, que tienen historia propia, corresponden a personas reales que, más o menos, tuvieron una participación en los hechos muy similar a la que se cuenta en el relato.

¿Significa eso que esta historia sucedió tal como la explica esta novela? En la vida me atrevería a afirmarlo. El responsable del episodio de las mochilas en la batalla de los Castillejos fue Joan Prim y no Jeroni Tarrés, del mismo modo que de la muerte de los dos oficiales de los Voluntarios de Cataluña fueron responsables las balas y la metralla lanzadas por las fuerzas marroquíes y no los revólveres robados por tres soldados psicópatas de su propio batallón.

Gort, con su nariz torcida, tiene la suerte o la desgracia de vivir en un mundo que está apenas iniciando un par de décadas de grandes cambios. Las guerras que conducirán a la unificación de Italia ya han empezado; Bismarck ya planea la creación del Imperio alemán a través del enfrentamiento con el Imperio austrohúngaro y el Imperio francés; solo faltan unos meses para el principio de la guerra de Secesión norteamericana; los franceses pronto impondrán un emperador títere a México, Maximiliano de Habsburgo, que tendrá un mal final... Y esta es solo una muestra del panorama con el que Gort y sus coetáneos se encontrarán a lo largo de los siguientes años.

Pero dejemos que el joven de Reus navegue plácidamente a bordo del *Madonna della Cava* hacia Marsala, porque ni él, ni la gente de su época, ni siquiera este autor, sabemos realmente qué nos espera en el futuro. ¡Buen viaje, Joan Gort!

Barcelona-Altafulla, 2013